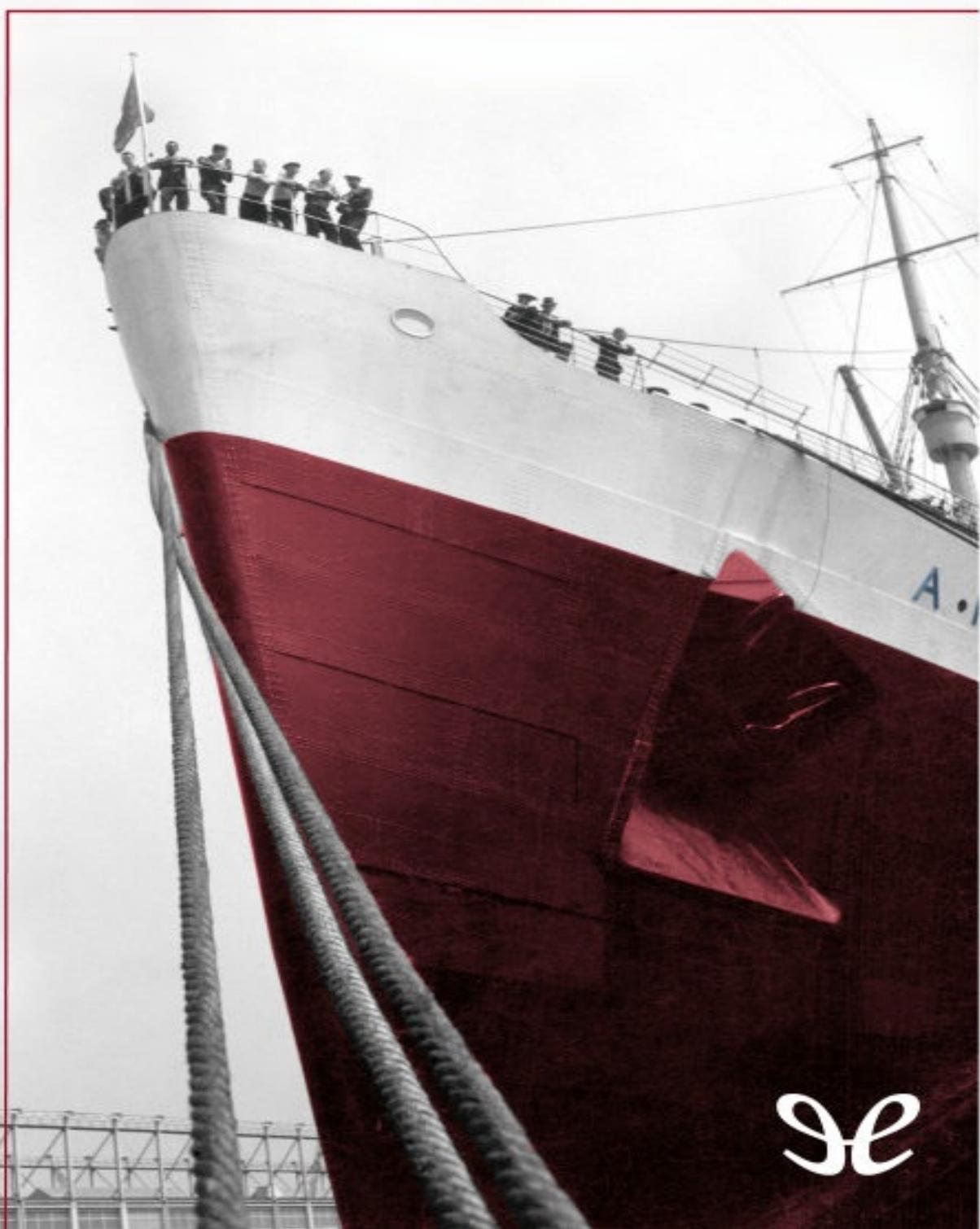


Historia secreta de Costaguana

Juan Gabriel Vásquez



de

Londres, 1903. José Altamirano, colombiano de nacimiento, acaba de llegar de un país caribeño de cuyo nombre ya quisiera olvidarse. Arrastra consigo varias culpas y una historia de la cual se arrepiente; ha sido testigo de las cosas más terribles que le pueden pasar a una persona y también a un país. Pero nunca habría imaginado el encuentro que el destino tenía programado para él. Nunca habría imaginado lo que le ocurriría después de conocer al famoso novelista Joseph Conrad.



Juan Gabriel Vásquez

Historia secreta de Costaguana

ePub r1.0

dacordase 03.03.14

Juan Gabriel Vásquez, 2007
Retoque de portada: dacordase

Editor digital: dacordase
ePub base r1.0



*A Martina y Carlota,
que llegaron con su libro bajo el brazo.*

Quiero hablarte de la obra que me ocupa actualmente. Apenas si me atrevo a confesar mi osadía, pero la he ubicado en América del Sur, en una República que he llamado Costaguana.

JOSEPH CONRAD

Carta a Robert Cunninghame-Graham

Primera parte

No hay Dios en países donde los hombres no se ayudan a sí mismos.

JOSEPH CONRAD
Nostromo

I. Ranas boca arriba, chinos y guerras civiles

Digámoslo de una vez: el hombre ha muerto. No, no es suficiente. Seré más preciso: ha muerto el Novelista (así, con mayúscula). Ya saben ustedes a quién me refiero. ¿No? Bien, lo intentaré de nuevo: ha muerto el Gran Novelista de la lengua inglesa. Ha muerto el Gran Novelista de la lengua inglesa, polaco de nacimiento y marinero antes que escritor. Ha muerto el Gran Novelista de la lengua inglesa, polaco de nacimiento y marinero antes que escritor, que pasó de suicida fracasado a clásico vivo, de vulgar contrabandista de armas a Joya de la Corona Británica. Señoras, señores: ha muerto Joseph Conrad. Recibo la noticia con familiaridad, como se recibe a un viejo amigo. Y entonces me doy cuenta, no sin cierta tristeza, de que me he pasado la vida esperándola.

Comienzo a escribir con todos los diarios londinenses (sus letras microscópicas, sus columnas abigarradas y estrechas) desplegados sobre el cuero verde de mi escritorio. A través de la prensa, que ha jugado papeles tan diversos a lo largo de mi vida —amenazando con arruinarla a veces, y a veces otorgándole el poco brillo que tiene—, me entero del infarto y de sus circunstancias: la visita de la enfermera Vinten, el grito que se oye desde el piso de abajo, el cuerpo que cae de la silla de lectura. A través del periodismo oportunista asisto al entierro en Canterbury; a través de las impertinencias de los reporteros los veo bajar el cuerpo y poner la lápida, esa lápida plagada de errores (una ka fuera de lugar, una vocal intercambiada en uno de los nombres). Hoy, 7 de agosto de 1924, mientras en mi remota Colombia se celebran ciento cinco años de la batalla de Boyacá, aquí en Inglaterra se lamenta, con pompa y ceremonia, la desaparición del Gran Novelista. Mientras en Colombia se conmemora la victoria de los ejércitos independentistas sobre las fuerzas del Imperio Español, aquí, en este suelo de este otro Imperio, ha sido enterrado para siempre el hombre que me robó...

Pero no.

Todavía no.

Todavía es pronto.

Es pronto para explicar las formas y las calidades de ese robo; es pronto para explicar cuál fue la mercancía robada, qué motivos tuvo el ladrón, qué daños sufrió la víctima. Ya oigo las preguntas que resuenan en la platea: ¿qué pueden tener en común un novelista famoso y un pobre colombiano anónimo y desterrado? Lectores: tengan paciencia. No quieran saberlo todo desde el principio, no investiguen, no pregunten, que este narrador, como un buen padre de familia, irá proveyendo lo necesario a medida que avance el relato... En otras palabras: déjenlo todo en mis manos. Yo decidiré cuándo y cómo cuento lo que quiero contar, cuándo oculto, cuándo revelo, cuándo me pierdo en los recovecos de mi memoria por el mero placer de hacerlo. Aquí les hablaré de asesinatos inverosímiles y de ahorcamientos impredecibles, de elegantes declaraciones de guerra y desaliñados acuerdos de paz, de incendios y de inundaciones y de barcos intrigantes y trenes conspiradores; pero de alguna manera todo lo que les cuente a ustedes estará dirigido a explicar y explicarme, eslabón por eslabón, la cadena de sucesos que provocó el encuentro al que mi vida estaba predestinada.

Pues así es: el antipático asunto del destino tiene su cuota de responsabilidad en todo esto. Conrad y yo, que nacimos separados por incontables meridianos, nuestras vidas marcadas por la diferencia de los hemisferios, teníamos un futuro común que hubiera resultado evidente desde el primer momento hasta para el más escéptico. Cuando esto sucede, cuando dos hombres nacidos en lugares apartados están destinados a cruzarse, un mapa puede trazarse a posteriori. La mayoría de las veces el cruce es sólo uno: Francisco Fernando se cruza en Sarajevo con Gavrilo Princip, y mueren a tiros él, su esposa, el siglo XIX y todas las certidumbres europeas; el general Uribe Uribe se cruza en Bogotá con dos campesinos, Galarza y Carvajal, y poco después muere cerca de la plaza de Bolívar, con un hacha clavada en el cráneo y el peso de varias guerras civiles sobre la espalda. Conrad y yo nos cruzamos una sola vez, pero ya mucho antes habíamos estado a punto de hacerlo. Veintisiete años pasaron entre los dos eventos. El cruce abortado, el que estuvo a punto de producirse pero no llegó a hacerlo, ocurrió en 1876, en la provincia colombiana de Panamá; el otro cruce —el verdadero, el fatídico— ocurrió a finales de noviembre de 1903. Y ocurrió aquí: en la babélica, imperial y decadente ciudad de Londres. Aquí,

en la ciudad donde escribo y donde previsiblemente me espera la muerte, la ciudad de cielos grises y olor a carbón a la cual llegué por razones cuya explicación no es fácil, pero es obligatoria.

Vine a Londres, como tanta gente ha venido de tantos lugares, huyendo de la historia que me tocó en suerte, o, mejor dicho, de la historia del país que me tocó en suerte. En otras palabras: vine a Londres porque la historia de mi país me había expulsado. Y aun en otras palabras: vine a Londres porque aquí la historia había cesado tiempo atrás: ya nada pasaba en estas tierras, ya todo estaba inventado y hecho, ya se habían tenido todas las ideas, ya habían surgido todos los imperios y se habían luchado todas las guerras, y yo estaría para siempre a salvo de los desastres que los Grandes Momentos pueden imprimir en las Vidas Pequeñas. Venir fue, por lo tanto, un acto de legítima defensa; el jurado que me juzgue habrá de tenerlo en cuenta.

Pues también yo seré acusado en este libro, también yo me sentaré en el consabido banquillo, aunque el paciente lector habrá de recorrer varias páginas para descubrir de qué me acuso. Yo, que he venido huyendo de la Gran Historia, retrocedo ahora un siglo entero para ir hasta el fondo de mi historia pequeña, e intentaré investigar en las raíces de mi desgracia. Durante aquella noche, la noche de nuestro encuentro, Conrad me escuchó contar esta historia; y ahora, queridos lectores —lectores que me juzgarán, Lectores del Jurado—, es su turno. Pues el éxito de mi relato se basa en este presupuesto: todo lo que supo Conrad habrán de saberlo ustedes.

(Pero hay otra persona... Eloísa, también tú habrás de conocer estas memorias, estas confesiones. También tú habrás de emitir, cuando sea oportuno, tu propia absolución o tu propia condena).

Mi historia comienza en febrero de 1820, cinco meses después de que Simón Bolívar entrara victorioso en la capital de mi país recién liberado. Toda historia tiene un padre, y ésta comienza con el nacimiento del mío: don Miguel Felipe Rodrigo Lázaro del Niño Jesús Altamirano. Miguel Altamirano, conocido por sus amigos como el Último Renacentista, nació en Santa Fe de Bogotá, ciudad esquizofrénica que en adelante se llamará indistintamente Santa Fe o Bogotá e incluso Esa Mierda de Sitio; mientras mi abuela tiraba con fuerza del pelo de la partera y profería gritos que espantaban a los esclavos, a pocos pasos de allí se recibía la ley por la cual Bolívar, en calidad de padre de la patria, escogía el nombre de aquel país recién sacado del horno, y el país quedaba solemnemente bautizado. De manera que la República de Colombia —país esquizofrénico que más tarde se llamará Nueva Granada o Estados Unidos de Colombia e incluso Esa Mierda de Sitio— era una niña de brazos, y todavía estaban frescos los cadáveres de los españoles fusilados; pero no hay hecho histórico que marque o señale el nacimiento de mi padre, como no sea la ceremonia superflua de ese bautizo. Sí, lo confieso: he tenido la tentación de hacerlo coincidir con la Independencia, cosa de desplazarlo apenas algunos meses en el tiempo. (Y ahora no evito preguntarme: ¿a quién le hubiera importado? Más aún: ¿quién se hubiera dado cuenta?) Hago esta confesión y espero que no pierdan ustedes la confianza en mí. Lectores del Jurado: sé que soy propenso al revisionismo y a la mitografía, sé que a veces puedo descarriarme; pero pronto vuelvo al redil narrativo, a las difíciles reglas de la exactitud y la veracidad.

Mi padre era —ya lo he dicho— el Último Renacentista. No puedo decir que fuera de sangre azul, porque ese tono ya no era de recibo en la nueva República, pero lo que le corría por las venas tenía un color magenta, digamos, o tal vez púrpura. Su tutor, un hombre frágil y enfermizo que había sido educado en Madrid, educaba a su vez a mi padre con el *Quijote* y Garcilaso; pero el joven Altamirano, que a los doce años era ya un rebelde consumado (además de un pésimo crítico literario), se esforzó por rechazar la literatura de los chapetones, la *Voz de la Ocupación*, y acabó por lograrlo. Aprendió inglés para leer a Thomas Malory, y uno de sus primeros poemas publicados, un artefacto hiperromántico y sensiblero que comparaba a Lord Byron con Simón Bolívar, apareció firmado por Lanzarote del Lago. Mi padre supo más tarde que Byron había querido en realidad venir a luchar con Bolívar y fue sólo el azar lo que lo acabó llevando a Grecia; y lo que sintió en adelante por los románticos, ingleses y de todas partes, fue reemplazando poco a poco las devociones y lealtades que sus mayores le habían dejado como herencia.

Lo cual, por lo demás, no fue difícil, pues a los veinte años el Byron Criollo ya era huérfano. Su madre había sido asesinada por la viruela; su padre (de forma mucho más elegante), por el cristianismo. Mi abuelo, coronel de prestigio que había combatido a los dragones de varios regimientos españoles, estaba destacado en las provincias del sur cuando el Gobierno progresista decretó el cierre de cuatro conventos, y vio los primeros motines que defendían la religión a bayonetazos. Una de esas bayonetas católicas, apostólicas y romanas, una de esas puntas de acero comprometidas con la cruzada por la fe, lo atravesó meses después; la noticia de su muerte llegó a Bogotá al mismo tiempo que la ciudad se preparaba para rechazar el ataque de aquellos revolucionarios cristeros. Pero Bogotá o Santa Fe estaba, como el resto del país, dividida, y mi padre lo recordaría siempre: asomado a la ventana de la universidad, veía a los santafereños llevar en

procesión a un Cristo vestido con traje de general, oía los gritos de muerte a los judíos y se maravillaba de que se refirieran a su padre atravesado, y luego regresaba a la rutina de las aulas, para observar a un compañero atravesar con algún instrumento puntiagudo y filoso los cadáveres recién llegados de los combates. Porque nada en esa época, absolutamente nada, le gustaba más al Byron Criollo que ser testigo de primera mano de los progresos fascinantes de la medicina.

Se había inscrito en los estudios de Jurisprudencia, para obedecer la voluntad de mi abuelo, pero a partir de cierto momento sólo dedicó a los códigos la primera parte de la jornada. Dividido donjuanescamente entre dos amantes, mi padre pasaba por el suplicio de levantarse a las cinco de la mañana para oír hablar de tipos penales y modos de apropiación del dominio; después de la hora de almuerzo, comenzaba una vida oculta o secreta o paralela. Mi padre había comprado por el precio desmedido de medio real un sombrero con escarapela de médico, para no ser detectado por las policías disciplinarias, y cada día, hasta las cinco de la tarde, se escondía en la facultad de Medicina y pasaba las horas viendo a jóvenes como él, jóvenes de su edad y que no eran más inteligentes, llevar a cabo exploraciones osadas en los territorios desconocidos del cuerpo humano. Mi padre quiso ver cómo su amigo Ricardo Rueda era capaz de recibir él solo a las mellizas que una gitana andaluza dio a luz clandestinamente, pero también de operar del apéndice al sobrino de don José Ignacio de Márquez, profesor de Derecho Romano de la universidad. Y mientras esto sucedía, a pocas cuadras de la universidad se llevaban a cabo otros procedimientos que no eran quirúrgicos pero cuyas consecuencias no eran menos graves, pues en los sillones aterciopelados de un ministerio se sentaban dos hombres con una pluma de ganso y firmaban el tratado Mallarino-Bidlack. En virtud del artículo XXXV, el país que ahora se llamaba Nueva Granada otorgaba a los Estados Unidos derecho exclusivo de tránsito sobre el Istmo de la provincia panameña, y los Estados Unidos se obligaban, entre otras cosas, a mantener estricta neutralidad en cuestiones de política interior. Y aquí empieza el desorden, aquí empieza...

Pero no.

Todavía no.

Contaré más sobre el tema dentro de pocas páginas.

El Último Renacentista obtuvo el título de jurisconsulto, sí, pero me apresuro a decir que nunca llegó a ejercer: estaba demasiado ocupado en el absorbente oficio de la Ilustración y del Progreso. A los treinta años no se le había conocido novia alguna, y en cambio su prontuario como fundador de periódicos benthamianos/revolucionarios/socialistas/girondinos se ampliaba escandalosamente. No había obispo al que no hubiera insultado; no había familia respetable que no le hubiera vetado la entrada a su casa, el cortejo de sus niñas. (En el colegio La Merced, recién fundado para las señoritas más prestantes, su nombre era anatema). Poco a poco mi padre se especializó en el delicado arte de granjearse antipatías y cerrarse puertas, y la sociedad santafereña participó de buena gana en la cerrazón masiva. Mi padre no se inquietó: para este momento, el país en que vivía se había vuelto irreconocible —sus fronteras habían cambiado o amenazaban con cambiar, se llamaba con distinto nombre, su constitución política era mobile como una donna—, y el Gobierno por el cual mi abuelo había muerto se había convertido, para este lector de Lamartine y Saint-Simon, en la más reaccionaria de las lacras.

Entra en escena Miguel Altamirano, activista, idealista, optimista; Miguel Altamirano, más que liberal, radical, anticlerical. Durante las elecciones del 49, mi padre fue uno de los que compraron las telas para los pendones que colgaron por todo Bogotá con la leyenda *Viva López, terror de los conserveros*; fue uno de los que se agolparon frente al Congreso para intimidar (con éxito) a los hombres que iban a elegir nuevo presidente; elegido López, candidato de los jóvenes revolucionarios, fue uno de los que pidió —desde el periódico de turno: no recuerdo cuál era en este momento, si *El Mártir* o *La Batalla*— la expulsión de los jesuitas. Reacción de la reaccionaria sociedad: ochenta niñas vestidas de blanco y con flores en la mano se agolparon frente a Palacio para oponerse a la medida; en su periódico, mi padre las llamó Instrumentos del Oscurantismo. Doscientas damas de incuestionable alcurnia repitieron la manifestación, y mi padre repartió un panfleto titulado *Cría jesuitas y te sacarán las madres*. Los curas de aquella Nueva Granada, privados de fueros y privilegios, endurecieron sus posiciones conforme pasaron los meses y aumentó la sensación de acoso. Mi padre, en respuesta, se unió a la logia francmasona Estrella del Tequendama: las reuniones secretas le daban la sensación de estar conspirando (ergo de estar vivo), y el hecho de que sus superiores lo eximieran de las pruebas físicas le hizo pensar que la masonería era para él una especie de hábitat natural. Por gestiones suyas, el templo logró *catequizar* a dos sacerdotes jóvenes; sus vigilantes le reconocieron esos éxitos con ascensos anticipados. Y en algún momento de ese breve proceso, mi padre, joven soldado en busca de batallas, encontró una que en un principio le pareció menor, casi nimia, pero que acabaría, mediante vías indirectas, por cambiarle la vida.

En septiembre de 1852, mientras en toda la Nueva Granada caían pequeños diluvios universales, mi padre se enteraba por boca de un antiguo compañero de Medicina, liberal como él pero menos pendenciero, del Más Reciente Atropello Contra el Dios Progreso: el padre Eustorgio Valenzuela, que se había autodenominado guardián espiritual de la Universidad de Bogotá, había prohibido extraoficialmente el uso de cadáveres humanos con fines pedagógicos y anatómicos y académicos. Los aprendices de cirujanos practicarían con ranas o ratas o conejos, decía el padre, pero el cuerpo humano, creación de la mano y la voluntad divinas, sagrado receptáculo del alma, era inviolable y debía ser respetado.

¡Medieval!, gritó mi padre desde algún impreso. ¡Rancio apostólico! Pero no había caso: la red de lealtades del padre Valenzuela era sólida, y pronto los párrocos de los pueblos vecinos, Chía y Bosa y Zipaquirá, hicieron lo propio para evitar que los estudiantes de la capital pecadora recurrieran a otros tanatorios. Las autoridades civiles de la universidad empezaron a recibir presiones de los padres de (buena) familia, y antes de que se dieran cuenta habían cedido al chantaje. Sobre las mesas de disección de la universidad se agolparon las ranas abiertas —la panza blanca y porosa dividida por el escalpelo con una línea violeta—, y en la cocina la mitad de las gallinas se destinaba al sancocho y la otra mitad a la oftalmología. El Embargo de Cuerpos se volvió tema de conversación en los salones y en cuestión de semanas ocupaba secciones de importancia en los periódicos. Mi padre declaró fundado el Nuevo Materialismo, y en varios manifiestos citaba conversaciones con distintas autoridades: «En la mesa de disección», decían algunos, «la punta de mi escalpelo jamás ha tropezado con el alma». Otros, más osados (y no pocas veces anónimos): «La Santísima Trinidad ya es otra: el Espíritu Santo ha sido reemplazado por Laplace». Los seguidores, voluntarios o no, del padre Valenzuela fundaron a su turno el Viejo Espiritualismo, y produjeron su propia dosis de testigos y frases publicitarias. Podían soltar un dato fáctico y convincente: Pascal y Newton habían sido cristianos fieles y practicantes. Podían soltar un refrán barato, pero no por ello menos eficaz: Dos copas de ciencia llevaban al ateísmo, pero tres copas llevaban a la fe. Y así avanzaba (o más bien no lo hacía) el asunto.

La ciudad se convirtió en una disputa de buitres. Los muertos de cólera que desde el año anterior salían, esporádicamente, del Hospital San Juan de Dios, eran vistos con codicia de mercaderes por los estudiantes radicales, pero también por los seguidores cruzados del padre Valenzuela. Cuando alguno de los pacientes ingresados con vómito y calambres comenzaba a sentir demasiada sed o demasiado frío, la voz empezaba a correr y las fuerzas políticas a prepararse: el padre Valenzuela venía a dar extremaunciones, y en medio de ellas obligaba al enfermo (la piel azulada, los ojos hundidos al fondo de la cabeza) a firmar un testamento en que se apreciaba sin ambigüedades la cláusula YO MUERO EN CRISTO; YO NIEGO MI CUERPO A LA CIENCIA. Mi padre publicó un artículo en que acusaba a los curas de negarles el perdón divino a los enfermos a menos que firmaran esos testamentos prefabricados; y los curas respondieron acusando a los Materialistas de negarles a esos mismos enfermos, ya no el perdón divino, sino el tártaro emético. Y en medio de esos debates carroñeros, nadie se paró a preguntarse cómo había hecho la enfermedad para subir a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, ni desde dónde había llegado.

Entonces intervino el azar, como suele ocurrir en la historia y ocurrirá a menudo en la mía, y lo hizo disfrazado de extranjero, de hombre-de-otra-parte. (Lo cual aumentó los miedos de los Espiritualistas. Encerrados como estaban en un páramo inaccesible, a unos diez días de viaje de la costa Caribe —que en invierno podían duplicarse—, los seguidores del padre Valenzuela se habían apoltronado en cierta condición de caballos con anteojeras, y todo lo proveniente de fuera les parecía digno de la más meticulosa desconfianza). Por esos días a mi padre se le vio reuniéndose con un hombre que no era de la ciudad. Se le veía saliendo del Observatorio, o acudiendo juntos a la Comisión de Aseo y Salubridad, o aun entrando en casa de mis abuelos para sostener conversaciones secretas entre las ortigas del solar, lejos del servicio. Pero el servicio, que se componía de dos libertas viudas y sus hijos adolescentes, tenía artes que mi padre no podía anticipar, y así la calle, y después la cuadra, y después el barrio, se fueron enterando de que el hombre aquel hablaba con la lengua enredada (por Belcebú, decía Valenzuela), de que era dueño de un tren, y de que venía a venderle a la Universidad de Bogotá todos los chinos muertos que la universidad quisiera comprar.

«Si están prohibidos los muertos de aquí», se oyó decir a mi padre, «habrá que usar muertos foráneos. Si están prohibidos los muertos cristianos, habrá que echar mano de los demás».

Y eso pareció confirmar las peores sospechas del Viejo Espiritualismo.

Entre los suspicaces estaba incluido el presbítero Echavarría, de la iglesia de Santo Tomás, hombre más joven que Valenzuela y más, sí, mucho más enérgico.

¿Y el extranjero?

¿Y el hombre-de-otra-parte?

Algunas palabras sobre el personaje aquel, o, mejor, algunas aclaraciones. No hablaba con la lengua enredada, sino con acento de Boston; no era dueño de un tren, sino representante de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, y no venía a venderle chinos muertos a la universidad, sino que... Está bien, está bien: sí, venía a venderle chinos muertos a la universidad, o por lo menos ésa era una de sus varias misiones como embajador en la capital. ¿Debo decir lo obvio: que su embajada tuvo éxito? Mi padre y los Materialistas se habían visto contra la pared, o más bien el bando opuesto los había puesto allí; estaban desesperados, claro, porque aquello era más que un debate de prensa: era una batalla fundamental de la larga lucha de la Luz versus la Oscuridad. La aparición del hombre de la Compañía —Clarence, se llamaba, y era hijo de protestantes— fue providencial. El arreglo no fue inmediato: fueron precisas unas cuantas cartas, unas cuantas autorizaciones, unos cuantos incentivos (Valenzuela dijo: sobornos). Pero en julio llegaban desde Honda, y antes de eso desde Barranquilla, y antes de eso desde la novísima ciudad de Colón, que tenía apenas meses de fundada, quince barriles repletos de hielo. En cada uno venía un coolie chino doblado sobre sí mismo y muerto recientemente de disentería o de malaria, o incluso del cólera que ya para los bogotanos era cosa del pasado. Desde Panamá, otros muchos cadáveres sin nombre partían hacia otros muchos destinos, y así seguiría sucediendo mientras las obras del ferrocarril no salieran del pantano en que se movían en ese instante, mientras no llegaran a un terreno en el cual fuera posible construir un cementerio capaz de soportar los embates del clima hasta el Día del Juicio.

Y los chinos muertos tenían una historia que contar. Tranquilízate, querida Eloísa: éste no es uno de esos libros donde los muertos hablan, ni las mujeres hermosas suben al cielo, ni los curas se levantan del suelo al tomar un brebaje caliente. Pero espero que me sea acordada una licencia, y espero que no sea la única. La universidad pagó por los chinos muertos una cantidad que nunca fue revelada, pero que según algunos no superó los tres pesos por muerto, es decir que una costurera podía comprarse un cadáver con tres meses de trabajo. Pronto los jóvenes cirujanos pudieron hundir escalpelos en la piel amarilla; y allí acostados, fríos y pálidos, librando una carrera contra su propio tiempo de descomposición, los chinos comenzaron a hablar del Ferrocarril de Panamá. Dijeron las cosas que ya todo el mundo sabe, pero que por esos días eran noticia fresca para la gran mayoría de los treinta mil habitantes capitalinos. La escena se mueve ahora avanzando hacia el norte (en el espacio) y retrocediendo unos cuantos años (en el tiempo). Y así, sin más trucos que mi propia soberanía sobre este relato, llegamos a Coloma, California. El año es 1848. Más exactamente: es el 24 de enero. El carpintero James Marshall ha recorrido el largo y sinuoso camino desde Nueva Jersey para conquistar la frontera del mundo y construir allí un aserradero. Mientras excava, nota que algo brilla en la tierra.

Y el mundo enloquece. De repente, la costa este de los Estados Unidos se da cuenta de que la Ruta hacia el Oro pasa por esa oscura provincia istmeña de ese oscuro país que cambia de nombre, ese pedazo de selva asesina cuya particular bendición es ser el punto más angosto de la América Central. No ha pasado un año y ya el vapor *Falcon* está acercándose a la panameña Bahía Limón, entrando solemnemente por la boca del panameño río Chagres, cargado con cientos de gringos que al moverse agitan cacerolas y rifles y zapapicos como cacofónicas orquestas móviles y que preguntan a gritos dónde carajos queda el Pacífico. Algunos lo averiguan; de éstos, los hay que llegan a su destino. Pero otros se quedan en el camino, muertos de fiebre —no la del oro, sino la otra— junto a las mulas muertas, hombres y mulas muertos espalda contra espalda entre el barro verde del río, derrotados por el calor de esos pantanos donde los árboles no dejan pasar la luz. Así es: esta versión corregida de El Dorado, esta Ruta del Oro en trance de ser estrenada, es un lugar donde el sol no existe, donde el calor marchita los cuerpos, donde uno sacude un dedo en el aire y el dedo queda empapado como si acabara de salir del río. Este lugar es el infierno, pero es un infierno de agua. Y mientras tanto el oro llama, y hay que hacer algo para cruzar el infierno. Englobo el país de una sola mirada: al mismo tiempo que en Bogotá mi padre reclama la expulsión de los jesuitas, en la selva panameña se empieza a abrir paso, traviesa a traviesa, obrero muerto a obrero muerto, el milagro del ferrocarril.

Y los quince coolies chinos que descansan después en las largas camas de disección de la Universidad de Bogotá, tras haberle enseñado a un aprendiz distraído dónde queda el hígado y cuánto mide el intestino grueso, esos quince chinos que ya empiezan a desarrollar manchas oscuras en la espalda (si están boca arriba) o en el pecho (si lo contrario), esos quince chinos dicen a coro y con orgullo: allí estuvimos. Nosotros nos abrimos paso en la selva, cavamos en esos pantanos, pusimos el hierro y las traviesas. Uno de esos quince chinos cuenta su historia a mi padre, y mi padre, inclinado sobre el rigor mortis mientras examina por pura curiosidad renacentista lo que hay debajo de una costilla, escucha con más atención de la que cree. ¿Y qué hay debajo de esa costilla? Mi padre pide unas pinzas, y al cabo de un rato las pinzas salen del cuerpo llevando una astilla de bambú. Y ahora ese chino locuaz y desvergonzado comienza a explicarle a mi

padre con qué paciencia afiló ese palo, con qué delicadeza artesanal lo clavó en la tierra fangosa, con qué fuerza se dejó caer sobre la punta filosa.

¿Un suicida?, pregunta mi padre (admitamos que no es una pregunta muy inteligente). No, responde el chino, él no se había matado, lo había matado la melancolía, y antes que la melancolía la malaria... Lo había matado el ver a sus compañeros enfermos ahorcarse con las sogas del ferrocarril, robar las pistolas del capataz para pegarse un tiro, lo había matado ver que en esos terrenos pantanosos no era posible construir un cementerio decente, y así las víctimas de la selva acababan desperdigadas por el mundo en barriles de hielo. Yo, dice el chino de piel ya casi azul y olor ya casi insoportable, yo que en vida he construido el Ferrocarril de Panamá, muerto ayudaré a financiarlo, igual que los otros nueve mil novecientos noventa y ocho obreros muertos, chinos, negros e irlandeses, que ahora mismo visitan las universidades y los hospitales del mundo. Ah, cómo viaja un cuerpo...

Todo eso le cuenta a mi padre el chino muerto.

Pero lo que mi padre escucha es ligeramente distinto.

Mi padre no escucha una historia de tragedias personales, no ve al chino muerto como el obrero sin nombre y sin residencia conocida al cual es imposible dar una tumba. Lo ve como un mártir, y ve la historia del ferrocarril como una verdadera epopeya. El tren contra la selva, el hombre contra la naturaleza... El chino muerto es un emisario del futuro, una avanzada del Progreso. El chino le cuenta que en ese barco, el *Falcon*, iba el pasajero infectado de cólera, el responsable directo de los dos mil muertos de Cartagena y los cientos de Bogotá; pero mi padre admira al pasajero que lo ha dejado todo para perseguir la promesa del oro a través de la selva asesina. El chino le cuenta a mi padre de las cantinas y los burdeles que han proliferado en Panamá con la llegada de los extranjeros; para mi padre, cada obrero borracho es un caballero artúrico, cada puta es una amazona. Las setenta mil traviesas del ferrocarril son setenta mil profecías de la vanguardia. La línea férrea que cruza el Istmo es el ombligo del mundo. El chino muerto ya no es simplemente un emisario del futuro: es un ángel de la anunciación, piensa mi padre, y ha venido para hacerle ver, entre la hojarasca de su triste vida en Bogotá, la vaga pero luminosa promesa de una vida mejor.

Tiene la palabra la defensa: no fue por locura que mi padre cortó la mano del chino muerto. No fue por locura —mi padre nunca se había sentido más cuerdo en su vida— que la hizo limpiar por unos carniceros de Chapinero, ni que la puso al sol (al escaso sol bogotano) para secarla. La hizo acomodar con tornillos de bronce sobre un pequeño pedestal que parecía de mármol, y la conservó en uno de los estantes de la biblioteca, entre una edición descuadernada de *La guerra de los campesinos en Alemania*, de Engels, y una miniatura al óleo de mi abuela con peinetón, de la escuela de Gregorio Vásquez. El dedo índice, levemente estirado, señalaba con cada una de sus falanges desnudas el camino que mi padre habría de tomar.

Los amigos que visitaron a mi padre durante esa época decían que sí, que era cierto, que carpio y metacarpio señalaban el Istmo panameño como un musulmán se agacha en dirección a La Meca. Y yo, a pesar de lo mucho que quisiera lanzar mi relato en la dirección que indica el dedo seco y descarnado, debo antes concentrarme en otros incidentes de la vida de mi padre, que un buen día de aquel año del Señor de 1854 salió a la calle para descubrir por boca de testigos que lo habían excomulgado. Había pasado tanto tiempo desde la Batalla por los Cuerpos que se tardó en asociar un asunto con el otro. Un domingo, mientras mi padre recibía el título de Venerable pro Tempore en la logia masónica, el presbítero Echavarría lo mencionaba con nombre propio desde el púlpito fiscalizador de la iglesia de Santo Tomás. Miguel Altamirano tenía las manos tintas en sangre de inocentes. Miguel Altamirano traficaba con el alma de los muertos y su socio era el Demonio. Miguel Altamirano, declaró el cura Echavarría ante su audiencia de fieles y fanáticos, era enemigo formal de Dios y de la Iglesia.

Mi padre, como convenía a las circunstancias y como lo exigían los antecedentes, se tomó el asunto en broma. A pocos metros del ostentoso portal de la iglesia quedaba la más humilde y sobre todo non sancta puerta de la imprenta; el mismo domingo, a últimas horas de la noche, mi padre entregó la columna para *El Comunero*.

(¿O era *El Temporal*? Estas precisiones son superfluas, tal vez, pero no deja de atormentarme ser incapaz de llevar el rastro de las hojas y los periódicos publicados por mi padre. ¿*La Opinión*? ¿*El Granadino*? ¿*La Opinión Granadina* o *El Comunero Temporal*? Es inútil. Lectores del Jurado, perdonen ustedes la desmemoria).

En fin: sea al periódico que fuere, mi padre entregó la columna. Lo siguiente no es la reproducción textual, sino la que mi memoria ha conservado, pero creo que responde bastante bien al espíritu de aquellas palabras. «Un cierto cuervo rezagado, de esos que han transformado la fe en superstición y el rito cristiano en paganismo sectario, se ha arrogado el derecho de excomulgarme, pasando por encima del juicio del prelado y, sobre todo, del sentido común», escribió para

toda la sociedad bogotana. «El abajo firmante, en calidad de Doctor en Leyes Terrenales, Vocero de la Opinión Pública y Defensor de los Valores Civilizados, ha recibido autoridad amplia y suficiente de la comunidad a la cual representa, que ha decidido pagar al cuervo con la misma moneda. Y así el presbítero Echavarría, a quien Dios no tenga en su Gloria, queda por virtud de estas líneas excomulgado de la comunión de los hombres civilizados. Desde el púlpito de Santo Tomás, él nos ha expulsado de su sociedad; nosotros, desde el púlpito de Gutenberg, lo expulsamos de la nuestra. Ejecútese».

El resto de la semana transcurrió sin incidentes. Pero el sábado siguiente, mi padre y sus camaradas radicales se habían reunido en el café Le Boulevardier, cerca del claustro de la Universidad de Bogotá, con los miembros de una compañía de teatro española que andaba por esos días de gira latinoamericana. La obra que habían puesto en escena, una especie de *El burgués gentilhombre* donde el burgués era reemplazado por un seminarista aquejado de dudas, había sido denunciada ya por el Arzobispado, y eso para *El Comunero* o *El Granadino* era suficiente. Mi padre, como redactor (también) de la sección de Variedades, les había propuesto a los actores una larga entrevista; esa tarde, ya la entrevista había terminado —el redactor guardaba su cuaderno de notas y la pluma Waterloo que un amigo le había traído de Londres—, y los reunidos hablaban entre un brandy y el siguiente del asunto del cura Echavarría. Los actores hacían sus propias cábalas sobre la misa del domingo, comenzaban a apostar reales enteros sobre el contenido de la próxima prédica, cuando empezó a caer un violento aguacero, y la gente de la calle se agolpó como gallinas: bajo el alerón, junto a las puertas, tapando francamente la entrada del café. El lugar se llenó con el olor de las ruanas mojadas; bajo los pantalones y las botas que escurrían agua, el suelo del café se hizo resbaloso. Y entonces una voz de soprano le ordenó a mi padre que se pusiera de pie, que cediera su asiento.

Mi padre nunca había visto al presbítero Echavarría: las noticias de su excomunión le habían llegado por intermedio de terceros, y la disputa, hasta ese momento, no había salido de los límites de la página impresa. Al levantar la cara, se encontró frente a una larga sotana perfectamente seca y un paraguas negro y ya cerrado, la punta sobre un charco de agua plateada y luminosa como el mercurio, el mango soportando sin problema el peso de las manos femeninas. El soprano habló de nuevo: «El asiento, hereje». Debo creer lo que mi padre me contaría años después: que si no respondió no fue por insolencia, sino porque la situación vodevilesca —el cura que entra a un café, el cura seco donde todos estaban mojados, el cura cuya voz de mujer traicionaba sus ademanes retadores— lo sorprendió tanto que no supo cómo hacerlo. Echavarría interpretó el silencio como desprecio, y volvió a la carga:

«El asiento, impío».

«¿Cómo dice?»

«El asiento, blasfemo. El asiento, judío asesino».

Entonces le pegó a mi padre un golpecito en la rodilla con la punta del paraguas, o tal vez fueron dos; y en ese momento todo se vino abajo.

Como un muñeco de resorte, mi padre apartó de un manotazo el paraguas (la palma de su mano quedó mojada y un poco roja) y se puso de pie. Echavarría soltó alguna reacción entre dientes indignados, un «Pero cómo se atreve» o algo por el estilo. Mientras lo decía, mi padre, que quizás había tenido un fugaz segundo de sensatez, ya se estaba dando la vuelta para recoger su chaqueta y salir sin mirar a sus compañeros, y no vio el momento en que el cura le lanzaba la cachetada; tampoco vio —esto lo diría muchas veces, mendigando credulidades— su propia mano, que se cerraba con vida propia y se lanzaba, con toda la fuerza de los hombros volteándose, contra la boquita indignada y fruncida, contra el labio lampiño y empolvado del presbítero Echavarría. La mandíbula soltó un crujido hueco, la sotana se movió hacia atrás, como flotando, las botas bajo la sotana resbalaron en el charco y el paraguas cayó al suelo apenas un breve segundo antes que su dueño.

«Hubieras visto», me diría mi padre mucho más tarde, en frente del mar y con un brandy en la mano. «En ese momento se oía más el silencio que el aguacero».

Los actores se pusieron de pie. Los camaradas radicales se pusieron de pie. Y esto lo he pensado cada vez que recuerdo esta historia: si mi padre hubiera estado solo, o si no hubiera estado en un local de universitarios, se habría visto enfrentado a una turba enfurecida dispuesta a ensartarlo en el momento por el agravio causado; pero a pesar de algún insulto aislado y anónimo que salió de la multitud, a pesar de las miradas mortales de los dos desconocidos que ayudaron a Echavarría a levantarse, que recuperaron para él su paraguas, que le sacudieron la sotana (con una palmadita de más en la nalga ministerial), nada ocurrió. Echavarría salió de Le Boulevardier profiriendo insultos que nadie nunca le había oído decir a un clérigo en Santa Fe de Bogotá, y amenazas dignas de un marinero de Marsella, pero en eso acabó el nuevo encontronazo. Mi padre se llevó una mano a la cara, comprobó que su mejilla estaba caliente, se despidió de sus

acompañantes y llegó a su casa caminando entre la lluvia. Dos días después, a la madrugada, antes de las primeras luces, alguien golpeó a su puerta. La sirvienta abrió y no vio a nadie. La razón era evidente: los golpes no eran los de alguien que llama, sino los del martillo que apuntala un cartel.

El libelo anónimo no traía pie de imprenta, pero, por lo demás, su contenido era bien claro: se exhortaba a todos los fieles que leyeran esas líneas a negar al hereje Miguel Altamirano el saludo, el pan, el agua y el fuego; se declaraba que el hereje Miguel Altamirano era considerado endemoniado y poseso; y se proclamaba acto virtuoso, merecedor del favor divino, el matarlo sin escrúpulos como a un perro.

Mi padre lo arrancó, volvió a entrar en casa, buscó la llave del cuarto de San Alejo y recuperó una de las dos pistolas que habían llegado en el baúl de mi abuelo. Al salir se preocupó, pensando en eliminar los rastros delatores, de quitar también los pedazos de papel que habían quedado atrapados sobre la madera de la puerta, debajo de la puntilla; pero luego se dio cuenta de que la precaución era inútil, porque el mismo cartel se le cruzó diez o quince veces en el breve camino que llevaba de su casa a la imprenta que producía *La Opinión*. Es más: en el camino se le cruzaron también los dedos y las voces acusadoras, la poderosa fiscalía de los católicos que ya, sin que mediara juicio ninguno, lo habían declarado su enemigo. Mi padre, acostumbrado a atraer la atención, no lo estaba tanto a atraer la malevolencia. A los balcones de madera se asomaban los fiscales (cruces colgando sobre los pechos) y el hecho de que no se atrevieran a gritarle no era para mi padre un alivio, sino una confirmación de que lo esperaban destinos más oscuros que la mera desgracia pública. Entró a la imprenta con el cartel arrugado en la mano, preguntándoles a los hermanos Acosta, dueños del lugar, si podían identificar las máquinas responsables: no tuvo éxito. Pasó la tarde en el Club del Comercio, trató de averiguar qué pensaban sus camaradas y escuchó que las sociedades radicales ya habían tomado una decisión: responderían a sangre y fuego, quemando cada iglesia y matando a cada clérigo, si Miguel Altamirano llegaba a sufrir cualquier ataque. Se sintió menos solo, pero también sintió que la ciudad estaba a punto de sufrir una desgracia. Así que al caer la noche se dirigió a la iglesia de Santo Tomás para buscar al cura Echavarría, pensando que dos hombres que han intercambiado insultos pueden, con igual facilidad, intercambiar desagravios: pero la iglesia estaba desierta.

O casi.

Porque en las últimas filas había un bulto, o lo que mi padre, cegado al entrar por el trueque violento de la luz en oscuridad, por el tiempo que tarda la retina con todos sus conos y bastones en acomodarse a las nuevas condiciones del ambiente, había tomado por un bulto. Después de dar una vuelta por los corredores hacia el atrio, después de meterse por detrás —en zonas en las que ya era un intruso— y buscar la puerta de la parroquia y bajar los dos escaloncitos de piedra desgastada y alargar un nudillo prudente y bien educado para dar dos toques, mi padre escogió un banco cualquiera, uno que tuviera vista a las doraduras del altar, y se sentó a esperar aunque no supiera muy bien con qué palabras podía convencer a aquel fanático. Y entonces oyó que alguien decía:

«Ése es».

Se dio la vuelta y vio que el bulto se dividía en dos. De un lado, una figura en sotana, que no era la del padre Echavarría, le daba ya la espalda y salía de la iglesia; del otro, un hombre de ruana y sombrero, una especie de gigantesca campana con patas, empezó a caminar por el corredor del medio hacia el atrio. Mi padre imaginaba que bajo el sombrero de paja, en ese espacio negro en el cual pronto surgirían unas facciones humanas, los ojos del hombre lo escrutaban sin disimulo. Mi padre miró a su alrededor. Desde un óleo lo vigilaba un hombre barbudo que metía el dedo índice (éste bien cubierto de carne y piel, no como el de su mano muerta) en la herida abierta de Cristo. En otro óleo estaba un hombre con alas y una mujer que marcaba la página de su libro con otro dedo igual de cubierto: mi padre reconoció la Anunciación, pero el ángel no era chino. Nadie parecía dispuesto a sacarlo de este trance; el hombre de la ruana, mientras tanto, se acercaba sin ruidos, como resbalando sobre una lámina de aceite. Mi padre vio que llevaba alpargatas, vio los pantalones remangados y vio, colgando bajo el borde de la ruana, la punta sucia de un cuchillo.

Ninguno de los dos habló. Mi padre sabía que no podía matar al hombre allí, no porque a sus treinta y cuatro años nunca hubiera matado a nadie (siempre hay una primera vez, y mi padre manejaba la pistola tan bien como cualquiera), sino porque hacerlo sin testigos sería como condenarse anticipadamente. Necesitaba que la gente lo viera: que vieran la provocación, el ataque, la legítima defensa. Se puso de pie, salió al corredor lateral de la nave y empezó a dar pasos largos hacia el portón; en lugar de seguirlo, el hombre de la ruana se regresó por el corredor central, y banco a banco caminaron, trazando líneas paralelas, mientras mi padre iba pensando qué haría cuando se acabaran los bancos. Los contó rápidamente: seis bancos, ahora cinco, ahora cuatro.

Tres bancos.

Ahora dos.

Ahora uno.

Mi padre metió la mano al bolsillo y montó la pistola. Al acercarse ambos a la puerta de la iglesia, al converger las paralelas, el hombre se apartó la ruana y la mano del cuchillo se echó hacia atrás. Mi padre levantó la pistola montada, apuntó al centro del pecho, pensó en las tristes consecuencias de lo que estaba a punto de hacer, pensó en los curiosos que invadirían la iglesia tan pronto oyeran el estallido, pensó en el tribunal que lo condenaría por homicidio voluntario con el testimonio de esos curiosos, pensó en mi abuelo atravesado por la bayoneta y en el chino atravesado por la estaca de bambú, pensó en el pelotón que lo fusilaría contra una tapia burda y se dijo que no estaba hecho para el tribunal ni para el patíbulo, que sería cuestión de honor matar a su atacante pero que el siguiente disparo sería para su propio pecho.

Entonces disparó.

«Entonces disparé», me diría mi padre.

Pero no oyó el estallido de su propia pistola, o más bien le pareció que su disparo producía un eco jamás oído, un retumbo inédito en el mundo, porque en ese momento le llegaba, desde la vecina plaza de Bolívar, el estruendo de otros estallidos de otras muchísimas armas. Era pasada la medianoche, la fecha era 17 de abril, y el honorable general José María Melo acababa de dar un golpe de cuartel y de proclamarse dictador de aquella pobre República confundida.

Así es: el Ángel de la Historia salvó a mi padre, si bien, como se verá, lo hizo de manera transitoria y simplemente cambiando uno de sus enemigos por otro. Mi padre disparó, pero nadie oyó su disparo. Cuando salió a la calle, todas las puertas estaban cerradas y todos los balcones muertos; el aire olía a pólvora y a mierda de caballos, y a lo lejos ya se oían los gritos y los tacones sobre el adoquinado y, por supuesto, los disparos insistentes. «Yo lo supe en ese momento. Eran los ruidos que anuncian una guerra civil», me diría mi padre en tono de oráculo... Le gustaba asumir esas poses, y muchas veces a lo largo de nuestra vida juntos (que no fue larga) me ponía una mano en el hombro y me miraba alzando una ceja solemne, para contarme que había predicho esto, que aquello lo había adivinado. Me contaba algún suceso del que hubiera sido testigo indirecto y luego decía: «Se veía venir a la legua». O bien: «No sé cómo no se dieron cuenta». Sí, ése era mi padre: el hombre que después de cierta edad, de puro vapuleado por los Grandes Acontecimientos — salvado unas veces, condenado las más —, acaba desarrollando ese curioso mecanismo de defensa que consiste en predecirlos cuando ya hace muchos años que han ocurrido.

Pero permítaseme un pequeño apunte, el uso de un nuevo paréntesis. Porque siempre he creído que esa noche la historia de mi país demostró que por lo menos tiene sentido del humor. He hablado del Gran Suceso. Tomo la lupa y lo examino más de cerca. ¿Qué veo? ¿A qué le debe mi padre su improbable impunidad? Rápidamente: una noche de enero, el general Melo sale borracho de un banquete de militares, y al llegar a la plaza de Santander, donde queda su cuartel, se topa con un cabo de nombre Quirós, un pobre muchachito descuidado que anda por la calle a esas horas y sin licencia. Le hace el reclamo correspondiente, el cabo pierde los papeles y responde con insolencia, y el general Melo no ve mejor castigo que desenvainar allí mismo y cortarle el pescuezo de un sablazo. Gran escándalo en la sociedad bogotana: grandes condenas del militarismo y la violencia. El fiscal acusa; el juez está a punto de dictar auto de arresto contra el acusado. Melo piensa, con razonamiento impecable: la mejor defensa no es el ataque, es la dictadura. Tenía el ejército de veteranos bajo su mando, y lo usó para lo que le servía. ¿Quién se lo puede reprochar?

Ahora bien, lo reconozco: esto no pasa de ser chisme barato, típica habladuría —nuestro deporte nacional—, pero *caveat emptor*, y lo cuento de cualquier forma. Es cierto que en otras versiones el cabo Quirós llega tarde a su cuartel tras haberse visto envuelto en una trifulca callejera, y ya está herido cuando se topa con Melo; en otras, Quirós se ha enterado de las acusaciones que pesan sobre el general, y en su lecho de muerte lo libra de toda responsabilidad. (¿No es bonita esta versión? Tiene toda esa mística de maestro-y-discípulo, de mentor-y-protegido. Es caballeresca, y sin duda le gustó a mi padre). Pero más allá de esas varias explicaciones, una sola cosa es incontestable: el general Melo, con su pelo de lamido de vaca y su cara de Mona Lisa con papada, fue el instrumento que usó la historia para desternillarse de la risa ante el destino de nuestras jóvenes repúblicas, esos inventos mal terminados para los cuales no se pudo sacar patente. Mi padre había matado a alguien, pero ese hecho pasaría a la inexistencia cuando otro hombre, para evitar su propio enjuiciamiento como vulgar criminal, decidió tomarse por asalto esas cosas tan grandes de las que todo colombiano habla con orgullo: la Libertad, la Democracia, las Instituciones. Y el Ángel de la Historia, sentado en la platea con su gorro frigio, se revienta a carcajadas de tal manera que acaba por caerse de la silla.

Lectores del Jurado: ignoro quién habrá sido el primero en comparar la historia con un teatro (no me corresponde a mí esa distinción), pero una cosa es segura: ese espíritu lúcido no conocía el carácter tragicómico de nuestra trama colombiana, creación de dramaturgos mediocres, fabricación de escenógrafos chapuceros, producción de empresarios

inescrupulosos. Colombia es una obra en cinco actos que alguien trató de escribir en versos clásicos pero que resultó compuesta en prosa grosera, representada por actores de ademanes exagerados y pésima dicción... Pues bien, ahora yo vuelvo a ese pequeño teatro (lo haré a menudo) y vuelvo a mi escena: puertas y balcones cerrados con tranca; las manzanas aledañas al Palacio de Gobierno convertidas en pueblo fantasma. Nadie escuchó el disparo que tronó entre las paredes de piedra fría, nadie vio a mi padre salir de la iglesia de Santo Tomás, nadie lo vio salvar como una sombra las calles que lo separaban de su casa, nadie lo vio entrar a tan tardías horas de la noche con una pistola todavía caliente en el bolsillo. El hecho pequeño había sido obliterado por el Gran Suceso; la minúscula muerte de un habitante cualquiera del barrio Egipto, por la promesa de las Muertes Superlativas que son patrimonio de Nuestra Señora la Guerra. Pero he dicho antes que mi padre no hizo más que cambiar de enemigo, y así fue: eliminado el perseguidor eclesiástico, mi padre se vio perseguido por el militar. En la nueva Bogotá de Melo y sus aliados golpistas, los radicales como mi padre eran temidos por su formidable capacidad de desorden —no en vano se habían especializado con el tiempo en la organización de revoluciones y motines políticos—, y no habían pasado veinticuatro horas desde que el hombre de ruana, o más bien su cuerpo, se desplomara en la iglesia de Santo Tomás, cuando ya en toda la ciudad comenzaban los arrestos. Los radicales, estudiantes de la universidad o miembros del Congreso, recibían las visitas armadas y no demasiado amables de los hombres de Melo; los calabozos se llenaban; varios líderes temían ya por su vida.

Mi padre no se enteró de aquellas noticias por boca de sus camaradas. Un teniente del ejército traidor llegó a su casa en medio de la noche y lo despertó dando un par de culatazos en el marco de la ventana. «Pensé que mi vida había acabado en ese instante», me diría mi padre mucho después. Pero la realidad era otra: en el rostro del teniente, una mueca navegaba entre el orgullo y la culpa. Mi padre, resignado, abrió la puerta, pero el hombre no entró. Antes de que amaneciera, le dijo el teniente, vendría un pelotón a arrestarlo.

«¿Y usted cómo lo sabe?», preguntó mi padre.

«Lo sé porque el pelotón es mío», dijo el teniente, «y yo he dado la orden».

Y se despidió con el saludo masón.

Sólo entonces lo reconoció mi padre: era un miembro de la Estrella del Tequendama.

Así que tras reunir un par de enseres básicos, e incluir entre ellos la pistola asesina y la mano huesuda, mi padre buscó refugio en la imprenta de los hermanos Acosta. Se encontró con que varios de los suyos habían tenido la misma idea: ya la nueva oposición comenzaba a organizarse para devolver el país al cauce de la democracia. ¡Muerte al tirano!, se gritaba (o más bien se susurraba prudentemente, porque tampoco era cuestión de alertar a las patrullas). El hecho es que allí, en esa noche, entre prensistas y encuadernadores que sólo eran imparciales de dientes para afuera, entre esos tipos de plomo que tan pacíficos se veían pero que podían armar revoluciones enteras cuando los montaran, rodeados por cientos o quizás miles de cajoncitos de madera que contenían al parecer todas las protestas, las revoluciones, las amenazas, los manifiestos y contramanifiestos, las acusaciones y las denuncias y las vindicaciones del mundo político, varios líderes radicales se habían reunido para salir juntos de la capital tomada y planear con los ejércitos de otras provincias la campaña de recuperación. Recibieron a mi padre como si lo más natural del mundo fuera encomendarle la capitania de un regimiento, y le hablaron de sus planes. Mi padre se unió a ellos, en parte porque la compañía lo hacía sentirse a salvo, en parte por la emoción de la camaradería que siempre embarga a los idealistas; pero ya el fondo de su cabeza había tomado una decisión, y su intención fue la misma desde el principio del viaje.

Aquí acelero. Pues, así como he dedicado a veces varias páginas a tratar los sucesos de un día, en este momento mi relato me exige recorrer en pocas líneas lo que sucedió en varios meses. Acompañados por un criado, protegidos por la oscuridad de la noche sabanera y bien armados, los defensores de las instituciones salieron de Bogotá. Subiendo por el cerro de Guadalupe a páramos desiertos donde hasta los frailejones se morían de frío, bajando a tierras calientes sobre mulas voluntariosas y hambrientas que habían comprado en el camino, llegaron a orillas del río Magdalena, y después de ocho horas en una accidentada canoa entraban en Honda y la declaraban cuartel general de la resistencia. Durante los meses que siguieron, mi padre reclutó hombres, consiguió armamentos y organizó piquetes, marchó como voluntario del general Franco y regresó derrotado de Zipaquirá, escuchó al general Herrera predecir su propia muerte y luego vio realizarse la profecía, trató de organizar un Gobierno alterno en Ibagué y fracasó en el intento, decretó la convocatoria del Congreso que el dictador había dispersado, reunió él solo un batallón de jóvenes exiliados bogotanos o santafereños y lo incorporó al ejército del general López, recibió a lo largo de los días definitivos las noticias tardías pero victoriosas que llegaban de Bosa y de Las Cruces y de Los Egidos, supo que el tres de diciembre los nueve mil hombres del ejército entraban a Santa Fe o a Bogotá, y entonces, mientras sus compañeros lo celebraban comiendo truchas a la diablo y

bebiendo más brandy del que mi padre había visto nunca, pensó que lo celebraría con ellos, bebería su propio brandy y terminaría su propia trucha, y luego les diría la verdad: él no formaría parte de la marcha triunfal, él no entraría en la ciudad recobrada.

Sí, eso les explicaría: que no le interesaba regresar, porque la ciudad, aunque se hubiera recuperado para la democracia, continuaba estando perdida para él. No volvería nunca a vivir en ella, les diría, pues la vida allí le parecía acabada, como si le perteneciera a otro hombre. En Bogotá había matado, en Bogotá se había escondido, nada quedaba para él en Bogotá. Pero no lo entenderían, por supuesto, y los que lo entendieran se negarían a creerle o tratarían de convencerlo con frases como *la ciudad de tus padres* o *de tus luchas* o *la ciudad que te vio nacer*, y él tendría que mostrarles, a manera de prueba irrefutable y fehaciente de su nuevo destino, la mano del chino muerto, el índice que siempre apunta, como por arte de magia, a la provincia de Panamá.

II. Las revelaciones de Antonia de Narváez

A las nueve de la mañana del 17 de diciembre, mientras en Bogotá se le perdonaba la vida al general Melo, en el puerto fluvial de Honda mi padre subía al vapor inglés *Isabel*, de la compañía de John Dixon Powles, que hacía de manera corriente la ruta entre el interior y el Caribe. Ocho días más tarde, después de pasar la Nochebuena a bordo, llegaba a Colón, puerto panameño que por esos días no había cumplido todavía los tres años de edad y sin embargo ya hacía parte del Club de los Lugares Esquizofrénicos. Los fundadores habían escogido bautizar la ciudad con el nombre de don Cristóbal, el despistado genovés que por puro azar se dio de narices contra una isla caribeña y sin embargo pasó a la historia como descubridor del continente; pero los gringos que construían el ferrocarril no leyeron la ordenanza, o quizás la leyeron sin entenderla —su español, seguramente, no era tan bueno como creían—, y acabaron imponiendo su propio nombre: Aspinwall. Con lo cual Colón fue Colón para los nacionales y Aspinwall para los gringos, y Colón-Aspinwall para los demás (el espíritu de conciliación nunca ha faltado en Latinoamérica). Y a esa ciudad sin pasado, a esa ciudad embrionaria y ambigua, llegó Miguel Altamirano.

Pero antes de contar su llegada y todo lo que sucedió como consecuencia, quiero y debo hablar de una pareja sin cuya asistencia, puedo asegurarle, yo no sería lo que soy. Y esto lo digo, como verán, literalmente.

Hacia 1835, el ingeniero William Beckman (Nueva Orleans, 1801-Honda, 1855) había remontado el Magdalena en misión privada y con ánimo de lucro, y meses después fundaba una compañía de botes y champanes para la explotación comercial de la zona. Muy pronto el espectáculo se volvió cotidiano para los habitantes de los puertos: rubio, casi albino, Beckman llenaba la canoa con diez toneladas de mercancía, cubría las cajas de madera con cuero de res y se echaba a dormir sobre el cuero, debajo de las hojas de palma de las cuales dependía su piel y por lo tanto su vida, y así subía y bajaba por el río, de Honda a Buenavista, de Nare a Puerto Berrío. Al cabo de un lustro de no poco éxito, durante el cual había llegado a dominar el comercio de café y de cacao entre las provincias ribereñas, el ingeniero Beckman (fiel a su naturaleza de aventurero, al fin y al cabo) decidió invertir las breves riquezas acumuladas en la azarosa sociedad de don Francisco Montoya, que por esos días encargaba a Inglaterra un vapor que se adecuara al río. El *Union*, construido en los astilleros de la Mala Real Británica, entró en río en enero de 1842, subió hasta La Dorada, a seis leguas de Honda, y fue recibido por alcaldes y militares con honores que envidiaría un ministro. Se llenó de cajas de tabaco —«el suficiente para enviar a todo el Reino Unido», contaría Beckman recordando esos años— y navegó sin contratiempos hasta la boca del río de la Miel... donde también ese vapor inglés, igual que los demás personajes de este libro, tuvo su encuentro con el siempre impertinente (el fastidioso, el metiche) Ángel de la Historia. Beckman ni siquiera se había enterado de que la guerra civil del momento (¿es otra o la misma?, preguntó) hubiera llegado hasta esos lugares; pero tuvo que rendirse a la evidencia, pues en cuestión de horas el *Union* se había enzarzado en un combate con bongos de filiación política indefinida, una bala de cañón le había roto las calderas, y así decenas de toneladas de tabaco, además de todo el capital del ingeniero, se iban a pique sin que se llegaran a conocer siquiera las razones del ataque.

He dicho que se fueron a pique. No es exacto: el *Union* alcanzó a acercarse a la orilla después del cañonazo, y no se hundió por completo. Durante años, sus dos chimeneas fueron visibles para los pasajeros que recorrían el río, rompiendo las aguas amarillas como ídolos perdidos de la isla de Pascua, como sofisticados menhires de madera. Mi padre las vio, de seguro; yo las vi cuando llegó mi turno... y el ingeniero Beckman las vio y las seguiría viendo con cierta frecuencia, pues nunca regresaría a Nueva Orleans. Para el día del semi-hundimiento, ya se había enamorado, ya había pedido aquella mano —que para él no indicaba viajes, sino quietudes—, y se casaría en los primeros días de su quiebra, ofreciéndole a su nueva esposa una luna de miel barata en la otra orilla del río. Gran desilusión de parte de la (buena) familia de la damita, bogotanos de pocos medios y muchas aspiraciones, escaladores sociales que hubieran dejado en ridículo a cualquier Rastignac, que tenían por costumbre pasar largas temporadas en su hacienda de Honda y que se habían considerado tan bienaventurados cuando ese gringo rico había puesto los ojos, azules bajo las cejas blancas, sobre

la niña rebelde de la casa. ¿Y quién era la afortunada muchachita? Una veinteañera de nombre Antonia de Narváez, torera aficionada en los encierros del Santo Patrón, jugadora ocasional y cínica por convicción.

¿Qué sabemos de Antonia de Narváez? Que había querido viajar a París, pero no para conocer a Flora Tristán, lo cual le parecía una pérdida de tiempo, sino para leer a Sade en su lengua original. Que se había hecho brevemente famosa en los salones de la capital por despreciar en público la memoria de Policarpa Salavarrieta («Eso de morir por la patria es cosa de desocupados», había dicho). Que había movido las pocas influencias de su familia para conocer por dentro el Palacio de Gobierno, que le concedieron el permiso y que la echaron a los diez minutos, cuando preguntó al obispo dónde estaba la famosa cama en que Manuela Sáenz, la amante más célebre de la historia colombiana, se había jodido al Libertador.

Lectores del Jurado: oigo desde aquí su perplejidad, y me preparo a paliarla. ¿Toleran ustedes que haga una breve revisión de ese fundamental momento histórico? Doña Manuela Sáenz, quiteña de nacimiento, ha dejado a su legítimo (y aburridísimo) esposo, un tal James o Jaime Thorne; en 1822, el Libertador Simón Bolívar hace su entrada triunfal en Quito; poco después, ídem en Manuela. Se trata de una mujer extraordinaria: es diestra sobre un caballo y magnífica con las armas, y durante la gesta de la Independencia Bolívar logra comprobarlo en carne propia: Manuela monta tan bien como tira. Pesimista ante la condena social, Bolívar le escribe: «Nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y el honor». Manuela le responde llegando sin anunciarse a su casa y mostrándole, a golpes de cadera, lo que opina de los auspicios. Y el 25 de septiembre de 1828, mientras el Libertador y su Libertadora gozan de múltiples Libertinajes en el lecho presidencial de esa Colombia incipiente, un grupo de conspiradores envidiosos —generales de muchos soles cuyas mujeres ni montan ni tiran— deciden que aquel coitus quedará interruptus: intentan asesinar a Bolívar. Con la ayuda de Manuela, Simón da un salto, escapa por la ventana y va a esconderse debajo de un puente. Pues bien, es aquella nefanda cama septembrina la que Antonia de Narváez quiso conocer como si se tratara de una reliquia, lo cual, para ser sinceros, quizás era.

Y en diciembre de 1854, la noche en que mi padre celebra con trucha y con brandy la victoria de los ejércitos democráticos sobre la dictadura de Melo, Antonia de Narváez cuenta esa anécdota. Así de simple. Se acuerda de la anécdota de la cama, y la cuenta.

Para este momento, Antonia llevaba doce años de matrimonio con el señor William Beckman, es decir, los mismos que le llevaba el marido a su mujer. Tras el desastre del *Union*, Beckman había aceptado una parte de la hacienda de sus suegros —dos fanegadas ribereñas— y había construido en ella una casa de paredes blanqueadas y siete habitaciones en la cual recibía a pasajeros ocasionales, e incluso a los tripulantes de algún vapor norteamericano que quisieran volver a oír su lengua aunque sólo fuera por una noche. La casa estaba rodeada por una platanera y una labranza de yuca; pero sus ingresos más importantes, los que daban de comer a la pareja, provenían de uno de los leñateos más frecuentados del Magdalena. Así ocupaba sus días Antonia de Narváez de Beckman, la mujer que en otras tierras y en otra vida hubiera muerto en la hoguera o tal vez hecho una fortuna con novelas eróticas publicadas bajo seudónimo: dando posada y comida a los viajeros del río y dando madera para las calderas de los vapores. Ah, sí: los ocupaba también escuchando las canciones insoportables que su marido, enamorado del paisaje que le había tocado en suerte, sacaba de quién sabe dónde y acompañaba con un banjo desgraciado:

*In the wilds of fair Colombia, near the equinoctial line,
Where the summer last forever and the sultry sun doth shine,
There is a charming valley where the grass is always green,
Through which flow the rapid waters of the Muddy Magdalene.*

También mi padre conoció esa canción, también mi padre se enteró por ella de que Colombia es un lugar vecino del equinoccio donde el verano es eterno (el autor, visiblemente, nunca llegó a Bogotá) y donde se nos dice que el sol es sofocante para enseguida aclarar que el sol brilla. Pero hablábamos de mi padre. Miguel Altamirano nunca me dijo si había aprendido la canción la noche misma de la victoria, pero esa noche ocurrió lo inevitable: brandy, banjo, balada. La casa Beckman, espacio natural de foráneos, lugar de encuentro de gente de paso, fue anfitriona de aquella noche en la que soldados borrachos salieron a la playa de Caracolí y armaron, con la aquiescencia (y las camisas, y los pantalones) del dueño del lugar, un monigote lleno de paja que hizo las veces del dictador recién derrotado. No sé cuántas veces he imaginado las horas que siguieron. Los soldados comienzan a caer sobre la húmeda arena del río, vencidos por la chicha

local —el brandy se reserva a los oficiales, cuestión de jerarquía—; los anfitriones y los dos o tres huéspedes de alto rango, entre los cuales está mi padre, apagan la fogata en la que yacen los restos del dictador calcinado y vuelven al salón. El servicio prepara un agua de panela fría; la conversación empieza a girar alrededor de las vidas bogotanas de los presentes. Y en ese momento, mientras Manuela Sáenz yace enferma en una remotísima ciudad peruana, Antonia de Narváez habla entre carcajadas del día en que fue a conocer la cama donde Manuela Sáenz amó a Bolívar. Y entonces es como si mi padre la viera por primera vez, como si ella, al ser vista, viera por primera vez a mi padre. El idealista y la cínica habían compartido alcohol y comida toda una tarde, pero al hablar de la amante del Libertador se percataron por primera vez de sus mutuas existencias. Alguno de los dos recordó el romance que ya circulaba por la República reciente:

Bolívar, enhiesta espada:
«Manuela, vendrás conmigo».
«Simón, tu espada yo sigo,
Mi vaina bien aceitada».

Y eso fue como el sello de lacre que se le pone a una carta secreta. No puedo asegurar que Antonia y mi padre se hayan sonrojado al percatarse del carácter (obscuramente) simbólico que las figuras de Manuela y Simón habían asumido para ellos; pero tampoco quiero tomarme el trabajo de imaginarlo, pues no los someteré, Lectores del Jurado, a las calidades y las formas con que ocurrió esa especie de danza, ese apareamiento completo que puede darse entre dos personas sin que ni por un instante despeguen las nalgas de las sillas. Pero en esas últimas horas, antes de que cada uno se retire a su habitación, sobre la mesa de nogal macizo vuelan comentarios ingeniosos (de parte del macho), carcajadas sonoras (de la otra parte), intercambios de agudezas que son la versión humana de los perros oliéndose las colas. Para el señor Beckman, que todavía no ha leído *Las amistades peligrosas*, esos rituales de apareamiento civilizado pasan desapercibidos.

Y todo por una simple anécdota sobre Manuela Sáenz.

Esa noche y las noches que siguen, mi padre, con esa capacidad que tienen los progresistas para encontrar grandes personalidades y causas loables donde no hay ni lo uno ni lo otro, piensa en lo que ha visto: una mujer inteligente y sagaz e incluso un poco pícaro, una mujer que merecería un mejor destino. Pero mi padre es humano, a pesar de todo lo que se ha sugerido, y piensa también en el lado físico y potencialmente tangible del asunto: una mujer de cejas negras, delgadas pero densas como... La cara adornada por los zarcillos de oro que habían sido de... Y todo eso borseado por un pañuelo de algodón que le cubría el pecho firme como... Ya lo ha percibido el lector: mi padre no era un narrador nato, como yo, y no hay que exigirle demasiada destreza a la hora de encontrar el mejor símil para unas cejas o unos senos, ni de recordar los orígenes de unas humildes joyas de familia; pero me complace dejar por sentado que mi padre nunca olvidó ese pañuelo, blanco y simple, que Antonia de Narváez siempre llevaba en las noches. Las temperaturas de Honda, que tan violentas son durante el día, bajan bruscamente cuando se hace oscuro, y traen enfriamientos y reumatismos a los desprevenidos. Un pañuelo blanco es una de las formas que los lugareños tienen de defenderse de aquellos crueles imprevistos tropicales: la indigestión, la fiebre amarilla y la pernicioso, la simple calentura. Es raro que un lugareño se vea afectado por estas dolencias (la residencia crea inmunidades); pero que le ocurran a un bogotano es normal, casi cotidiano, y las posadas, en estos lugares donde conseguir un médico puede tardar días, suelen estar preparadas para tratar los casos menos graves. Y una noche, mientras en el resto de Honda los cristianos terminan de rezar la novena, mi padre, que todavía no ha leído *El enfermo imaginario*, siente pesada la cabeza.

Y aquí, para nuestra (poca) sorpresa, las versiones se contradicen. Según mi padre, hacía dos noches que se había marchado de la posada Beckman, porque el vapor *Isabel* había llegado ya al puerto y la escala de aprovisionamiento —madera, café, pescado fresco— duraba más de lo previsto por cuenta de un daño en las calderas. Según Antonia de Narváez, el daño en las calderas nunca existió, mi padre era todavía su huésped, y esa tarde contrató a dos porteadores para que llevaran sus cosas al *Isabel*, pero todavía no había pasado la primera noche a bordo del vapor inglés. Según mi padre, eran las diez de la noche cuando le pagó a un niño de pantalones rojos, hijo de pescadores, para que fuera a la posada del gringo y avisara a la dueña que había un afiebrado a bordo. Según Antonia de Narváez, fueron los mismos porteadores los que se lo dijeron, mirándose con sorna entre ellos y jugando todavía con el medio real que habían recibido como propina. Las dos partes se ponen de acuerdo, por lo menos, sobre un hecho, que por lo demás ha dejado consecuencias verificables y cuya negación, desde un punto de vista histórico, es inútil.

Armada con un maletín de médico, Antonia de Narváez subió al *Isabel* y entre los doscientos cincuenta y siete

camarotes encontró sin preguntar el del afiebrado; al entrar lo encontró acostado sobre un catre de lona, no sobre la cómoda cama principal, y cubierto con una frazada. Le puso una mano en la frente y no notó calenturas de ningún tipo; y sin embargo, sacó del maletín un frasco de quinina y le dijo a mi padre que sí, que tenía un poco de fiebre, que tomara cinco granos con el café de la mañana. Mi padre le preguntó si no era recomendable en estos casos un baño de fricción con agua y alcohol. Antonia de Narváez asintió, sacó dos frascos más del maletín, se remangó la blusa y le pidió al enfermo que se quitara la camisa, y para mi padre el olor penetrante del alcohol de farmacia quedaría para siempre asociado al momento en que Antonia de Narváez, con las manos húmedas todavía, apartaba la frazada, se desenredaba del cuello el pañuelo blanco y con un ademán levemente pornográfico se levantaba las enaguas y se sentaba a horcajadas sobre los calzoncillos de lana.

Era 16 de diciembre y el reloj daba las once de la noche; habían pasado exactamente cuarenta y nueve años —es una lástima que las simetrías que tanto gustan a la historia no nos hayan regalado la cifra redonda del medio siglo— desde que la ciudad de Honda, que en otro tiempo fue punto neurálgico del comercio colonial y niña malcriada de los españoles, cayera destruida por un terremoto a las once de la noche del 16 de junio de 1805. Las ruinas existían aún esa noche: a poca distancia del *Isabel* estaban las arcadas de los conventos, las esquinas de cal y canto que fueron antes paredes enteras; y ahora puedo imaginar, porque ninguna regla de la verosimilitud me lo prohíbe, que las violentas sacudidas del catre hayan evocado aquellas ruinas para los amantes. Ya lo sé, ya lo sé: puede que la Verosimilitud guarde silencio, pero el Buen Gusto da un brinco y me reprocha semejante concesión a la sensiblería. Pero prescindamos de su opinión por un instante: todo el mundo tiene derecho a un momento kitsch en la vida, y éste es el mío... Porque a partir de este instante ya estoy de cuerpo presente en mi relato. Aunque decir *cuerpo* sea quizás una hipérbole.

A bordo del *Isabel*, mi padre y Antonia de Narváez reproducen, en 1854, los temblores de 1805; a bordo de Antonia de Narváez, la biología, la traicionera biología, empieza a hacer de las suyas con calores y fluidos; y en su habitación, a bordo de su cama y protegido por la muselina, el señor Beckman, que todavía no ha leído *Madame Bovary*, suspira de contento sin albergar la más mínima sospecha, cierra los ojos para escuchar mejor el silencio del río, y casi sin querer comienza a canturrear:

*The forest on your banks by the flood and earthquake torn
Is madly on your bosom to the mighty Ocean borne.
May you still roll for ages and your grass be always green
And your waters aye be cool and sweet, oh Muddy Magdalene.*

Ah, los bosques de la ribera, las aguas frescas y dulces del Turbio Magdalena... Hoy, mientras escribo cerca del Támesis, mido la distancia que hay entre los dos ríos, y me maravilla que ésta sea la distancia de mi vida. He acabado mis días, Eloísa querida, en tierras inglesas. Y ahora me siento con derecho a preguntar: ¿no es muy apropiado que haya sido un vapor inglés el escenario de mi concepción? El círculo se cierra, la serpiente se muerde la cola, todos esos lugares comunes.

Lo anterior lo escribo para beneficio de los lectores más sutiles, los que aprecian el arte de la alusión y la sugerencia. Para los más brutos, escribo simplemente: sí, lo han comprendido ustedes. Antonia de Narváez era mi madre.

Sí, sí, sí: lo han comprendido ustedes.

Yo, José Altamirano, soy un hijo bastardo.

Después de su encuentro en el camarote del *Isabel*, de la fiebre fingida y los orgasmos genuinos, comenzó entre mi padre y Antonia de Narváez una brevísima correspondencia cuyas instancias más importantes debo presentar ahora como parte de mi argumento (*i.e.*, raciocinio empleado para convencer a otro) y también de mi argumento (*i.e.*, cuestión de que trata un relato). Pero debo hacerlo estableciendo previamente ciertas precisiones. Esta labor de arqueólogo familiar que he llevado a cabo —ya oigo las objeciones que he oído toda la vida: lo mío no fue realmente una familia; yo no tengo derecho a ese respetable sustantivo— se basa, de vez en cuando, en documentos tangibles; y es por eso que ustedes, Lectores del Jurado, tienen y tendrán en algunos pasajes de lo narrado las incómodas responsabilidades de un juez.

El periodismo es la corte de nuestros días. Así pues: declaro que los documentos que siguen son perfectamente genuinos. Es verdad que soy colombiano, y que todos los colombianos son mentirosos; pero debo hacer constar lo siguiente (y aquí levanto la mano derecha sobre la Biblia o el libro que haga sus veces): lo que transcribo a continuación es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Nadie se opondrá a que glose aquí y allá ciertos pasajes que, fuera

de contexto, pueden resultar oscuros. Pero no he interpolado una sola palabra, ni alterado un énfasis, ni cambiado un sentido. *So help me God.*

Carta de Miguel Altamirano a Antonia de Narváez

Barranquilla, sin fecha

Se burlará usted, pero no dejo de recordarla. Y de compadecerla, pues ha debido usted volver a quien no ama, mientras yo me alejo inexorablemente de quien idolatro^[1]. ¿Son desmedidas mis palabras, es ilegítima esta emoción? [...] Hemos desembarcado ayer; hoy atravesaremos la llanura arenosa que nos separa de Salgar, donde espera el vapor que nos llevará a destino. La visión del Gran Océano Atlántico, ruta de mi futuro, me proporciona un muy bienvenido sosiego. [...] Viaja conmigo un extranjero simpático, ignorante de nuestra lengua pero bien dispuesto a aprenderla. Ha abierto su diario de viaje y me ha enseñado recortes del *Panama Star* que versan, he creído leer, sobre los avances del ferrocarril. En respuesta, he querido hacerle comprender que aquella oruga de hierro, capaz de conquistar palmo a palmo la jungla espesa, era también objeto de mis admiraciones más profundas; ignoro, sin embargo, si he logrado transmitírselo.

Carta de Antonia de Narváez a Miguel Altamirano

Sin lugar, día de Navidad

Son desmedidas sus palabras y es ilegítima su emoción. El nuestro, señor, ha sido un encuentro cuyas razones todavía no acierto a entender y además me niego a explorar; de nada me arrepiento, pero ¿a qué fingir interés por lo que no es más que un accidente? No parece que nuestro destino sea encontrarnos; le aseguro, en todo caso, que haré lo que de mi parte esté para que ello no suceda. [...] Mi vida está aquí, señor mío, y aquí ha de permanecer, tal como he de permanecer yo al lado de mi marido. No puedo admitir que pretenda usted, en acto de increíble arrogancia, saber dónde se encuentra mi corazón. Me veo obligada a recordarle que a pesar del inefable suceso, usted, don Miguel, no me conoce. ¿Son crueles mis palabras? Tómelas como le plazca.

Carta de Miguel Altamirano a Antonia de Narváez

Colón, 29 de enero de 1855

Por fin ha sucedido: se ha inaugurado el ferrocarril, y ha sido mi privilegio ser testigo de tan inmenso paso hacia el Progreso. La ceremonia, en mi modestísima opinión, no ha sido tan fastuosa como conviene al acontecimiento; pero ha asistido a ella el Pueblo en pleno, los representantes extraoficiales de toda la Humanidad, y en estas calles se escucharon todas las lenguas que ha inventado el genio del hombre^[2]. [...] Entre la multitud, verdadera Arca de las razas humanas, me sorprendió reconocer a cierto teniente melista, cuyo nombre no vale la pena dejar por escrito. Fue expulsado a Panamá como pena por participar en el golpe de cuartel, sí, el mismo que mis humildes oficios contribuyeron a derrocar. Cuando me lo explicó, lo confieso, me quedé atónito. ¿Panamá, castigo de rebeldes? ¿El Istmo, esta Residencia del Futuro, convertido en destino para los enemigos de la democracia? Poco pude revirarle. Hube de rendirme a la evidencia; lo que yo considero un premio, uno de los más grandes que me ha concedido mi vida sin méritos, es para mi propio Gobierno una desgracia sólo menor que el cadalso. [...] Sus palabras, señora, son dagas que se hunden en mi corazón. Desprécieme usted, pero no me desconozca; insúlteme, pero no me ignore. Soy, desde aquella noche, su servidor obsecuente, y no cierro las puertas a nuestro reencuentro. [...] El clima en el Istmo es formidable. Sus cielos son limpios, el aire es dulce. Su reputación, puedo decirlo ahora, es una tremenda injusticia.

Carta de Miguel Altamirano a Antonia de Narváez

Colón, 1 de abril de 1855

El clima es mortal. Llueve sin parar, las casas se inundan; los ríos se desbordan y la gente duerme en las copas de los árboles; sobre los charcos de agua quieta flotan verdaderos enjambres de zancudos que parecen langostas de la vieja Babilonia; hay que cuidar los vagones como si fueran niños de brazos por miedo a que los devore la humedad. La peste reina en el Istmo, y los hombres se pasean enfermos por la ciudad, mendigando los unos el vaso de agua que les baje la fiebre, arrastrándose los otros hasta las puertas del hospital, con la ilusión de que un milagro les salve la vida. [...] Hace ya unos días que hemos recuperado el cadáver del teniente Campillo; ahora es lícito poner su nombre sobre la página, pero no por ello es menos doloroso^[3]. [...] Debo considerar que se ha extraviado su respuesta; lo contrario sería inadmisibile. Señora, hay una conspiración del destino que me prohíbe el olvido, pues en mi camino se cruzan constantemente mensajeros de la memoria. Las vidas de los lugareños comienzan cada mañana con el ritual sagrado del

café y la quinina, que los protege de los fantasmas de la fiebre; y yo mismo he adoptado las costumbres de quienes frecuento, pues las juzgo saludables. Así, ¿qué puedo hacer si cada minúsculo grano me trae el sabor de nuestra noche? ¿Qué puedo hacer?

Carta de Antonia de Narváez a Miguel Altamirano

Honda, 10 de mayo de 1855

No me escriba, señor, y no me busque. Doy por cerrado este intercambio y por olvidado lo que hubo entre nosotros. Mi marido ha muerto; sepa, don Miguel Altamirano, que desde hoy yo he muerto para usted^[4].

Carta de Miguel Altamirano a Antonia de Narváez

Colón, 29 de julio de 1855

Es con el rostro desfigurado por la incredulidad que repaso su escueto mensaje. ¿Espera usted, realmente, que acate sus órdenes? Al darlas, ¿pretende usted poner mis sentimientos a prueba? Me deja usted, señora mía, en situación imposible, pues obedecer su mandato sería destruir mi amor, y no hacerlo sería contrariarla. [...] No tiene usted razones para dudar de mis palabras: la muerte de Mr. William Beckman, hombre honorable y huésped predilecto de nuestra patria, me ha conmovido profundamente. Peca usted por parquedad, señora mía, e ignoro si estaré cometiendo una imprudencia al inquirir sobre las circunstancias de la tragedia en el mismo folio que transmite a usted mis más sinceras condolencias. [...] Deseo tanto volver a verla... Pero no puedo atreverme a solicitar su presencia, y en veces pienso que es acaso esto lo que la ha ofendido a usted. Si es así, le ruego me entienda: aquí no hay mujeres ni hijos. Tan insalubre es esta tierra, que los hombres prefieren la soledad durante el curso de su estadía. Saben, porque así lo ha dictado la experiencia, que traer consigo a su familia es condenarla a la muerte con tanta eficacia como si les clavaran un machete en el pecho^[5]. Estos hombres, que han venido para cruzar de un océano al otro hacia las minas de oro del país de California, buscan la riqueza instantánea, es cierto, y están dispuestos a apostar la propia vida; pero no la de sus seres queridos, pues ¿a quién volverán con los bolsillos llenos de polvo de oro? No, señora mía; si hemos de vernos de nuevo, será en parajes más amables. Es por eso que espero un llamado suyo; una palabra, una sola, y acudiré a su lado. Mientras llega ese momento, mientras me concede usted la gracia de su compañía,

permanezco de usted,

Miguel Altamirano

Eloísa querida: esta carta no obtuvo respuesta.

Ni tampoco la siguiente.

Ni tampoco la siguiente.

Y así termina la correspondencia, por lo menos para efectos de este relato, entre los dos individuos que con el tiempo y ciertas circunstancias me he acostumbrado a llamar padres. El lector de las páginas precedentes buscará en vano una referencia al embarazo de Antonia de Narváez, ya no digamos al nacimiento de su hijo. También las cartas que no he copiado se preocupan por ocultar meticulosamente las primeras náuseas, el vientre crecido, y, por supuesto, los detalles del parto. Así que Miguel Altamirano tardaría mucho en saber que su esperma había hecho de las suyas, que un hijo de su sangre había nacido en el interior del país.

La fecha de mi nacimiento fue siempre un pequeño misterio doméstico. Mi madre celebró mi cumpleaños indistintamente el 20 de julio, el 7 de agosto y el 12 de septiembre; yo, por una simple cuestión de dignidad, nunca lo he celebrado. En cuanto a lugares, puedo decir lo siguiente: al contrario que la mayoría de seres humanos, yo conozco el de mi concepción, pero no el de mi nacimiento. Antonia de Narváez me dijo una vez, y luego se arrepintió de haberlo hecho, que había nacido en Santa Fe de Bogotá, en una cama gigantesca forrada de cuero sin curtir y junto a una silla en cuyo espaldar aparecía grabado un cierto escudo nobiliario. En días de tristeza, mi madre anulaba esa versión: yo había nacido en medio del Turbio Magdalena, en un bongo que navegaba de Honda a La Dorada, entre pacas de tabaco y remeros asustados ante el espectáculo de aquella blanca desquiciada y sus piernas abiertas. Pero lo más probable, visto todo con los ojos de la evidencia, es que el parto haya tenido lugar en tierras firmes y ribereñas de la predecible ciudad de Honda, y, para ser exactos, en esa misma habitación de la posada Beckman donde el dueño, el hombre bonachón que hubiera sido mi padrastro, se metió una escopeta en la boca y tiró del gatillo al saber que no era suyo lo que había en el vientre hinchado.

Siempre lo he pensado: es de admirar la frialdad con que mi madre cuenta en su carta que «mi marido ha muerto», cuando en realidad se refiere a un suicidio espantoso que la atormentó durante décadas y del cual nunca dejaría de

sentirse en parte culpable. Desde mucho antes de su miserable destino de cornudo tropical, Beckman había pedido —ya se sabe cómo son las últimas voluntades de estos aventureros— que lo enterraran en el *Muddy Magdalene*; y una madrugada su cuerpo fue llevado, ya no en bongo sino en champán, a la mitad del río, y arrojado por la borda para que se hundiera en las aguas profusamente adjetivadas de aquella canción insoportable. Con los años se volvería protagonista de las pesadillas de mi niñez: una momia envuelta en lona que salía a la playa, echando agua por el hoyo de su nuca perforada y medio devorada por los bocachicos, para castigarme por mentir a mis mayores o por matar pájaros a pedradas, por decir malas palabras o por aquella vez en que le arranqué las alas a una mosca y la mandé a joder a pie. La figura blanca del suicida Beckman, mi padre putativo y muerto, fue la peor amenaza de mis noches hasta que pude leer, por la primera de muchas veces, la historia de un tal capitán Ahab.

(La mente genera asociaciones que la pluma no puede aceptar. Ahora, mientras escribo, recuerdo una de las últimas cosas que me contó mi madre. Poco antes de morir en Paita, Manuela Sáenz recibió la visita de un gringo medio loco que estaba de paso por el Perú. El gringo, sin siquiera quitarse el sombrero de ala ancha, le explicó que estaba escribiendo una novela sobre ballenas. ¿Se podían ver ballenas por allí? Manuela Sáenz no supo qué contestar. Murió el 23 de noviembre de 1856, pensando no en Simón Bolívar, sino en las ballenas blancas de un pobre novelista fracasado).

Así, sin coordenadas precisas, privado de lugares y fechas, comencé a existir. La imprecisión se hacía extensiva a mi nombre; y para no aburrir al lector nuevamente con el cliché narrativo de los problemas-de-identidad, del facilísimo *what's-in-a-name*, me limitaré a decir que fui bautizado —sí, con chorro de agua bendita y todo: mi madre podía ser una iconoclasta convencida, pero no quería que su único hijo acabara en el Limbo por su culpa— como José Beckman, hijo del gringo loco que se mató de nostalgia antes de conocer su descendencia, y poco después, tras una o dos confesiones de mi madre atormentada, me transformé en José de Narváez, hijo de padre desconocido. Todo eso, claro, antes de llegar al apellido que por sangre me correspondía.

El asunto es que comencé, por fin, a existir; comienzo a existir en estas páginas, y mi relato se hará en adelante a través de la primera persona.

Yo soy el que cuenta. Yo soy el que soy. Yo. Yo. Yo.

Ahora, después de haber presentado la correspondencia escrita que tuvo lugar entre mis padres, debo ocuparme de otra forma muy distinta de correspondencias: aquella que se da entre dos almas gemelas, sí, esa correspondencia *doppelgänger*. Oigo murmullos en el público. Lectores inteligentes, lectores que siempre van un paso adelante del narrador, ya comienzan ustedes a intuir de qué se trata; ya adivinan que se comienza a proyectar sobre mi vida la sombra de Joseph Conrad.

Y así es: porque ahora que el tiempo ha pasado y puedo ver los hechos con claridad, disponerlos sobre el mapa de mi vida, me doy cuenta de las líneas transversales, los sutiles paralelos que nos han mantenido conectados desde mi nacimiento. La prueba es ésta: no importa cuánto me empeñe en contar mi vida, hacerlo es, inevitablemente, contar la del otro. En virtud de afinidades físicas, según dicen los expertos, los gemelos que han sido separados al nacer se pasan la vida sintiendo los dolores y las angustias que agobian al otro, aunque nunca se hayan visto y aunque un océano los separe; en el plano de las afinidades metafísicas, que son propiamente las que me interesan, la cosa toma un cariz distinto, pero también ocurre. Sí, no hay duda de que también ocurre. Conrad y Altamirano, dos encarnaciones de un mismo José, dos versiones del mismo destino, dan fe de ello.

¡No más filosofía, no más abstracciones!, reclaman los más escépticos. ¡Ejemplos! ¡Queremos ejemplos! Pues bien, tengo los bolsillos llenos de ellos, y nada me parece más fácil que producir unos cuantos para saciar la sed periodística de ciertos espíritus inconformes... Puedo referir que en diciembre de 1857 nace un niño en Polonia, es bautizado Jozef Teodor Konrad Korzeniowski, y su padre le dedica un poema: «A mi hijo nacido en el 85.º aniversario de la opresión moscovita». Al mismo tiempo, en Colombia, un niño también llamado José recibe como regalo de Navidad una caja de pasteles, y durante varios días se dedica a dibujar soldados sin coraza que humillan a los opresores españoles. Mientras que yo, a los seis años de edad, escribía para un tutor bogotano mis primeras composiciones (una de ellas sobre un abejorro que sobrevolaba el río), Jozef Teodor Konrad Korzeniowski, que todavía no cumplía los cuatro, escribía a su padre: «No me gusta que me piquen los zancudos».

¿Más ejemplos, Lectores del Jurado?

En 1863, yo escuchaba a los adultos hablar de la revolución liberal y de su resultado, la Constitución de Rionegro, secular y socialista; en el mismo año, Jozef Teodor Konrad Korzeniowski también era testigo de una revolución en el mundo adulto que lo rodeaba, la de los nacionalistas polacos contra el zar ruso, revolución que llevaría a la cárcel, al

destierro o al paredón a muchos de sus parientes. Mientras que yo, a los quince años, comenzaba a hacer preguntas sobre la identidad de mi padre —en otras palabras, comenzaba a traerlo a la vida—, Jozef Teodor Konrad Korzeniowski observaba al suyo abandonarse poco a poco a la tuberculosis —en otras palabras, entrar en la muerte—. Para 1871 o 1872, Jozef Teodor Konrad Korzeniowski ya ha empezado a anunciar el deseo de irse de Polonia y hacerse marinero, aunque nunca antes en su vida ha visto el mar. Y debió de ser por esa época de mis dieciséis o diecisiete años que comencé a amenazar a mi madre con largarme de su casa y de la ciudad de Honda, con desaparecer para siempre de su vista, a menos que... Si ella no quería perderme para siempre, lo mejor era que...

Así fue: de la duda pacífica pasé sin transición a la inquisición salvaje. Lo que sucedió en mi cabeza fue muy simple. Mis dudas de siempre, con las cuales había mantenido de niño una relación cordial y diplomática, una especie de pacto de no agresión, comenzaron de repente a rebelarse contra todo intento de paz y a lanzar ofensivas cuyo objetivo, invariablemente, era mi pobre madre chantajeada. ¿Quién?, preguntaba yo. ¿Cuándo? ¿Por qué?

¿Quién? (Tono testarudo).

¿Cómo? (Tono irreverente).

¿Dónde? (Tono francamente agresivo).

Nuestras negociaciones progresaron a lo largo de meses; las conferencias en la cumbre tenían lugar en la cocina de la posada Beckman, entre cacerolas y aceite quemado y el olor penetrante de la mojarra frita, mientras mi madre daba instrucciones de capataz a Rosita, la cocinera de la casa. Antonia de Narváez nunca cometió la cursilería de decirme que mi padre había muerto, de transformarlo en héroe de guerra civil —posición a la cual todo colombiano puede aspirar tarde o temprano— o en víctima de accidentes poéticos, la caída de un caballo fino, el duelo de honor perdido. No: desde siempre supe que el hombre existía en alguna parte, y mi madre resumía y sentenciaba el asunto con una perogrullada: «Lo que pasa es que esa parte no está aquí». Me costó una tarde entera, el tiempo que tarda en cocinarse el puchero para la comida, averiguar dónde estaba esa parte. Entonces, por primera vez, esa palabra que de niño me había resultado tan difícil (*itsmo*, decía yo, con la lengua enredada, en mis estudios de geografía) adquirió para mí una cierta realidad, se volvió tangible. Allí, en ese brazo torcido y deforme que le había salido al territorio de mi país, en ese apéndice inaccesible y dejado de la mano de Dios y separado del resto de la patria por una selva que mataba de fiebre con sólo nombrarla, en ese pequeño infierno donde había más enfermedades que pobladores, y donde el único atisbo de vida humana era un tren primitivo que les servía a los cazadores de fortuna para ir de Nueva York a California en menos tiempo del que emplearían cruzando su propio país, allí, en Panamá, vivía mi padre.

Panamá. Para mi madre, como para todos los colombianos —que suelen actuar a imagen y semejanza de sus Gobiernos, albergar las mismas irracionalidades, sentir las mismas antipatías—, Panamá era un lugar tan real como Calcuta o Berdichev o Kinshasa, una palabra que mancha un mapa, y poco más. El ferrocarril había sacado a los panameños del olvido, cierto, pero sólo de manera momentánea y dolorosamente breve. Un satélite: eso era Panamá. Y el régimen político no la ayudaba demasiado. El país andaba por los cincuenta años, más o menos, y he aquí que empezaba a comportarse según su edad. La crisis de madurez, esa edad misteriosa en que los hombres se echan amantes que podrían ser sus hijas y las mujeres se acaloran sin motivo, afectó al país a su manera: la Nueva Granada se volvió federal. Como un poeta o un artista de cabaret, tomó un nuevo seudónimo: Estados Unidos de Colombia. Pues bien, Panamá era uno de esos Estados, y flotaba en la órbita de la Gran Dama en Crisis más por mera gravedad que otra cosa. Lo cual es una manera elegante de decir que a los poderosos colombianos, a los adinerados comerciantes de Honda o de Mompós, a los políticos de Santa Fe o a los militares de todas partes, el Estado de Panamá, al igual que el estado de Panamá, les importaba un carajo.

Y en ese sitio vivía mi padre.

¿Cómo?

¿Por qué?

¿Con quién?

Durante un par de años largos como siglos, durante eternas sesiones de cocina que acababan con una complicadísima ternera asada o una simple sopa de arroz con agua de panela, fui perfeccionando poco a poco la técnica del interrogador, y Antonia de Narváez se fue reblandeciendo como las papas del guiso ante la insistencia de mis preguntas. Así la escuché hablar de *La Opinión Comunera* o de *El Granadino Temporal*; así supe del semi-hundimiento del *Union*, e incluso pagué buen dinero para que un remero me llevara en bongo a ver las chimeneas; así supe también del encuentro en el *Isabel*, y el relato de mi madre tenía el sabor de la quinina y el olor del alcohol aguado. Nuevo asalto de las preguntas. ¿Qué había ocurrido en las dos décadas transcurridas desde entonces? ¿Qué más se había sabido de él, no se habían dado otros

contactos en todos estos años? ¿Qué estaba haciendo mi padre en 1860, mientras el general Mosquera se declaraba Supremo Director de la Guerra y el país entero se hundía —sí, Eloísa querida: una vez más— en la sangre de los dos partidos? ¿Qué hacía él, con quién comía, de qué hablaba, mientras a la posada Beckman llegaban soldados liberales una semana y conservadores la siguiente, mientras mi madre daba de comer a los unos y vendaba las heridas de los otros como una perfecta Nightingale de Tierra Caliente? ¿Qué pensó y escribió durante los años siguientes, en los cuales sus camaradas radicales, ateos y racionalistas, se hicieron con el poder que mi padre había perseguido desde su juventud? Sus ideales campeaban, el clero (lacra de nuestro tiempo) se había visto despojado de sus hectáreas inútiles e improductivas, el ilustrísimo arzobispo (director en jefe de la lacra) era debidamente encarcelado. ¿Acaso la pluma de mi padre no había dejado rastro de ello en la prensa? ¿Cómo era eso posible?

Empecé a enfrentarme a una posibilidad de espanto: mi padre, que apenas comenzaba a nacer para mí, podía estar ya muerto. Y Antonia de Narváez debió de verme desesperado, debió de temer que comenzara a llevar un luto hamletiano y absurdo por un padre que nunca había conocido, y quiso evitarme esos lamentos gratuitos. Compasiva o tal vez chantajeada, o tal vez ambas cosas al mismo tiempo, mi madre confesó que todos los años, alrededor del 16 de diciembre, había recibido un par de folios en que Miguel Altamirano la ponía al tanto de su vida. Ninguna de las cartas obtuvo respuesta, me siguió confesando (me chocó ver que no sentía la más mínima vergüenza). Antonia de Narváez las había quemado todas, hasta la última, pero no sin antes leerlas como se lee un folletín de Dumas o de Dickens: interesándose por la suerte del protagonista, sí, pero siempre manteniendo la conciencia de que ni el tarado patético de David Copperfield ni la pobre y lacrimosa Dama de las Camelias existen en realidad, de que sus felicidades o sus desgracias, por más conmovedoras que nos parezcan, no tienen efecto alguno sobre la vida de la gente de carne y hueso.

«Bueno, pues cuéntame», le dije.

Y me contó.

Me contó que pocos meses después de su llegada a Colón, Miguel Altamirano se había encontrado con que su reputación como escritor incendiario y adalid del Progreso lo precedía, y casi sin darse cuenta se vio contratado por el *Panama Star*, el mismo periódico que iba leyendo en el *Isabel* el malogrado Mr. Jennings. Me contó que la misión encomendada a mi padre fue muy simple: debía pasearse por la ciudad, visitar las oficinas de la Panama Railroad Company, incluso montarse en todos los trenes que quisiera para cruzar el Istmo hasta Ciudad de Panamá, y luego escribir sobre la gran maravilla que era el ferrocarril y los beneficios inconmensurables que había traído y seguiría trayendo tanto a los inversores extranjeros como a los habitantes del lugar. Me contó que mi padre se daba perfecta cuenta de que lo utilizaban como propagandista, pero que no le importaba, porque la bondad de la causa, desde su punto de vista, lo justificaba todo; y con el tiempo se fue dando cuenta, también, de que años después de inaugurado el ferrocarril las calles seguían sin pavimentar, y sus únicos adornos seguían siendo animales muertos y basura en descomposición. Lo repito: se dio cuenta. Pero nada de eso afectaba a su fe inquebrantable, como si la simple imagen del tren yendo de un lado al otro borrara esos elementos del paisaje. Este síntoma, mencionado al pasar como un simple rasgo de carácter, cobraría años después una importancia extraordinaria.

Todo eso me contó mi madre.

Y me siguió contando.

Me contó que en cosa de cinco años mi padre se había transformado en una especie de niño consentido de la sociedad panameña: los accionistas de la Company lo agasajaban como a un embajador, los senadores bogotanos lo invitaban a almorzar para hacerle consultas, y cada oficial del Gobierno estatal, cada miembro de la rancia aristocracia istmeña, de los Herrera a los Arosemena, de los Arango a los Menocal, lo quería para marido de su hija. Me contó, en fin, que lo que le pagaban a Miguel Altamirano por sus columnas era apenas suficiente para su vida de soltero empedernido, pero que eso no le impedía pasar las mañanas ofreciendo sus servicios gratuitos como cuidador de enfermos en el Hospital de Colón. «El hospital es el edificio más grande de la ciudad», recordó mi memoriosa madre que había escrito mi padre en alguna de esas cartas perdidas. «Ello dará una idea de la salubridad del ambiente. Pero todo proceso hacia el futuro tiene sus bemoles, querida mía, y éste no iba a ser la excepción».

Pero eso no fue todo lo que me contó Antonia de Narváez. Como cualquier novelista, mi madre había dejado lo más importante para el final.

Miguel Altamirano estaba con Blas Arosemena la mañana de febrero en que el *Nipsic*, un balandro cargado de marines norteamericanos y de macheteros panameños, lo recogió en Colón y lo llevó a la bahía de Calidonia. Don Blas se había presentado en su casa la noche anterior, y le había dicho: «Empaque para unos cuantos días. Mañana nos vamos de expedición». Miguel Altamirano obedeció, y cuatro días después estaba entrando en la selva del Darién, acompañado de

noventa y siete hombres, y durante una semana caminó detrás de ellos en la noche perpetua de la selva, y vio a los hombres descamisados abrirse paso a machetazo limpio mientras otros, los blancos de sombrero de paja y camisas de franela azul, anotaban en sus cuadernos todo lo que veían: la profundidad del río Chucunaque al tratar de vadearlo, pero también el cariño que los escorpiones sentían por los zapatos de lona; la constitución geológica de un desfiladero, pero también el sabor de los micos asados y pasados con whisky. Un gringo llamado Jeremy, veterano de la Guerra de Secesión, le prestó su rifle a mi padre, porque ningún hombre debía andar desarmado en estos lugares, y le explicó que ese rifle había peleado en Chickamauga, donde los bosques no eran menos densos que aquí y donde la visibilidad era menor que la distancia que recorre una flecha. Mi padre, víctima de sus instintos aventureros, estaba fascinado.

Una de esas noches acampaban junto a una roca pulida por los indios y cubierta de jeroglíficos del color del vino — los mismos indios que, armados con flechas envenenadas, con los rostros contaminados por una seriedad que mi padre nunca había visto, los habían guiado durante buena parte del camino—; mi padre estaba de pie, observando en silencio pasmado la figura de un hombre que alzaba ambos brazos frente a un jaguar o tal vez un puma; y entonces, mientras escuchaba las discusiones que podían darse entre un teniente confederado y un botanista pequeño y de gafas, sintió de repente que esa travesía justificaba su vida. «El entusiasmo no me dejaba dormir», escribió a Antonia de Narváez. Y aunque Antonia de Narváez opinara que no era el entusiasmo, sino los jevenes, a mí me pareció en ese instante entender a mi padre. En ese folio, perecido hacía mucho tiempo en las purgas de mi madre, redactado deprisa seguramente y todavía bajo el influjo de la expedición, Miguel Altamirano había encontrado el sentido profundo de su existencia. «Quieren abrir la tierra como Moisés abrió el mar. Quieren separar el continente en dos y realizar el viejo sueño de Balboa y de Humboldt. El sentido común y todas las exploraciones realizadas dictan que la idea de un canal entre los dos océanos es imposible. Querida señora, le hago a usted esta promesa con toda la solemnidad de que soy capaz: no moriré sin haber visto ese canal».

Lectores del Jurado: ustedes conocen, igual que todo el Imperio Británico, la famosa anécdota que tantas veces contó el mundialmente famoso Joseph Conrad acerca de los orígenes de su pasión por África. ¿La recuerdan ustedes? La escena es de un romanticismo exquisito, pero no seré yo quien ironice al respecto. Joseph Conrad es todavía un niño, es todavía Jozef Teodor Konrad Korzeniowski, y el mapa de África es un espacio en blanco cuyo contenido —sus ríos, sus montañas— se ignora por completo; un lugar de clara oscuridad, un verdadero depósito de misterios. El niño Korzeniowski pone un dedo sobre el mapa vacío y dice: «Iré allí». Pues bien, lo que el mapa de África era para el niño Korzeniowski, la imagen de mi padre en Panamá era para mí. Mi padre atravesando la selva del Darién, junto a un grupo de locos que se preguntaban si por allí podría construirse un canal; mi padre sentado en el Hospital de Colón junto a un enfermo de disentería. Las cartas que Antonia de Narváez había revivido de memoria, probablemente equivocándose en la precisión de los detalles, en la cronología y en uno que otro nombre propio, se habían convertido en mi cabeza en un espacio comparable al África de mi amigo Korzeniowski: un continente sin contenido. La narración de mi madre había dibujado una frontera alrededor de la vida de Miguel Altamirano; pero lo que esa frontera circunscribía se convirtió, conforme pasaron los meses y los años, en mi propio corazón de las tinieblas. Lectores del Jurado: yo, José Altamirano, tenía veintinueve años cuando puse un dedo sobre mi propio mapa en blanco y pronuncié, emocionado y tembloroso, mi propio *iré allí*.

A finales de agosto de 1876 abordé el vapor norteamericano *Selfridge*, a pocas leguas de la puerta de mi casa y sin despedirme de Antonia de Narváez, y repetí el trayecto que mi padre había cubierto después de dejar su esperma regada en cualquier parte. Dieciséis años habían pasado desde la última guerra civil, en la cual los liberales habían matado más, no porque su ejército fuera mejor o más valiente, sino porque les tocaba el turno. La matanza regular entre compatriotas es la versión nacional del cambio de guardia: se hace cada cierto tiempo, generalmente siguiendo los mismos criterios de los niños jugando («me toca gobernar», «no, me toca a mí»); y así ocurrió que en el momento de mi partida hacia Panamá un nuevo cambio de guardia se llevaba a cabo, siempre bajo la dirección escénica del Ángel de la Historia. Navegué un Magdalena colonizado o dominado por la circulación alternativa de los dos partidos combatientes, o por champanes llenos ya no de cacao ni de tabaco, sino de soldados muertos cuyo hedor putrefacto viajaba sobre el humo de las chimeneas. Y salí al mar Caribe por Barranquilla, y avisté desde cubierta el cerro de la Popa y después las murallas de Cartagena, y es probable que haya tenido algún pensamiento inocente (que me haya preguntado, por ejemplo, si mi padre había visto el mismo paisaje, y qué habría pensado al verlo).

Pero no podía imaginarme que por ese puerto amurallado acababa de pasar un velero de bandera francesa, originario de Marsella, que había hecho escalas en Saint-Pierre, Puerto Cabello, Santa Marta y Sabanilla, y ahora se dirigía a la

ciudad que algunos de sus pasajeros conocían como Aspinwall y otros como Colón. Navegué sobre la estela del *Saint-Antoine*, pero no supe que lo hacía; y al llegar de noche a Colón no supe tampoco que mi vapor había pasado a menos de dos leguas de ese velero cómodamente anclado en Bahía Limón. Otras cosas no supe: que el *Saint-Antoine* hacía ese recorrido de manera clandestina, y no lo haría constar en su bitácora; que su carga tampoco era la declarada, sino un contrabando de siete mil rifles para los revolucionarios conservadores; y que uno de los contrabandistas era un joven dos años menor que yo, camarero con salario nominal, de origen noble, de creencias católicas y de aires tímidos, cuyo apellido le resultaba impronunciable al resto de la tripulación y cuya cabeza ya comenzaba, clandestinamente, a archivar lo visto y lo oído, a conservar anécdotas, a clasificar personajes. Porque su cabeza (aunque el jovencito aún no lo supiera) era ya la cabeza de un contador de historias. ¿Será preciso que diga lo que es obvio? Era un tal Korzeniowski, de nombre Jozef, de nombre Teodor, de nombre Konrad.

III. Joseph Conrad pide ayuda

Sí, mi querido Joseph, sí: yo estaba allí, en Colón, mientras usted... Yo no fui testigo, pero eso, dada la naturaleza de nuestra relación casi telepática, de los hilos invisibles que nos mantenían en constante sintonía, no era necesario. ¿Por qué le parece tan inverosímil, mi querido Joseph? ¿No sabe usted, como sé yo, que ese encuentro había sido programado por el Ángel de la Historia, grandísimo *metteur-en-scène*, experto titiritero? ¿No sabe usted que nadie huye de su destino, y no lo escribió usted varias veces y en varios lugares? ¿No sabe usted que nuestra relación forma ya parte de la historia, y la historia se distingue por no tener nunca la cargante obligación de ser verosímil?

Pero ahora debo volver atrás en el tiempo. Desde ya aviso que luego volveré adelante, y luego atrás de nuevo, y así alternativa, sucesiva y testarudamente. (Esta navegación temporal acabará por agotarme, pero no tengo demasiadas opciones. ¿Cómo recordar sin quedar desgastado por el recuerdo? Dicho de otra forma: ¿cómo logra un cuerpo sobrellevar el peso de su memoria?) En fin. Que vuelvo atrás.

Poco antes de atracar, el joven Korzeniowski aprovecha un momento de mar tranquila, se asoma a la borda del *Saint-Antoine* y deja que la mirada recorra con descuido el paisaje. Es su tercer viaje al Caribe, pero nunca antes ha pasado por el golfo de Urabá, nunca ha visto las costas del Istmo. Tras pasar junto al golfo, al acercarse a Bahía Limón, Korzeniowski alcanza a divisar tres islas deshabitadas, tres caimanes echados en medio del agua, disfrutando del sol y persiguiendo el rayo que atraviesa el velo de nubes en esta época del año. Después preguntará y le responderán: sí, las tres islas, sí, tienen nombre. Le dirán: el archipiélago de las Mulatas. Le dirán: Gran Mulata, Pequeña Mulata, Isla Hermosa. O eso, por lo menos, es lo que recordará Korzeniowski años después, en Londres, cuando intente revivir los detalles de ese viaje... Y entonces se preguntará si su propia memoria le ha sido fiel, si no le ha fallado, si en realidad vio una palmera desgreñada sobre la Pequeña Mulata, si alguien le dijo que en la Gran Mulata había una fuente de agua fresca rompiendo el costado de un barranco. El *Saint-Antoine* sigue acercándose a Bahía Limón; cae la noche, y Korzeniowski siente que los juegos de luz del mar empiezan a burlar sus ojos, pues Isla Hermosa le parece poco más que una roca gris y plana, humeante (¿o es un espejismo?) por el calor acumulado a lo largo del día. Después, la noche se traga la tierra, y a la costa le han salido ojos: las hogueras de los indios cunas son lo único visible desde el barco, faros que no orientan ni ayudan, sino que confunden y asustan.

También yo vi las hogueras de los cunas iluminando la noche, claro, pero déjenme que lo diga en voz bien alta: no vi nada más. Ni islas, ni palmeras, ni mucho menos rocas humeantes. Porque esa noche, la de mi llegada a Colón horas después de que llegara el joven Korzeniowski, había caído sobre la bahía una sopa de niebla que sólo cedió el espacio al aguacero más portentoso que me había tocado ver hasta ese instante. El agua bañó la cubierta del vapor con latigazos inclementes, y juro que en algún momento temí, en medio de mi ignorancia, que apagara las calderas. Por si fuera poco, eran tantos los buques que ocupaban los escasos muelles de Colón, que el *Selfridge* no pudo atracar, y esa noche la pasamos todavía a bordo. Empecemos, lectores, a echar por tierra algunos mitos tropicales: no es cierto que lejos de la tierra ya no haya zancudos. Los de la costa panameña son capaces, a juzgar por lo visto esa noche, de atravesar bahías enteras para obligar a los pasajeros incautos a guarecerse bajo sus toldillos. En cuatro palabras: fue una noche insoportable.

Amaneció por fin, por fin se desperdigaron las nubes de zancudos y las nubes de verdad, y pasajeros y tripulantes del *Selfridge* pasaron el día en cubierta, tomando el sol igual que los caimanes o las Mulatas, esperando la buena nueva de que podían atracar. Pero volvió a anochecer, y las nubes regresaron, las de verdad y las otras; y los muelles de Colón seguían llenos como un prostíbulo de marineros. La resurrección ocurrió al tercer día. El cielo, milagrosamente, se había secado; y, en el fresco de la noche (ese artículo de lujo), el *Selfridge* consiguió cama en el prostíbulo. Pasajeros y

tripulantes se echaron a tierra como un aguacero, y yo pisé por primera vez el territorio de mis maldiciones.

Vine a Colón porque me dijeron que aquí encontraría a mi padre, el conocido Miguel Altamirano; pero al poner mis pies olorosos, mis botas húmedas y tiesas, en la Ciudad Esquizofrénica, toda la nobleza del tema clásico —todos los Edipos y los Layos, los Telémacos y Odiseos— se fue muy pronto a la mierda. No seré yo quien intente maquillar las verdades a estas horas de la vida: al entrar en el escándalo de la ciudad, la Búsqueda del Padre se convirtió en la menor de mis prioridades. Lo confieso, sí, confieso que me distraje. Permití que Colón me distrajera.

Mi primera impresión fue la de una ciudad demasiado pequeña para el caos que albergaba. La serpiente de la línea férrea descansaba a unos diez metros del agua de la bahía, y parecía dispuesta a deslizarse en ella y hundirse para siempre al menor temblor de la tierra. Los cargadores se gritaban sin comprenderse y, al parecer, sin que eso los preocupara: la Babel que mi padre había evocado, lejos de haber sido derrotada, seguía vivita y coleando en los muelles que separaban el ferrocarril de la orilla. Pensé: esto es el mundo. Hoteles que no recibían al pasajero, sino que salían a su caza; *saloons* americanos donde se bebía whisky, se jugaba al póquer, se dialogaba a tiros; tabucos de jamaíquinos; carnicerías regentadas por chinos; en medio de todo, la casa particular de un viejo empleado del ferrocarril. Yo tenía veintiún años, querido lector, y la coleta negra y larga del chino que vendía carne por encima del mostrador y licor a los marineros por debajo, o la casa de empeño de Maggs & Oates y su vitrina de la calle principal con las joyas más gigantescas que jamás había visto, o la zapatería antillana donde se bailaba la soca, eran para mí como intimaciones de un mundo desordenado y magnífico, alusiones a pecados sin cuento, bienvenidas cartas desde Gomorra.

Esa noche hice por primera vez algo que repetiría muchos años más tarde y en otro continente: llegar a una ciudad desconocida y buscar un hotel en la noche. Lo confieso: no me fijé demasiado dónde me alojaba, y no me intimidó el hecho de que el dueño/recepcionista estuviera acompañado de un Winchester al momento de alargarme el libro de visitas. Sonámbulo, volví a salir a la calle, y me abrí paso entre mulas y carretas y carretas con mulas hasta un *saloon* de dos pisos. Sobre la enseña de madera —*General Grant*, se leía en ella— ondeaba la bandera de rayas y estrellas. Me acodé en la barra, pedí lo que había pedido el hombre de al lado, pero antes de que el bigotudo me hubiera servido el whisky ya me había dado la vuelta: el salón y sus clientes eran mejor espectáculo.

Vi dos gringos que se liaban a puñetazos con tres panameños. Vi una puta a la que llamaban la Francesa —caderas que ya se habían abierto para uno o más niños, tetas desgastadas, una cierta amargura en la boca y un peine fuera de lugar en el pelo—, e imaginé que había cometido el error de acompañar a su marido en la aventura panameña y que en cuestión de meses el pobre hombrecito había entrado a engrosar las estadísticas del Hospital de Colón. Vi a un grupo de marineros, matones de pecho desnudo y camisa oscura de punto de lana, que la rodeaban y la solicitaban en su lengua, con insistencia pero no sin educación, y vi o noté que la mujer disfrutaba ese momento inusual y ya exótico en que un hombre la trata con algo parecido al respeto. Vi a un carretero entrar y empezar a pedir ayuda para retirar una mula muerta de los rieles del ferrocarril; vi a un grupo de americanos echarle una mirada, bajo sus sombreros de alas angostas, antes de remangarse los puños relucientes de las camisas y salir a ayudarlo.

Todo eso vi.

Pero hay algo que no vi. Y las cosas que no vemos suelen ser las que más nos afectan. (Este epigrama ha sido patrocinado por el Ángel de la Historia).

No vi que un hombre pequeño, un ratón con aires de notario, se acercaba a la barra y pedía la atención de los bebedores. No lo escuché explicar en un inglés trabajoso que había comprado dos tiquetes para el tren de la mañana a Ciudad de Panamá, que en el curso del día su hijo pequeño había muerto de cólera, y que ahora quería recuperar los cincuenta dólares de los tiquetes para evitar que al niño lo echaran en una fosa común. No vi que el capitán de los marineros franceses se le acercó y le pidió que repitiera todo lo que acababa de decir, para asegurarse de haberle entendido bien, y no vi el momento en que uno de sus subalternos, un hombre corpulento de unos cuarenta años, registraba el fondo de una bolsa de cuero, se acercaba al capitán y le ponía en la mano el dinero de los dos tiquetes, en billetes americanos atados con una cinta de terciopelo. La transacción no duró más de lo que dura un whisky (yo, ocupado con el mío, no la vi). Pero en ese breve lapso algo había pasado a mi lado, casi tocándome, algo... Busquemos la figura apropiada: ¿el ala del destino me rozó la cara? ¿El fantasma de los encuentros por venir, cortesía de Charles Dickens? No, lo explicaré como ocurrió, sin figuras entrometidas. Lectores, compadézcanse de mí, o burlense si quieren: no vi la escena, la escena me pasó al lado, y, como es lógico, no supe lo que había ocurrido. No supe que aquel hombre se llamaba Escarras y era el capitán del *Saint-Antoine*. Esto puede no parecer gran cosa; el problema es que tampoco supe que su mano derecha, el cuarentón corpulento, se llamaba Dominic Cervoni, ni que uno de sus acompañantes de esa noche de juerga y negocios, un joven camarero que observaba distraídamente la escena, se llamaba Jozef Korzeniowski,

ni que muchos años después aquel joven distraído —cuando ya no se llamaba Korzeniowski, sino Conrad— usaría al marinero —llamándolo no Cervoni, sino Nostromo— para los fines con que se haría célebre... «Ni un cíclope habría tenido la más mínima oportunidad frente a Dominic Cervoni, el Ulises de Córcega», escribiría años después un novelista maduro y prematuramente nostálgico. Conrad admiraba a Cervoni como cualquier discípulo admira a cualquier maestro; Cervoni, por su parte, había tomado voluntariamente la posición de padrino de aventuras para el joven polaco desorientado. Ésa era la relación que los unía: Cervoni como encargado de la educación sentimental de aquel aprendiz de marinero y contrabandista amateur. Pero esa noche yo no supe que Cervoni era Cervoni, ni que Conrad era Conrad.

Yo soy el hombre que no vio.

Yo soy el hombre que no supo.

Yo soy el hombre que no estuvo allí.

Sí, ése soy yo: el anti-testigo.

La lista de las cosas que no vi y tampoco supe es mucho más larga: podría llenar con ella varios folios, y titularlos *Cosas importantes que me pasaron sin que me diera cuenta*. No supe que después de comprar los tiquetes el capitán Escarras y su tripulación volverían al *Saint-Antoine* para descansar unas horas. No supe que antes de la madrugada Cervoni cargaría cuatro botes y, acompañado por seis remeros más (Korzeniowski entre ellos), regresaría al puerto más o menos al mismo tiempo que yo salía del General Grant, no borracho pero sí algo mareado. Mientras yo pasaba un par de horas vagabundeando todavía por las calles atiborradas de Colón-Aspinwall-Gomorra, Dominic Cervoni dirigía la maniobra de los cuatro botes frente a los muelles de carga del ferrocarril, donde un grupo de cargadores lo esperaba entre las sombras; y mientras yo volvía al hotel, dispuesto a despertarme temprano y empezar mi Búsqueda del Padre, los cargadores trasteaban el contenido de esos sigilosos transportes nocturnos, lo pasaban por debajo de las arcadas del depósito, lo acomodaban en los vagones del tren a Panamá (y al hacerlo escuchaban el traqueteo metálico de los cañones y el choque de la madera, sin preguntarse qué, ni para quién, ni de dónde) y lo cubrían con lonas, no fuera a ser que lo echara a perder uno de aquellos aguaceros instantáneos, marca de fábrica de la vida en el Istmo.

Todo eso me pasó al lado, casi sin tocarme. En la voz culta: el ala del ángel me rozó, etcétera. En la voz popular: agua pasó por aquí, cate que no la vi. Es un frágil consuelo pensar que, si bien no estuve presente, hubiera podido estarlo (como si eso me legitimara). Si unas horas más tarde, en lugar de dormir a pierna suelta en el catre incómodo de mi habitación, me hubiera asomado por el balcón del hotel, habría visto a Korzeniowski y a Cervoni, el Ulises de Córcega y el Telémaco de Berdichev, montarse en el último vagón del tren con los tiquetes comprados la noche anterior al pobre ratoncito del *saloon*. Si me hubiera quedado en el balcón hasta las ocho de la mañana, habría visto a los controladores asomarse entre los vagones —bien puestos los sombreros sobre las cabezas— para anunciar puntualmente la partida, y habría sentido el humo de la locomotora y escuchado el alarido de su chimenea. Los vagones se habrían arrastrado debajo de mis narices, llevando entre sus pasajeros a Cervoni y a Korzeniowski, y, en sus vagones de carga, los mil doscientos noventa y tres fusiles Chassepot, de sistema de aguja y carga por la culata, que habían cruzado el océano Atlántico a bordo del *Saint-Antoine* y que tenían, ellos mismos, una buena historia que contar.

Sí, Lectores del Jurado, en mi relato democrático también las cosas tienen voz, y habrán de recibir turno de palabra. (Ah, las artimañas a que debe recurrir un pobre narrador para contar lo que no sabe, para rellenar sus incertidumbres con algo interesante...) Pues me pregunto: si, en lugar de roncar en mi habitación, *ad portas* de un terrible dolor de cabeza, hubiera bajado a la estación y me hubiera mezclado con los viajeros, y me hubiera inmiscuido en el vagón de carga e interrogado a uno de los Chassepot, uno cualquiera, uno escogido al azar para los objetivos de mi curiosidad sin límites, ¿qué historia me habría contado? En cierta novela conradiana de cuyo nombre no quiero acordarme, cierto personaje más bien cursi, cierto criollo afrancesado, se pregunta: «¿Qué sé yo de rifles militares?». Y yo, ahora, me pongo del otro lado con una pregunta (perdonen la modestia) harto más interesante: ¿Qué saben los rifles de nosotros?

El Chassepot traído por Korzeniowski a tierras colombianas fue fabricado en las armerías de Toulon, en 1866. En 1870 fue llevado como arma de dotación a la batalla de Wissembourg y utilizado, bajo el mando del general Douay, por el soldado Pierre-Henri Desfourgues, que diestramente lo apuntó hacia Boris Seeler (1849) y Karl-Heinz Waldruff (1851). Pierre-Henri Desfourgues fue herido por un Dreyse, y retirado del frente; en el hospital recibió la noticia de que Mademoiselle Henriette Arnaud (1850), su prometida, rompía el compromiso para casarse con Monsieur Jacques-Philippe Lambert (1821), presumiblemente por razones monetarias. Pierre-Henri Desfourgues lloró veintisiete noches seguidas, al cabo de las cuales introdujo el cañón del Chassepot (11 milímetros) en su propia boca, hasta tocarse la úvula (7 milímetros) con la mirilla (4 milímetros), y apretó el gatillo (10 milímetros).

El Chassepot fue heredado por Alphonse Desfourgues, primo hermano de Pierre-Henri, que se presentó así armado en la defensa de Mars-la-Tour. Alphonse lo disparó diecisiete veces en el curso de la batalla; ni una sola vez dio en el blanco. El Chassepot le fue entonces arrebatado (de mala manera, se dice) por el capitán Julien Roba (1839), que desde la fortaleza de Metz disparó con éxito a los jinetes Friedrich Strecker, Ivo Schmitt y Dieter Dorrestein (todos de 1848). Envalentonado, el capitán Roba se unió a la vanguardia y soportó durante cinco horas el ataque de dos regimientos prusianos. Murió tras ser alcanzado por el tiro de un Snider-Enfield. Nadie ha podido explicar qué hacía un Snider-Enfield en manos de un prusiano del 7.º de Acorazados (Georg Schlink, 1844).

Durante la batalla de Gravelotte, el Chassepot cambió de manos ciento cuarenta y cinco veces y fue disparado quinientas noventa y nueve, de las cuales doscientas treinta y una fallaron, ciento noventa y siete mataron y ciento setenta y una causaron heridas. Entre las 14.10 y las 19.30 quedó abandonado en una trinchera de Saint-Privat. Jean-Marie Ray (1847), a las órdenes del general Canrobert, había reemplazado en una *mitrailleuse* al tirador muerto, y murió a su turno. Recuperado tras la batalla, el Chassepot tuvo la suerte de pelear en Sedan, bajo Napoleón III; igual que Napoleón III, fue derrotado y tomado preso. Diferencia: mientras Napoleón se exiliaba en Inglaterra, el Chassepot sirvió bien a Konrad Deresser (1829), capitán de artillería del 11.º Regimiento prusiano, durante el sitio de París. En manos de Deresser asistió al Salón de Espejos del Palacio de Versalles y fue testigo de la proclamación del Imperio Germánico; colgado a la espalda de Deresser, asistió al Salón Louis XIV y fue testigo de las miradas sugestivas de Madame Isabelle Lafourie; a los pies de Deresser, asistió a los bosques detrás del Palacio, y fue testigo de la manera en que la pelvis del capitán respondía a esas miradas. Días después, Deresser se instaló en París, como parte de la ocupación alemana; Madame Lafourie, en calidad de territorio ocupado, se hizo acreedora regular de sus favores (29 de enero, 12 de febrero, 13 de febrero, 2 de marzo, 15 de marzo a las 18.30 y a las 18.55, 1 de abril). 2 de abril: Monsieur Lafourie entra por sorpresa y a la fuerza en una habitación de la Rue de l'Arcade. 3 de abril: Konrad Deresser recibe a los padrinos de Monsieur Lafourie. 4 de abril: el Chassepot espera al margen, mientras Monsieur Lafourie y el capitán Deresser toman sendos revólveres Galand (1868, fabricación belga). Ambos Galand disparan, pero sólo Deresser es alcanzado por la bala (10,4 milímetros) y cae cuan largo es (1.750 milímetros). El 5 de abril de 1871, Monsieur Lafourie vende el Chassepot del vencido en el mercado negro. Lo cual dista mucho de ser una actitud honorable.

Durante cinco años, dos meses y veintiún días, el Chassepot desaparece. Pero a finales de junio de 1876 es adquirido, junto con otros mil doscientos noventa y dos fusiles, veteranos como él de la guerra franco-prusiana, por Frédéric Fontaine. Fontaine —no es secreto para nadie— trabaja como encargado de asuntos varios para la firma Delestang & Fils, dueña de una flota de veleros con sede en Marsella; además, se desempeña como testaferro de Monsieur Delestang, aristócrata y banquero aficionado, conservador fanático, nostálgico realista y ardiente ultracatólico. Monsieur Delestang ha decidido dar al Chassepot un destino particular. Después de pasar catorce días con sus noches en un depósito del *vieux port* marsellés, el fusil se embarca en uno de los veleros de la compañía de marras: el *Saint-Antoine*.

Sigue la travesía del Atlántico, sin incidentes. Sigue el anclaje en Bahía Limón, Panamá, Estados Unidos de Colombia. El Chassepot se traslada en bote a los depósitos del ferrocarril (esto ya se ha mencionado). A bordo del vagón de carga número 3 (esto, en cambio, todavía no), cubre el trayecto de quince leguas entre Colón y Ciudad de Panamá, donde es objeto de una transacción de carácter clandestino. Acaba de caer la noche. En el Mercado de Playa, debajo de un toldo y entre racimos de bananos tropicales, se dan cita el camarero polaco Jozef Teodor Konrad Korzeniowski, el aventurero corso Dominic Cervoni, el general conservador Juan Luis de la Pava y el intérprete Leovigildo Toro. Mientras el general De la Pava hace entrega de la suma convenida, a través de múltiples intermediarios, con Delestang & Fils, el Chassepot y los mil doscientos noventa y dos como él son llevados al puerto en carretas de madera tiradas por mulas y embarcados a bordo del vapor *Helena*, cuya ruta por el Pacífico viene de California, vía Nicaragua, y tiene como destino final el puerto de Lima, Perú. Horas después, ya a bordo del *Helena*, el general De la Pava se emborracha repetidamente y, al grito de «¡Muera el Gobierno! ¡Muera el presidente Aquileo Parra! ¡Muera el condenado Partido Liberal!», dispara al aire seis tiros del revólver Smith & Wesson modelo 3 que le compró en Panamá a un minero californiano (Bartholomew J. Jackson, 1834). El 24 de agosto, el vapor toca puerto en la ciudad de Buenaventura, en la costa pacífica colombiana.

Y así, cubriendo a lomo de mula —y las mulas pasan a veces dos o tres días seguidos sin descansar, y una de ellas revienta subiendo la Cordillera— el trayecto difícil entre Buenaventura y Tuluá, el contrabando llega, bajo la supervisión del general De la Pava, al frente de Los Chancos. Es el 30 de agosto, y es casi medianoche; el general Joaquín María Córdoba, que dirigirá la batalla contra el monstruo del liberalismo ateo, duerme plácidamente en su tienda de campaña, pero se despierta al escuchar el rumor de las mulas y las carretas. Felicita a De la Pava; hace que sus generales se

arrodillen y oren por la familia Delestang, cuyo apellido es variamente pronunciado como Delestón, Colestén y Del Hostal. En cuestión de minutos, los cuatro mil cuarenta y siete soldados conservadores están diciéndole al Sagrado Corazón de Jesús que en él confían, y pidiéndole salud eterna para los cruzados marsellese, sus remotos benefactores. A la mañana siguiente, después de años de inactividad en los nobles escenarios de la guerra, el Chassepot es puesto en manos de Ruperto Abello (1849), cuñado del párroco de Buga, y vuelve a combatir.

A las 6.47, su disparo atraviesa la garganta de Wenceslao Serrano, artesano de Ibagué. A las 8.13, da en el cuádriceps derecho de Silvestre E. Vargas, pescador de La Dorada, obligándolo a caer; y a las 8.15, tras una fallida maniobra de recarga, su bayoneta se hunde en el tórax del mismo Vargas, entre la segunda y la tercera costillas. Son las 9.33 cuando su disparo perfora el pulmón derecho de Miguel Carvajal Cotes, productor de chicha; son las 9.54 cuando revienta la nuca de Mateo Luis Noguera, joven periodista payanés que hubiera escrito grandes novelas de haber vivido más tiempo. El Chassepot mata a Agustín Iturralde a las 10.12, a Ramón Mosquera a las 10.29, a Jesús María Santander a las 10.56. Y a las 12.44, Vicente Noguera, hermano mayor de Mateo Luis y primer lector de sus primeros poemas —*Elegía para mi burro y Júbilo inmortal*—, que durante casi tres horas ha perseguido a Ruperto Abello por el campo de batalla, desobedeciendo las órdenes del general Julián Trujillo y exponiéndose a juicios militares que posteriormente lo absolverán, se parapeta detrás de *Barrabás*, su propio caballo muerto, y dispara. No lo hace con el fusil Spencer que le ha sido entregado antes de la batalla, sino con el Remington calibre 20 que su padre solía llevar cuando cazaba en el valle del río Cauca. La bala golpea la oreja izquierda de Ruperto Abello, destroza el cartílago, rompe el pómulo y sale por el ojo (de color verde y famoso en su familia). Abello muere en el acto; el Chassepot queda en el pasto, entre dos boñigas de vaca lechera.

Como Abello, dos mil ciento siete soldados conservadores, muchos de ellos portadores de Chassepots contrabandeados, mueren en Los Chancos. De otra parte, mil trescientos treinta y cinco soldados liberales mueren bajo las balas contrabandeadas de esos fusiles. Al recorrer el campo de batalla como parte del ejército victorioso, el joven Fidel Emiliano Salgar, antiguo esclavo del general Trujillo, recoge el Chassepot y se lo lleva consigo mientras los liberales avanzan hacia el Estado de Antioquia. La batalla de Los Chancos, una de las más sangrientas de la guerra civil de 1876, ha dejado una marca profunda en el alma de Salgar, además de un profundo agujero en su mano izquierda (producido por la bayoneta oxidada de Marceliano Jiménez, peón de hacienda). Si Fidel Emiliano Salgar fuera poeta y francés, sin duda ya se habría lanzado con un soneto titulado *L'ennui de la guerre*. Pero Salgar no es ni francés ni poeta, y no tiene manera de sublimar la insostenible tensión de los últimos días, ni la imagen persistente de cada uno de los muertos que ha visto. Armado con el Chassepot, Salgar empieza a hablar solo; y esa noche, tras utilizar la misma bayoneta que mató a Silvestre E. Vargas para matar al centinela (Estanislao Acosta González, 1859), Salgar hace —con su mirada, con sus acciones— esta revelación sorprendente: ha enloquecido.

La vida del Chassepot termina poco después.

Correctamente empuñado, el fusil le permite a Salgar atemorizar a varios de sus compañeros de batallón, y gozar haciéndolo (es como una pequeña venganza). Muchos de ellos lo dejan estar, a pesar del peligro que representa un hombre inestable y armado para un contingente militar, porque la magnitud de su locura no es visible desde afuera. La noche del 25 de septiembre, el batallón, Salgar y el fusil ya han cruzado el Estado de Antioquia y llegado a la orilla del río Atrato, como parte de su reconquista de territorios conservadores. La noche los sorprende en la Hacienda Miraflores. Salgar, descalzo y sin camisa, encañona al general Anzoátegui, que dormía en su tienda, y empieza a caminar hacia el río; alcanza a empujar una canoa que encuentra en la orilla, todo el tiempo con la bayoneta fija en las costillas del general y la mirada suelta y azarosa como la de un muñeco dañado. Pero la canoa apenas se ha internado diez metros en la corriente del Atrato cuando ya los guardias han llegado a la orilla y forman un verdadero pelotón de fusilamiento. En medio de sus razonamientos nublados, Salgar levanta el Chassepot, apunta a la cabeza del general y su último disparo le atraviesa el cráneo antes de que nadie tenga tiempo de hacer nada. Los demás soldados, cuyos nombres ya no importan, abren fuego.

Las balas —de diversos calibres— alcanzan a Salgar en diversas partes del cuerpo: perforan ambos pulmones, la mejilla y la lengua, le destrozan una rodilla y le abren la herida ya casi cerrada de la mano izquierda, quemando nervios, chamuscando tendones, cruzando el túnel carpiano como cruza un barco un canal. El Chassepot flota en el aire un segundo y cae a las aguas revueltas del Atrato; se hunde, y antes de tocar fondo alcanza a avanzar unos metros sobre la fuerza de la corriente. Lo sigue, cayendo de espaldas, el cadáver de un hombre (69 kilogramos de peso) que fue esclavo y que ya no será libre.

En el momento en que Fidel Emiliano Salgar llega al lecho arenoso del río, asustando a una raya y recibiendo un agujonazo —sin que el cuerpo muerto sienta nada, sin que sus tejidos se retraigan con la acción del veneno, sin que sus

músculos sufran calambres ni se contamine su sangre—, en ese mismo momento, el aprendiz de marinero Korzeniowski, a bordo del *Saint-Antoine*, echa un último vistazo a la línea costera del puerto de Saint-Pierre, en Martinica. Hace varios días que, cumplida la misión de los fusiles-para-derrocar-Gobiernos-liberales, se ha marchado de Colón y de los mares territoriales de los Estados Unidos de Colombia. Y, puesto que éste parece ser el capítulo de las cosas que no se saben, yo debo hacer constar lo que Korzeniowski no sabe en ese momento.

No sabe los nombres ni las edades de las mil trescientas treinta y cinco víctimas de los Chassepots. No sabe ni siquiera que hubo mil trescientas treinta y cinco víctimas de los Chassepots. No sabe que el contrabando habrá sido inútil, que el Gobierno liberal y masón ganará la guerra contra los conservadores católicos y habrá que esperar otra guerra —o una reedición de la misma— para que se modifique ese estado de las cosas. No sabe qué pensará Monsieur Delestang, en Marsella, cuando se entere de ello, ni si volverá a inmiscuirse en otras cruzadas. No sabe que un diario amarillista, *La Justicia*, inventará muchos años después una versión absurda de su paso por la costa colombiana: en ella, Korzeniowski toma toda la negociación en sus manos y vende las armas a un tal Lorenzo Daza, delegado del Gobierno liberal que después las «dará por perdidas» y las venderá de nuevo, «por el doble de su precio», a los conservadores revolucionarios. Korzeniowski, que ni siquiera sabe quién es el tal Daza, sigue con la mirada fija en Martinica, y sigue sin saber cosas. No sabe que la línea costera de Saint-Pierre no volverá a ser la misma, por lo menos para él, pues la ciudad conocida como el Viejo París será borrada del mapa en cosa de un cuarto de siglo, obliterada por completo, como un hecho histórico indeseable (pero no es tiempo todavía de hablar de ese desastre). No sabe que en cuestión de horas, cuando navegue entre Saint-Thomas y Puerto Príncipe, conocerá la violencia del Viento del Este y del Viento del Oeste, y no sabe que mucho más tarde escribirá sobre esa violencia. Entre Puerto Príncipe y Marsella cumplirá diecinueve años, y no sabrá que en casa le aguarda la cadena de sucesos más difícil de su juventud, sucesos que acabarán, para él, con un tiro en el corazón.

Y mientras ese cumpleaños se desarrolla a bordo del *Saint-Antoine*, con canciones y abrazos de parte de Cervoni, en otra nave de otra parte pasan otras cosas (o diré: correspondencias). Les presento al *Lafayette*, vapor francés con bandera de las Indias Occidentales que jugará papeles importantísimos en nuestra pequeña tragedia. A bordo, el teniente Lucien Napoleón Bonaparte Wyse, hijo ilegítimo de madre célebre (en el peor sentido) y padre desconocido (en sentido único), ese teniente Wyse, queridos lectores, se prepara para salir de expedición. Su misión es buscar en la selva colombiana del Darién la mejor ruta para abrir un canal interoceánico, aquello que algunos —en París, en Nueva York, en la misma Bogotá— han comenzado a llamar Ese Jodido Canal. Lo digo de una vez por todas: por razones que pronto serán aparentes, por razones imposibles de reducir a la jaula de oro de una sola frase bella, en ese momento se empezó a joder, ya no el Canal, sino mi vida entera.

La cronología es una bestia indómita; no sabe el lector los trabajos inhumanos por los que he pasado para darle a mi relato un aspecto más o menos organizado (no descarto haber fracasado en el intento). Mis problemas con la bestia se reducen a uno solo. Verán ustedes, con el paso de los años y la reflexión sobre los temas de este libro que ahora escribo, he comprobado lo que sin duda no es sorpresa para nadie: que en el mundo las historias, todas las historias que se saben y se narran y se recuerdan, todas esas pequeñas historias que por alguna razón nos importan a los hombres y que van componiendo sin que uno se dé cuenta el temible fresco de la Gran Historia, se yuxtaponen, se tocan, se cruzan: ninguna existe por su cuenta. ¿Cómo lidiar con eso en un relato lineal? Es imposible, me temo. He aquí una humilde revelación, la lección que he aprendido a fuerza de rozarme con los hechos del mundo: callar es inventar, las mentiras se construyen con lo no dicho, y, puesto que mi intención es contar con fidelidad, mi relato caníbal habrá de incluirlo todo, todas las historias que buenamente le quepan en la boca, las grandes y las pequeñas. Pues bien, en los días previos a la partida del *Lafayette* ocurrió una de las últimas: el encuentro de otros dos viajeros. Fue a pocos metros del puerto de Colón y, por lo tanto, del teniente Wyse y sus hombres. Y en el siguiente capítulo, si la vida no se me ha acabado para entonces, si todavía hay en mi mano fuerzas para mover la pluma, habré de concentrarme en él. (A mi edad, que es más o menos la edad de un novelista muerto, polaco de nacimiento y marinero antes que escritor, no hay que hacer planes con demasiada anticipación).

Pero antes, respondiendo al orden peculiar que los hechos tienen en mi relato, el orden que yo, dueño omnipotente de mi experiencia, he decidido darle para que sea mejor comprendida por ustedes, debo ocuparme de otro asunto, o más bien de otro hombre. Llamémoslo facilitador; llamémoslo intermediario. Es evidente, me parece: si voy a dedicar tantas páginas a contar mi encuentro con Joseph Conrad, es apenas necesario que explique un poco quién era la persona

responsable de que nos conociéramos, el anfitrión de mi desgracia, el hombre que auspició el robo...

Pero todavía es pronto para hablar del robo.

Regresemos, lectores, al año de 1903. El lugar es un muelle cualquiera del Támesis: un vapor de pasajeros ha llegado del puerto caribeño de Barranquilla, en la convulsa República de Colombia. Del vapor baja un pasajero que trae, por todo ajuar, un baúl pequeño de ropa y enseres, más conveniente para quien va a pasar quince días lejos de casa que para quien ya no regresará nunca a su tierra. Digamos que no es el baúl de un emigrado, sino el de un viajero, y no sólo por su tamaño humilde, sino porque su dueño no sabe todavía que ha llegado para quedarse... De aquella primera noche en Londres recuerdo detalles: el anuncio publicitario, recibido de una mano oscura en el muelle mismo, en el cual se detallaban los servicios y las virtudes del Trenton's Hotel, Bridgewater Square, Barbican; los suplementos que hube de pagar, uno por el uso de la electricidad, otro por la limpieza de mis botas; la infructuosa negociación con el portero de noche, a quien exigí la tarifa especial, con desayuno incluido, a pesar de que los documentos que me identificaban no eran norteamericanos ni coloniales. A la mañana siguiente, más recuerdos: un mapa de bolsillo que compré por dos peniques, un mapa desplegable de tapas del color de la bilis; el pan con mermelada y las dos tazas de cocoa que tomé en el comedor del hotel mientras buscaba entre esas calles blancas o amarillas la dirección que traía anotada en el cuaderno de periodista. Un bus me dejó en Baker Street; crucé Regent's Park por dentro, en lugar de dar la vuelta, y entre árboles ya desnudos y senderos de aguanieve llegué a la calle que buscaba. No fue difícil encontrar el número.

Todavía conservo el mapa que usé esa mañana: su lomo delgado ha sido devorado por las polillas, sus páginas veteadas parecen un cultivo de hongos para fines científicos. Pero los objetos me hablan, me dictan cosas; me reclaman cuando miento, y en caso contrario se prestan de buena voluntad para servir de prueba. Pues bien, lo primero que me dicta este viejo mapa, inservible y desactualizado (Londres cambia todos los años), es el encuentro con el intermediario de marras. Pero ¿quién era Santiago Pérez Triana, el célebre negociante colombiano que con el tiempo se volvería embajador plenipotenciario ante las cortes de Madrid y Londres? ¿Quién era ese hombre, uno de tantos que en Colombia reciben como legado aquel monstruo indeseable y peligroso: una Vida Política? La respuesta, que a algunos les parecerá curiosa, es: no me importa. Lo importante no es quién era aquel hombre, sino qué versión estoy dispuesto a dar de su vida, qué papel quiero que juegue en el relato de la mía. De manera que ahora mismo hago uso de mis prerrogativas como narrador, me tomo la poción mágica de la omnisciencia y entro, no por primera vez, en la cabeza —y en la biografía— de otra persona.

(Sí, queridos historiadores escandalizados: las vidas ajenas, aun las de las figuras más prominentes de la política colombiana, también están sujetas a la versión que yo tenga de ellas. Y será mi versión la que cuente en este relato; para ustedes, lectores, será la única. ¿Exagero, distorsiono, miento y calumnio descaradamente? No tienen ustedes manera de saberlo).

En aquellos años, un colombiano que llegara a Londres pasaba necesariamente por la casa de Santiago Pérez Triana, en el número 45 de Avenue Road. Pérez Triana, hijo de ex presidente y escritor secreto de cuentos para niños, perseguido político y tenor aficionado, había llegado a la ciudad varios años atrás, y presidía con su cara de sapo y sus anécdotas en cuatro idiomas una mesa diseñada como un auditorio: sus cenas, sus reuniones en el salón victoriano, eran pequeños homenajes a su propia persona, conferencias magistrales destinadas a exhibir su talento de orador ateniense mucho antes de que sus discursos lo distinguieran en las cortes de La Haya. Las tardes, en ese salón o en el cuarto especial donde se tomaba el café, eran todas iguales: Pérez Triana se quitaba las gafas de montura redonda para encender un habano, se arreglaba el corbatín mientras las tazas de su público privado se llenaban hasta el borde y comenzaba a hablar. Hablaba de su vida en Heidelberg o de la ópera en Madrid, de sus lecturas de Henry James, de su amistad con Rubén Darío y Miguel de Unamuno. Recitaba sus propios versos: *Hay sepulcros que guardan mis secretos*, podía soltar de repente, o también: *He sentido gemir las muchedumbres*. Y sus invitados, políticos liberales o empresarios ilustrados de la burguesía bogotana, lo aplaudían como focas amaestradas. Pérez Triana asentía con modestia, cerraba los ojos ya desgastados como las ranuras de una hucha, apaciguaba los ánimos con un ademán de la mano regordeta como si arrojara a las focas un par de sardinas. Y seguía sin perder tiempo hacia la anécdota siguiente, hacia el siguiente verso.

Pero en las noches, cuando ya todo el mundo se había ido, a Pérez Triana lo envolvía un miedo lejano y casi cariñoso, una especie de animal domesticado pero tremendo que lo seguía acompañando aun después de todos estos años. Era una sensación física bien definida: un desarreglo intestinal parecido a los momentos previos al hambre. Al sentirlo venir, lo primero que hacía el hombre era asegurarse de que Gertrud dormía; enseguida salía de la habitación oscura y bajaba a la biblioteca, en bata verde y pantuflas de cuero, y encendía todas las lámparas del lugar. Desde su salón se veía la mancha negra que en la mañana sería Regent's Park, pero a Pérez Triana le gustaba poco mirar hacia la calle, como no fuera para

constatar el rectángulo de claridad que su ventana proyectaba sobre la calzada penumbrosa y la presencia reconfortante de su propia silueta despeinada. Se acomodaba en su escritorio, abría un cajón de madera de compartimentos ajustables, tomaba unos cuantos folios en blanco y unos cuantos sobres Perfection y escribía cartas largas y siempre solemnes en las que preguntaba cómo iban las cosas en Colombia, quién más había muerto tras la última guerra civil, qué estaba ocurriendo realmente en Panamá. Y las noticias le llegaban en sobres norteamericanos: de Nueva York, de Boston, incluso de San Francisco. Ésta era, como lo sabían todos, la única forma de evitar la censura. Pérez Triana sabía igual que sus corresponsales que una carta dirigida a su nombre podía ser abierta sin remedio y su contenido revisado por las autoridades del Gobierno; si la autoridad lo consideraba necesario, la carta se perdería antes de llegar a su destino, y aun podría provocar inquisiciones más o menos molestas para el remitente. Así que sus cómplices bogotanos se acostumbraron pronto a la rutina de transcribir a mano las noticias; se acostumbraron, también, a recibir sobres con estampillas de Estados Unidos dentro de los cuales aparecía, como jugando al escondite, la caligrafía del amigo proscrito. Y una de las preguntas que más se repetían en sus cartas clandestinas desde Londres era ésta: ¿Creen ustedes que ya pueda volver? No, Santiago, contestaban los amigos. No debes volver todavía.

Lectores del jurado: permítanme que les dé una brevísima lección de política colombiana, para sintetizar las páginas transcurridas hasta ahora y prepararlos a ustedes para las que vienen. El hecho más importante en la historia de mi país, como acaso se habrán dado cuenta, no fue el nacimiento de su Libertador, ni su Independencia, ni ninguna de esas fabricaciones de manual de bachillerato. Ni tampoco fue una catástrofe a escala individual como las que marcan con frecuencia los destinos de otras tierras: ningún Henry se quiso casar con ninguna Bolena, ningún Booth mató a ningún Lincoln. No: el momento que definiría la suerte de Colombia para toda la historia, como sucede siempre en esta tierra de filólogos y gramáticos y dictadores sanguinarios que traducen la *Ilíada*, fue un momento hecho de palabras. Más exactamente: de nombres. Un doble bautismo, ocurrido en algún momento impreciso del siglo XIX. Reunidos los padres de las dos criaturas carigordas y ya malcriadas, aquellos dos varoncitos olorosos desde su nacimiento a vómitos y a mierda líquida, se convino que al más tranquilo se le diera el nombre de Conservador. El otro (que lloraba un poco más) se llamó Liberal. Esos niños crecieron y se reprodujeron en constante rivalidad, y las generaciones rivales se han sucedido unas a otras con la energía de los conejos y la terquedad de las cucarachas... y en agosto de 1893, como parte de esa herencia incontestable, el ex presidente —liberal— Santiago Pérez Manosalba, el hombre que en otro tiempo había conquistado el respeto del general Ulysses Grant, era desterrado sin miramientos por el régimen —conservador— de Miguel Antonio Caro. Su hijo, Santiago Pérez Triana, heredaba la condición de indeseable, más o menos como se hereda una calva prematura o una nariz ganchuda.

Acaso un recuento no esté fuera de lugar, pues no olvido que algunos de mis lectores no tienen la suerte de ser colombianos. La culpa de todo había sido de las columnas subversivas que el ex presidente —liberal— escribía en *El Relator*, verdaderas cargas de profundidad que hubieran abierto boquetes y hundido en cuestión de segundos cualquier Gobierno europeo. *El Relator* era el hijo consentido de la familia: un periódico fundado sólo para echar a los conservadores del poder y oportunamente cerrado, con decretos dignos de una tiranía, por los que no querían ser echados. No era el único: el ex presidente Pérez —los párpados caídos, la barba tan cerrada que ocultaba la boca por completo— solía convocar reuniones clandestinas con otros conspiradores periodísticos en su casa de la Carrera Sexta de Santa Fe de Bogotá. Y así, mientras del otro lado de la calle la iglesia de la Bordadita se llenaba de godos rezando, en el salón de los Pérez se reunían los directores de *El Contemporáneo*, *El Tábano* y *El 93*, todos periódicos clausurados bajo el cargo de apoyar al bando anarquista y preparar la guerra civil.

Ahora bien: la política en Colombia, Lectores del Jurado, es un curioso juego de clase. Detrás de la palabra Motivación está la palabra Capricho; detrás de Decisión está Pataleta. El asunto que nos ocupa ocurrió según estas sencillísimas reglas, y ocurrió además con toda la rapidez con que suelen ocurrir las equivocaciones... A principios del mes de agosto, Miguel Antonio Caro, Supremo Caprichoso de la Nación, ha escuchado por casualidad que *El Relator* estaría dispuesto a moderar sus posiciones si se le permitiera volver a circular. Hay algo en esa noticia que le sabe a victoria: la Regeneración conservadora, que ha dispuesto leyes de censura cuya dureza no tiene parangón en el mundo de la democracia, ha vencido a la subversión escrita del liberalismo ateo. Eso piensa Caro; pero *El Relator* lo saca del engaño con la edición del día siguiente, desafiando la censura con una de las invectivas más poderosas que jamás han recibido las instituciones de la Regeneración conservadora. El presidente Caro —inevitablemente— se siente engañado. Nadie le ha prometido nada, pero ha ocurrido en su mundo, en su pequeño mundo privado, hecho de clásicos latinos y de un profundo desprecio por todo lo que no esté de su parte, algo terrible: la realidad no se ha acomodado a sus fantasías. El presidente manotea, patalea furioso sobre la madera del Palacio de San Carlos, tira el sonajero al suelo, hace pucheros

y berrinches y se niega a terminarse el almuerzo... y sin embargo la realidad sigue ahí: *El Relator* sigue existiendo y sigue siendo su enemigo. Los que lo acompañan lo escuchan decir entonces que Santiago Pérez Manosalba, ex presidente de Colombia, es un mentiroso y un farsante y un hombre sin palabra. Lo escuchan predecir con la certidumbre de un oráculo que aquel liberal sin patria ni dios llevará al país a la guerra, y que su extradición es la única forma de evitarlo. El decreto definitivo, el decreto que señala el destierro, se fecha el 14 de agosto.

El padre lo acató, por supuesto —la pena de muerte para desterrados que no cumplían con su destierro era moneda corriente en la Colombia de Caro—, y marchó a París, querencia natural de las altas burguesías latinoamericanas. El hijo, tras recibir las primeras amenazas, intentó salir del país bajando de Bogotá hasta el río Magdalena y embarcándose en el puerto de Honda con el primer vapor dispuesto a llevarlo a Barranquilla, y por esa vía al exilio europeo. «Yo, la verdad, no me sentía en peligro», me diría mucho más tarde, cuando ya nuestra relación permitía este tono y estas confidencias. «Me iba de Colombia porque, tras la afrenta a mi padre, el ambiente se me había vuelto irrespirable; me iba para castigar, a mi modo, la ingratitud del país. Pero al llegar a Honda, un pueblo infecto de tres habitantes y temperaturas salvajes, me di cuenta de lo equivocado que estaba». En las noches de Londres, Pérez Triana seguía soñando que los policías lo detenían en Honda, que volvían a llevarlo a la Ciega —la cárcel más temida del Magdalena—; pero en el sueño el policía más joven le explicaba, atusándose el bozo, lo que no le habían explicado en la realidad: que las órdenes habían venido de la capital. Pero ¿qué órdenes? Pero ¿en qué términos? En el sueño era imposible saberlo, como lo había sido en la realidad. Pérez Triana nunca había hablado con nadie, ni siquiera con Gertrud, de las horas que pasó en la Ciega, metido en la oscuridad de un calabozo, con los ojos llorosos por los vapores de la mierda humana y las ropas penetradas por la humedad corrompida del trópico. Había llegado a necesitar más de una mano para contar los casos de fiebre amarilla de que tuvo noticia durante su brevísimo encarcelamiento. En algún momento, pensó, le llegaría el turno: cada mosquito, cada microbio era su enemigo. Tuvo entonces la certeza de que había sido condenado a muerte.

El prisionero no podía saberlo, pero al amanecer de su segundo día en la Ciega, mientras aceptaba de mala gana una arepa sin queso como todo desayuno, el abogado bogotano Francisco Sanín, que por esos días se encontraba veraneando en Honda, recibía la noticia del encarcelamiento. Para cuando Sanín llegó a la Ciega, Pérez Triana había sudado tanto que el cuello almidonado de su camisa ya no le oprimía la garganta; tenía la sensación, imposible de confirmar, de que le colgaban los carrillos, pero se pasaba la mano por la cara y sólo encontraba los rastros ásperos de la barba nueva. Sanín apreció la situación, preguntó por los cargos y recibió evasivas, y sus reclamos llegaron a Bogotá y regresaron sin respuestas ni soluciones. Entonces se le ocurrió que la única solución pasaba por la mentira. En cierta ocasión, actuando como comerciante en Estados Unidos, Pérez Triana debió firmar unas cartas de lealtad. Sanín escribió al ministro norteamericano, un tal MacKinney, citando esas cartas y diciéndole que uno de sus ciudadanos estaba en peligro de muerte en una prisión insalubre. Era una mentira arriesgada, pero funcionó: McKinney se creyó cada palabra con el candor de un niño pequeño y protestó ante el juez correspondiente, levantando la voz y dando palmadas sobre la mesa, y en cuestión de horas Pérez Triana se encontró de camino a Bogotá, mirando hacia atrás por encima del hombro, confusamente agradecido por el poder que tiene la voz ronca del Tío Sam en estas latitudes sumisas. Esta vez (iba pensando) no había duda posible, no había nostalgias anticipadas. Tenía que huir; cada detalle de su persona maltratada le señalaba el camino de la huida. Si la vía del río Magdalena le estaba vedada, buscaría otros caminos menos evidentes. Así que huyó por los Llanos Orientales, se hizo pasar por cura y anduvo bautizando indios incautos, navegó por tres ríos y vio animales que nunca había visto y alcanzó el Caribe sin ser reconocido por nadie pero sintiendo también que ya no se reconocía a sí mismo. Y luego lo contó todo en un libro.

De Bogotá al Atlántico fue traducido al inglés y publicado por Heinemann, con prólogo del aventurero escocés, escritor diletante y líder socialista Robert Cunninghame-Graham, cuya percepción de Bogotá como la Atenas chibcha me sigue pareciendo más ingeniosa que justa. El libro apareció en 1902; en noviembre de 1903, pocas horas antes de que yo tocara a su puerta —un exiliado que pide ayuda a otro, un discípulo en busca de maestro—, Pérez Triana había recibido carta de Sydney Pawling, su editor. «Un último asunto quería comentarle, Mr. Triana», se leía en ella. «Como sin duda sabrá usted, Mr. Conrad, cuyo magnífico *Typhoon* hemos publicado el pasado mes de abril, está inmerso en un difícil proyecto relativo a la realidad latinoamericana. Consciente de su limitado conocimiento del tema, Mr. Conrad ha buscado y recibido la ayuda de Mr. Cunninghame-Graham para llevar adelante la obra; pero también ha leído su libro, y ahora me ha pedido que le pregunte a usted, Mr. Triana, si estaría dispuesto a responder a un breve cuestionario que Mr. Conrad le haría llegar por intermedio de nosotros».

Joseph Conrad me ha leído, piensa Pérez Triana. Joseph Conrad quiere mi ayuda.

Pérez Triana abrió el cajón y sacó un folio en blanco y un nuevo sobre Perfection. (Le gustaba ese invento, tan simple

y tan ingenioso a la vez: había que pasar la lengua por la solapa, como siempre, pero el pegamento no estaba en ella, sino en el cuerpo del sobre. Su médico de cabecera, el doctor Thomas Wilmot, le había hablado del asunto después de describir diversas infecciones de la lengua, y Pérez Triana había salido de inmediato para la papelería de Charing Cross. Tenía que cuidarse la salud, claro, ¿cuántos sobres al día llegaba a lamer un hombre como él?) Escribió: «Mi tardanza en responder a su carta, Mr. Pawling, es completamente inexcusable. Comuníqueme usted a Mr. Conrad mi absoluta disponibilidad para contestar a cuantos cuestionarios me envíe, sin importar su extensión». Y luego metió el papel en el sobre y lamió la solapa.

Pero no envió la carta de inmediato. Unas horas más tarde se alegraría de no haberlo hecho. Tiró esa carta a la basura, sacó otro folio y volvió a escribir las mismas frases sobre la tardanza y la disponibilidad, pero añadiendo al final: «Transmítale a Mr. Conrad, sin embargo, que ciertos sucesos recientes me permiten ahora contar con otras maneras de ayudarlo. No pretendo conocer mejor que el autor cuáles son sus necesidades, pero la información que podría obtener de un emigrado ya antiguo, a través de un cuestionario remitido por interpuesta persona, es invariablemente inferior a la que podría darle de viva voz un testigo directo de los hechos. Pues bien, lo que puedo ofrecerle es incluso mejor que un testigo. Le ofrezco una víctima, Mr. Pawling. Una víctima».

¿Qué había ocurrido entre las dos cartas?

Un hombre había llegado a visitarlo desde su país remoto.

Un hombre le había contado una historia.

Ese hombre, por supuesto, era yo.

Esa historia es la que tú, Eloísa querida, estás leyendo en este momento.

Segunda parte

Las palabras que tan bien conocemos tienen significados de pesadilla en este país. Libertad, democracia, patriotismo, gobierno: todas saben a locura y asesinato.

JOSEPH CONRAD

Nostromo

IV. Las misteriosas leyes de la refracción

Durante dos días seguidos estuve buscando a mi padre, siguiendo su pista leve y sin embargo visible, su pista de caracol baboso, por las calles de Colón. Pero no tuve éxito. No quise dejar recados, notas, avisos, porque les tengo cariño a las sorpresas y juzgué —sin ninguna razón, por supuesto— que ese cariño me venía del lado paterno. En el hospital las enfermeras mulatas hablaron de mi padre con (me pareció) demasiada confianza; enseguida me informaron, entre sonrisitas impertinentes, que había pasado por allí esa mañana, y que había dedicado tres horas largas a conversar con un joven tuberculoso, pero que ignoraban cuál era su destino siguiente; cuando hablé con el joven tuberculoso me enteré de varias cosas, pero no del paradero de mi padre. Era bogotano de nacimiento y abogado de profesión, esa conjunción harto frecuente en mi país centralista y leguleyo; dos semanas después de venir a Colón se había despertado con una bolsa de piel pegada bajo la mandíbula; para el momento de mi visita, ya la infección había abandonado el ganglio inflamado e invadido los pulmones y el flujo sanguíneo; le quedaban, en el mejor de los casos, pocos meses de vida. «¿Ese tipo era amigo suyo?», me dijo, entreabriendo los ojos del color de la bilis. «Bueno, pues dígame que lo espero mañana. Dígame que no me deje tirado. En estas tres horas se ocupó de mí mejor que todos estos médicos de mierda. Dígaselo, ¿bueno? Dígame que antes de morirme quiero saber cómo carajos acaba D'Artagnan». Y al pronunciar la erre gutural, en un afán de corrección que me pareció por lo menos curioso en el caso de un moribundo, se llevó la mano izquierda al ganglio inflamado, cubriéndoselo como si le doliera.

En las oficinas de la Compañía del Ferrocarril —que algunos nativos llamaban por el nombre inglés, lo que me dio la curiosa sensación de vivir en dos países al mismo tiempo, o de estar cruzando una y otra vez una frontera invisible—, los norteamericanos me confundieron con un comprador potencial de tiquetes y me enviaron, no sin diligencia, a la Oficina de los Tiquetes, sacudiendo en dirección a la calle los puños de sus impecables camisas, y uno de ellos llegó incluso a acomodarse el sombrero de fieltro para acompañarme al lugar. Aquel intercambio se dio completamente en inglés; fue sólo después de despedirme que me di cuenta de ello, con algo más de sorpresa de la que el pudor me permite confesar. En el lugar que me había indicado el puño impecable, un brazo de paño delgado se movió para informarme que no, que los tiquetes ya no se compraban ahí, y una frente sudorosa me dijo que me montara tranquilo al tren y alguien pasaría a pedírmelo. «Pero no, yo estoy buscando...» «No se preocupe, nada le va a pasar. En el vagón se lo piden». Y mientras tanto, el calor me acosaba como un veneno; al cruzar un umbral y entrar en cualquier sombra, una solitaria gota de sudor me resbalaba por el flanco, debajo de la ropa; y en la calle me maravillaba que un chino pudiera vestir de negro sin que en su rostro pareciera haber un poro abierto. Busqué refugio en una licorera habitada por carreteros que jugaban a los dados y que se las arreglaban para que los dados inocentes cobraran el ambiente de un póquer a muerte. Y fue entonces, a la hora de más calor, con la calle del Frente vaciada de transeúntes —sólo un lunático o un recién llegado se aventuraría a caminar bajo el sol en ese momento—, cuando lo vi. La puerta de un restaurante se abrió; reveló un local decadente, una pared tapizada de espejos; y por la puerta salió aquella criatura temeraria. Como en el viejo chiste de los gemelos que se encuentran por la calle y se reconocen de inmediato, yo reconocí a mi padre.

Ustedes, lectores de novelas románticas; ustedes, sensibleras víctimas de nuestra cultura folletinesca, esperan ahora un reencuentro de ley, con iniciales gestos de escepticismo, lacrimosas concesiones a las evidencias físicas, sudorosos abrazos en medio de la calle, sonoras promesas de recuperar el tiempo perdido. Pues bien: permítanme decir que (no) siento desilusionarlos. No hubo *re* encuentro alguno, porque no había encuentro que renovar; no hubo promesa, porque para mi padre y para mí no había tiempo perdido. Sí, hay algunas cosas que me separan de cierto novelista inglés, polaco de nacimiento y marinero antes que escritor. Mi padre no me enseñó a leer a Shakespeare ni a Víctor Hugo en nuestra propiedad de Polonia, ni yo inmortalicé la escena en mis memorias (seguramente exagerándola de paso, todo hay que decirlo); él no me esperaba en la cama cuando, viviendo los dos en la fría Cracovia, regresaba yo de la escuela para consolarlo por la muerte de mi madre en el exilio... Entiéndanme, por favor: mi padre era el relato de mi madre. Un

personaje, una versión, y poco más. Pues bien, allí, en medio de la calle abrasadora, ese padre cincuentón habló a través de una barba ya entrecana que le cubría la cara y definía sus facciones. O más bien la ausencia de ellas: pues el vello del bigote cubría los labios (y se había vuelto amarillento, o acaso siempre lo había sido), y el que invadía los pómulos se acercaba tanto a los ojos que mi padre hubiera podido mirárselo con un poco de esfuerzo. Y a través de esa cortina de humo, de ese canoso bosque de Dunsinane que avanzaba hacia las zonas despobladas de la cara, habló la boca invisible de mi padre: «Así que tengo un hijo». Las manos agarradas detrás de la espalda y la mirada fija en el suelo de tierra, en los espejismos que el calor producía a la altura de las botas lustrosas, comenzó a caminar. Entendí que debía seguirlo, y desde atrás, como una geisha que sigue a su señor, lo escuché añadir: «Nada mal, a mi edad. Nada mal».

Y así empezó la cosa: fue así de simple. Así tuve un padre, y él un hijo.

Su casa quedaba al norte de la isla de Manzanillo, en la ciudad hechiza y sin embargo ostentosa que los fundadores del ferrocarril —vale decir: de Aspinwall-Colón— habían levantado para sus empleados. Gueto rodeado de arboledas, lujoso caserío sobre pilotes, la ciudad de la Panama Railroad Company era como un oasis de salubridad en el pantano de la isla, y entrar en ella era respirar otro aire: el aire limpio del Caribe en lugar de los vapores enfermos del río Chagres. La casa de paredes blancas y techos rojos, la pintura descascarada por la humedad y los mosquiteros sucios de los cuerpos acumulados de los mosquitos, había pertenecido primero a un tal Watts, ingeniero asesinado cinco días antes de la inauguración del ferrocarril, cuando, durante un verano seco, volvía de comprar dos toneles de agua fresca en Gatún y fue apuñalado por ladrones de mulas (o tal vez de agua fresca); y mi padre idealista, al heredarla, había sentido que heredaba mucho más que paredes y hamacas y mosquiteros... Pero si alguien —su hijo recientemente descubierto, por poner un ejemplo— le hubiera preguntado al momento en qué consistía ese legado, él no habría sabido qué responder; en cambio, habría sacado de un baúl español, forrado con cuero de vaca y cerrado con un candado suficiente para guardar un calabozo en tiempos de la Inquisición, la colección semicompleta de sus artículos publicados desde su llegada a Colón-Aspinwall. Eso hizo conmigo. En muchas más palabras y en algunos gestos, yo le pregunté: ¿Quién eres? Y él, sin ninguna palabra y con el simple gesto de abrir el baúl y dejarlo abierto, intentó responder a la pregunta. Y los resultados, por lo menos para mí, fueron la primera gran sorpresa de las muchas que me esperaban en la ciudad de Colón. Compartan, lectores, mi asombro filial, esa cosa tan literaria. Pues allí, acostado en una hamaca de San Jacinto y con un *sherry-cobbler* en la mano libre, me puse en la tarea de repasar los artículos de mi padre, es decir, de averiguar quién era este Miguel Altamirano en cuya vida yo acababa de irrumpir. ¿Y qué descubrí? Descubrí un síntoma, diría un médico, o un complejo, diría uno de estos nuevos discípulos freudianos que por todas partes nos acosan. Veamos si puedo explicarlo. Es preciso que pueda explicarlo.

Descubrí que a lo largo de dos décadas mi padre había producido, desde su escritorio de caoba —adornado solamente con una mano esquelética sobre un pedestal de mármol—, un modelo a escala del Istmo. No, *modelo* no es la palabra, o quizás es la palabra aplicable a los primeros años de su labor periodística; pero a partir de un momento impreciso (inútil, desde un punto de vista científico, intentar fecharlo), lo que se representaba en las crónicas de mi padre era más una distorsión, una versión —otra vez la condenada palabrita— de la realidad panameña. Y esa versión, me fui dando cuenta conforme leía, sólo tocaba la verdad objetiva en ciertos puntos selectos, como un barco mercante sólo se interesa por ciertos puertos. En sus escritos, mi padre no temía ni por un instante alterar lo ya sabido o lo que todo el mundo recordaba. Por una buena razón, además: en Panamá, que al fin y al cabo era un Estado colombiano, casi nadie sabía; y, sobre todo, nadie recordaba. Hoy puedo decirlo: aquél fue mi primer contacto con la noción, que tantas veces se haría presente en mi vida futura, de que la realidad es frágil enemigo para el poder de la pluma, de que cualquiera puede fundar una utopía con sólo armarse de buena retórica. *En el principio fue el verbo*: el contenido de esa vacuidad bíblica me fue revelado allí, en el puerto de Colón, frente a la escritura de mi padre. La realidad real como criatura de tinta y papel: este descubrimiento, para alguien de mi edad, es de los que sacuden mundos, transforman creencias, convierten al ateo en devoto y viceversa.

Aclarémoslo de una vez: no es que mi padre escribiera mentiras. Sorprendido y al mismo tiempo admirado, me fui percatando a lo largo de los primeros meses de vida con mi padre de la curiosa enfermedad que de unos años para acá había comenzado a regir su percepción y, por lo tanto, su pluma. La realidad panameña entraba por sus ojos como una vara de medir en las aguas de la orilla: se doblaba, se quebraba, se doblaba al principio y se quebraba después, o viceversa. *Refracción* se llama el fenómeno, según me lo explican personas más competentes. Pues bien, la pluma de mi padre era el más grande lente refractor del Estado Soberano de Panamá; sólo el hecho de que Panamá fuera en sí mismo un lugar tan propenso a la refracción puede explicar que nadie, quiero decir *nadie*, pareciera darse cuenta de ello. Al comienzo pensé, como lo hubiera hecho todo hijo respetuoso, que la culpa era mía, que yo había heredado la peor de las

distorsiones: el cinismo de mi madre. Pero pronto acepté lo evidente.

En las primeras crónicas de Miguel Altamirano, los muertos del ferrocarril habían sido casi diez mil; en alguna de 1863 los cifra en menos de la mitad, y hacia 1870 escribe sobre «los dos mil quinientos mártires de nuestro actual bienestar». En 1856 mi padre fue uno de los que narraron con indignado lujo de detalles un incidente ocurrido cerca de la estación, cuando un tal Jack Oliver se negó a pagarle a un tal José Luna el importe de una tajada de sandía, y a lo largo de varias horas panameños del arrabal y pasajeros gringos se enfrentaron a tiros, con saldo de quince muertos y una multa que el Gobierno colombiano tuvo que pagar por cuotas al Gobierno de los ofendidos. Examen de las columnas de mi padre: en una de 1867, los quince muertos se han convertido en nueve; en 1872 se habla de diecinueve heridos, siete de ellos graves, pero de muertos ni una palabra; y en uno de sus últimos textos publicados —el 15 de abril del año de mi llegada—, mi padre recordaba «la tragedia de los nueve damnificados» (e inclusive transformaba la sandía en una naranja, aunque ignoro qué pueda eso significar). Lectores del Jurado, ahora echo mano de esa frase que es recurso de los escritores perezosos, y digo: los ejemplos abundan. Pero me interesa dejar constancia de uno en particular: el primero de los ocurridos en mi presencia.

Ya he mencionado al teniente Lucien Napoleón Bonaparte Wyse y su expedición por el Darién; pero no he mencionado sus resultados. Aquella mañana de noviembre, mi padre se hizo presente en el fondeadero del puerto de Colón para despedir a *Lafayette* y a los dieciocho expedicionarios, y luego escribió para el *Star & Herald* (que así se llamaba ahora el *Panama Star*) un panegírico de folio y medio, deseándoles suerte de pioneros y coraje de conquistadores en aquel primer paso hacia el canal interoceánico. Yo estuve con él en esos momentos; yo fui a acompañarlo. Seis meses después, mi padre regresó al puerto para darle la bienvenida a la comitiva de conquistadores y pioneros, y de nuevo lo acompañé; y allí, en el puerto mismo, se encontró o nos encontramos con que dos de los hombres habían muerto de malaria en la selva, y otros dos en alta mar, y con que la lluvia había vuelto intransitables varios pasajes, de manera que los terrenos que la expedición quería investigar permanecieron convencidamente vírgenes. Los conquistadores regresaron a Colón deshidratados, enfermos y deprimidos, y sobre todo víctimas del más sonoro fracaso; pero dos días después aparecía en el diario la versión de Miguel Altamirano:

ÉXITO ROTUNDO DE LA EXPEDICIÓN WYSE

Comienza el largo camino hacia el Canal

El teniente francés no había logrado establecer la mejor ruta para una obra de semejante magnitud, pero mi padre escribió: «Todas las dudas se han disipado». El teniente francés no había logrado siquiera establecer si era mejor un canal con túneles y esclusas o uno a nivel del mar, pero mi padre escribió: «Para la ciencia de la ingeniería, la selva del Darién ha dejado de tener secretos». Y nadie lo contradijo. Las leyes de la refracción son asunto complicado...

Pero en todas partes se cuecen habas, y por esos días las habas se cocían, también, del otro lado del Atlántico. Pues ahora viajamos a Marsella. ¿La razón? Me interesa demostrar, por pura justicia, que también otros tienen la envidiable capacidad de distorsionar verdades (es más: logran hacerlo con mayor éxito, con mejores garantías de impunidad). Ahora vuelvo a Korzeniowski, y lo hago más bien agobiado por el pudor y disculpándome de antemano por el cariz que este relato está a punto de asumir. ¿Quién me hubiera dicho que un día mi pluma se ocuparía de temas tan escabrosos? Pero no hay manera de evitarlo. Lectores sensibles, gentes de estómago frágil, señoras recatadas y niños inocentes: les pido o les sugiero que cierren los ojos, que se cubran los oídos (en otras palabras: que salten al capítulo siguiente), porque aquí me referiré, más que al joven Korzeniowski, a la más privada de sus partes.

Estamos en el mes de marzo de 1877, y en la ciudad de Marsella el ano de Korzeniowski está sufriendo. No, seamos más francos o, por lo menos, más científicamente precisos: hay un absceso en él. Se trata, con toda probabilidad, del absceso anal más documentado de la historia de los abscesos anales, pues aparece, al menos, en dos cartas del joven marino, dos de un amigo, una de su tío y el informe de un segundo de a bordo. Ante semejante proliferación, muchas veces me he hecho esta inevitable pregunta: ¿Hay alusiones al absceso anal en la obra literaria de Joseph Conrad? Queridos lectores, lo confieso: si las hay, no las he encontrado. Desde luego, no comparto la opinión de cierto crítico (George Gallaher, *Illustrated London News*, noviembre de 1921, página 199) según la cual aquel absceso es «el verdadero corazón de las tinieblas», ni creo que en la vida real haya sido Korzeniowski quien, en un ataque de molestias íntimas, haya gritado: «¡El horror! ¡El horror!». Sea como sea, ningún absceso, ni anal ni de otra naturaleza, ha tenido consecuencias tan intensas desde un punto de vista metafísico como el que agobia a Korzeniowski durante aquella

primavera. Pues es debido a su dolencia que se ve obligado a permanecer en tierra mientras su velero, el *Saint-Antoine*, zarpa nuevamente hacia el Caribe.

En esos días de tierra forzosa, un Korzeniowski desconsolado y mortalmente aburrido se dedica a recibir formación teórica como oficial de cubierta. Pero esa formación es teórica en más de un sentido, pues lo que sucede en la práctica es bien distinto: Korzeniowski pasa el tiempo caminando por el *vieux port* y frecuentando a gente de reputación mejorable. Empieza el verano y Korzeniowski trata de complementar su educación: en su pobrísima habitación del número 18 de la Rue Sainte, entre dos aplicaciones de la pomada de Madame Fagot, recibe clases de inglés de un tal Henry Grand que vivía en el número 22 de la misma calle; en el café Bodoul, entre dos copas o dos habanos, recibe clases de política de los Nostálgicos Realistas. El absceso anal no le impide darse cuenta de que los seguidores de Monsieur Delestang tienen razón: el rey español Alfonso XII, que por esos días tiene la misma edad que nuestro marinero polaco, no es más que un títere de los republicanos ateos, y el único dueño legítimo del trono de España es don Carlos, el pobre católico perseguido que ha debido esconderse del otro lado de la frontera francesa. Ésta, por supuesto, es apenas una manera de ver el asunto: la otra es que a Korzeniowski los carlistas, la monarquía, la República y España en general le importan un comino; pero el absceso anal que lo ha dejado en tierra lo ha privado, además, del sueldo que tenía previsto...

Korzeniowski se ve, de repente, corto de fondos. ¿Con qué comprará su buen brandy, sus buenos habanos, a los cuales se ha acostumbrado en los últimos viajes? La política europea le brinda entonces una oportunidad que no se puede desaprovechar: el contrabando de fusiles para los conservadores colombianos ha ido tan bien, ha funcionado tan fácilmente, que ahora Korzeniowski acepta la invitación de un tal capitán Duteuil. Pone sobre la mesa mil francos para ayudar con armas a los carlistas; después de unos días, la inversión produce un rendimiento de cuatrocientos. ¡Viva don Carlos!, grita Korzeniowski por las calles marselesas, produciendo una especie de eco involuntario de cierto general belicoso, conservador y colombiano. ¡Muera la República! ¡Muera Alfonso XII! Korzeniowski, entusiasmado por su talento para los negocios, invierte por segunda vez en la cruzada carlista. Pero la bolsa del contrabando con fines políticos es caprichosa y variable, y esta vez el joven inversionista lo pierde todo. Mientras se unta una nueva pomada, preparada esta vez por una amiga de Madame Fagot, Korzeniowski piensa: la culpa de todo es del absceso. ¡Viva la amiga de Madame Fagot! ¡Mueran los abscesos anales!

Es por esos días que conoce a Paula de Somogyi, actriz húngara, amante del aspirante don Carlos, activista de su reinstalación en el trono y *belle dame sans merci*. Paula es hermosa, y por edad está más cerca del contrabandista que del aspirante; y lo que sucede en las novelas románticas sucede en la vida de Korzeniowski, cuando el joven desorientado y la descocada amante de don Carlos acaban por enredarse. Tienen encuentros clandestinos y frecuentes en moteles de marineros. Para no ser reconocida, Paula se cubre la cabeza con una capucha, al mejor estilo de Milady de Winter; Korzeniowski entra y sale por las ventanas, y se convierte en habitante de los tejados marseleses... Pero el paraíso de los amores clandestinos no puede durar (es una de las leyes del romanticismo). Entonces entra en escena John Young Mason Key Blunt, aventurero norteamericano que había vivido en Panamá durante la fiebre del oro y se había hecho rico, en aquellos días previos al ferrocarril, llevando buscadores de un lado al otro del Istmo. Blunt —quién lo creyera— ha empezado a tomarle gusto a la húngara. La persigue, la acosa en escenas dignas de un cabaret (ella con la espalda pegada a la pared, él encerrándola entre los brazos mientras le dice muy de cerca obscenidades que huelen a pescado). Pero doña Paula es una mujer virtuosa, y su religión sólo le permite tener un amante; así que se lo cuenta todo a Korzeniowski, llevándose el dorso de la mano a la frente y echando la cabeza hacia atrás. El joven sabe que su honor y el de la mujer de la que se ha enamorado no tienen alternativa. Reta a Blunt a duelo a muerte. En la quietud de la siesta marselesa, de repente se oyen disparos. Korzeniowski se lleva una mano al pecho: «Muero», dice. Y luego, como es apenas evidente, no muere.

Ah, querido Conrad, qué muchachito impetuoso fuiste... (No te molesta que te tutee, ¿verdad, querido Conrad? Nos conocemos tan bien, al fin y al cabo, y es tanta la intimidad que hay entre nosotros...) Más tarde dejarás constancia escrita de esas actividades, de tu propio viaje como contrabandista mediterráneo en el *Tremolino*, del encuentro con la patrulla costera —alguien había delatado a los contrabandistas— y de la muerte del delator César a manos de su propio tío, nada más y nada menos que Dominic Cervoni, el Ulises de Córcega. Pero «constancia escrita» es sin duda una expresión condescendiente y generosa, querido Conrad, porque la verdad es ésta: por más que pasan los años, que todo lo vuelven verdadero, no logro creer una sola palabra de lo que has contado. No creo que hayas sido testigo del momento en que Cervoni asesinaba a su propio sobrino echándolo por la borda; no creo que el sobrino se haya hundido en el Mediterráneo bajo el peso de los diez mil francos que había robado. Admitamos, querido Conrad, que has sido diestro en el arte de reescribir tu propia vida; tus mentirillas blancas —y otras tantas que tiran más a beige— han pasado a tu

biografía oficial sin ser cuestionadas. ¿Cuántas veces hablaste de tu duelo de honor, querido Conrad? ¿Cuántas veces contaste esa historia romántica y a la vez esterilizada a tu mujer y a tus hijos? Hasta el fin de sus días Jessie creyó en ella, y así crecieron también Borys y John Conrad, convencidos de que su padre era un mosquetero para los tiempos modernos: noble como Athos, simpático como Porthos y religioso como Aramis. Pero la verdad es distinta y, sobre todo, harto más prosaica. Es cierto, Lectores del Jurado, que en el pecho de Conrad había una cicatriz de bala; pero las similitudes entre la realidad conradiana y la realidad real se acaban ahí. Como en tantos otros casos, la realidad real ha quedado sepultada bajo la hojarasca de la profusa imaginación del novelista. Lectores del Jurado: aquí estoy yo, nuevamente, para dar una versión contradictoria, para despejar la hojarasca, para crear discordia en la casa pacífica de las verdades recibidas.

El joven Korzeniowski. Ahora lo veo, y quisiera que los lectores lo vieran también. Las fotos de esa época muestran a un muchacho imberbe, de pelo liso, de cejas largas y rectas, de ojos color de avellana: un joven que mira sus orígenes aristócratas al mismo tiempo con orgullo y con afectado desprecio; que mide un metro setenta, pero que en esta época parece más bajito de puro apocamiento. Véanlo, lectores: Korzeniowski es ante todo un muchacho que ha perdido la brújula... y no es lo único. Ha perdido la confianza en la gente; ha perdido todo su dinero, apostándole al resabiado caballo del contrabando. El capitán Duteuil lo ha traicionado: ha tomado el dinero y se ha largado a Buenos Aires. ¿Lo ven ustedes, lectores? Korzeniowski, desorientado, vaga por el puerto de Marsella con un absceso en el ano y ni una moneda en los bolsillos... El mundo, piensa Korzeniowski, se ha transformado de repente en un lugar difícil, y todo por culpa del dinero. Se ha peleado con Monsieur Delestang; ya nunca más pisará un barco de su firma. Todos los caminos parecen cerrarse. Korzeniowski piensa —es de pensar que piensa— en su tío Tadeusz, el hombre cuyo dinero lo ha mantenido a flote desde que salió de Polonia. El tío Tadeusz escribe regularmente; para Korzeniowski, sus cartas deberían ser motivo de alegría (el contacto con la patria, etcétera), pero lo cierto es que lo atormentan. Cada carta es un juicio; tras cada lectura, Korzeniowski es hallado culpable y condenado. «Con tus transgresiones, en dos años has despilfarrado tu manutención del tercer año», le escribe el tío. «Si la mesada que te doy no es suficiente, gana tú algo de dinero. Si no puedes ganarlo, conténtate con lo que te proporciona el trabajo ajeno, hasta que seas capaz de suplantarlo con el tuyo propio». El tío Tadeusz lo hace sentirse inútil, infantil, irresponsable. El tío Tadeusz, de repente, ha comenzado a representar todo lo que Polonia tiene de detestable, cada constreñimiento y cada restricción que han obligado a Korzeniowski a escapar. «Esperando que sea ésta la primera y última vez que me causes tantos problemas, te envío mi bendición y mi abrazo». Primera vez, piensa Korzeniowski, última vez. Primera. Última.

A sus veinte años, Korzeniowski ha aprendido lo que es endeudarse hasta el cuello. Mientras esperaba los resultados del contrabando, había vivido con dinero de otros; con dinero de otros había comprado los enseres básicos para un viaje que nunca se llegó a realizar. Y es entonces que acude, por última vez —primera, última—, a su amigo Richard Fecht. Toma prestados ochocientos francos y parte rumbo a Villa Franca. Su intención: unirse a un escuadrón norteamericano que se encuentra anclado allí. Lo que sigue sucede muy rápido, y así seguirá sucediendo en la mente de Korzeniowski, y también en la de Conrad, durante el resto de la vida. En los barcos norteamericanos no hay plazas disponibles: Korzeniowski, ciudadano polaco sin papeles militares, sin empleo estable, sin certificados de buena conducta, sin testimonio alguno de sus habilidades en cubierta, es rechazado. La estirpe Korzeniowski es irreflexiva, apasionada, impulsiva: Apollo, el padre, había sido condenado por conspirar contra el Imperio Ruso, por organizar motines varios, y se había jugado la vida por un ideal patriótico; pero el joven marinero desesperado no piensa en él cuando consigue que un transporte público lo lleve a Montecarlo, donde se jugará la vida por motivos —digamos— menos altruistas. Korzeniowski cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, se encuentra de pie frente a una ruleta. «Bienvenido a Ruletenburgo», piensa irónicamente. No sabe dónde ha escuchado ese nombre antes, cifra burlona de jugadores enviados. Pero no se esfuerza por perseguir el recuerdo, porque su concentración está en otra parte: la bola ha comenzado a girar.

Korzeniowski toma su dinero, todo su dinero. Luego mueve las fichas sobre la suave superficie de la mesa; las fichas se acomodan a gusto sobre un rombo de color negro. *Les jeux sont faits*, grita una voz. Y mientras gira la ruleta, y sobre ella la bola negra, negra como el rombo que hay bajo las fichas, Korzeniowski se sorprende recordando unas palabras que no son suyas y cuya proveniencia es desconocida.

No, no las recuerda: las palabras lo han invadido, lo han tomado por asalto. Son palabras rusas: la lengua del imperio que ha matado a su padre. ¿De dónde vienen? ¿Quién habla, a quién se dirige? «Bastaría ser cauteloso», dice la nueva y misteriosa voz que surge en su cabeza. «Pero ¿acaso soy un niño pequeño? ¿No me doy cuenta acaso de que soy un hombre perdido?» La ruleta gira, los colores desaparecen, pero en la cabeza de Korzeniowski la voz persiste y sigue

hablando. «Pero ¿por qué no voy a poder resucitar! Bastaría con ser una sola vez en la vida calculador y paciente, bastaría con ser perseverante una vez, ¡y en una hora podría cambiar mi destino! Lo esencial es el carácter. No tengo más que acordarme de lo que me sucedió hace siete meses en Ruletenburgo, antes de arruinarme definitivamente». Ahí está, piensa Korzeniowski: la extraña palabra. No sabe qué es Ruletenburgo; no sabe dónde queda, no sabe quién menciona, desde el fondo de su cabeza, ese lugar ignoto. ¿Es algo que ha escuchado, es algo que ha leído, es algo que ha soñado? ¿Quién está ahí?, pregunta Korzeniowski. Y la voz: «¡Fue un caso excepcional de resolución! Había perdido todo, todo». ¿Quién es, quién habla?, pregunta Korzeniowski. Y la voz: «Salí del casino, miré: en el bolsillo del chaleco había una moneda. Tendré con qué comer, pensé, pero apenas hube dado cien pasos, cambié de idea y regresé a la sala de juego». La ruleta empieza a detenerse. ¿Quién eres?, pregunta Korzeniowski. Y la voz: «Puedo jurar que se experimenta una sensación particular cuando uno que está solo, en un país extraño, lejos de la patria, de los amigos, sin saber si comerá ese día, arriesga su última moneda. Y... gané, y a los veinte minutos salía del casino con ciento setenta florines en el bolsillo. ¡Es un hecho! He aquí lo que a veces puede significar una última moneda. ¿Y si me hubiera amilanado y no hubiera tenido el valor de decidirme?». Pero ¿quién eres?, pregunta Korzeniowski. Y la voz: «Mañana, mañana todo habrá terminado».

La ruleta se ha detenido.

«Rouge!», grita el corbatín de un hombre.

«Rouge», repite Korzeniowski.

Rouge. Red. Rodz.

Lo ha perdido todo.

De regreso en Marsella, sabe muy bien qué debe hacer. Invita al amigo Fecht, su acreedor principal, a tomar el té en su departamento de la Rue Sainte. En su casa no hay té, ni dinero con que comprarlo, pero eso no importa. *Rouge, Red, Rodz*, piensa. *Mañana todo habrá terminado*. Sale a dar una vuelta por el puerto, se acerca al casco de un velero inglés y alarga un brazo, como para tocarlo, como si el velero fuera un burro recién nacido. Allí, frente al velero y frente al Mediterráneo, Korzeniowski sufre un violento ataque de tristeza. Su tristeza es la del escepticismo, la desorientación, la pérdida total de un lugar en el mundo. Ha llegado a Marsella atraído por la aventura, y por el deseo de romper con una vida en la que esa aventura no existe, pero ahora se siente extraviado. Un cansancio que no es físico lo mina por dentro. Ahora se da cuenta por primera vez de que entre los últimos siete días no ha dormido más de siete horas. Levanta la cara y busca el cielo nublado que se extiende tras los tres mástiles del velero; allí, en medio del sutil barullo del puerto, el universo se le presenta como una sucesión de imágenes incomprensibles. Minutos antes de las cinco, Korzeniowski está de regreso en su habitación. Madame Fagot le pregunta si no tendrá por casualidad el dinero que le debe. «Un día más, por favor», le dice Korzeniowski, «un día más». Y piensa: *Mañana todo habrá terminado*.

Lo primero que hace al entrar en su habitación es abrir la única ventana. El olor del mar entra en una ráfaga solitaria y densa que por poco lo lleva al llanto. Abre su baúl personal y del fondo saca una libreta con nombres y direcciones — toda la gente que ha conocido en su breve vida—, y la pone con delicadeza, como a un niño dormido, sobre la colcha de la cama, de manera que resulte bien visible para cualquier visitante. En el baúl también ha encontrado un revólver: es un Chamelot-Delvigne de seis cartuchos metálicos, pero Korzeniowski abre el tambor y saca cinco de ellos. En ese momento escucha voces: es Fecht, que ha llegado para tomar el té sin saber que no hay té que tomar; Fecht que, cortés como siempre, saluda a Madame Fagot y le pregunta por sus hijas. Korzeniowski escucha los pasos que suben las escaleras y se sienta en la cama. Se recuesta contra la pared, levantándose al tiempo la camisa, y al ponerse el cañón frío del revólver contra el pecho, allí donde supone que ha de estar el corazón, siente que las tetillas se le endurecen y la piel de su nuca se eriza como la de un gato rabioso. *Mañana todo habrá terminado*, piensa, y en ese momento se hace la luz en su cabeza: es una frase de novela, sí, la última frase de una novela rusa, y las palabras misteriosas que había estado escuchando en el casino son las últimas de esa novela. Piensa en el título, *Igrok*, y le parece demasiado elemental, casi insípido. Se pregunta si Dostoievski estará vivo todavía. Curioso, piensa, que la imagen de un autor que le resulta antipático vaya a ser la última cosa que pase por su cabeza.

Konrad Korzeniowski sonríe al considerar esta idea, y entonces dispara.

La bala del Chamelot-Delvigne atraviesa el cuerpo de Korzeniowski sin tocar un solo órgano vital, haciendo improbables zigzags para sortear arterias, trazando ángulos de noventa grados si es necesario para evitar pulmones y postergar así la muerte del jovencito desesperado. La colcha y la almohada quedan empapadas en sangre, la sangre salpica la pared y el cabezal. Minutos más tarde, el amigo Fecht encontrará al herido primero y la libreta de direcciones

después, y escribirá al tío Tadeusz ese famoso telegrama que luego se volverá síntesis de la situación del joven: KONRAD BLESSÉ ENVOYEZ ARGENT. El tío Tadeusz viajará de Kiev a Marsella en trenes urgentes, y al llegar pagará las deudas que es preciso pagar —encontrándose de paso con que los acreedores son más de uno—, y también los gastos médicos. Korzeniowski se recuperará poco a poco, y en cuestión de años, cuando ya haya hecho del mentir una profesión más o menos rentable, comenzará a mentir también sobre el origen de la herida en el pecho. No confesará jamás las verdaderas circunstancias de la herida; nunca se verá obligado a hacerlo... Vayamos al grano: muerto el tío Tadeusz, muerto Richard Fecht, el fallido suicidio de Joseph Conrad desapareció de entre los sucesos del mundo. Y yo mismo me vi engañado... pues a comienzos de 1878 fui víctima de un agudo dolor de pecho que en aquel momento, antes de que me fuera revelada la imprevisible ley de mis correspondencias con Joseph Conrad, fue diagnosticado como síntoma principal de una forma leve de neumonía. Muchos años después —cuando conocí por fin los lazos invisibles que me unían a mi alma gemela, y pude interpretar correctamente y por primera vez los hechos más importantes de mi vida— me enorgullecí en un principio que aquel dolor monstruoso, que me atacó acompañado de tos seca (al comienzo) y productiva (al final), que me agobió con dificultades para respirar y pérdida de sueño, hubiera sido el eco noble de un duelo de honor, una especie de participación en la historia caballeresca de la humanidad. Conocer la verdad, lo confieso, fue una leve desilusión. El suicidio no es noble. Como si eso fuera poco: el suicidio no es demasiado católico. Y Korzeniowski/Conrad, católico y noble, lo sabía. De lo contrario, Lectores del Jurado, no se hubiera molestado en ocultarlo.

La supuesta neumonía me tumbó en cama durante diez semanas. Sufrí los escalofríos sin pensar y sin saber que otro hombre, en otra parte del mundo, los sufría también en ese preciso instante; y cuando sudaba ríos enteros, ¿no era más sensato imputarlos a la supuesta neumonía en vez de pensar en las resonancias metafísicas de remotos sudores ajenos? Los días de la supuesta neumonía están asociados en mi memoria con la pensión Altamirano: mi padre me recluyó en su casa —me secuestró, me mantuvo en cuarentena—, pues sabía lo que tanta gente decía con tantas palabras distintas pero que puede ser sintetizado en éstas: en Panamá, la Panamá insalubre y afiebrada y contagiosa de esa época, entrar al hospital equivalía a no volver a salir jamás. «Enfermo al llegar, muerto al partir», era el refrán que resumía el asunto (y que circulaba por Colón en todas las lenguas, del inglés al papiamento). De manera que la casa de paredes blancas y techos rojos, bañada por los aires del mar y los cuidados del médico amateur que era Miguel Altamirano, se convirtió en mi pequeño sanatorio privado. Mi Montaña Mágica, por decirlo con otras palabras. Y yo, Juan Castorp o Hans Altamirano, recibía en el sanatorio las diversas lecciones que mi padre prodigaba.

Así pasaba el tiempo, como se dice en las novelas.

Y así (tercamente) siguió pasando.

Allí, al lugar de mi aislamiento o tal vez mi asilamiento, llegaba mi padre a contarme de las cosas magníficas que ocurrían en el mundo entero. Aclaración pertinente: por *cosas magníficas* el optimista de mi padre se refería a casi cualquier cosa relacionada con el tema, ya por entonces ubicuo, del canal interoceánico; por *el mundo entero* se refería a Colón, Ciudad de Panamá y el pedazo de tierra más o menos firme que se desplegaba entre ambas, esa franja por donde corría el ferrocarril y que pronto, por razones que ya el lector se imagina, sería algo así como la Manzana de la Discordia Occidental. Nada más existía entonces. De nada más valía la pena hablar, o tal vez era que nada ocurría en ningún otro lugar del mundo. Por ejemplo (es sólo un ejemplo), mi padre no me contó que por esos días había llegado a Bahía Limón un buque de guerra norteamericano, armado hasta las banderas y decidido a atravesar el Istmo. No me contó que el coronel Ricardo Herrera, comandante del batallón Zapadores de Colón, tuvo que declarar que «no consentiría en que atravesaran el territorio de Colombia como pretendían hacerlo», y llegó a amenazar a los gringos con «defender la soberanía de Colombia por medio de las armas». No me contó que el comandante de las tropas norteamericanas acabó por desistir de su intento, y atravesó el Istmo en tren, como cualquier hijo de vecino. Fue un incidente banal, claro; años después, como se verá, ese inusual ataque de Orgullo Soberano cobraría importancia (una importancia metafórica, digamos), pero mi padre no podía saberlo, y así me condenó a mí también a la ignorancia.

En cambio fui uno de los primeros en saber, a través de las noticias de mi padre y con lujo de detalles, que el teniente Lucien Napoleón Bonaparte Wyse había viajado a Bogotá en misión urgente, haciendo los cuatrocientos kilómetros en diez días y por la ruta de Buenaventura, y que había llegado oliendo a mierda y terriblemente necesitado de una cuchilla de afeitar. Así supe también que dos días después, afeitado y oloroso a agua de colonia, se había entrevistado en Bogotá con don Eustorgio Salgar, secretario de Relaciones Exteriores, y que había conseguido del Gobierno de los Estados Unidos de Colombia el privilegio exclusivo, válido por noventa y nueve años, para construir el Jodido Canal. Así me enteré de que Wyse, con la concesión en el bolsillo, había viajado a Nueva York para comprarles a los gringos los resultados de sus expediciones istmeñas; así me enteré de que los gringos se habían negado de plano a venderlas y, lo que

es más, se habían negado a enseñar un solo mapa o revelar una sola medición, a compartir un dato geológico y a escuchar siquiera las propuestas de los franceses. «Las negociaciones avanzan», escribió mi padre refractor en el *Star & Herald*. «Avanzan como un tren, y nada podrá detenerlas».

Ahora, cuando recuerdo esos días remotos, los veo como la última época de tranquilidad que conoció mi vida. (Esta declaración melodramática contiene menos melodrama de lo que parece a primera vista: para alguien que ha nacido en el aislamiento tropical en que nací yo, en ese Remoto Reino de Humedad que es la ciudad de Honda, cualquier experiencia medianamente mundana es ejemplo de rara intensidad: en manos de alguien menos tímido, esa niñez pastoral y ribereña habría podido ser materia de muchos endecasílabos baratos, cosas como *Las aguas turbias de mi llana infancia* o *La infancia turbia de esas aguas llanas* o aun *El agua infante y llanamente turbia*.) Pero lo que quiero decir es esto: aquellos primeros años de mi vida en Colón, junto a mi padre reciente —que no me parecía menos improvisado y hechizo que la casa de pilotes en que vivía—, fueron momentos de relativa paz, aunque entonces no me diera cuenta de ello. Mi bola de cristal no me permitió ver lo que se venía encima. ¿Cómo habría podido prever lo que sucedería, anticiparme a la Cascada de Grandes Acontecimientos que nos esperaba a la vuelta de la esquina, concentrado como estaba en esa novedad que arrinconaba todas las demás: la adquisición de un padre? Enseguida escribiré una temeridad, y espero que me sea tolerada: en aquellos días, hablando con Miguel Altamirano y compartiendo sus actividades y disfrutando de sus cuidados, sentí que había dado con mi lugar en el mundo. (No lo sentí con mucha convicción; no llegué a regodearme en semejante osadía. Al final, como suele suceder, resultó que estaba equivocado).

A cambio de sus cuidados, Miguel Altamirano me exigía tan sólo mi atención incondicional, la presencia de la cara en blanco del auditorio. Mi padre era un hablador en busca de público; perseguía al escucha ideal dotado de un no menos ideal insomnio, y todo parecía indicar que lo había encontrado en su hijo. Pues durante meses, mucho después de que mi pecho superara la supuesta neumonía, mi padre me siguió hablando como lo había hecho mientras yo estaba enfermo. Ignoro las razones, pero mi enfermedad y mi reclusión en la Montaña Mágica le habían provocado curiosos afanes pedagógicos, y esos afanes se prolongaron después. Mi padre me cedía la hamaca, como lo hubiera hecho con un convaleciente, y acercaba una silla a los escalones de madera del porche; y allí, hundidos ambos en el calor denso y mojado de las noches panameñas, tan pronto como lo permitían las costumbres de los zancudos y bajo el aleteo ocasional de un murciélago hambriento, comenzaba el monólogo. «Como la mayor parte de sus compatriotas, se dejaba llevar por el sonido de una palabra elegante, especialmente si quien la pronunciaba era él mismo», escribió mucho después en cierto Libro del Carajo cierto novelista que ni siquiera conoció a mi padre. Pero la descripción es apta: mi padre, enamorado de su propia voz y sus propias ideas, me utilizaba como un tenista utiliza un frontón.

De manera que una extraña rutina se instaló sobre mi vida nueva. Durante el día me dedicaba a caminar por las calles ardientes de Colón, acompañando a mi padre en su labor de Cronista del Istmo como un testigo del testigo, visitando y volviendo a visitar las oficinas de la Compañía del Ferrocarril con tanta asiduidad que se convirtieron para mí en un segundo hogar (como la casa de la abuela, por ejemplo, un lugar donde siempre somos bienvenidos y siempre hay un plato para nosotros en la mesa), y por las noches no menos ardientes asistía a la Cátedra Altamirano sobre el Canal Interoceánico y el Futuro de la Humanidad. Durante el día visitábamos las oficinas de madera blanca del *Star & Herald*, y mi padre recibía encargos o sugerencias o misiones que enseguida salíamos a cumplir; durante la noche, mi padre me explicaba por qué un canal construido a nivel era mejor, más barato y menos problemático que uno construido con esclusas, y cómo todo el que dijera lo contrario era un simple enemigo del progreso. Durante el día, mi figura empapada en sudor acompañaba a la figura de mi padre a visitar a un maquinista de ferrocarril, y lo escuchaba hablar de la manera en que la Company le había cambiado la vida, a pesar de que en sus años de trabajo lo hubieran asaltado más veces de las que recordaba y tuviera, para probarlo, una docena de navajazos aún vivos en el torso («Tóquelos, mi don, tóquelos no más, que a mí no me importa»); durante la noche me enteraba con lujo de detalles de que Panamá era mejor territorio que Nicaragua para la apertura del Canal, a pesar de que las expediciones gringas hubieran arrojado los resultados opuestos («Por puras ganas de joder a Colombia», según mi padre). Durante el día... Durante la noche... Durante el día... etcétera.

Yo no tenía por qué saberlo, pero por esos días se reunían, en el 184 del Boulevard Saint-Germain, en París, representantes de más de veinte países, incluidos los Estados Unidos de Colombia. Durante dos semanas se habían dedicado a hacer lo mismo que mi padre y yo hacíamos en las noches colonenses: discutir la plausibilidad (y las dificultades, y las implicaciones) de construir un canal a nivel en el Istmo de Panamá. Entre los distinguidos oradores estaba el teniente Lucien Napoleón Bonaparte Wyse, que todavía se detenía en mitad de la calle, como un perro sarnoso, para rascarse las picaduras de los zancudos istmeños, o se despertaba dando alaridos de horror tras ser visitado, durante un sueño sudoroso, por uno de los ingenieros muertos en la selva del Darién. A pesar de haber fracasado en su

expedición, a pesar de carecer de conocimientos de ingeniería, el teniente Wyse —recién afeitado y con la concesión firmada por Eustorgio Salgar bien guardada en el bolsillo del saco— opinó que Panamá era el único lugar de la Tierra susceptible de albergar la empresa descomunal de un canal interoceánico. Opinó también que el canal a nivel era el único método susceptible de llevar esa empresa a buen término. Ante una pregunta sobre el caudal monstruoso del río Chagres, su historial de inundaciones que parecían salidas del Génesis y el inventario de naufragios que yacían en su lecho como si no se tratara de un río sino de un pequeño Triángulo de las Bermudas, contestó: «Un ingeniero francés no conoce la palabra problema». Su opinión, respaldada por la figura heroica de Ferdinand de Lesseps, hacedor del Suez, convenció a los delegados. Setenta y ocho de ellos, de los cuales setenta y cuatro eran amigos personales de Lesseps, votaron sin reticencias a favor del proyecto de Wyse.

Siguieron varios homenajes, siguieron banquetes en uno y otro lado de París, pero hay uno que me interesa en particular. En el café Riche, y en representación de la ilustre colonia colombiana, un tal Alberto Urdaneta organizó un banquete de lujo: dos orquestas, vajilla y recado de plata, criado de librea para cada comensal, e incluso un par de intérpretes que daban vueltas por el salón para facilitar la comunicación entre los invitados. Su intención era conmemorar a la vez la Independencia colombiana y la victoria de Lesseps ante los delegados del Congreso. El banquete fue una especie de quintaesencia de lo colombiano y de Colombia, este país donde todo el mundo —quiero decir: *todo* el mundo— es poeta, y el que no es poeta es orador. Y así fue: hubo poesía, y hubo también discursos. En el anverso del menú litografiado en oro aparecían los retratos de Bolívar o Santander. Detrás de Bolívar, tres versos que parecían ellos mismos litografías doradas y que eran, mirados por cualquier parte, lo más parecido a una masturbación política, tanto así que me parecen prescindibles. Detrás de Santander, en cambio, había esta joya de la versificación adolescente, un cuarteto que habría podido salir del libro de composiciones de una fina señorita de La Presentación.

*Capitán valeroso y denodado,
abatiste el poder de altivos reyes.
Y, sabio en la curul del Magistrado,
fuiste llamado el hombre de las leyes.*

El discurso fue responsabilidad (es un decir) de un tal Quijano Wallis. Dijo el orador: «Así como los hijos de la Arabia que, en cualquier punto de la Tierra donde se hallen, y salvando con su espíritu las distancias, se prosternan ante la ciudad santa, hagamos que nuestro pensamiento atraviese el Atlántico, se recaliente con el sol de los trópicos y caiga de rodillas sobre nuestras queridas playas para saludar y bendecir a Colombia en su día de regocijo. Nuestros padres nos independizaron de la Metrópoli; Monsieur de Lesseps independizará el comercio universal del obstáculo del Istmo y quizás a Colombia para siempre de la discordia civil».

Su pensamiento, supongo yo, atravesó el Atlántico, se recalentó y se arrodilló y saludó y bendijo y todas esas cosas... Y a finales de ese año, en el momento de más calor y de menos lluvia, quienes atravesaron el Atlántico (sin arrodillarse, eso sí) fueron los franceses. El *Star & Herald* le encargó a mi padre escribir —en prosa, si era posible— sobre Ferdinand de Lesseps y su equipo de héroes galos. Después de todo, los representantes del Gobierno, los banqueros y los periodistas, los analistas de nuestra incipiente economía y los historiadores de nuestra incipiente República, todos estaban por una vez perfectamente de acuerdo: para Colón, aquélla era la Visita más Importante desde el remoto día en que Cristóbal Ídem descubriera por accidente nuestras convulsas tierras.

Desde que Lesseps bajó del *Lafayette*, hablando en español perfecto con todo el mundo, mirando con la mirada curiosa que le daban sus ojos de gato cansado, lanzando a izquierda y a derecha una sonrisa que los panameños no habían visto nunca en su vida, ostentando un pelo generoso y blanco que lo hacía verse como un Papá Noel a medio hacer, mi padre no lo perdió de vista ni por un instante. Por la noche caminó a pocos pasos de su presa por la calle principal de Colón, pasando debajo de lámparas chinas de papel de seda que parecían a punto de causar un incendio, frente a la estación del ferrocarril y luego frente al muelle donde Korzeniowski había desembarcado los fusiles de contrabando, frente al hotel donde su hijo se había quedado la primera noche en Colón, cuando todavía no era su hijo, y junto al local donde se vendió la sandía más famosa del mundo y murieron a tiros sus comensales y otros curiosos. A la mañana siguiente lo espío desde una distancia prudente y lo vio salir con sus tres niños vestidos de terciopelo bajo el sol insoportable, y vio a los niños correr felices entre la carroña de las calles y el olor de las frutas descompuestas, y espantar

al correr a una bandada de chulos que se merendaba un burro recién nacido a pocos pasos del mar. Lo vio tomar por sorpresa a una india en el muelle de la Pacific Mail (cuando la banda contratada por el alcalde estalló en sonidos metálicos para celebrar su llegada) y tratar de bailar con ella una música que no eraailable, sino marcial, y cuando la india se separó a la fuerza y se agachó junto al mar para lavarse las manos con una mueca de asco, Lesseps siguió sonriendo, es más, empezó a carcajearse al tiempo que gritaba su amor por todos los trópicos y el brillante, el luminoso (*lumineux*) futuro que les esperaba.

Lesseps subió al tren que iba a Ciudad de Panamá y mi padre subió tras él, y cuando el tren llegó al río Chagres lo vio llamar a gritos al encargado y ordenarle que detuviera la locomotora porque él, Ferdinand de Lesseps, tenía que llevarse a casa un vaso de agua del enemigo, y la comitiva entera —los gringos, los colombianos, los franceses— levantó copas y brindó por la victoria del Canal y la derrota del río Chagres, y mientras chocaban en el aire las copas tintineantes un enviado de Lesseps atravesaba al trote el caserío de Gatún, por senderos de tierra mojada y pastizales que le llegaban a la rodilla, y llegaba a un planchón improvisado donde una canoa descansaba, y se agachaba junto a la canoa como la india se había agachado en el muelle y recogía en una copa de champaña recién vaciada un líquido verdoso que salió lleno de algas babosas y de moscas muertas. La única vez que mi padre habló con Lesseps fue cuando el tren pasó junto a Mount Hope, donde en tiempos de la construcción los empleados del ferrocarril habían enterrado a sus muertos, y decidió hablarle en un arranque de entusiasmo acerca de los chinos metidos en baúles de hielo que tanto tiempo atrás había hecho llevar a Bogotá —«¿Adónde?», preguntó Lesseps, «A Bogotá», repitió mi padre—, y que si no hubieran servido a los médicos aprendices de la universidad capitalina, habrían de seguro terminado aquí, bajo estas tierras, debajo de las orquídeas y los hongos. Entonces le dio la mano a Lesseps y le dijo Mucho gusto o Tanto gusto o quizás Cuánto gusto (el gusto, en todo caso, estuvo presente en su frase) y volvió enseguida al margen del grupo, tratando de no molestar, y desde el margen siguió observando a Lesseps durante el resto del trayecto que llevó a ese tren afortunado, a ese tren histórico, a través de las frondosas oscuridades de la selva.

Lo siguió de cerca mientras Lesseps visitaba la vieja iglesia de Santo Domingo, cuyo arco desafiaba las leyes de la gravedad y de la arquitectura, y tomó nota de cuanto comentario admirado soltaba el admirado turista. Lo siguió mientras Lesseps apretaba las manos del alcalde y de los militares en la estación de Ciudad de Panamá (ni los militares ni el alcalde se lavarían la mano en el resto del día). Lo siguió mientras caminaban por las calles recién barridas y lavadas, bajo banderas francesas confeccionadas *ad hoc* por las esposas de los políticos más prestantes (igual que años más tarde sería confeccionada otra bandera, la primera de un país que tal vez empezó a existir esa misma tarde en que Lesseps visitaba la ciudad, pero no nos adelantemos ni saquemos conclusiones anticipadas), y lo acompañó al Grand Hotel, un claustro colonial recién inaugurado con todo lujo sobre uno de los flancos más largos de la plaza de la Catedral, cuyo adoquinado —el de la plaza, claro, no el del hotel— era normalmente habitado por calesas tiradas por caballos viejos, por el ruido de los cascos sobre los adoquines, y esta vez, en cambio, por soldaditos imberbes vestidos de blanco y silenciosos como niños nerviosos a punto de hacer la primera comunión. En el Grand Hotel, ante la mirada fascinada de mi padre, tuvo lugar el banquete de bienvenida con comida francesa y un pianista traído desde Bogotá —«¿Desde dónde?», preguntó Lesseps, «Desde Bogotá», le dijeron— para que tocara la *Barcarolle* o alguna polonesa más bien suave mientras los líderes locales del Partido Liberal le contaban a Lesseps lo que había dicho Víctor Hugo, que la constitución de los Estados Unidos de Colombia estaba hecha para un país de ángeles, no de seres humanos, o algo por el estilo. Para aquellos políticos colombianos, que apenas sesenta años atrás eran habitantes de una colonia, la mera atención de aquel profeta, autor de *Último día de un condenado a muerte* y de *Los miserables*, abogado de la humanidad, era el mejor halago del mundo, y querían que Lesseps la conociera: porque la atención de Lesseps también era el mejor halago del mundo. Lesseps hacía una pregunta banal, abría levemente los ojos ante una anécdota, y los colonizados sentían de repente que su vida entera adquiriría un renovado sentido. Si Ferdinand de Lesseps lo hubiera querido, ahí mismo habrían bailado para él un mapalé o una cumbia, o mejor un cancán, para que no fuera a creer que aquí todos éramos indios. Pues allí, en el Istmo panameño, el espíritu colonial flotaba en el aire, como la tuberculosis. O tal vez, se me ocurrió en algún momento, Colombia nunca había dejado de ser una colonia, y el tiempo y la política simplemente cambiaban un colonizador por otro. Pues la colonia, igual que la belleza, está en el ojo de quien la admira.

Cuando terminó el banquete, mi padre, que ya había reservado una habitación con vista al patio interior y a su fuente donde nadaban peces de colores, siguió a Lesseps hasta que lo vio retirarse por fin, y se disponía a retirarse él mismo cuando se abrió la puerta del salón de billar y salió al corredor un hombre joven, de bigote encerado y manchas de tiza en las manos, que empezó a hablarle como si lo conociera de toda la vida. Formaba parte de la comitiva del *Lafayette*, había llegado con Monsieur de Lesseps y haría parte en París del gabinete de prensa de la Compagnie. Le habían hablado muy

bien de la labor periodística de mi padre, dijo, e incluso Monsieur de Lesseps se había llevado una muy buena impresión al conocerlo. Había leído algunas de sus crónicas sobre el ferrocarril, las crónicas del *Star & Herald*, y ahora quería proponerle una vinculación permanente a la Grandiosa Empresa del Canal. «Una pluma como la suya nos será de gran ayuda en la lucha contra el Escepticismo, que es, como usted sabe bien, el peor enemigo del Progreso». Y antes de terminar la noche mi padre se encontró jugando un chico a tres bandas con un grupo de franceses (y, dicho sea de paso, perdiéndolo por varias carambolas y llegando a rasgar el paño importado), y asociaría para siempre el verde refulgente de aquel paño y el tintineo de marfil de las bolas inmaculadas con el momento en que dijo que sí, que aceptaba y sentía que era un honor hacerlo, que a partir de mañana sería corresponsal en Panamá del *Boletín del Canal Interoceánico*. El *Bulletin*, para los amigos.

Y a la mañana siguiente, antes de pararse en la puerta del hotel para esperar la salida de Lesseps, antes de acompañarlo al comedor del hotel donde lo esperaban tres ingenieros de élite para hablar del Canal y sus problemas y sus posibilidades, antes de salir con él y montarse en su misma canoa para recorrer bajo un sol tronchante dos o tres curvas del enemigo Chagres, antes de todo eso, mi padre me contó lo que yo no había visto con mis propios ojos. Lo hizo con la evidente (y muy problemática) sensación de haber comenzado a formar parte de la historia, de haber comenzado a intimar con el Ángel, y quizás, en cierto sentido, no se equivocaba. Por supuesto que no le hablé a mi padre del Efecto Refractor de su periodismo ni de la posible incidencia que ese efecto podía haber tenido en la decisión de aquellos franceses sedientos de propaganda contratada; le pregunté, en cambio, qué opinión le había merecido el Viejo Lobo Diplomático, ese hombre que para mí era portador de una sonrisa mucho más peligrosa que cualquier ceño fruncido, autor de apretones de manos más letales que una franca puñalada, y ante mi pregunta y mis comentarios imprudentes mi padre se puso serio, muy serio, más serio de lo que lo había visto nunca, y me dijo, con algo que mediaba entre la frustración y el orgullo:

«Es el hombre que yo habría querido ser».

V. Sarah Bernhardt y la Maldición Francesa

«Hágase el Canal», dijo Lesseps, y el Canal... comenzó a hacerse. Pero eso no sucedió ante sus ojos-de-gato-cansado: el Gran Hombre regresó a París —y su regreso en perfecto estado de salud fue la prueba tangible de que la reputación asesina del clima panameño no era más que un mito—, y desde las oficinas de la Rue Caumartin fungió como General en Jefe de un ejército de ingenieros manejado a distancia, un ejército enviado a estos trópicos salvajes para derrotar a las guerrillas del Clima, para lograr el sometimiento de la traicionera Hidrología. Y mi padre sería el narrador de ese choque, sí señor, el Tucídides de esa guerra. Para Miguel Altamirano, una evidencia surgió en esos días, vívida y profética como un eclipse de sol: su destino manifiesto, que sólo ahora, a sus sesenta y tantos años, le estaba siendo revelado, era dejar testimonio escrito de la suprema victoria del Hombre contra las Fuerzas de la Naturaleza. Porque eso era el canal interoceánico: el campo de batalla donde la Naturaleza, enemiga legendaria del Progreso, firmaría por fin su rendición incondicional.

En enero de 1881, mientras Korzeniowski navegaba los mares territoriales de Australia, el consabido *Lafayette* entraba en los respectivos de Panamá, trayendo un cargamento que mi padre describió en su crónica como un Arca de Noé para los tiempos modernos. Por el tablón bajaron, no las parejas de todos los animales de la Creación, sino algo mucho más definitivo: cincuenta ingenieros con sus familias. Y durante un par de horas hubo en el puerto de Colón más diplomas de la École Polytechnique que cargadores para llevarlos al hotel. El 1 de febrero, uno de aquellos ingenieros, un tal Armand Réclus, escribió a las oficinas de la Rue Caumartin: «Comenzadas obras». Las dos palabras del glorioso telegrama se reprodujeron como conejos en cada periódico del hexágono francés; esa noche, mi padre se quedó en la calle del Frente de Colón, pasando del General Grant al más cercano tabuco de jamaíquinos, y de ahí a los grupos de borrachines inofensivos (y otros que no lo eran tanto) de los puertos de carga, hasta que el amanecer le recordó su edad respetable. Llegó a la casa de los pilotes con las primeras luces, borracho de brandy pero también de guarapo, porque había brindado y bebido con cualquier alma dispuesta a seguirle la cuerda. «¡Viva Lesseps y viva el Canal!», gritaba.

Y Colón entera parecía responder: «¡Que vivan!».

Eloísa querida: si mi relato ocurriera en estos tiempos de cinematógrafos (ah, el cinematógrafo: una criatura que habría gustado a mi padre), la cámara se fijaría ahora mismo en una ventana del Jefferson House, que era, seamos sinceros, el único hotel de todo Colón digno de los ingenieros del *Lafayette*. La cámara se acerca a la ventana, se fija en las reglas de cálculo, los transportadores y los compases, se mueve hasta enfocar la cara profundamente dormida de un niño de cinco años y el hilillo de saliva que se le escurre hasta oscurecer el terciopelo rojo del cojín, y tras cruzar una puerta cerrada —nada está vedado a la magia de las cámaras— capta los últimos movimientos de una pareja en pleno coito. Que no son lugareños es evidente en sus respectivos índices de sudoración. A la mujer me referiré in extenso en cuestión de pocas líneas, pero por ahora es importante señalar que tiene los ojos cerrados, que está tapándole la boca a su marido para evitar que el niño se despierte con los inevitables (e inminentes) ruidos orgásmicos y que sus pechos pequeños siempre han sido fuente de conflicto para ella y sus corpiños. En cuanto al hombre: entre su tórax y el de su mujer se abre un ángulo de treinta grados; su pelvis se mueve con la precisión y la invencible regularidad de un émbolo a gas; y su habilidad para conservar estas variables —el ángulo y la frecuencia de movimiento— se debe, en gran parte, a su ingeniosa utilización de la palanca de tercer tipo. En la cual, como todo el mundo sabe, la Potencia se encuentra entre la Resistencia y el Fulcro. Sí, mis inteligentes lectores, lo han adivinado ustedes: el hombre era ingeniero.

Se llamaba Gustave Madinier. Se había graduado con honores en la Polytechnique primero y más tarde en la École des Ponts et Chaussées; durante su brillante carrera de ingeniero, se había visto obligado a repetir más de una vez que no tenía ninguna relación con el otro Madinier, el que había peleado con Napoleón en Vincennes y luego desarrollado una teoría matemática del fuego. No: nuestro Madinier, nuestro querido Gustave que ahora mismo eyacula al interior de su mujer mientras recita para sí mismo «Dame una palanca y moveré el mundo», era el responsable de veintinueve puentes

que cubrían la República francesa, o más bien sus ríos y lagos, desde Perpignan a Calais. Era autor de dos libros: *Les fleuves et leur franchissement* y *Pour une nouvelle théorie des câbles*; sus obras habían llamado la atención del equipo del Suez, y su participación fue decisiva en la construcción de la nueva ciudad de Ismailía. Venir a Panamá como parte de la Compagnie du Canal había sido, para él, un movimiento tan natural como los hijos después del matrimonio.

Y ya que estamos en eso: Gustave Madinier se había casado con Charlotte de la Môle a principios de 1876, ese año mágico para mi padre y para mí, y cinco meses después nacía Julien, pesando tres mil doscientos gramos y generando igual número de comentarios malintencionados. Charlotte de la Môle, la mujer que era un reto para cualquier corpiño, había sido también un reto para su marido: era terca, voluntariosa e insoportablemente atractiva. (A Gustave le gustaba que los pechos se le pegaran al cuerpo cuando hacía frío, porque eso le daba la sensación de fornicar con una jovencita. Pero eran gustos culpables; Gustave no se enorgullecía de ellos, y sólo una vez, durante una borrachera, los había confesado a su mujer). El asunto es que el viaje colectivo a Panamá había sido idea de Charlotte, que no necesitó más de dos apareamientos para convencer al ingeniero. Y allí, en el cuarto del Jefferson House, mientras su marido cae en un sueño satisfecho y comienza a roncar, Charlotte siente que ha tomado la decisión correcta, pues sabe que detrás de todo gran ingeniero hay una gran empecinada. Sí, la imagen inicial de Colón —sus olores putrefactos, la asiduidad insoportable de sus insectos, el caos de sus calles— había provocado un breve desencanto; pero enseguida la mujer se fijó en el cielo limpio, y el calor seco de febrero le abrió los poros y se le metió en la sangre, y eso le gustó. Charlotte no sabía que el calor no siempre era seco, que el cielo no siempre estaba limpio. Alguien, algún alma caritativa, habría debido decírselo. Nadie lo hizo.

Fue por esos días que llegó Sarah Bernhardt. Los lectores abren los ojos, sueltan comentarios escépticos, pero así es: Sarah Bernhardt estuvo allí. La visita de la actriz fue otro de los síntomas de la ombliguización de Panamá, el súbito desplazamiento del Istmo al mismísimo centro del mundo... La Bernhardt llegó, para variar, en ese dispensador de figuras francesas que era el vapor *Lafayette*, y se quedó en Colón apenas el tiempo necesario para tomar el tren a Ciudad de Panamá (y para merecer su breve inclusión en este libro). En un teatro diminuto y demasiado caluroso, montado a la carrera en un salón lateral del Grand Hotel, ante un público en el que todos, menos uno, eran franceses, Sarah Bernhardt subió a un escenario con dos sillas y, con la ayuda de un actorcito aficionado que había traído desde París, recitó, de memoria y sin equivocarse, todos los parlamentos de la *Fedra* de Racine. Una semana después había vuelto a tomar el tren, pero en sentido contrario, y regresaba a Europa, sin haber hablado con un solo panameño... pero ganándose, sin embargo, un lugar en mi relato. Pues esa noche, la noche de *Fedra*, dos personas aplaudieron más que el resto. Una era Charlotte Madinier, para quien la presencia de Sarah Bernhardt había sido como un bálsamo contra el tedio insoportable de la vida en el Istmo. La otra era el encargado de dar cuenta de todo beneficio o provecho que ocurriera como consecuencia (directa o no) de las obras del Canal: Miguel Altamirano.

Lo explicaré sin rodeos: Charlotte Madinier y Miguel Altamirano se conocieron esa noche, intercambiaron nombres y saludos e incluso alejandrinos clásicos, pero tardaron mucho en volverse a ver. Cosa, por lo demás, bastante normal: ella era una mujer casada, y todo el tiempo se le iba en aburrirse—según—las—buenas—costumbres; él, por su parte, no dejaba de moverse, pues en esa época no había un solo instante en que no ocurriera en Panamá algo digno de ser reseñado para el *Bulletin*. Charlotte conoció a mi padre y lo olvidó enseguida, y siguió con su propia rutina, y desde su rutina vio que el aire seco de febrero se iba haciendo más denso conforme pasaban las semanas, y una noche de mayo se despertó espantada, porque creyó que la ciudad era víctima de un bombardeo. Se asomó a la ventana: estaba lloviendo. Su marido se asomó con ella, y de un vistazo calculó que en los cuarenta y cinco minutos que duró el aguacero había caído más agua de la que recibe Francia en todo un año. Charlotte vio las calles inundadas, las cáscaras de bananos o las hojas de palma que pasaban flotando sobre la corriente, y de vez en cuando alcanzó a ver otros objetos más intimidatorios: una rata muerta, por ejemplo, o una bola de mierda humana. Idénticos aguaceros se repitieron once veces en el curso del mes, y Charlotte, que veía desde su reclusión cómo Colón se convertía en un pantano sobre el cual volaban insectos de todos los tamaños, comenzó a preguntarse si el viaje no habría sido un error.

Y entonces, un día de julio, su niño amaneció con escalofríos. Julien se sacudía con violencia, como si su cama tuviera vida propia, y el castañeteo de sus dientes era perfectamente audible a pesar del azote del aguacero en la terraza. Gustave estaba en las obras del Canal, evaluando los daños causados por la lluvia; Charlotte, vestida con las ropas todavía húmedas que había mandado lavar la tarde anterior, cargó al niño en brazos y llegó en una calesa desvencijada al hospital. Los escalofríos habían cesado, pero al acostar a Julien en la cama que le fue asignada, Charlotte le puso el dorso de la mano sobre la frente, más por instinto que otra cosa, y en el mismo instante se dio cuenta de que el niño ardía en fiebre y de que los ojos se le habían puesto en blanco. Julien movía la boca como una vaca pastando; sacaba una lengua

reseca, y en su boca no había saliva. Pero Charlotte no encontró agua suficiente para calmarle la sed (lo cual, en medio del aguacero, no dejaba de ser irónico). A media tarde llegó Gustave, que había recorrido la ciudad entera preguntando en francés si alguien había visto a su mujer, y al final había decidido, por agotar las posibilidades, ir al hospital. Y sentados en sillas de madera dura cuyo espaldar se desprendía si se recostaban en él, Gustave y Charlotte pasaron la noche, durmiéndose sentados cuando los vencía el agotamiento, turnándose por una especie de superstición privada para tomarle a Julien la temperatura. Al amanecer, a Charlotte la despertó el silencio. Había dejado de llover y su marido dormía doblado sobre sí mismo, la cabeza entre las rodillas, los brazos colgando hasta el suelo. Estiró la mano y sintió una ráfaga de alivio al comprobar que la fiebre había bajado. Y entonces trató, sin éxito, de despertar a Julien.

Y nuevamente escribo esta frase que tantas veces he escrito: entra en escena Miguel Altamirano.

Mi padre insistió en ser él quien acompañara a la pareja Madinier en aquellos trámites diabólicos: sacar al niño muerto del hospital, meterlo en el cajón, meter el cajón en la tierra. «La culpa la tiene el fantasma de Sarah Bernhardt», me diría mi padre mucho después, tratando de explicar las razones (que permanecieron inexplicadas) por las que se lanzó de cabeza al dolor de aquel matrimonio que apenas conocía. Los Madinier le guardarían una gratitud que debo llamar eterna: en medio de la pérdida y de la desorientación de la pérdida, mi padre les había servido de intérprete, de enterrador, de abogado, de mensajero. Hubo días en que la presencia del luto lo agotaba; pensaba en esos instantes que su tarea estaba ya completa, que se estaba entrometiendo; pero Charlotte le pedía que no se fuera, que no los dejara, que los siguiera ayudando con la simple ayuda de su compañía, y Gustave le ponía una mano en el hombro con el gesto de un camarada de guerra: «Usted es todo lo que tenemos», le decía... y entonces pasaba Sarah Bernhardt, le soltaba un verso de *Fedra* y seguía su camino. Y mi padre era incapaz de despedirse: los Madinier eran como cachorritos, y dependían de él para enfrentarse a ese mundo istmeño, inhóspito e incomprensible en que Julien ya no estaba.

Tal vez fue por aquellos días que se empezó a hablar en Colón de la Maldición Francesa. Entre mayo y septiembre, además del único hijo de los Madinier, veintidós obreros del Canal, nueve ingenieros y tres mujeres de ingenieros fueron víctimas de las fiebres asesinas del Istmo. Seguía lloviendo —el cielo se ponía negro a las dos de la tarde, y casi de inmediato empezaba el aguacero, que no caía en gotas sino sólido y denso, como una ruana tirada al aire—, pero las obras seguían, a pesar de que la tierra excavada un día amanecía al día siguiente devuelta a la fosa por el peso de la lluvia. El Chagres subió tanto en un fin de semana que el ferrocarril tuvo que dejar de operar, porque la línea quedó hundida treinta centímetros por debajo de aquellas aguas con algas; y, con el ferrocarril paralizado, el Canal se paralizaba también. Los ingenieros se reunían en el mediocre restaurante del Jefferson House o en el 4th of July, un *saloon* con mesas lo bastante amplias como para poder desplegar en ellas mapas topográficos y planos arquitectónicos —y acaso una mano rápida de póquer sobre los planos y los mapas—, y allí pasaban horas discutiendo por dónde seguirían las obras cuando por fin escampara. Con frecuencia sucedía que los ingenieros se despedían al final de una tarde, citándose en las excavaciones a la mañana siguiente, sólo para enterarse a la mañana siguiente de que uno de ellos había sido ingresado en el hospital con un ataque de escalofríos, o estaba en el hospital vigilando la fiebre de su esposa, o estaba con su esposa en el hospital atendiendo a su niño y arrepintiéndose de haber venido a Panamá. Pocos sobrevivían.

Y aquí entro en terrenos conflictivos: a pesar de todo aquello, a pesar de su relación con los Madinier, mi padre (o más bien su curiosa Pluma Refractora) escribió que «los raros casos de fiebre amarilla que se han presentado entre los heroicos artífices del Canal» habían sido «importados de otros parajes». Y como nadie lo detuvo, siguió escribiendo: «Nadie niega que las plagas tropicales se han hecho presentes entre la población no autóctona; pero una o dos muertes, sobre todo de obreros que antes venían de Martinica o de Haití, no deben generar alarmas injustificadas». Sus crónicas/informes/reportajes sólo se leían en Francia. Y allí, en Francia, los Familiares del Canal las leían y quedaban tranquilos, y los accionistas seguían comprando acciones, porque todo iba bien en Panamá... Muchas veces he pensado que mi padre se habría hecho rico de haber patentado el invento aquel del Periodismo de Refracción, del cual tanto se ha abusado desde entonces. Pero soy injusto al pensarlo. Después de todo, en eso radicaba su extraño don: en no darse cuenta del bache —no: del cráter inmenso— que se abría entre la verdad y su versión de ella.

La fiebre amarilla siguió matando sin descanso, y mató sobre todo a los franceses recién llegados. Para el obispo de Panamá, ello era prueba suficiente: la plaga escogía, la plaga tenía inteligencia. El obispo describió una mano larga que llegaba en las noches a las casas de los disolutos, los adúlteros, los bebedores, los impíos, y se llevaba a sus niños como si Colón fuera el Egipto del Antiguo Testamento. «Los hombres de recta moral no tienen nada que temer», dijo, y en sus palabras hubo para mi padre el sabor de las viejas batallas contra el presbítero Echavarría: era como si el tiempo se repitiera. Pero entonces don Jaime Sosa, primo del obispo y administrador de la vieja catedral de Porto Bello, reliquia de

los tiempos de la colonia, dijo un día que se sentía mal, luego que tenía sed, y tres días después era enterrado, a pesar de que el obispo mismo lo hubiera bañado en una solución de whisky, mostaza y agua bendita.

Durante esos meses los funerales se convirtieron en una parte de la rutina diaria, como las comidas, pues los muertos de fiebre eran enterrados en cuestión de horas para evitar que sus humores descompuestos llevaran la fiebre por los aires. Los franceses empezaron a caminar con las manos en la boca, o amarrándose una improvisada máscara de tela fina sobre boca y nariz como forajidos de leyenda; y una tarde, enmascarado hasta los pómulos, a pocos metros de su enmascarada esposa, Gustave Madinier —derrotado por el clima, el luto, el miedo a la fiebre incomprensible y traicionera— mandó a mi padre una nota de despedida. «Es tiempo de volver a la patria», escribió. «Mi mujer y yo necesitamos nuevos aires. Sepa usted, señor, que siempre estará en nuestros corazones».

Ahora bien: yo los hubiera entendido. Ustedes, lectores hipócritas, mis semejantes, mis hermanos, los hubiera entendido, aunque sólo fuera por simple simpatía humana. Pero no así mi padre, cuya cabeza empezaba a circular por rieles distintos, tirada por locomotoras independientes... Invado su cabeza y esto es lo que encuentro: una multitud de ingenieros muertos, otros tantos desertores y un canal abandonado a medio hacer. Si el infierno es personal, un espacio distinto para cada biografía (hecho con nuestros peores miedos, los que son intercambiables), aquél era el de mi padre: la imagen de las obras abandonadas, de las grúas y las excavadoras de vapor pudriéndose bajo el musgo y el óxido, la tierra excavada regresando desde los depósitos de carga de los vagones a sus húmedos orígenes en el suelo de la selva. La Gran Trinchería del Canal Interoceánico dejada de la mano de sus constructores: ésta, Lectores del Jurado, era la peor pesadilla de Miguel Altamirano. Y Miguel Altamirano no iba a dejar que semejante infierno se instalara en la realidad. Así que allí, junto al fantasma de Sarah Bernhardt que le lanzaba alejandrinos de Racine a la menor provocación, mi padre encontró el pulso para escribir estas líneas: «Honre usted, Monsieur Madinier, la memoria de su hijo único. Lleve las obras a buen término, y el pequeño Julien tendrá para siempre este Canal por monumento». Una anotación: cuando Gustave Madinier leyó estas líneas, no fue en una nota privada, sino en la primera página del *Star & Herald*, bajo un titular que era poco menos que un chantaje: CARTA ABIERTA A GUSTAVE MADINIER.

Y una tarde de diciembre, mientras el sol de la temporada seca —que había regresado con ese curioso talento que tiene diciembre para hacer olvidar las lluvias pasadas, para hacernos creer que en realidad Panamá es así— brillaba sobre las calles de Colón y sobre la zona entera de la Gran Trinchería del Canal, en el Jefferson House un ingeniero y su esposa deshacían baúles ya hechos. Las ropas volvían a los armarios y los instrumentos al escritorio, y los retratos de un niño muerto volvían a ocupar la cómoda de los retratos.

Y allí se quedarían, por lo menos hasta que alguna fuerza imprevisible los derribara.

Después de todo, eran tiempos convulsos.

*

Permítame que lo vuelva a decir: eran tiempos convulsos. No, queridos lectores, no me refiero a esa idea consentida de los políticos que no tienen nada más que decir. No me refiero a las elecciones que los conservadores se robaron en el Estado colombiano de Santander, desapareciendo votos liberales y fabricando conservadores donde no los había; ni me refiero a la reacción liberal que ya empezaba a pensar en revoluciones armadas, a convocar juntas revolucionarias y a reunir dinero revolucionario. No, Eloísa querida: no me refiero al temor de una nueva guerra civil entre conservadores y liberales, ese temor constante que acompañaba a los colombianos como un perro fiel, y que tardaría poco, muy poco, pero muy poco, en materializarse de nuevo... No me refiero tampoco a las declaraciones en sesión secreta de cierto dirigente radical, que aseguraba ante el Senado de la República tener noticia de que «los Estados Unidos han resuelto apoderarse del Istmo de Panamá»; ni mucho menos a la respuesta de un conservador confiado para quien «las voces alarmistas» no deben asustar a la patria, pues «el panameño es feliz como ciudadano de esta República, y nunca cambiaría su honrada pobreza por las comodidades sin alma de esos buscadores de oro». No: a nada de eso me refiero. Cuando digo que eran tiempos convulsos, me refiero a convulsiones menos metafóricas y harto más literales. Digámoslo con claridad: Panamá era un lugar donde las cosas se sacudían.

En el espacio de un año, los habitantes del Istmo se espantaron con cada estallido de dinamita importada, y muy pronto se acostumbraron a cada estallido de dinamita importada: Panamá era un lugar donde las cosas se sacudían. Fueron meses en que los panameños caían de rodillas y comenzaban a rezar cada vez que las dragas de vapor abrían la tierra, y luego las dragas entraron a formar parte del paisaje auditivo y los panameños dejaron de arrodillarse, pues Panamá era un lugar donde las cosas se sacudían... En los pabellones de los enfermos de fiebre amarilla, las camas

retumbaban sobre el suelo de madera, levantadas por la fuerza de los escalofríos, y nadie, nadie se sorprendía: Panamá, Lectores del Jurado, era un lugar donde las cosas se sacudían.

Pues bien: el 7 de septiembre de 1882 ocurrió la sacudida mayor.

Eran las tres y veintinueve de la mañana cuando comenzaron los movimientos. Me apresuro a decir que no duraron más de un minuto; pero en ese minuto corto alcancé a pensar primero en la dinamita, luego en que no era hora de hacer estallar cargas en la zona del Canal, luego en las máquinas francesas, y las deseché por la misma razón. En ese momento una maceta de cerámica que había sido del señor Watts, el anterior residente de la casa de los pilotes, y que hasta entonces había dormido pacíficamente encima de la alacena, caminó cuatro palmos hasta el borde y se lanzó al vacío. La alacena entera cayó enseguida (escándalo de la vajilla destrozada, cristales en pedazos peligrosamente desperdigados por el suelo). Mi padre y yo tuvimos apenas tiempo de agarrar la mano huesuda del chino muerto y un cajón con archivador y salir de la casa antes de que el terremoto partiera los pilotes y la casa se viniera de bruces, torpe y pesada y maciza como un búfalo cazado. Y al mismo tiempo, a pocos metros del barrio residencial de la Panama Railroad Company, el matrimonio Madinier salía a la calle, ambos en pijama y ambos espantados, antes de que los retratos de Julien se destrozaran contra el suelo del Jefferson House, y antes, por fortuna, de que el Jefferson House —o por lo menos su fachada— se estrellara contra la calle levantando una polvareda que hizo estornudar a varios de los testigos.

El terremoto de 1882, que para muchos fue un nuevo episodio de la Maldición Francesa, echó abajo la iglesia de Colón como si fuera de naipes, rompió las traviesas del ferrocarril a lo largo de ciento cincuenta metros y recorrió la calle del Frente rasgándola como un cuchillo de filo dañado. Su primera consecuencia: mi padre se puso manos a la obra (nunca mejor dicho). El lecho de la Gran Trinchera se hundió y se hundieron las paredes de la excavación, echando a perder buena parte del trabajo realizado, y un campamento instalado cerca de Miraflores desapareció —instrumentos, personal y una pala de vapor— en la tierra que se abrió como no la había abierto la dinamita. Y en medio de este panorama de desconuelo, mi padre escribió: «Nadie se inquiete, nadie guarde recelos: las obras siguen adelante sin el más mínimo retraso».

En sus escritos siguientes, ¿se refirió a la alcaldía de Ciudad de Panamá, de la cual no quedó piedra sobre piedra? ¿Se refirió a los techos del Grand Hotel, que sepultaron el cuartel general de la Compañía, varios planos, a un contratista recién llegado de Estados Unidos y a algún que otro ingeniero? No: mi padre no vio nada de ello. La razón: en ese momento había adquirido ya definitivamente la célebre enfermedad colombiana de la C.S. (Ceguera Selectiva), también conocida como C.P. (Ceguera Parcial) y aun como R.I.P. (Retinopatía por Intereses Políticos). Para él —y, en consecuencia, para los lectores del *Bulletin*, accionistas reales o potenciales—, las obras del Canal se acabarían en la mitad del tiempo previsto y costarían la mitad del dinero previsto; las máquinas que había trabajando eran el doble de las existentes, pero habían costado la mitad; los metros cúbicos de tierra excavada por mes, que no superaban los doscientos mil, se transformaban en los informes del *Bulletin* en un largo millón con todos sus ceros bien puestos. Lesseps estaba feliz. Los accionistas —los reales, los potenciales— también. Viva Francia y viva el Canal, carajo.

Mientras tanto, en el Istmo, la Guerra por el Progreso se libraba en tres frentes: la construcción del Canal, la reparación del ferrocarril y la reconstrucción de Colón y Ciudad de Panamá, y Tucídides daba noticia de ella con detalle (con el detalle que su R.I.P. le permitía ver). Caída la casa de los pilotes, fui testigo por primera vez de los efectos prácticos de la Ceguera de mi padre: no pasaron ni cuatro días antes de que le fuera adjudicada una de las pintorescas habitaciones de Christophe Colomb, el caserío construido para los técnicos blancos de la Compañía del Canal. Era una construcción prefabricada, puesta junto al mar con su hamaca propia y sus persianas de colores vivos como una casa de muñecas, y en ella viviríamos sin cargo alguno. Era un tratamiento regio, y mi padre sintió en la nuca el golpe nada sutil del Halago de los Poderosos, eso que en otras partes se conoce con otros alias: cohecho o soborno, unto o mordida.

La satisfacción, además, fue doble: cuatro casas más allá se instalaban, casi simultáneamente, otros desplazados por el terremoto, Gustave y Charlotte Madinier. Todos estuvieron de acuerdo en que salir de aquel hotel espantoso y lleno de recuerdos oscuros daría beneficios notables, *tabula rasa* y todas esas cosas. Por las noches, después de la cena, mi padre caminaba los cincuenta metros que nos separaban de la casita Madinier, o ellos hacían el trayecto hacia la nuestra, y en el porche nos sentábamos con brandy y habanos a ver cómo la luna amarilla se disolvía en las aguas de Bahía Limón y a alegrarnos de que Monsieur Madinier hubiera decidido quedarse. Queridos lectores, no sé cómo explicarlo, pero algo había ocurrido después del terremoto. Una transformación de nuestras vidas, tal vez, o tal vez el comienzo de una vida nueva.

Dice la tradición panameña que las noches de Colón favorecen las intimidades. Las causas son, supongo, científicamente indemostrables. Hay algo en el quejido melancólico de esa lechuza que parece decir todo el tiempo *Ya*

acabó; hay algo en la oscuridad de las noches en las que uno podría alzar la mano y arrancarle un pedazo a la Osa Mayor; y sobre todo (ya para dejarnos de cursilerías) hay algo muy tangible en la inmediatez del peligro, cuyas encarnaciones no se limitan a un jaguar aburrido que decide hacer una excursión fuera de la selva, ni al escorpión ocasional que se te mete en los zapatos, ni a la violencia de Colón-Gomorra, donde hasta la llegada de los franceses había más machetes y revólveres que picos y palas. El peligro en Colón es una criatura cotidiana y proteica, y uno se acostumbra a su olor y pronto se olvida de su presencia. El miedo une; en Panamá, teníamos miedo aunque no lo supiéramos. Y era por eso, se me ocurre ahora, que una noche frente a Bahía Limón, siempre que el cielo estuviera limpio y hubiera pasado la temporada de lluvias, era capaz de producir amistades entrañables. Así fue para nosotros: bajo mi mirada de secretario, mi padre y los Madinier pasaron ciento cuarenta y cinco noches de amistad y confesiones. En ellas, Gustave confesó que las obras del Canal eran un reto casi inhumano, pero que hacer frente a ese reto era un honor y un privilegio. Charlotte confesó que la imagen de Julien, su niño muerto, ya no la atormentaba, sino que la acompañaba en momentos de soledad, como un ángel de la guarda. Los Madinier confesaron (a coro y desafinando un poco) que nunca, desde su matrimonio, se habían sentido tan unidos.

«A usted se lo debemos, Monsieur Altamirano», decía el ingeniero.

«Señor», decía mi padre diplomático, «es mucho más lo que Colombia les deberá a ustedes».

«Se lo deben al terremoto», decía yo.

«Nada de eso», decía Charlotte. «Se lo debemos a Sarah Bernhardt».

Y risas. Y brindis. Y versos alejandrinos.

A finales de abril, mi padre le pidió al ingeniero Madinier que lo llevara a ver las máquinas. Salieron a la madrugada, después de una cucharada de whisky con quinina para hacerle el quite a lo que los panameños llamaban calentura y los franceses *paludisme*, y cogieron una canoa en el Chagres para ir hasta las excavaciones de Gatún. Las máquinas eran el más reciente amor de mi padre: una pala de vapor era capaz de dejarlo absorto durante largos minutos; una draga americana, de las que habían llegado a principios de ese año, podía arrancarle suspiros como los que sin duda le habría arrancado mi madre en el *Isabel* (pero eran otras épocas). Una de estas dragas, estacionada a un kilómetro de Gatún como un gigantesco barril de cerveza, fue la primera escala de la canoa. Los remeros se acercaron a la orilla y clavaron los remos en el lecho del río para que mi padre pudiera contemplar, inmóvil e hipnotizado a pesar del acoso de los zancudos, la magia del armatoste. Panamá era un lugar donde las cosas se sacudían: las cadenas del monstruo sonaban como los grilletes de un prisionero medieval, los baldes de hierro traqueteaban levantando la tierra extraída, y luego venía el escupitajo de agua a presión que lanzaba la tierra fuera del área de las obras con un siseo que ponía la piel de gallina. Mi padre tomaba nota atenta de todo, y empezaba a pensar en comparaciones sacadas de algún libro de dinosaurios o de *Los viajes de Gulliver*, cuando se dio la vuelta para agradecer a Madinier, pero lo encontró sentado en la canoa con la cabeza entre las piernas. El ingeniero dijo que le había caído mal el whisky. Decidieron regresar.

Esa tarde se reunieron (nos reunimos) en el porche, y se repitió el ritual de habanos y brandy. Madinier se sentía bastante mejor: no sabía qué le había ocurrido, dijo, iba a tener que cuidar el estómago un poco más de ahí en adelante. Bebió un par de copas, y Charlotte creyó que era cosa del alcohol cuando lo vio ponerse de pie en medio de la conversación para ir a echarse en la hamaca. Mi padre y Charlotte no hablaron de Sarah Bernhardt ni de la *Fedra* de Racine ni de la sala improvisada en el Grand Hotel, porque ya eran amigos, ya se sentían amigos, y esos códigos no les hacían falta. Hablaron, no sin nostalgia, de sus pasados en otro lugar: hasta ahora no se habían dado cuenta de que también mi padre era un extraño en Panamá, también él había pasado por los procesos del recién llegado —los esfuerzos por aprender, la ansiedad de adaptarse— y tener eso en común los entusiasmó. Charlotte contó cómo había conocido a Gustave. Habían asistido a una especie de celebración más o menos privada en el Jardin des Plantes; se celebraba la partida hacia el Suez de un equipo de ingenieros. Allí se habían conocido, contó Charlotte, y pronto se habían perdido a propósito en el laberinto de Buffon, sólo para hablar sin que nadie les interrumpiera. Charlotte estaba repitiendo lo que Gustave le había explicado esa tarde —que para salir de un laberinto, si sus paredes estaban conectadas, bastaba con mantener la misma mano pegada a una de las paredes, y tarde o temprano se encontraría la salida o se volvería a la entrada—, cuando se interrumpió a media frase y su pecho plano se quedó quieto como la superficie de un lago. Mi padre y yo nos giramos por instinto para mirar lo que ella estaba mirando, y esto fue lo que vimos: la hamaca, inflada bajo el peso del ingeniero Gustave Madinier, modelada con la curva de sus nalgas y los ángulos de sus codos, había comenzado a temblar, y las vigas de donde colgaba crujían desesperadas. No sé si lo he dicho ya: Panamá, queridos lectores, era un lugar donde las cosas se sacudían.

En cuestión de minutos los escalofríos cesaron y comenzó la fiebre, comenzó la sed. Pero hubo algo novedoso: con la

poca lucidez que le quedaba, el ingeniero Madinier empezó a decir que le dolía la cabeza, y el dolor era tan salvaje que en algún momento le pidió a mi padre que le pegara un tiro, por piedad, que le pegara un tiro. Charlotte se negó a que lo lleváramos al hospital, a pesar de la insistencia de mi padre, y lo que hicimos fue levantar el cuerpo adolorido y trasladarlo a mi cama, la que estaba más cerca del porche. Y allí, sobre mis sábanas de lino recién compradas a mitad de precio a un comerciante antillano, pasó la noche Gustave Madinier. Su esposa lo acompañó como había acompañado a Julien, y sin duda el recuerdo de Julien la acosó durante la noche. Cuando amaneció, y Gustave dijo que la cabeza iba mejor, que en las piernas y la espalda ya no había ese dolor inclemente sino apenas una vaga inquietud, Charlotte ni siquiera se fijó en el tono amarillento que le había invadido la piel y los ojos, sino que se dejó arrastrar por el alivio. Reconoció que debía dormir un poco; el agotamiento la llevó hasta las últimas horas de la tarde. Ya se había hecho oscuro cuando me tocó ver el momento en que su marido comenzó a vomitar una sustancia negra y viscosa que no podía ser sangre, no, señor, juro que no podía ser sangre.

La muerte de Gustave Madinier fue tristemente célebre en el barrio de Christophe Colomb. Los vecinos obligaron a mi padre a quemar las sábanas de lino, junto con cada copa/taza/pedazo de vajilla que hubiera entrado en contacto con los labios contaminados del pobre ingeniero; la misma obligación embargó, como es evidente, a Charlotte. Por supuesto que la mujer terca y voluntariosa que era opuso cierta resistencia en un principio: no iba a deshacerse de aquellos recuerdos, no iba a quemar las últimas memorias de su marido, sin dar la pelea. Tuvo que venir el cónsul de Francia en Colón para forzarla, mediante un decreto insolente que iba adornado con todos los sellos del mundo, a llevar a cabo la hoguera purificadora a la vista de todo el mundo. (El cónsul moriría de fiebre amarilla, con calambres y con vómito negro, tres semanas después; pero esa pequeña justicia poética no viene al caso ahora). Mi padre y yo fuimos la mano de obra de aquella ceremonia inquisidora: y en medio de la calle principal de Christophe Colomb fue creciendo una pila de frazadas y corbatines, cepillos de cerda de puerco y navajas de afeitar, tratados de Teoría de las Resistencias y álbumes con fotos de familia, ejemplares intonsos de *Les fleuves et leur franchissement* y de *Pour une nouvelle théorie des câbles*, copas de cristal y platos de porcelana, e incluso un bloque de pan de centeno que llevaba la marca sucia de una mordida. Todo ardió con olores mezclados, con humo negro, y extinguido el fuego quedó una masa achicharrada y oscura. Vi a mi padre abrazar a Charlotte Madinier y enseguida coger un balde, caminar hasta la orilla de la bahía y regresar con agua suficiente para apagar las últimas brasas descoloridas. Para cuando volvió, para cuando vació el balde sobre la tapa reconocible de un libro de cromos que había sido de terciopelo azul, ya Charlotte no estaba.

Vivía a cuatro casas de la nuestra, y sin embargo la perdimos de vista. Todos los días, después de la quema, mi padre y yo pasábamos por su porche y dábamos tres golpes de nudillo sobre el marco de madera del mosquitero. Pero nunca hubo respuesta. Intentar indiscretamente asomarnos era inútil: Charlotte había recubierto las ventanas con ropas oscuras (capas parisinas, largas faldas de tafetán). Debían de haber pasado unos cinco o seis meses desde la muerte del ingeniero cuando la vimos salir, muy temprano, y dejar la puerta abierta. Mi padre la siguió; yo seguí a mi padre. Charlotte caminó hacia el puerto llevando en la mano derecha —pues la izquierda estaba cubierta hasta la altura de la muñeca con una venda mal puesta— un maletín parecido al que usan los médicos. No oyó o no quiso oír las palabras de mi padre, sus saludos, sus renovadas condolencias; al llegar a la calle del Frente, se dirigió, como un caballo regresando a casa, a la tienda de empeños de Maggs & Oates. Entregó el maletín y recibió a cambio una suma que parecía convenida de antemano (en unos billetes aparecía dibujado un ferrocarril, en otros un mapa, en otros más un viejo ex presidente); y todo esto lo hizo con la cara volteada hacia Bahía Limón y los ojos fijos en el *Bordeaux*, un vapor que había anclado en la bahía treinta días atrás y ahora flotaba desierto, pues toda la tripulación había muerto de fiebre. «Je m'en vais», repetía Charlotte con los ojos muy abiertos. Mi padre la siguió durante todo el camino de regreso a casa, y ella sólo decía: «Je m'en vais». Mi padre le suplicó que se detuviera, que lo mirara un instante, y ella sólo decía: «Je m'en vais». Mi padre subió tras ella al porche de su casa y alcanzó a recibir un vaho sólido de suciedad humana, y ella sólo decía: «Je m'en vais».

Charlotte Madinier había decidido irse, sí, pero no pudo o no quiso hacerlo de inmediato. Durante el día se la veía caminar sola por Colón, visitar la tumba de su marido en el cementerio e incluso pasar como una sombra por el hospital y quedarse horas frente a la cama de cualquier afiebrado, mirándolo con tanta intensidad que acababa por asustarlo y preguntando a las enfermeras por qué el rótulo decía gastritis si la verdad era evidentemente distinta. Hubo gente que la vio pedir limosna a los pasajeros del ferrocarril; hubo quien la vio desafiar todas las reglas de la decencia y ponerse a conversar con una de las putas francesas de la Maison Dorée, famosa en todo el Caribe. No sé quién habló por primera vez de la Viuda del Canal; pero el mote se quedó con la persistencia de una peste, e incluso mi padre comenzó a utilizarlo

después de un tiempo. (Sospecho que para él no tenía el tono burlón y un poco despiadado que tenía para los demás; mi padre hablaba de la Viuda del Canal con respeto, como si en verdad la tumba del ingeniero Madinier contuviera una cifra de la suerte del Istmo). La Viuda del Canal, como suele suceder en los Trópicos Charlatanes, empezó a convertirse en leyenda. Era vista en Gatún, arrodillada entre el fango para hablar con un niño, y en el paso de Culebra, discutiendo con los obreros los últimos adelantos en las obras. Se dijo que le hacía falta el dinero del pasaje, y que por eso no se había ido; y a partir de entonces fue vista en el callejón de las Botellas, cobrando a los obreros del Canal por un polvo rápido, y echando otros, más demorados y además gratuitos, con los obreros recién llegados de Liberia. Pero la Viuda del Canal, sorda y ajena a los rumores, seguía vagabundeando por las calles de Colón, diciendo «Je m'en vais» a quien quisiera escucharla y en todos los tonos posibles, pero no yéndose nunca. Hasta el día en que...

Pero no.

Todavía no.

Todavía es pronto.

Después me ocuparé del curioso destino de la Viuda del Canal. Más importante ahora es referirme a los otros rumores que tenían lugar lejos de allí, y de los cuales la Viuda del Canal tampoco se enteró. Pues ahora la dama exigente de la Política reclama perentoriamente mi atención y yo, al menos durante el término de este libro, soy su obsecuente servidor. En el resto del país, los políticos hablaban en sus discursos de «inminente peligro para el orden social» y de «la paz que se amenaza turbar». Pero en Panamá nadie escuchó sus palabras. Los políticos seguían hablando con sospechoso empeño de «conmoción interior», de las «revoluciones» que se estaban fraguando en el país y de su «acompañamiento sombrío de desgracias». Pero en Colón, y más en ese gueto de Colón que formaban los empleados de la Compañía del Canal, todos éramos sordos y ajenos a esos discursos. Los políticos hablaban del destino del país con palabras alarmistas, «Regeneración o Catástrofe», pero sus palabras se quedaban enredadas en la selva del Darién, o se ahogaban en algunos de nuestros dos océanos. Finalmente, el rumor fatal, el rumor de rumores, llegó a Panamá; y así los habitantes del Istmo supimos que en aquella remota tierra a la cual el Istmo pertenecía, unas elecciones se habían llevado a cabo, un partido había ganado en circunstancias confusas, otro partido estaba más bien descontento. ¡Qué malos perdedores eran los liberales!, exclamaban, en los salones de Colón, los (conservadores) curas panameños. Los hechos eran simples: algunos votos se habían extraviado, algunas personas tuvieron dificultades para ir a votar y algunos que iban a votar liberal cambiaron de opinión en el último momento, gracias a la oportuna y divina intervención del Sacerdocio, bastión de la democracia. ¿Qué culpa tenía el Gobierno conservador en esos azares electorales? Y en ésas estaban los salones colonenses cuando se recibió el informe detallado de lo que ocurría allá fuera: el levantamiento armado de los inconformes.

El país, increíblemente, estaba en guerra.

Las primeras victorias fueron para los rebeldes. El general liberal Gaitán Obeso tomó Honda, se apoderó de los buques que navegaban el Magdalena y entró en Barranquilla. Sus éxitos fueron inmediatos. La costa caribe estaba próxima a caer en las rojas manos de la revolución; entonces, por primera vez en la historia, los escritores de esa larga comedia que es la democracia colombiana decidieron darle un papel pequeño, cosa de un par de líneas fáciles, al Estado de Panamá. Panamá sería la defensora de la costa de marras; desde Panamá navegarían los mártires destinados a rescatar al país de las manos del diablo masón. Y un buen día, un contingente de soldados veteranos se reunió en el puerto de Colón bajo el mando del gobernador panameño, general Ramón Santodomingo, y zarpó veloz hacia Cartagena, dispuesto a hacer historia. Desde el puerto, Miguel Altamirano y su hijo los vieron partir. No eran los únicos, por supuesto: en el puerto se aglomeraron curiosos de todas las nacionalidades, hablando en todas las lenguas, preguntando en esas lenguas qué estaba pasando y por qué. Entre los curiosos había uno que sabía bien lo que pasaba, y que estaba decidido a aprovecharse de ello, a sacar ventaja de la ausencia de los soldados... Y a finales de marzo, el abogado mulato Pedro Prestán, al mando de trece antillanos descalzos, desarrapados y armados de machetes, se declaraba General de la Revolución y Jefe Civil y Militar de Panamá.

La guerra, Eloísa querida, había llegado por fin a nuestra provincia neutral, a este lugar que hasta entonces había sido conocido como la Suiza caribeña. Después de medio siglo de cortejar al Istmo, de tocar a sus puertas istmeñas, la guerra había conseguido que se las abrieran. Y sus consecuencias... sí, aquí vienen sus desastrosas consecuencias, pero antes un instante de breve y barata filosofía. Colombia —ya se sabe— es un país esquizofrénico, y Colón-Aspinwall había heredado la esquizofrenia. La realidad, en Aspinwall-Colón, tenía una misteriosa capacidad para doblarse, para multiplicarse, para dividirse, para ser una y otra al mismo tiempo, conviviendo sin demasiado esfuerzo. Permítanme que dé un breve salto al futuro de mi narración, y que de paso arruine todos los efectos del suspenso y de la estrategia

narrativa, para contar el final de este episodio: el incendio de Colón. Yo estaba en la nueva casa de la ciudad francesa, acostado en la hamaca (que se había vuelto para mí una segunda piel), sosteniendo en la mano abierta una copia de la *María* de Isaacs que apenas había llegado en vapor desde Bogotá, cuando el cielo detrás del libro se puso amarillo, pero no como los ojos de los fiebrados, sino como la mostaza que les sirve a algunos de antídoto.

Me eché a la calle. Mucho antes de llegar a la del Frente, el aire dejó de moverse y me llegó la primera bofetada de un calor que no era el del trópico. En la entrada del callejón de las Botellas, donde la leyenda había visto a la Viuda del Canal partir con liberianos, me llegó el olor de la carne quemada, y enseguida surgió de entre las sombras la figura de una mula echada sobre el costado, las patas traseras ya calcinadas, la lengua larga derramada sobre los trozos de vidrio verdoso. No fui yo, sino mi cuerpo, el que se acercó a las llamas como un lagarto hipnotizado por una tea encendida. La gente pasaba corriendo junto a mí, desplazando el aire caliente, y era como si el fuelle de un globo me diera en la cara: el olor de la carne volvió a sacudirme. Pero esta vez no provenía de ninguna mula, sino del cuerpo del *mesié* Robay, un mendigo haitiano de edad, familia y residencia desconocidas, que había llegado a Colón antes que todos nosotros y se había especializado en robar comida a los carniceros chinos. Recuerdo que me agaché a vomitar, y al acercar la cara al adoquinado lo sentí tan caliente que no me atreví a apoyarme con las manos. Entonces empezó a soplar un viento fuerte y constante desde el norte, y el incendio viajó sobre el viento... En cuestión de horas, durante la tarde y la noche de ese 31 de marzo de 1885, Colón, la ciudad que había sobrevivido a las inundaciones y al terremoto, quedaba convertida en planchas de tizón.

Imagínese el lector nuestra gran sorpresa cuando, en ese país de impunidades, en esa capital mundial de la irresponsabilidad que es Colombia, el culpable del incendio de Colón fue juzgado en pocos días. Mi padre y yo, lo recuerdo, quedamos pálidos de espanto cuando conocimos la naturaleza de lo ocurrido; pero más pálidos quedamos poco después, sentados a la mesa en el porche de la casa, al darnos cuenta de que nuestras valoraciones de lo ocurrido eran radicalmente distintas, pues distintas eran nuestras versiones de los hechos. En otras palabras: sobre el incendio de Colón circulaban historias encontradas.

¿Cómo dice, señor narrador?, protestan desde el público. Pero si los hechos no tienen versiones, si la verdad es una sola. A lo cual sólo puedo responder contando lo que se contó aquel mediodía, al calor del trópico recién incendiado, en mi casa panameña. Mi versión y la de mi padre coincidían en el comienzo de la historia: ambos conocíamos, como conocía todo colonense que estuviera al tanto de lo que ocurría en la ciudad, el origen del incendio de Colón. Pedro Prestán, aquel abogado mulato y liberal, se ha alzado en armas contra su remoto Gobierno conservador, sólo para darse cuenta enseguida de que no tiene armas suficientes; al enterarse de que un cargamento de doscientos fusiles viene desde Estados Unidos en un buque privado, Prestán lo adquiere a buen precio; pero el cargamento es interceptado por una oportuna y nada neutral fragata norteamericana que ha recibido desde Washington instrucciones clarísimas de defender al Gobierno conservador. Prestán, como represalia, hace arrestar a tres norteamericanos, incluido el cónsul de Colón. Mientras tanto, tropas conservadoras desembarcan en la ciudad y obligan a los rebeldes a replegarse; mientras tanto, marines norteamericanos desembarcan en la ciudad, y también obligan a los rebeldes a replegarse. Los rebeldes, replegados, se dan cuenta de que la derrota se acerca... Y aquí sucede el ataque de esquizofrenia de la política panameña. Aquí mi versión de los hechos subsiguientes se separa de la de mi padre. El inconsistente Ángel de la Historia nos da dos evangelios diferentes, y los cronistas seguirán partiéndose la cabeza hasta el final de sus días, porque es llanamente imposible saber cuál merece el crédito de la posteridad. Y así es como allí, en la mesa de los Altamirano, Pedro Prestán se dividió en dos.

Al verse derrotado, Prestán Uno, líder carismático y prócer antiimperialista, huye por mar hacia Cartagena para unirse a las tropas liberales que allí combaten, y los soldados conservadores, por orden de su propio Gobierno y en connivencia con los Malvados Marines, prenden fuego a Colón y le echan la culpa al carismático líder. Prestán Dos, que al fin y al cabo es poco más que un asesino resentido, decide satisfacer su profunda piromanía, porque nada le parece más atractivo que atacar los intereses de los blancos y quemar la ciudad en la que ha vivido los últimos años... Antes de escapar, Prestán Uno alcanza a escuchar los cañonazos que la fragata *Galena* lanza contra Colón, y que en cuestión de horas habrán dado comienzo al incendio. Antes de escapar, Prestán Dos da órdenes a sus macheteros antillanos de borrar la ciudad del mapa, pues Colón prefiere la muerte antes que la ocupación. Pasan los meses para Prestán Uno, y pasan también para Prestán Dos. Y en agosto de ese mismo año de 1885, Prestán Uno es arrestado en Cartagena, conducido a Colón, juzgado en Consejo de Guerra y hallado culpable del incendio con pruebas irrefutables, plenas garantías procesales y derecho a un abogado ilustrado, competente y libre de prejuicios de raza o de clase.

Prestán Dos, en cambio, no tuvo tanta suerte. El Consejo que lo juzgó no escuchó a los testigos de la defensa; no

investigó la versión que circulaba por la ciudad —y que había merecido la credibilidad del cónsul francés, nada menos—, según la cual el responsable del incendio había sido un tal George Burt, antiguo director del Ferrocarril y *agent provocateur*; no logró producir más testigos para su causa que un norteamericano, un francés, un alemán y un italiano, ninguno de los cuales hablaba una sola palabra de español, con lo cual sus declaraciones nunca se tradujeron ni se hicieron públicas; y no logró establecer por qué, si el móvil de Pedro Prestán era el odio a norteamericanos y franceses, las únicas propiedades de Colón que no resultaron dañadas por el incendio fueron la Compañía del Ferrocarril y la Compañía del Canal.

El 18 de agosto, Prestán Uno fue condenado a muerte.

Qué coincidencia: Prestán Dos también.

Lectores del Jurado: yo estaba presente. La Política, esa Gorgona que convierte en piedra a quien la mira a los ojos, me pasó al lado muy cerca esta vez, negándose a ser ignorada: la mañana del 18, las autoridades del Gobierno conservador, vencedoras de la Enésima Guerra Civil, condujeron a Pedro Prestán a la línea del ferrocarril, vigilada cada cierta distancia (y sin que nadie se extrañara) por marines norteamericanos armados con cañones. Desde el segundo piso de un edificio dañado por el incendio vi a cuatro obreros, mulatos como el condenado, armar en cosa de horas un pórtico de madera; entonces apareció, rodando sin ruido por los rieles, una plataforma de carga. Pedro Prestán subió a la plataforma, o más bien fue puesto en ella de un empujón, y tras él subió un hombre que no tenía capucha, pero que sin duda oficiaría como verdugo. Allí, debajo del pórtico de madera barata, Prestán parecía un niño perdido: las ropas le quedaban repentinamente grandes; el sombrero de bombín parecía a punto de caerse de su cabeza. El verdugo dejó sobre la plataforma una bolsa de lona que había estado cargando, y de la bolsa sacó una cuerda tan bien engrasada que vista desde lejos parecía una víbora (absurdamente pensé que a Prestán lo matarían con su mordida venenosa). El verdugo lanzó la sogá por encima del travesaño y con el otro extremo rodeó la cabeza del condenado, con delicadeza, como si temiera rasgarle la piel. Apretó el nudo corredizo; bajó de la plataforma. Y entonces, sobre los rieles del ferrocarril de Panamá, la plataforma se deslizó con un silbido, y el cuerpo de Prestán quedó colgando en el vacío. El ruido de su cuello al romperse se confundió con el tirón de la sogá, con el sacudón de la madera. Era madera barata, y Panamá, de todas formas, era un lugar donde las cosas se sacudían.

La ejecución de Pedro Prestán, en esos días en que todavía estaba vigente la Constitución para Ángeles y su prohibición explícita de la pena de muerte, fue un verdadero choque para muchos. (Hubo luego otros setenta y cinco choques, cuando setenta y cinco colonenses, arrestados por las tropas conservadoras, fueron puestos de espaldas contra los restos chamuscados de las paredes y fusilados sin fórmula de juicio). Por supuesto que mi padre, en su crónica para el *Bulletin du Canal*, sacó su varita de la Refracción y reacomodó la realidad como tan bien sabía hacerlo. Y así, el accionista francés, que tan preocupado estaba por las convulsiones políticas de aquel país remoto y el daño que podrían causar a sus inversiones, se enteró del «lamentable incendio» que, tras un «accidente imprevisible y fortuito», alcanzó a consumir «algunas chabolas sin importancia» y varias «casetas de cartón que estaban, de todas formas, a punto de caer». Tras el incendio, «dieciséis panameños fueron internados en el hospital como consecuencia de problemas respiratorios», escribió mi padre (el problema respiratorio consistía en que no respiraban, porque los dieciséis panameños estaban muertos). En la crónica de mi padre, los obreros del Canal eran «verdaderos héroes de guerra» que habían defendido la «Octava Maravilla» a capa y espada, y cuyo enemigo era «la temible naturaleza» (nada se decía de las temibles democracias). Así fue: por obra y gracia de la Refracción, la guerra de 1885 nunca existió para los inversores franceses, ni Pedro Prestán murió ahorcado sobre los rieles del ferrocarril que a los franceses les servía para transportar los materiales. El general rebelde y derrotado Rafael Aizpuru, tras escuchar el clamor de varios panameños notables, había ofrecido declarar la independencia de Panamá si los Estados Unidos lo reconocían como gobernante: Miguel Altamirano no dio noticia de ello.

Igual que las instalaciones de las dos compañías, el caserío de Christophe Colomb resultó ileso, como si un carril cortafuegos lo hubiera separado de la ciudad incendiada, y mi padre y yo, que ya empezábamos a sentirnos nómadas a escala istmeña, no tuvimos que volver a mudarnos. Poco después del incendio, mientras los empleados del ferrocarril/patíbulo se ocupaban en reconstruir la ciudad, le dije a mi padre que habíamos tenido suerte, y él me contestó con la cara dominada por la mueca críptica de algo que debía ser melancolía. «Suerte no», me dijo. «Lo que tuvimos fue barcos gringos». Bajo la vigilancia paternal del *Galena* y del *Shenandoah*, bajo la autoridad irrefutable del *Swatara* y del *Tennessee*, las obras en la Gran Trinchera trataron de seguir adelante. Pero las cosas ya no eran como antes. Algo había cambiado ese mes de agosto en que la guerra colombiana llegó al Istmo, ese mes infausto en que Pedro Prestán fue

ejecutado. Algo se había podrido en el Estado de Panamá, y ello no pasó desapercibido para todo el mundo. Lo diré rápido y sin anestesia: sentí que algo había comenzado a hundirse. Los accionistas, los lectores del *Bulletin*, habían comenzado a escuchar esas mentiras grotescas: que sus hermanos, sus primos, sus hijos, estaban muriendo por docenas en Panamá. ¿Podía ser cierto eso, se preguntaban, si el *Bulletin* decía lo contrario? Trabajadores o ingenieros llegaban desde el Istmo a Marsella o a Le Havre, y lo primero que hacían al bajar del vapor era soltar una calumnia despreciable, decir que las obras no avanzaban como estaba previsto, o que su costo se estaba incrementando de manera escandalosa... Increíblemente, esas falsedades sin fundamento comenzaron a calar en la mente crédula de los franceses. Y mientras tanto, mi país empezaba a mudar de nombre y de constitución como una víbora muda de piel, y se hundía de cabeza en los años más oscuros de su historia.

VI. En el vientre del elefante

Mi país se hundiría metafóricamente, por supuesto, así como metafórico sería el hundimiento de la Compañía del Canal (del cual me ocuparé más tarde). Pero hubo en esa época otros hundimientos mucho más literales, cuyas calidades, por supuesto, dependieron mucho del objeto hundido. Del otro lado del Atlántico, por ejemplo, se hundía el velero *Annie Frost*, lo cual no hubiera tenido nada de particular si tú, querido Korzeniowski, no hubieras inventado descaradamente que habías hecho parte del naufragio. Sí, ya lo sé: necesitabas dinero, y el tío Tadeusz era el banco más próximo y el que menos garantías solicitaba; así que le escribiste un telegrama urgente, VÍCTIMA NAUFRAGIO STOP TODO PERDIDO STOP PIDO AYUDA... Y como las correspondencias que me agobian no han cesado, aunque yo haya dejado por espacio de algunos folios de dar cuenta de ellas, me permito dejar constancia de una en este momento. Pues mientras Korzeniowski fingía haber hecho parte de un hundimiento, otro hundimiento tenía lugar a escala quizás más modesta, pero con consecuencias harto más inmediatas.

Una madrugada de la temporada seca, Charlotte Madinier alquiló una canoa —sin duda parecida a la que había llevado una vez a su marido y a mi padre— y, sin que nadie la viera, se fue remando ella sola por el río Chagres. Llevaba puesto un abrigo que había sido de su marido y que había logrado salvar de la famosa quema post-mortem; llevaba los bolsillos llenos a reventar con la colección de rocas que su marido había acumulado durante los primeros días de exploraciones. Me inmiscuyo en su cabeza —a mí, el narrador, me es permitido hacerlo— y encuentro, en medio de la maraña de miedos y nostalgias y pensamientos desordenados, las palabras «Je m'en vais», repetidas como un mantra y apiladas una encima de la otra; en sus bolsillos encuentro pedazos de basalto y láminas de piedra caliza. Entonces Charlotte se mete las manos en los bolsillos, con la izquierda se aferra a un generoso pedazo de granito y con la derecha a una bola de greda azulosa del tamaño de una manzana. Se deja caer al agua, de espaldas, como recostándose en el aire, y la tierra panameña, la más antigua formación geológica del continente americano, la arrastra al fondo en cuestión de segundos.

Imaginemos: mientras se hunde, Charlotte pierde los zapatos, de manera que al llegar al lecho del río la piel desnuda de sus pies toca la arena... Imaginemos: la presión del agua en los oídos y en los ojos cerrados, o tal vez no estén cerrados sino bien abiertos, y tal vez vean pasar truchas o culebras de río, algas flotantes, pedazos de ramas desprendidas de sus árboles por la humedad. Imaginemos el peso que se agolpa ahora sobre el pecho sin aire de Charlotte, sobre sus senos pequeños y los pezones cerrados, oprimidos por el agua fría. Imaginemos que todos los poros de su piel se cierran como pequeñas bocas tercas, cansados de tragar agua y conscientes de que muy pronto no podrán resistirse más, de que la muerte por asfixia está a la vuelta de la esquina. Imaginemos lo que Charlotte imagina: la vida que alcanzó a tener —un marido, un hijo que aprendió a hablar antes de morir, pocas satisfacciones sexuales, sociales o económicas—, y sobre todo la vida que no tendrá, eso que nunca es fácil de imaginar, porque la imaginación (seamos sinceros) no nos alcanza para tanto. Charlotte comienza a preguntarse cómo es esto de morir ahogada, cuál de sus sentidos desaparecerá primero, si hay dolor en esta muerte y dónde se ubica ese dolor. El aire ya le hace falta: el peso sobre su pecho se ha multiplicado; sus mejillas se han contraído, el aire que había en ellas ha sido consumido por la voracidad —no, por la glotonería— involuntaria de los pulmones. Charlotte siente que su cerebro está apagándose.

Y entonces algo pasa por su cabeza.

O también: algo pasa *en* su cabeza.

¿De qué se trata? Es una memoria, una idea, una emoción. Es (caso único) algo a lo que yo, a pesar de mis prerrogativas como narrador de este relato, no tengo acceso. Con un movimiento de los hombros delgados, de los brazos elegantes, Charlotte se quita el abrigo de su marido. Caen al fondo pedazos de lignito, láminas de esquisto. De inmediato, con la presteza de una boya liberada, el cuerpo de Charlotte se despega del lecho del Chagres.

Su cuerpo empieza a emerger.

Los oídos le duelen. Vuelve la saliva a su garganta.

Me anticipo a las dudas y las preguntas de mis curiosos lectores: no, Charlotte nunca hablaría de lo que pensó (o imaginó, o sintió, o simplemente vio), pocos segundos antes de lo que hubiera sido una muerte terrible, en el fondo del río Chagres. Yo, que tan dado soy a la especulación, en este caso he sido incapaz de especular, y con los años esa incapacidad se ha afianzado... Cualquier hipótesis sobre lo ocurrido palidece ante esta realidad: Charlotte decidió seguir viviendo, y al salir a la superficie turbia y verdosa del Chagres ya era una mujer nueva (y probablemente ya había decidido que se llevaría el secreto a la tumba). No hay manera de insistir demasiado en este proceso de renovación radical, en la mayúscula reinención de sí misma que emprendió la Viuda del Canal después de que su cabeza —la respiración acezante, la boca tragando aire con el desespero de un salmón capturado— se asomara de nuevo al mundo superficial del Istmo, ese mundo que había llegado a detestar y que ahora perdonaba. No me da miedo dejar constancia de los hechos físicos que acompañaron la transformación: el color de sus ojos se hizo más claro, su voz un tono más grave y el pelo de color madera le creció hasta la cintura, como si el agua oscura del río Chagres hubiera formado una cascada perpetua sobre su espalda. Charlotte Madinier, que al hundirse en el río, con los bolsillos repletos de geología panameña, había sido una mujer bella pero desgastada, al revivir —porque fue eso, una resurrección, lo que ocurrió ese día— pareció volver a la belleza perturbadora de una adolescencia no demasiado remota. Fue un suceso casi mítico. Charlotte Madinier como Sirena del río Chagres. Charlotte Madinier como Fausto panameño. Lectores del Jurado, ¿querían ustedes ser testigos de otra Metamorfosis? Ésta es impredecible y también sin precedentes; ésta es la más poderosa que he llegado a conocer, quizás porque acabó por incumbirme. Pues la mujer nueva no se limitó a salir del fondo del Chagres, lo cual ya era un portento en sí mismo, sino que llevó a cabo una hazaña todavía más portentosa: entró en mi vida.

Y la transformó, por supuesto. No hay duda: al final de los convulsos años ochenta, la Metamorfosis estaba en el espíritu de los tiempos. En el otro lado del mundo, en Calcuta, Korzeniowski sufría una serie de sutiles desplazamientos de la identidad y empezaba —así, sin más— a firmar sus cartas como Conrad; la Viuda del Canal no cambió de nombre, pues hubo entre nosotros un contrato tácito según el cual ella conservaría su apellido de casada y yo comprendería sus razones sin necesidad de que me las explicara, pero sí de atuendo. Abrió las puertas de su casa de Christophe Colomb, quitó las faldas y las capas que cubrían las ventanas y yo mismo la acompañé al barrio de los liberianos y la ayudé a cambiar sus ropas parisinas, gruesas y oscuras hasta el empecinamiento, por túnicas de algodón verdes o azules o amarillas que puestas sobre su piel pálida la hacían verse como una fruta inmadura. Nueva hoguera en medio de la calle: pero esta vez la hoguera fue exorcismo y no purificación, el intento por echar los demonios de vidas pasadas. Allí, en el puerto de Colón, durante los últimos días de 1885, Charlotte emprendió una reencarnación de la que fui partícipe. La ceremonia de iniciación (cuyos detalles, por simple caballerosidad, debo guardarme) tuvo lugar un sábado por la noche, y fue alimentada por ciertas soledades compartidas, por nostalgias que permanecieron sin compartir y por el combustible garantizado del brandy francés. En mi diccionario particular, que tal vez no se corresponda con el de los lectores, *reencarnación* quiere decir *volver a la carne*. Yo volví todos los sábados; todos los sábados, la carne generosa de Charlotte Madinier me esperaba con la voracidad, con la entrega desesperada, de quienes no tienen nada que perder. Pero nunca, ni en los días de la iniciación ni después, logré saber qué fue lo ocurrido en el fondo del río Chagres.

Pasé la noche de Año Nuevo en casa de Charlotte, no en la de mi padre, y la primera frase que oí en 1886 fue una petición en la cual se ocultaba una orden: «No se vaya nunca más». La obedecí (de buen grado, valga la pena anotar); y a los treinta y un años me encontré, de repente y sin previo aviso, viviendo en concubinato con una viuda que apenas hablaba un par de palabras de castellano, colonizando su cuerpo de adolescente como un explorador que no sabe que no ha sido el primero y sintiéndome descarada, convencida, peligrosamente contento. El lugar de nuestra residencia y la nacionalidad de Charlotte, esos dos criterios catastrales, constituyeron una especie de salvoconducto moral, una carta blanca para movernos dentro del rígido sistema de la burguesía panameña a la cual, muy a nuestro pesar, seguíamos perteneciendo. Queridos lectores: no hablo, sin embargo, de impunidad. En cierta oportunidad, el padre Federico Ladrón de Guevara, de la Compañía de Jesús, llamó a Charlotte «mujer de reputación manchada» y subrayó que Francia era históricamente «guarida de liberales y madre de revoluciones anticristianas». Lo recuerdo bien porque fue entonces, como si se tratara de responder a aquellas acusaciones, que Charlotte me citó una noche en el porche de la casa. Acababa de caer el primer aguacero de abril, y en el aire estaba todavía la humedad de la tierra, el olor de las lombrices muertas y del agua estancada en las acequias, las nubes de mosquitos como redes flotantes. La frase más redundante suele ser la que anuncia los momentos definitivos de la humanidad: «Tengo algo que decirle», dice la persona que —evidentemente— tiene algo que decir. Charlotte fue fiel a esa tradición de la superfluidad. «Tengo algo que decirle», me dijo. Yo pensé que me iba a confesar de una buena vez lo que había ocurrido en el fondo del río Chagres, ese terco misterio

insobornable; pero ella, acostada en la hamaca y vestida con una túnica de color naranja y un turbante rojo en la cabeza, me dio la espalda pero también la mano, y allí mismo, mientras del cielo se desgajaba otro palo de agua, me contó que estaba embarazada.

Nuestra historia privada es capaz a veces de las más notables simetrías. En el vientre de Charlotte, un nuevo Altamirano se anunciaba con la voluntad de continuar la rama istmeña de la estirpe; al mismo tiempo mi padre, Altamirano el Viejo, empezaba a retirarse, a abandonar el mundo como un jabalí malherido. Como un oso hibernando. Como el símil animal que a ustedes más les guste.

Comenzó por alejarse de mí. Charlotte, la nueva Charlotte, conservaba (a pesar de su reencarnación) un desprecio cósmico hacia mi padre. ¿Tengo que decirlo? Algo en ella culpaba a Miguel Altamirano de la muerte de su hijo y de su marido. Él, por supuesto, no lograba comprenderlo. La idea de que hubiera un vínculo directo entre su Ceguera Selectiva y la muerte de los Madinier le habría parecido absurda e indemostrable. Si alguien le hubiera dicho que los dos Madinier habían sido asesinados, y que el arma era cierta carta abierta aparecida cierto día en cierto periódico, mi padre, lo juro, no habría entendido la referencia. Miguel Altamirano soltó dos lágrimas por la extinción, a manos de Panamá, de toda una familia; pero fueron lágrimas inocentes, puesto que no eran culpables, y también inocentes, puesto que no eran sabias. Miguel Altamirano elevaba los predecibles mecanismos de defensa —la negación y el rechazo— al nivel de una forma de arte. Y el proceso se hacía extensivo a las otras áreas de su vida. Pues habían comenzado a llegarnos las noticias de la prensa europea, y para mi padre indignado, enfurecido y frustrado, la única manera de conservar la cordura era fingir que ciertas cosas no eran ciertas.

Ahora, por espacio de unas pocas cuartillas, mi relato se transforma en una personalísima antología de prensa, algo que los Lectores del Jurado apreciarán, me parece, de manera particular. Imaginen ustedes las páginas grisáceas de esos diarios, las columnas apretadas, las letras diminutas y a veces incompletas... ¡Qué poder desmedido tienen esos caracteres muertos! ¡Cuánto pueden afectar la vida de un hombre! Los veintiocho signos del alfabeto habían estado tradicionalmente del lado de mi padre; ahora, de repente, unas cuantas palabras sediciosas y subversivas estaban agitando el panorama político de la República Periodística.

Más o menos al mismo tiempo que el cuello de Pedro Prestán reventaba con un ruido seco, el *Economist* de Londres advertía al mundo entero, pero en particular a los accionistas, que la Compañía del Canal se había transformado en una empresa suicida. Al mismo tiempo que las fuerzas liberales y rebeldes capitulaban en Los Guamos, y terminaba así la guerra civil, un largo reportaje del *Economist* decía que Lesseps había engañado deliberadamente a los franceses, y terminaba asegurando: «El Canal nunca será terminado, entre otras razones porque terminarlo nunca fue la intención de los especuladores». Francia, el querido hexágono de Ferdinand de Lesseps, comenzaba poco a poco a darle su hexagonal espalda a la Compañía del Canal. Mi padre recibía esas noticias en las calles de Colón (en las oficinas de la Compañía, en el puerto adonde llegaban algunos periódicos) con la boca abierta y babosa de un toro cansado, como si cada periodista fuera un banderillero, cada artículo su banderilla. Pero no creo —no puedo creer— que estuviera preparado para la estocada final, el despiadado descabello que le tocó en suerte. Yo comprendí que este mundo había dejado de ser el de mi padre, o que mi padre dejaba de pertenecer a este mundo, cuando en espacio de pocos días ocurrían dos cosas decisivas: en Bogotá se reformaba la Constitución; en el *Economist* se publicaba la célebre denuncia de prensa. En Bogotá, el presidente Rafael Núñez, curioso tránsfuga que había pasado del liberalismo más radical al conservatismo más acérrimo, devolvía a la Constitución el nombre de Dios, «fuente de toda autoridad». En Londres, el *Economist* hacía esta acusación absurda: «Si el Canal no avanza, y si los franceses no se han percatado antes del monstruoso engaño de que han sido víctimas, es porque Mr. Lesseps y la Compañía del Canal han invertido más dinero en comprar periodistas que excavadoras, más en sobornos que en ingenieros».

Queridos lectores de prensa amarilla, queridos amantes del escándalo barato, queridos espectadores fascinados por la desgracia ajena: la denuncia del *Economist* fue como una bolsa de mierda que alguien arroja contra un ventilador a toda velocidad. La habitación —pensemos, por poner un ejemplo, que se trata de las oficinas de la Rue Caumartin— quedó ensuciada del techo al suelo. Volaron cabezas en cada periódico: directores, editores, redactores, que después de las investigaciones pertinentes resultaron todos hacer parte de la Nómina del Canal. Y la mierda, cuyas propiedades volátiles son muy poco reconocidas, atravesó el océano y llegó hasta Colón, salpicando también las paredes del *Correo del Istmo* (tres reporteros a sueldo) y las de *El Panameño* (dos reporteros y dos editores), y alcanzando sobre todo la cara de un pobre hombre inocente que padecía de Síndrome de Refracción. El *Star & Herald* fue el periódico encargado de traducir con inusitada presteza la denuncia del *Economist*. Mi padre vivió el hecho como una traición con todas las letras. Y un

día, mientras en Bogotá Núñez, el presidente metamorfoseado, declara que la educación en Colombia será católica o no será, en Colón Miguel Altamirano siente que ha sido víctima de un accidente, el tiro perdido de una refriega callejera, el rayo que parte un árbol y lo lanza sobre la cabeza de un transeúnte. Le parece incomprensible que el *Star & Herald* acuse de venalidad a todos los periodistas que se han ocupado del Canal (a ellos, que sólo han contado lo que han visto), y que en cuestión de treinta líneas pase de esa acusación a la más directa de fraude (contra ellos, cuyo único interés ha sido colaborar con la causa del Progreso). Es incomprensible.

FRANCIA COMIENZA A SALIR DEL EMBRUJO LESSEPS, tituló *Le Figaro*. Y ésa era la sensación general: Lesseps era un brujo barato, un prestidigitador de circo y, en las mejores opiniones, un hipnotizador de calidad. Pero cualquiera que fuera la apelación otorgada, por debajo de ella —durmiendo una siesta larga como un oso hibernando— subsistía la idea de que los términos de construcción del Canal, desde su costo hasta su duración, pasando por su ingeniería, habían sido una monstruosa mentira. «Que no habría sido posible», dijo el periodista, «de no ser por el solícito colaboracionismo de los medios escritos y sus redactores inescrupulosos». Pero mi padre se defendía: «En una empresa de esta magnitud», escribió en el *Bulletin*, «los contratiempos son parte del diario vivir. La virtud de nuestros obreros no radica en la ausencia de inconvenientes, sino en el heroísmo con que los han superado y los seguirán superando». Mi padre idealista, que parecía por momentos recuperar el ímpetu de sus veinte años, escribía: «El Canal es obra del Espíritu Humano; necesita, para llegar a feliz término, el apoyo de la humanidad». Mi padre comparatista echaba mano de otras grandes empresas humanas —el argumento del Canal de Suez ya parecía desgastado—, y escribía: «¿Acaso el puente de Brooklyn no costó ocho veces su presupuesto? ¿Acaso el túnel del Támesis no acabó costando el triple de lo esperado? La historia del Canal es la historia de la humanidad, y la humanidad no puede detenerse en debates de centavos». Mi padre optimista, el mismo que años antes había dejado atrás las comodidades de su ciudad natal para arrimar el hombro donde más se necesitaba, seguía escribiendo: «Dadnos tiempo y dadnos francos». Por esos días cayó sobre el Istmo un aguacero cotidiano, ni más fuerte ni más amable que los de los últimos años; pero esta vez la tierra excavada absorbió el agua, se dejó arrastrar por la corriente y regresó a su lugar, húmeda y terca e intratable como una gigantesca terraza desgajada de una casita de greda. En una tarde intensa de lluvia panameña se habían perdido tres meses de trabajo. «Dadnos tiempo», escribió mi padre ideal-optimista, «dadnos francos».

El último ítem en mi antología de prensa (en mis carpetas los recortes se pelean por que yo los cite, se dan codazos entre sí, se meten los dedos en los ojos) apareció en *La Nación*, el periódico del oficialismo. Para todos los efectos prácticos —los conocidos y los futuros— aquel texto era una amenaza. Sí, por supuesto que ya sabíamos todos de la hostilidad sin disimulo que el Gobierno central albergaba frente a Lesseps en particular y los franceses en general; sabíamos que el Gobierno, tras meses y más meses de desangrar meticulosamente el Tesoro Público, le había pedido dinero prestado a la Compañía del Canal, y la Compañía se había negado a prestárselo. Fueron y vinieron telegramas tan secos que la tinta se absorbía después de la lectura, y eso se supo. Se supo también que el hecho había generado resentimientos, y en el Palacio presidencial se escuchó esta frase: «Esto se lo teníamos que haber dado a los gringos, que sí son nuestros amigos». Pero no podíamos prever la profunda satisfacción que parecía emanar de aquella página.

LA COMPAÑÍA DEL CANAL, AL BORDE DE LA QUIEBRA, decía el titular. El cuerpo del artículo explicaba que numerosas familias panameñas habían hipotecado propiedades, vendido joyas de familia y expoliado cuentas de ahorros para invertirlo todo en acciones del Canal. Y la última frase era ésta: «En caso de una debacle, la ruina absoluta de cientos de compatriotas tendrá responsables evidentes». Y luego transcribía in extenso una lista de escritores y periodistas que habían «mentido, engañado y defraudado» al público en sus informes.

La lista iba por orden alfabético.

En la letra A sólo había un nombre.

Para Miguel Altamirano, era el comienzo del fin.

Ahora mi memoria y mi pluma, adictas sin remedio a los avatares de la política (fascinadas por los horrores de piedra que deja a su paso la Gorgona), deberían dirigirse sin distracciones al recuento de esos años terribles que comienzan con los curiosos versos de un himno nacional y terminan con los mil ciento veintiocho días de una guerra. Pero un suceso casi sobrenatural paralizó el devenir político del país, o lo paraliza en mi recuerdo. El 23 de septiembre de 1886, después de seis meses y medio de embarazo, nació Eloísa Altamirano, una niña tan pequeña que mis dos manos alcanzaban a cubrirla por completo, tan esmirriada de carnes que en sus piernas se notaba todavía la curvatura de los huesos y en sus genitales sin labios sólo era visible el diminuto pico del clítoris. Eloísa nació tan débil que su boca era incapaz de lidiar

con los pezones de su madre, y fue preciso alimentarla con cucharadas de leche doblemente hervida durante las primeras seis semanas. Lectores del Jurado, lectores vulgares en edad de procrear, padres y madres de todas partes: la llegada de Eloísa paralizó el mundo entero, o más bien lo anuló, lo borró sin piedad como se va borrando el color del mundo para un ciego... Allá fuera, la Compañía del Canal hacía esfuerzos desesperados por mantenerse a flote, emitiendo nuevos bonos e incluso organizando patéticas loterías para recapitalizar la empresa, pero nada de eso me importaba: mi tarea consistía en hervir la cuchara de Eloísa, agarrar sus mejillas con dos dedos y asegurarme de que no se desperdiciara la leche. Con la yema del dedo índice le masajeara el gástrico para ayudarla a tragar; me resulta indiferente saber que por esos días Conrad escribía «The Black Mate», su primer cuento. Poco antes de cumplir veintinueve años, Conrad pasaba en Londres el examen de capitán, y se transformaba para nosotros en el capitán Joseph K.; pero eso me parece banal al lado de la primera vez que Eloísa se metió a la boca un pezón rugoso y, después de semanas y semanas de lento aprendizaje y fortalecimiento paulatino de la mandíbula, chupó con tanta fuerza que lo cortó con las encías y lo hizo sangrar.

Y sin embargo, he aquí un hecho que escapa a mi comprensión: a pesar del nacimiento de Eloísa, de los cuidados que rigieron su lenta y trabajosa supervivencia, el mundo anulado seguía andando, el país seguía moviéndose con independencia insolente, en el Istmo panameño la vida seguía su curso con total indiferencia por lo que les ocurría a sus súbditos más fieles. ¿Cómo hablar de política pensando al mismo tiempo en esos años, evocando momentos que en mi memoria pertenecen a mi hija con carácter exclusivo? ¿Cómo ponerme en el trabajo de recuperar eventos de carácter nacional, cuando lo único que me interesaba por esa época era ver a Eloísa ganar un gramo tras otro? Todos los días, Charlotte y yo la llevábamos, bien envuelta en trapos recién hervidos, a la carnicería del chino Tang, y la desenvolvíamos para ponerla como un filete o un pedazo de hígado en el cuenco grande de la balanza. Del otro lado del alto mesón de madera Tang ponía los pesos, esos discos macizos del color del óxido, y para nosotros los padres no había placer mayor que ver al chino buscar en su cajita lacada y lustrosa un peso más grande, porque el anterior no había sido suficiente... Traigo a mi relato este recuerdo, y enseguida me pregunto: ¿cómo buscar, en medio de mis cálidas memorias personales, la aridez de las memorias públicas?

Hombre sacrificado que soy, haré el intento, queridos lectores, haré el intento.

Porque en mi país estaban a punto de suceder cosas de esas que los historiadores siempre acaban por consignar en sus libros, preguntándose entre sonoros interrogantes cómo fue que llegamos a esto y luego contestando yo lo sé, yo tengo la respuesta. Lo cual, por supuesto, tiene muy poca gracia, pues hasta el más despistado habría sentido algo raro en el aire de esos años. Por todas partes había profecías: bastaba con saber interpretarlas. Ignoro qué habrá pensado mi padre, pero yo habría debido reconocer la tragedia inminente el día en que mi país de poetas ya no fue capaz de escribir poesía. Cuando la República de Colombia perdió el oído, confundió el gusto literario y desechó las más mínimas reglas de la lírica, yo habría debido sonar la alarma, gritar hombre al agua y detener el barco. Yo habría debido robar un bote salvavidas y bajarme de inmediato, aunque corriera el riesgo de no encontrar tierra firme, el día en que escuché por primera vez los versos del Himno Nacional.

Ah, esos versos... ¿Dónde los escuché por primera vez? Más importante ahora es preguntarme: ¿de dónde salieron esas palabras, palabras que nadie comprendía y que a cualquier crítico literario le habrían parecido, más que pésima literatura, el producto de una mente inestable? Recorramos, lectores, los rastros del crimen (contra la poesía, contra la decencia). Año de 1887: un tal José Domingo Torres, empleado público cuyo mayor talento era armar pesebres en época de Navidad, decide convertirse en director de teatro, y decide también que en las próximas fiestas nacionales se habrá de cantar un Poema Patriótico Producido Por Presidencial Pluma. Y esto para los bienaventurados que lo ignoran: el presidente de nuestra República, don Rafael Núñez, acostumbraba a distraerse en sus ratos libres haciendo versos de bachiller aburrido. Seguía en esto una arraigada tradición colombiana: cuando no estaba firmando nuevos concordatos con el Vaticano para satisfacer la elevada moral de su segunda esposa —y para lograr que la sociedad colombiana le perdonara el pecado de haberse casado por segunda vez, en el extranjero y por lo civil—, el presidente Núñez se empiyambaba, con gorrito y todo, se echaba encima una ruana para el frío bogotano, pedía un chocolate con queso y se ponía a vomitar heptasílabos. Y una tarde de noviembre, el Teatro Variedades de Bogotá es testigo del profundo desconcierto con que un grupo de jóvenes, que no tienen la culpa de nada, entona esas inefables estrofas.

*De Boyacá en los campos
el genio de la gloria*

*con cada espiga un héroe
invicto coronó.
Soldados sin coraza
ganaron la victoria:
su varonil aliento
de escudo les sirvió.*

Mientras tanto, en París, Ferdinand de Lesseps se dedicaba de tiempo completo a esa prolija tarea: aceptar. Aceptaba que el Canal no estaría listo a tiempo, sino que necesitaría varios años más. Aceptaba que los mil millones de francos aportados por los franceses serían insuficientes: se necesitaban seiscientos millones más. Aceptaba, en fin, que la idea de un canal a nivel del mar era un imposible técnico y un error de juicio; aceptaba que el Canal de Panamá sería construido mediante el sistema de esclusas... Aceptaba, aceptaba, seguía aceptando: este hombre orgulloso hizo más concesiones en dos semanas que las que había hecho en toda su vida. Y sin embargo —pero se trata de un sin embargo bastante grande— no fue suficiente. Había ocurrido lo que nadie imaginó (donde «nadie» quiere decir «Lesseps»): los franceses se habían hartado. El día en que se pusieron a la venta los bonos que salvarían a la Compañía del Canal, una nota anónima llegó a todos los periódicos europeos diciendo que Ferdinand de Lesseps había muerto. No era verdad, por supuesto; pero el daño quedó hecho. La venta de bonos fracasó. La lotería había fracasado. Cuando se anunció la disolución de la Compañía del Canal y se nombró un liquidador que se hiciera cargo de sus máquinas, mi padre estaba en las oficinas del *Star & Herald*, rogando que lo aceptaran de nuevo, ofreciéndose a escribir gratis los primeros cinco textos si volvían a abrirle espacio entre sus páginas. Los testigos me aseguraron que lo vieron llorar. Y mientras tanto, en toda Colombia la gente cantaba:

*La virgen sus cabellos
arranca en agonía
y de su amor viuda
los cuelga del ciprés.
Lamenta su esperanza
que cubre losa fría,
pero glorioso orgullo
circunda su alba tez.*

Los trabajos en el Canal de Panamá, la Gran Trinchera, quedaron oficialmente interrumpidos o detenidos en mayo de 1889. Los franceses comenzaron a irse; en el puerto de Colón se agolpaban diariamente los baúles y los costales de fique y los guacales de madera, y los cargadores no daban abasto para trasladar el equipaje de turno al vapor de turno. El *Lafayette* triplicó sus recorridos semanales durante ese éxodo (porque era eso, un éxodo, lo que ocurría en el Istmo, los franceses como raza perseguida que huye en busca de tierras más amables). La ciudad francesa de Christophe Colomb se fue quedando desierta, como si la peste la hubiera invadido y hubiera exterminado a sus residentes: era el proceso por el cual nace un pueblo fantasma, pero ocurría frente a nuestros ojos, y en sí mismo el espectáculo hubiera fascinado a cualquiera. Las casas recién vaciadas cogían todas el mismo olor a armario recién lavado; a Charlotte y a mí nos gustaba tomar de la mano a Eloísa y salir a pasear por las casas abandonadas, y buscar en los cajones un diario revelador y lleno de secretos (cosa que nunca llegamos a encontrar) o alguna prenda vieja con la cual Eloísa jugaba a disfrazarse (cosa que encontramos a menudo). En las paredes de las casas quedaban los rastros de las puntillas, los rectángulos de un blanco distinto allí donde antes había estado el retrato del abuelo que peleó con Napoleón. Los franceses vendían todo lo que no les resultara indispensable, no para reducir las dimensiones de sus pertenencias, sino porque Panamá se convirtió, a partir del momento en que supieron que podían marcharse, en un lugar maldito que era necesario olvidar lo antes posible y cuyos objetos eran capaces de llevar la maldición consigo. Una de esas pertenencias, rematada poco después en subasta pública, fue una naturaleza muerta que los dueños le habían comprado, por caridad, a un obrero del Canal. El hombre era un pobre francés desquiciado que se decía banquero y también pintor, pero que en realidad no era más que un vándalo. Se decía que era pariente de Flora Tristán, lo cual hubiera interesado a mi madre; había desembarcado en Ciudad de Panamá, proveniente del Perú, y allí fue arrestado por orinar en público. Se marchó en cuestión de semanas, ahuyentado por los mosquitos y las condiciones del trabajo. Después el mundo ha sabido más de su vida, y acaso su nombre no sea

desconocido para los lectores. Se llamaba Paul Gauguin.

*La patria así se forma
termópilas brotando;
constelación de cíclopes
su noche iluminó.
La flor estremecida,
mortal el viento hallando,
debajo los laureles
seguridad buscó.*

Las casas inhabitadas de Christophe Colomb se comenzaron a caer a pedazos (no digo que la culpa haya sido en parte del himno, pero nunca se sabe). Después de cada temporada de lluvias, una pared entera se desprendía en algún lugar de la ciudad, la madera tan podrida que no se quebraba sino que se doblaba como el caucho, y las vigas carcomidas hasta el corazón por las termitas. Nuestros paseos por las casas tuvieron que suspenderse: una tarde de junio, en medio de un aguacero, un indio cuna se metió en la vieja casa del ingeniero Vilar mientras escampaba un poco; al meter la mano por curiosidad debajo de un armario, recibió dos mordiscos de una mapanare más bien pequeña, y murió antes de haber regresado a Colón. Nadie supo explicar por qué a las culebras les interesaban tanto las casas vacías de Christophe Colomb, pero con los años la ciudad se fue llenando de esos visitantes, verdegallitos o macaguas que tal vez sólo venían en busca de comida. Mi padre, que después de la publicación de la famosa Nómina del Canal en el *Star & Herald* se había convertido en una especie de indeseable, de paria del periodismo istmeño, escribió por esos días una breve crónica sobre dos indios que se dieron cita en casa del ingeniero Debray para probar cuál de los dos conocía mejores antídotos. Recorrieron Christophe Colomb de un extremo al otro, entrando en cada casa y metiendo la mano debajo de cada armario y cada cesta y cada tabla levantada, haciéndose morder de cuanta víbora encontraban para luego probar su destreza con cedrón o con guaco e incluso con ipecacuana. Mi padre contó que al final de la noche uno de los indios se había metido de cuerpo entero debajo de los pilotes de la casa, y había sentido la mordedura pero sin alcanzar a identificar la víbora. El otro lo dejó morir: fue su manera de ganar el concurso. Y el triunfador celebró su triunfo en la cárcel de Colón, condenado por un juez panameño como homicida culposo.

Lectores del Jurado: este pasaje, a pesar de las apariencias, no es un ingenioso toque de color local por parte del narrador, deseoso como está de agradar a públicos ingleses y, por qué no, europeos. No: la anécdota de los indios y las culebras cumple un papel activo en mi narración, pues aquel Concurso de Antídotos marca como un mojón fronterizo la desgracia de mi padre. Miguel Altamirano escribió una crónica sencilla acerca de los indios panameños y la valiosísima información médica que sus tradiciones les habían legado; pero no logró publicarla. Y así, con toda la ironía que implica lo que estoy a punto de escribir, este relato apolítico y banal, esta anécdota inofensiva que no tenía que ver ni con la Iglesia, ni con la Historia, ni con el Canal Interoceánico, fue su perdición. Lo envió a Bogotá, donde el gusto por el exotismo y la aventura era más fuerte, pero siete diarios (cuatro conservadores, tres liberales) lo rechazaron. Lo envió a un periódico de México y a otro de Cuba, pero ni siquiera recibió respuesta. Y mi padre de setenta años se fue encerrando poco a poco en sí mismo (jabalí herido, oso hibernando), convencido de que todos eran sus enemigos, de que el mundo entero le había dado la espalda como parte de una conspiración liderada por el papa León XIII y el arzobispo de Bogotá, José Telésforo Paúl, contra las fuerzas del Progreso. Cuando iba a visitarlo, me encontraba con una figura resentida, malencarada y rencorosa: la sombra de una barba plateada dominando su rostro, las manos inquietas y temblorosas ocupándose en pasatiempos ociosos. Miguel Altamirano, el hombre que en otro tiempo había sido capaz, con una columna o un panfleto, de generar el odio suficiente como para que un presbítero ordenara su muerte, ahora se pasaba las horas intercambiando inofensivamente los versos de aquella canción patriótica como si así se vengara de alguien. Las estrofas que componía podían ser irreverentes:

*La virgen sus cabellos
arranca en agonía,
su varonil aliento
de escudo le sirvió.*

Pero también había estrofas de intensa crítica política:

*De Boyacá en los campos
el genio de la gloria
debajo los laureles
seguridad buscó.*

Y también las había que eran meramente absurdas:

*Termópilas brotando
ganaron la victoria.
Constelación de cíclopes
circunda su alba tez.*

Jugando con papel, jugando con palabras: así, pasando el día como lo pasa un niño, soltando carcajadas que nadie más entendía (porque nadie más estaba allí para oír las explicaciones ni, por supuesto, las carcajadas), mi padre entró en su propia decadencia, su hundimiento personal. «Decididamente», me decía cuando yo iba a verlo, «el poemita se presta para todo». Y me enseñaba sus últimos hallazgos. Reíamos juntos, sí; pero su risa estaba contaminada por el ingrediente novedoso de la amargura, por la melancolía que había matado a tantos visitantes en el Istmo; y para cuando me despedía de él, para cuando decidía que era tiempo de regresar a la casa donde me esperaba el milagro de la felicidad doméstica — mi concubina Charlotte, mi bastarda Eloísa—, para ese momento, digo, ya tenía plena conciencia de que esa noche, en mi ausencia y sin mi ayuda y a pesar de los versos cambiados del Himno Nacional, mi padre volvería a naufragar. Su rutina se había vuelto una alternancia entre el naufragio y el resurgimiento. Si hubiera querido verlo, me habría dado cuenta de que tarde o temprano uno de aquellos naufragios sería el último. Y no: no quise verlo. Drogado por mi propio y misterioso bienestar, fruto de los sucesos misteriosos del río Chagres y generador de las misteriosas dichas de la paternidad, me volví ciego a los llamados de auxilio que me lanzaba Miguel Altamirano, las luces de bengala que se disparaban desde su barco, y me sorprendió darme cuenta de que el poder de refracción podía ser hereditario, de que yo también era capaz de ciertas cegueras... Para mí, Colón se transformó en el lugar que me había permitido enamorarme y cultivar la idea de una familia; no me percaté —no quise percatarme— de que para mi padre Colón no existía, ni existía Panamá, ni había vida posible, si no existía el Canal.

Y así llegamos a una de las encrucijadas fundamentales de mi vida. Pues si allí, en una casa alquilada de Christophe Colomb, un hombre manipula versos ajenos sobre un papel, a miles de kilómetros, en una casa alquilada de Bessborough Gardens, Londres, otro se dispone a redactar las primeras páginas de su primera novela. En Christophe Colomb se va extinguiendo una vida hecha de exploraciones a través de selvas y de ríos; para el hombre de Bessborough Gardens, en cambio, las exploraciones —en otra selva, en otro río— apenas están a punto de empezar.

Los hilos del Ángel de la Historia, experto titiritero, comienzan a moverse sobre nuestras desprevenidas cabezas: sin saberlo, Joseph Conrad y José Altamirano comienzan a acercarse. Mi deber, como Historiador de Líneas Paralelas, es trazar un itinerario. Y a eso me dedico ahora: estamos en septiembre de 1889, Conrad acaba de desayunar, y algo le ocurre en ese momento: su mano toma la campana y la sacude, para que alguien venga a retirar la vajilla y limpiar la mesa. Enciende la pipa, mira por la ventana. Es un día gris y neblinoso, con apenas unos pocos relámpagos de sol a un lado u otro de Bessborough. «No estaba seguro de que quisiera escribir, ni de que fuera mi intención escribir, ni de que tuviera nada de que escribir». Y luego levanta la pluma y... escribe. Escribe doscientas palabras sobre un hombre llamado Almayer. Su vida de novelista acaba de comenzar; pero su vida de marinero, que aún no ha terminado, se halla en problemas. Hace ya varios meses que el capitán Joseph K. ha regresado de su último viaje, y todavía no ha logrado conseguir un puesto de capitán en ninguna parte. Hay un proyecto: viajar a África capitaneando un vapor de la Sociedad Anónima Belga para el Comercio en el Alto Congo. Pero el proyecto se encuentra estancado... Como estancado se encuentra, y al parecer definitivamente, el proyecto de un canal interoceánico. ¿Habrá fracasado?, se pregunta en Colón Miguel Altamirano. Todos los reflectores del escenario se fijan ahora en ese lapso fatídico: los doce meses de 1890.

ENERO. Aprovechando la temporada seca, Miguel Altamirano alquila un champán y navega por el Chagres hasta

Gatún. Es su primera salida en sesenta días, si no se toma en cuenta la excursión ocasional por la calle del Frente (esa calle que ya no tiene banderas ni enseñas en todos los idiomas, que en cuestión de meses ha dejado de ser bulevar en el ombligo del mundo para volverse a transformar en carretera perdida del trópico colonizado) ni la caminata de ida y vuelta hasta la estatua de Cristóbal Colón. La misma impresión de otras veces se repite: la ciudad es un fantasma, la habitan los fantasmas de los muertos, los vivos la rondan como fantasmas. Abandonada por los ingenieros franceses o alemanes o rusos o italianos, por los obreros jamaíquinos y liberianos, por los aventureros norteamericanos que cayeron en desgracia y buscaron trabajo en el Canal, por los chinos y los hijos de los chinos y los hijos de esos hijos que no temen a la melancolía ni a la malaria, la ciudad que hasta hace poco fue el ombligo del mundo ahora se ha convertido en un pellejo vacío, como el de una vaca muerta devorada por las carroñeras. Los cubanos y los venezolanos han vuelto a sus tierras: no tienen nada que hacer aquí. «Panamá ha muerto», piensa Miguel Altamirano. «Viva Panamá». Su intención es llegar hasta donde están ahora las máquinas que siete años antes había visitado junto al ingeniero Madinier, pero acaba cambiando de opinión. Lo ha vencido algo —el miedo, la tristeza, la abrumadora sensación del fracaso— que no puede precisar.

FEBRERO. Por consejo de su tío Tadeusz, Conrad escribe a otro de sus tíos maternos: Aleksander Poradowski, héroe de la revolución contra el imperio zarista que fue condenado a muerte tras la insurrección del 63 y logró huir de Polonia gracias, paradójicamente, a la ayuda de un cómplice ruso. Aleksander reside en Bruselas; su esposa Marguerite es una mujer fina y atractiva que habla de libros con inteligencia, que escribe al mismo tiempo pésimas novelas y, sobre todo, que tiene todos los contactos del mundo con las autoridades de la Sociedad del Congo. Conrad anuncia que en los próximos días piensa viajar a Polonia para visitar a Tadeusz, y que pasará forzosamente por Bruselas; su tío le informa que será bienvenido, pero le advierte que se encuentra enfermo y quizás no pueda cumplir a cabalidad sus labores como anfitrión. Conrad escribe: «Parto de Londres mañana viernes a las 9 de la mañana y debo llegar a Bruselas a las 5.30 de la tarde». Pero al llegar se encuentra con una mala jugada del destino: Aleksander ha muerto dos días antes. Desilusionado, el capitán Joseph K. sigue viaje hacia Polonia. Ni siquiera ha tenido tiempo de asistir al entierro.

MARZO. El día 7, Miguel Altamirano se presenta, muy temprano, en la estación del ferrocarril. Su intención es ir a Ciudad de Panamá, y a las ocho en punto ha subido al tren como lo ha hecho durante los últimos treinta años, acomodándose en los vagones traseros sin avisar a nadie y abriendo un libro para el trayecto. Por la ventana ve a un negro sentado en un barril; ve una carreta de mulas atravesar la línea y demorarse sobre los rieles el tiempo de cagar. Miguel Altamirano se distrae mirando, a un lado del tren, el mar y los lejanos barcos anclados en Bahía Limón, y al otro lado, las multitudes que taconeán sobre el adoquinado esperando a que el tren comience a moverse. Pero entonces Miguel Altamirano recibe la primera cachetada de su nueva posición en Panamá: el operario del ferrocarril pasa pidiendo tiquetes, y al llegar al puesto de Altamirano, en lugar de levantarse el sombrero y saludarlo como siempre, extiende una mano grosera. Altamirano se fija en las yemas sucias por la manipulación del papel de los tiquetes y dice: «No tengo». No dice que durante treinta años ha viajado por cortesía de la Compañía del Ferrocarril. Sólo dice: «No, yo no tengo». El operario le grita que se baje; Miguel Altamirano, reuniendo los últimos gramos de dignidad que le quedan, se pone de pie y dice que bajará cuando le venga en gana. Poco después el operario reaparece, pero esta vez viene acompañado de dos cargadores, y entre los tres levantan en vilo al pasajero y lo empujan hacia fuera. Altamirano cae sobre el adoquinado. Escucha murmullos que se vuelven risas. Se mira los pantalones: se han roto a la altura de la rodilla, y por el hueco se alcanza a ver la piel rasgada por el golpe y una mancha de sangre y tierra que no tardará en infectarse.

ABRIL. Después de dos meses en Polonia, dos meses dedicados a visitar por primera vez en quince años los lugares donde nació y vivió hasta su exilio voluntario, el capitán Joseph K. regresa a Bruselas. Sabe que su tía Marguerite lo ha recomendado a las autoridades de la Sociedad del Congo. Pero al llegar lo sorprende un golpe de suerte: un danés de nombre Freiesleben, capitán de uno de los vapores de la Sociedad, ha muerto repentinamente, y su puesto ha quedado vacante. Al capitán Joseph K. la idea de reemplazar a un muerto no lo intimida. Sobre el papel, el viaje a África habrá de ocuparlo durante tres años. Conrad se traslada de urgencia a Londres, arregla sus cosas, regresa a Bruselas, toma el tren hacia el puerto de Burdeos y se embarca en el *Ville de Maceio* con destino Boma, puerto de entrada al Congo Belga. Desde la escala en Tenerife, escribe: «La hélice gira y me lleva a lo desconocido. Felizmente, hay otro yo que ronda por Europa. Otro yo que se desplaza con gran facilidad; que incluso puede estar en dos lugares a la vez». Desde la escala en Freetown, escribe: «¡Fiebre y disentería! Hay quienes son devueltos a casa al final de su primer año, de manera que la muerte no les llegue en el Congo. ¡Dios no lo permita!». Desde la escala en Libreville, escribe: «Hace mucho tiempo que

he dejado de interesarme en el fin al que me conduce mi camino. Lo he recorrido con la cabeza baja, maldiciendo las piedras. Ahora sólo me interesa otro viaje; esto me hace olvidar las pequeñas miserias de mi propio camino. Espero la inevitable fiebre, pero por ahora me encuentro bastante bien».

MAYO. Miguel Altamirano viaja a Ciudad de Panamá para visitar las oficinas principales del *Star & Herald*. Está dispuesto a humillarse si es necesario para que el periódico le permita el regreso a sus páginas. Pero la necesidad no surge: un redactor principiante, un jovencito imberbe que resulta ser hijo de los Herrera, lo recibe y le pregunta si le interesaría reseñar un libro que está causando sensación en París. Miguel Altamirano, como es evidente, acepta con curiosidad: el *Star & Herald* no dedica demasiado espacio a las reseñas de libros extranjeros. El jovencito le entrega un volumen de 572 páginas en octavo, recién publicado por la editorial Dentu: *La dernière bataille*, se titula, y lleva este subtítulo: «Nuevo estudio psicológico y social». El autor es un tal Édouard Drumont, fundador y promotor de la Liga Nacional Antisemita de Francia y autor de *La France juive* y también de *La France juive devant l'opinion*. Miguel Altamirano nunca ha oído hablar de él; en el tren de regreso a Colón, empieza a leer el libro, un libro de lomo rojo y tapas de piel que lleva en el frontispicio el nombre de una librería. Antes de llegar a Miraflores, ya las manos le han comenzado a temblar, y los compañeros de vagón lo ven levantar la cara de la página y mirar por la ventana con expresión incrédula (o es indignada, o es quizás iracunda). Comprende por qué le han asignado este libro. *La dernière bataille* es una historia de la construcción del Canal interoceánico, donde por *historia* se debe entender *diatriba*. A Lesseps lo llama «malhechor» y «pobre diablo», «grandísimo fraude» y «mentiroso compulsivo». «El Istmo se ha transformado en un inmenso cementerio», dice, y también: «La culpa del desastre es de los financistas judíos, plaga de nuestra sociedad, y de sus cómplices monstruosos: los periodistas corruptos del mundo entero». Miguel Altamirano siente que se han burlado de él, se siente como el blanco en el cual se ha clavado una flecha, y ve en aquel encargo una conspiración a gran escala para dejarlo en ridículo, en el mejor de los casos, o para desquiciarlo de forma deliberada, en el peor. (De repente, todos los dedos del tren se levantan en el aire, y lo señalan). Al pasar por Culebra, donde el tren se detiene brevemente, arroja el libro por la ventana, lo ve atravesar el follaje de los árboles —imagina o tal vez escucha realmente el pequeño estrépito de las hojas— y caer con un ruido líquido en un pequeño lodazal. Enseguida alza la mirada casi por accidente, y su mirada, siempre lastrada por el agotamiento, se queda fija en las máquinas abandonadas de los franceses, las dragas, las excavadoras. Es como si las viera por primera vez.

JUNIO. El capitán Joseph K. desembarca, por fin, en Boma. Casi de inmediato se pone en marcha hacia Kinshasa, en el interior del país, para asumir la capitania del vapor que le ha sido encomendado: el *Florida*. En Matadi conoce a Roger Casement, irlandés al servicio de la Sociedad del Congo, hombre encargado del reclutamiento de porteadores, pero cuya labor más importante hasta ahora ha sido la de explorar el terreno congolés con miras a la construcción de un ferrocarril entre Matadi y Stanley Pool. El ferrocarril será una verdadera avanzada del progreso: facilitará el comercio libre y mejorará las condiciones de vida de los africanos. Conrad se dispone a cubrir el mismo trayecto que cubrirá el futuro ferrocarril. Escribe a su tía Marguerite: «Parto mañana, a pie. Aquí el único burro es su humilde servidor». Prosper Harou, el guía de la Sociedad, se le acerca una tarde y le dice: «Empaque para unos cuantos días, señor Conrad. Mañana nos vamos de expedición». El capitán Joseph K. obedece, y dos días después está entrando en la selva del Congo, acompañado de treinta y un hombres, y durante treinta y seis días camina detrás de ellos en la humedad inclemente del calor africano, y ve a los hombres negros y semidesnudos abrirse paso a machetazo limpio mientras aquel blanco vestido con camisa suelta anota en su diario de viaje —y en lengua inglesa— todo lo que ve: la profundidad del río Congo al tratar de vadearlo, pero también el trino de los pájaros, uno parecido a una flauta, el otro como el aullido de un sabueso; el tono general y más bien amarillento del pasto de un barranco, pero también la altura inusitada de la palma de aceite. El trayecto es insoportable: el calor asesino, la humedad, las nubes de mosquitos y zancudos del tamaño de una uva, la carencia de agua potable y la constante amenaza de las enfermedades tropicales, convierten aquella penetración en la selva en un verdadero descenso a los infiernos. Así termina el mes de junio para el capitán Joseph K. El 3 de julio escribe: «Vi en un campamento el cuerpo muerto de un bakongo». El 4 de julio escribe: «Vi otro cuerpo muerto junto al camino en actitud de reposo meditativo». El 24 de julio escribe: «Un hombre blanco ha muerto aquí». El 29 de julio escribe: «Pasamos un esqueleto atado a un poste. También la tumba de un hombre blanco».

JULIO. Los detalles más escabrosos del desastre financiero del Canal han comenzado a salir a la luz. Mi padre se entera por la prensa escrita de que también Lesseps, su antiguo ídolo, su modelo de vida, se ha retirado de la vida parisina. Ya la policía ha registrado las oficinas de la Rue Caumartin, y pronto hará lo mismo con los hogares particulares

de los involucrados: nadie duda de que la búsqueda revelará fraudes y mentiras y desfalcos al más alto nivel de la política francesa. El 14, fiesta nacional de la República, se publican en París documentos y declaraciones que son reproducidos en Nueva York y en Bogotá, en Washington y en Ciudad de Panamá. Entre otras revelaciones, surgen las siguientes. Más de treinta diputados del Parlamento francés recibieron sobornos para tomar decisiones a favor del Canal. Más de tres millones de francos se invirtieron en «comprar buena prensa». Bajo la rúbrica *Publicidad*, la Compañía del Canal aceptó el giro de más de diez millones de francos divididos en cientos de cheques al portador. Investigado el destino de esos cheques, se supo que varios habían acabado en las redacciones de los diarios panameños. El día 21, en una comida informal ofrecida por los representantes del Gobierno central (un gobernador, un coronel y un obispo), mi padre niega haber visto jamás uno de esos cheques. Se hace un silencio incómodo en la mesa.

AGOSTO. El capitán Joseph K. llega a Kinshasa para asumir el mando del *Florida*. Pero el *Florida* se ha hundido; y Conrad se embarca entonces en el *Roi des Belges*, en calidad de supernumerario, para hacer un viaje de reconocimiento del río Congo. Durante el trayecto río arriba ocurre lo que no le había ocurrido hasta el momento: enferma. Sufre tres ataques de fiebre, dos de disentería y uno de nostalgia. Entonces se entera de que su misión, al llegar a Stanley Falls, será dar relevo al agente de la Estación del Interior, que se encuentra gravemente disentérico. Su nombre es Georges Antoine Klein; tiene veintisiete años; es un joven convencional, lleno de esperanzas y de planes para el futuro, y está ansioso por volver a Europa. Conrad y Klein hablan muy poco en la Estación del Interior. El 6 de septiembre, con Klein a bordo y muy enfermo, el *Roi des Belges* comienza el recorrido río abajo. También el capitán del vapor ha enfermado, y durante las primeras leguas el capitán Joseph K. se hace cargo. Entonces, encontrándose bajo su capitanía y de alguna manera bajo su responsabilidad, Klein muere. Su muerte acompañará a Joseph K. el resto de su vida.

SEPTIEMBRE. En la casa de Christophe Colomb, que ha pasado por un extraordinario renacimiento desde que vivo en ella, celebramos el cumpleaños de Eloísa. Miguel Altamirano ha pasado por Chez Michel, la pastelería de uno de los pocos osados que han decidido quedarse en la ciudad fantasma de Colón, y le ha traído a su nieta una torta en forma de número cuatro, con tres cremas por dentro y por fuera una pátina de azúcar caramelizada. Después de comer, salimos todos al porche de la casa. Hace unos días que Charlotte ha colgado de la baranda una piel de tigrillo, blanca en los bordes, amarilla en los flancos y marrón en los lunares y el espinazo. Mi padre se apoya en la baranda y empieza a acariciar el pelaje moteado, la mirada perdida en las copas de las palmeras. Charlotte está detrás, enseñándole a una sirvienta cartagenera a servir el café en un juego de cuatro tazas de Limoges. Yo me he echado en la hamaca. Eloísa, entre mis brazos, se ha quedado dormida, y su boca entreabierta suelta un levisimo ronquido cuyo olor limpio me llega y disfruto. Y en ese momento, sin darse la vuelta y sin dejar de acariciar la piel del tigrillo, mi padre habla, y lo que dice puede estar dirigido a mí, pero también a Charlotte: «Yo lo maté, sabes. Yo maté al ingeniero». Charlotte se echa a llorar.

OCTUBRE. De regreso en Kinshasa, Conrad escribe: «Todo aquí me resulta repelente. Los hombres y las cosas, pero sobre todo los hombres». Uno de esos hombres es Camille Delcommune, jefe de la estación y superior directo de Conrad. El desagrado que Delcommune siente por este marinero inglés —pues Conrad, para este momento, ya es un marinero inglés— sólo es comparable al que el marinero siente por Delcommune. En esas condiciones, el capitán Joseph K. se da cuenta de que su futuro en África es más bien oscuro y no demasiado prometedor. No hay posibilidades de ascenso; menos aún de mejoras salariales. Y sin embargo ha firmado un contrato por tres años, y esa realidad es insoslayable. ¿Qué hacer? Conrad, avergonzado pero vencido, decide provocar una disputa para renunciar y regresar a Londres. Pero no se ve obligado a este recurso extremo: una crisis de disentería —bastante real, por lo demás— se convierte en el mejor pretexto.

NOVIEMBRE. El día 20 mi padre me pide que lo acompañe a ver las máquinas. «Pero si ya las has visto tantas veces», le digo, y él responde: «No, no quiero ver las de acá. Vamos a Culebra, que allá están las grandes». No me atrevo a decirle que el tiquete en el ferrocarril se ha vuelto, de la noche a la mañana, demasiado costoso para su bolsillo de desempleado, y que siempre lo ha sido para mí. Lo que dice, sin embargo, es cierto: en el momento en que cesaron para siempre, las obras del Canal estaban divididas en cinco residencias, desde Colón a Ciudad de Panamá. La residencia de Culebra, la que más problemas presentó para los ingenieros, consiste en dos kilómetros de geología impredecible y desobediente, y fue ahí donde se concentraron las mejores dragas y las excavadoras más poderosas de todas las que la Compañía del Canal había adquirido durante los últimos años. Y eso es lo que mi padre quiere ver el 20 de noviembre: los restos abandonados del fracaso más grande de la historia humana. En ese momento yo ignoro todavía que mi padre ha

intentado otras veces aquel peregrinaje nostálgico. A pesar de la profunda tristeza que noto en su voz, a pesar del cansancio que pesa en cada movimiento de su cuerpo, me parece que el asunto de ir a ver armatostes oxidados es un mero capricho de hombre decepcionado, y me lo saco de encima como espantando una mosca. «Ve tú solo», le digo. «Y luego me cuentas cómo te fue».

DICIEMBRE. El día 4, después de un penoso trayecto de seis semanas —la excesiva duración se ha debido a su mala salud—, Conrad ha vuelto a Matadi. Ha tenido que volver llevado en hombros por gente más joven, más fuerte; a la humillación se suma el agotamiento. De regreso a Londres, el capitán Joseph K. se detiene de nuevo en Bruselas. Pero Bruselas ha cambiado en estos meses: ya no es la ciudad de paredes blancas y mortalmente aburrida que Conrad había conocido antes; ahora es el centro de un imperio esclavista, explotador, asesino; ahora es un lugar que transforma a los hombres en fantasmas, una verdadera industria de la degradación. Conrad ha visto la degradación de la colonia, y en su cabeza esas imágenes congoleñas se comienzan a mezclar, como si estuviera borracho, con la muerte de su madre en el exilio, el fracaso de su padre insurrecto, el despotismo imperialista de la Rusia del zar, la traición de que es víctima Polonia a manos de las potencias europeas. Igual que los europeos se dividieron el pastel polaco, piensa Conrad, ahora se dividirán el Congo, y después vendrá sin duda el resto del mundo. Como si respondiera a esas imágenes que lo atormentan, a esos miedos que sin duda ha heredado de su padre, su salud empeora: el capitán Joseph K. pasa del reumatismo en el brazo izquierdo a las palpitaciones cardiacas, de la disentería congoleña a la malaria de Panamá. Su tío Tadeusz le escribe: «He encontrado tu escritura tan cambiada —lo cual atribuyo a la fiebre y a la disentería— que desde entonces no hay felicidad en mis pensamientos».

El día de su peregrinaje a Culebra, varios pasajeros gringos vieron a mi padre tomar solo el tren de las ocho, y lo escucharon hacer comentarios para nadie cada vez que por las ventanas pasaba una de las estaciones de las obras, de Gatún a Emperador. Al pasar cerca de Matachín lo escucharon explicar que el nombre del sitio venía de los chinos muertos y enterrados en los alrededores, y al pasar Bohío Soldado lo escucharon traducir ambas palabras al inglés pero sin ofrecer explicación alguna. A mediodía, mientras el tren se llenaba con los aromas de las comidas que los pasajeros habían improvisado para el trayecto, lo vieron apearse en Culebra, resbalar al bajar por el terraplén de la línea férrea y perderse en la selva. Un indio cuna que recogía plantas con su hijo lo avistó entonces, y le pareció tan rara su forma de andar —el descuido con que pateaba un pedazo de madera podrida que podía ser refugio de una víbora, los movimientos desgastados con que se agachaba para buscar una piedra y tirársela a los micos—, que lo siguió hasta donde estaban las máquinas de los franceses. Miguel Altamirano llegó al espacio de la excavación, la gigantesca trinchera gris y barroca que parecía el lugar de impacto de un meteoro, y la contempló desde el borde como un general que estudia el terreno de la batalla. Entonces, como si alguien desafiara las reglas del Istmo, comenzó a llover.

En vez de refugiarse debajo del árbol más inmediato, cuyo follaje impenetrable le hubiera servido perfectamente de paraguas, Miguel Altamirano comenzó a caminar bajo la lluvia, bordeando la trinchera, hasta llegar junto a una criatura descomunal y cubierta de enredaderas que se levantaba diez metros del suelo. Era una excavadora de vapor. Los aguaceros de los últimos dieciocho meses la habían cubierto con una pátina de óxido, gruesa y dura como el coral, pero eso sólo era visible después de apartar los tres palmos de vegetación tropical que la cubrían por todas partes, las ramas y las hojas con que la selva tiraba de ella para hundirla en la tierra. Miguel Altamirano se acercó a la garlancha y la acarició como si fuera la trompa de un elefante viejo. Rodeó la máquina caminando despacio, deteniéndose junto a cada pata, apartando las hojas con las manos y tocando cada uno de los baldes que su brazo pudiera alcanzar: el viejo elefante estaba enfermo, y mi padre lo recorría en busca de síntomas. Enseguida encontró el vientre del elefante, la especie de pequeño cobertizo que en el monstruoso vagón de la excavadora hacía las veces de sala de máquinas, y allí se guareció. No volvió a salir. Cuando, después de una búsqueda infructuosa de dos días por Colón y sus infructuosos alrededores, logré averiguar su paradero, lo encontré acostado sobre el suelo húmedo de la excavadora. La fortuna quiso que ese día también estuviera lloviendo, de manera que me eché al lado de mi padre muerto y cerré los ojos para sentir lo mismo que él había sentido durante sus últimos instantes: el traqueteo asesino de la lluvia en el metal hueco de los baldes, el olor de los hibiscus, el frío del óxido mojado penetrando la camisa y el cansancio, el despiadado cansancio.

Tercera parte

... el nacimiento de otra República sudamericana. Una más, una menos, ¿qué importancia tiene?

JOSEPH CONRAD

Nostromo

VII. Mil ciento veintiocho días, o la vida breve de un tal Anatolio Calderón

Lo más triste de la muerte de mi padre, se me ocurre a veces (sigo pensando en ello con frecuencia), fue el hecho de que no lo sobreviviera nadie dispuesto a llevar un luto decente. En nuestra casa de Christophe Colomb no había ya ropas negras ni ánimos para usarlas, y entre Charlotte y yo se instauró un acuerdo tácito para hurtarle a Eloísa el contacto con aquella muerte. No creo que hubiera en ello un afán proteccionista, sino la noción de que Miguel Altamirano no había estado muy presente en nuestras vidas durante sus últimos años, y era inútil regalarle un abuelo a la niña después de que ese abuelo hubiera muerto. Así que mi padre comenzó a hundirse en el olvido tan pronto como se llevaron a cabo sus exequias, y yo no hice nada, absolutamente nada, para evitarlo.

Por disposición del obispo de Panamá, a mi padre masón le fue negada la sepultura eclesiástica. Fue enterrado en tierra non sancta, bajo una lápida de recebo, entre chinos y ateos, africanos sin bautizar y excomulgados de todas suertes. Fue enterrado, para escándalo de quienes lo supieron, junto con cierta mano amputada tiempo atrás a cierto cadáver asiático. El enterrador de Colón, un hombre que ya lo había visto todo en la vida, recibió de las autoridades judiciales el certificado de defunción y me lo extendió como un botones que da un recado en un hotel. Estaba redactado en papelería de la Compañía del Canal, lo cual tuvo un sabor anacrónico y casi burlón; pero me explicó el enterrador que la papelería ya estaba impresa y había sido pagada, y él prefería seguir usándola antes que dejar que cientos de folios perfectamente útiles se pudrieran en un desván. Así que los datos de mi padre aparecieron sobre las líneas punteadas, junto a palabras como *Noms, Prénoms, Nationalité*. Al lado de *Profession ou emploi*, alguien escribió: «Periodista». Al lado de *Cause du décès*, se leía «Muerte natural». Pensé en acudir a las autoridades competentes para que hicieran constar que Miguel Altamirano había muerto de desencanto, y estaba dispuesto a aceptar melancolía, pero Charlotte me convenció de que intentarlo era una pérdida de tiempo.

Cuando se cumplieron los nueve meses de luto, Charlotte y yo nos dimos cuenta de que no habíamos visitado ni una sola vez la tumba de Miguel Altamirano. El primer aniversario de su muerte nos llegó sin que nos diéramos cuenta, y lo comentamos con muecas de culpa en la cara, con manos llenas de remordimientos agitándose en el aire. El segundo aniversario pasó desapercibido para ambos, y fue necesario que nos llegaran las noticias de los juicios de París para que el recuerdo de mi padre entrara breve, momentáneamente, en el organizado bienestar de nuestra casa. Veremos cómo lo explico: por una especie de resultado cósmico de la muerte de mi padre, la casa de Christophe Colomb y sus tres habitantes se habían desprendido de la tierra panameña y se habían ubicado fuera de los territorios de la Vida Política. En París, Ferdinand de Lesseps y su hijo Charles eran despiadadamente interrogados por las jaurías hambrientas de los accionistas estafados, miles de familias que habían hipotecado casas y vendido joyas para rescatar el Canal en que habían invertido todo su dinero; pero esas noticias me llegaban desde el otro lado de una gruesa lámina de vidrio, o desde la realidad virtual de una película de cine mudo: veo los rostros de los actores, veo que los labios se mueven, pero no comprendo lo que dicen, o quizás no me interesa... El presidente francés Sadi Carnot, sacudido por el escándalo financiero de la Compañía y sus variopintas debacles económicas, se había visto obligado a formar nuevo Gobierno, y las olas de semejante acontecimiento debieron de llegar a las playas de Colón; pero la casa Altamirano-Madinier, apolítica y para algunos apática, se mantuvo al margen de esos hechos. Mis dos mujeres y yo vivíamos en una realidad paralela en la cual las mayúsculas no existían: no había Grandes Acontecimientos, no había Guerras ni Patrias ni Momentos Históricos. Nuestros sucesos más importantes, las humildes cimas de nuestra vida, eran por esa época bastante distintos. Dos ejemplos: Eloísa aprende a contar hasta veinte en tres idiomas; Charlotte, una noche, es capaz de hablar de Julien sin desmoronarse.

Mientras tanto, pasaba el tiempo (como se dice en las novelas) y la Vida Política hacía de las suyas en Bogotá. El Presidente Poeta, el Autor del Himno Glorioso, había estirado su dedo y de inmediato quedó designado un sucesor: don Miguel Antonio Caro, ilustre ejemplar de la Atenas sudamericana que con una mano hacía traducciones homéricas y con

la otra, leyes draconianas. Los pasatiempos favoritos de don Miguel Antonio eran abrir clásicos griegos y cerrar periódicos liberales... y desterrar, desterrar, desterrar. «No faltan individualidades desorientadas», dijo en uno de sus primeros discursos. «Pero las vehementes peroraciones de la escuela revolucionaria no tienen eco en el país». Su propio dedo enseñó el camino del exilio forzoso a docenas de individualidades desorientadas, a cientos de revolucionarios. Pero en la casa apolítica, apática y ahistórica de Christophe Colomb no se escuchaba hablar de Caro, a pesar de que algunos de sus desterrados fueran liberales panameños, ni se lamentaba el peso insostenible de las medidas de censura, a pesar de que en el Istmo varios periódicos las padecieran. Por esos días se cumplían cien años desde el célebre día en que el célebre Robespierre dejó sentada su célebre frase: «La historia es ficción». Pero a nosotros, que vivíamos en la ficción de que no había historia, poco nos importaba ese aniversario que para otros es tan importante... Charlotte y yo nos encargábamos de completar la educación de Eloísa, que consistía básicamente en lecturas a coro (y algunas veces con disfraces) de todas las fábulas que pudiéramos conseguir, desde Rafael Pombo hasta el viejo La Fontaine. En el suelo entablado de la casa, yo era la cigarra y Eloísa era la hormiga, y entre los dos obligábamos a Charlotte a ponerse un corbatín y hacer de Renacuajo Paseador. Al mismo tiempo yo me hacía, Eloísa querida, esta promesa solemne: nunca más permitiría que la Política tuviera libre acceso a mi vida. Ante el asedio de la Política, que había destruido a mi padre y tantas veces trastocado mi país, defendería como mejor pudiera la integridad de mi nueva familia. Sobre cualquiera de los asuntos que definirían el futuro inmediato de mi país, los Arosemena o los Arango o los Menocal (o el jamaicano del tabaco, o el gringo del ferrocarril, o el bogotano perdido de la sastrería) me preguntaban: «¿Y usted qué opina?». Y yo respondía con una frase repetida y mecánica: «No me interesa la política».

«¿Votará usted liberal?»

«No me interesa la política».

«¿Votará conservador?»

«No me interesa la política».

«¿Quién es usted, de dónde viene, a quién ama, a quién desprecia?»

«No me interesa la política».

Lectores del Jurado: qué iluso fui. ¿Pensé de verdad que lograría evitar las influencias de ese monstruo ubicuo y omnipotente? Me preguntaba cómo hacer para vivir en paz, cómo perpetuar la felicidad que me había sido regalada, sin pecatarme de que en mi país éstas son preguntas políticas. La realidad me desengañaría pronto, pues por esos días se reunía, en Bogotá, un grupo de conspiradores dispuesto a capturar al presidente Caro, derrocarlo como si se tratara de un viejo monarca y dar comienzo a la revolución liberal... Pero lo hicieron con tanto entusiasmo que fueron descubiertos y detenidos por la policía antes de que tuvieran tiempo de decir esta boca es mía. Siguió las medidas represivas del Gobierno; siguieron, como respuesta a esas medidas, los alzamientos en varias partes del país. Yo metí a Charlotte y a Eloísa en la casa de Christophe Colomb, me aprovisioné de víveres y agua fresca y clausuré todas las puertas y ventanas con tablas robadas de las casas mostrencas. Y en éstas estaba cuando me llegó la noticia de que había estallado una nueva guerra.

Me apresuro a decirlo: fue una guerra pequeñita, una especie de prototipo de guerra o de guerrita amateur. Las fuerzas del Gobierno no tardaron más de sesenta días en reducir a los revolucionarios; en nuestras ventanas entabladas rebotó el eco de la batalla de Bocas del Toro, el único encontronazo de importancia que vivió el Istmo. Los panameños tenían fresco el recuerdo de Pedro Prestán y su cuerpo desnucado y colgante; cuando nos llegó de Bocas el eco de aquellos tiros liberales que se doblaban en el aire de tan tímidos, muchos comenzamos a pensar en otros fusilamientos, en otros cuerpos ahorcados sobre los rieles del ferrocarril.

Pero nada de eso ocurrió.

Y sin embargo... en esta historia siempre hay un *sin embargo*, y aquí está. La guerra tocó apenas las costas istmeñas, pero las tocó; la guerra se quedó apenas unas cuantas horas entre nosotros, pero allí estuvo. Y lo más importante: aquella guerra amateur abrió los apetitos de los colombianos, fue como la zanahoria en frente del caballo, y desde ese momento supe que algo más grave nos esperaba a la vuelta de la esquina... Sintiendo en el aire los apetitos abiertos del belicismo, yo me preguntaba si el encierro en mi casa apolítica bastaría para hacerles frente, e inmediatamente me contestaba que sí, que no podía ser de otra manera. Viendo dormir a Eloísa —cuyas piernas se alargaban con desespero bajo mi escrutinio, cuyos huesos cambiaban misteriosamente de coordenadas—, y viendo el cuerpo desnudo de Charlotte cuando se metía en el traspatio, debajo de una palmera, para ducharse con aquella regadera que parecía recién traída de l'Orangerie, yo pensaba: sí, sí, sí, estamos a salvo, no hay quien nos toque, nos hemos situado fuera de la historia y somos invulnerables en nuestra casa apolítica. Pero es el momento de una confesión: al mismo tiempo que pensaba en nuestra

invulnerabilidad, sentía en el estómago un desarreglo intestinal parecido al hambre. El vacío empezó a repetirse en las noches, cuando se apagaban las lámparas de la casa. Me llegaba en sueños, o al pensar en la muerte de mi padre. Tardé una semana entera en identificar la sensación y conceder, con algo de sorpresa, que tenía miedo.

¿Le hablé del miedo a Charlotte, le hablé a Eloísa? Por supuesto que no: el miedo, como los fantasmas, hace más daño cuando se le invoca. Durante años lo mantuve a mi lado como una mascota prohibida, alimentándolo a mi pesar (o era él, parásito tropical, el que se alimentaba de mí como una orquídea despiadada) pero sin reconocer su presencia. En Londres, también el capitán Joseph K. se enfrentaba a pequeños terrores personales e inéditos. «Mi tío murió el 11 de este mes», le escribió a Marguerite Poradowska, «y me parece que todo se ha muerto en mi interior, como si se hubiera llevado mi alma consigo». Los meses siguientes fueron un intento por recuperar el alma perdida: fue por esa época que Conrad conoció a Jessie George, mecanógrafa inglesa que para el escritor polaco tenía estas dos clarísimas cualidades: era inglesa y era mecanógrafa. Pocos meses más tarde, Conrad le proponía matrimonio con este argumento invencible: «Después de todo, querida mía, no me queda demasiado tiempo de vida». Sí, Conrad lo había visto, había visto el vacío que se le abría a los pies, había sentido aquella forma curiosa del hambre, y había corrido a protegerse como un perro en una tormenta. Es lo que yo habría debido hacer: correr, largarme, empacar las cosas de mi familia, tomar de la mano a sus integrantes y evacuar sin mirar atrás. Tras la escritura de *El corazón de las tinieblas*, Conrad se había sumido en nuevas profundidades de depresión y mala salud; pero yo no lo supe, yo no me percaté de que otros abismos se abrían a mis pies. El Viernes Santo de 1899, Conrad escribía: «Mi fortaleza se ve sacudida por la visión del monstruo. No se mueve; tiene la mirada torva; está quieto como la muerte misma, y me devorará». Si yo hubiera sido capaz de captar las ondas profético-telepáticas que enviaban esas palabras, tal vez habría intentado descifrarlas, averiguar cuál era el monstruo (pero ya me lo imagino, y también el lector) y cómo hacer para evitar que nos devorase. Pero no supe interpretar los mil presagios que llenaron el aire de esos años, no supe leer en el texto de los hechos esas advertencias, y no me llegaron las advertencias que Conrad, mi alma gemela, me enviaba telepáticamente desde tan lejos.

«El hombre es un animal malvado», le escribió por esos días a Cunninghame-Graham. «Su perversidad debe ser organizada». Y enseguida: «El crimen es una condición necesaria de la existencia organizada. La sociedad es esencialmente criminal —o no existiría». Jozef Konrad Korzeniowski, ¿por qué no llegaron hasta mí tus palabras? Querido Conrad, ¿por qué no me diste la oportunidad de protegerme de los hombres malvados y de su organizada perversidad? «Soy como un hombre que ha perdido a sus dioses», dijiste por entonces. Y no supe hacerlo, querido Joseph K.: no supe ver en tus palabras la pérdida de los míos.

El 17 de octubre de 1899, poco después de que mi hija Eloísa menstruara por primera vez, comenzaba en el departamento de Santander la guerra civil más larga y sangrienta de la historia de Colombia.

El modus operandi del Ángel de la Historia fue básicamente el mismo. El Ángel es un brillante asesino en serie: una vez ha encontrado un buen método para que los hombres se maten entre sí, no lo abandona nunca, se aferra a él con la fe y la terquedad de un San Bernardo... Para la guerra de 1899, el Ángel se dedicó, durante unos cuantos meses, a humillar a los liberales. Primero recurrió al presidente conservador, don Miguel Antonio Caro. Hasta su llegada al poder, el ejército nacional se había compuesto de unos seis mil efectivos; Caro aumentó el pie de fuerza al máximo permitido, diez mil hombres, y en cosa de dos años cuadruplicó los gastos de material de guerra. «El Gobierno tiene el deber de asegurar la paz», decía, mientras llenaba su pequeña cueva de hormiga con nueve mil quinientos cincuenta y dos machetes con vaina, cinco mil noventa carabinas Winchester 44, tres mil ochocientos cuarenta y un fusiles Gras 60, con bayoneta bien abrillantada y todo. Era un hombre ambidextro y hábil: con una mano traducía un poco de Montesquieu —por ejemplo: «El espíritu de la República es la paz y la moderación»— y con la otra firmaba decretos de reclutamiento. En las calles de Bogotá se movilizaba a los peones de hacienda o a los campesinos con hambre a cambio de dos reales al día, mientras sus mujeres se sentaban contra la pared a esperar el dinero para ir a comprar las papas del almuerzo; los curas se paseaban por la ciudad prometiéndoles a los adolescentes la bienaventuranza eterna a cambio del servicio a la patria.

Enseguida, el Ángel, ya aburrido de este presidente conservador, decidió cambiarlo por otro; para mejor afrenta a los liberales, puso en el cargo a don Manuel Antonio Sanclemente, un viejo de ochenta y cuatro años que, poco después de jurar el cargo, recibió de su médico personal la orden inapelable de irse de la capital. «Con el frío que hace aquí, esto de jugar al presidente le puede salir caro», le dijo. «Váyase a tierra caliente y déjele esta vaina a los jóvenes». Y el presidente obedeció: se mudó a Anapoima, un pueblito de clima tropical donde sus octogenarios pulmones le causaban menos problemas, donde bajaba la presión de su sangre octogenaria. Por supuesto que el país quedaba entonces sin Gobierno, pero ese detallito no iba a intimidar a los conservadores... En cuestión de días, el ministro de Gobierno

inventaba en Bogotá un sello de caucho con la firma facsimilar del presidente, y distribuía copias a todos los interesados, de manera que la presencia de Sanclemente en la capital dejó de ser necesaria: cada senador firmaba sus propios proyectos de ley, cada ministro validaba los decretos que le diera la gana, pues bastaba con un golpe del sello mágico para darles vida. Y así, entre las sonoras carcajadas del Ángel, evolucionaba el nuevo Gobierno, para indignación y deshonra de los liberales. Entonces, una mañana de octubre, la paciencia se extravió en el departamento de Santander, y un general de muchas guerras disparó los primeros tiros de la revolución.

Desde el principio nos dimos cuenta de que esta guerra era distinta. En Panamá estaba vivo todavía el recuerdo de la guerra del 85, y los panameños estaban decididos esta vez a tomar su destino en sus manos. Así que Panamá, el istmo desprendido de la realidad colombiana, la Suiza caribeña, hizo parte de las hostilidades tan pronto como le permitieron la entrada. Varios pueblos del interior istmeño se alzaron en armas dos días después de los primeros tiros; antes de una semana, el indio Victoriano Lorenzo había armado un ejército de trescientos hombres y comenzado en las montañas de Coclé su propia guerra de guerrillas. Cuando llegó la noticia a Colón, yo estaba almorzando en el mismo restaurante de espejos del que había visto salir a mi padre un cuarto de siglo antes. Me acompañaban Charlotte y Eloísa, que se transformaba poco a poco en una adolescente de belleza oscura y perturbadora, y los tres escuchamos a un mesero jamaquino decir:

«Bueno, pero ya qué importa una guerra más. El mundo se va a acabar de todos modos».

Era una convicción extendida entre los panameños que el 31 de diciembre comenzaría el Juicio Final, que el mundo no estaba diseñado para ver el siglo XX. (Cada cometa, cada estrella fugaz que se veía desde Colón, parecía confirmar esas profecías). Y durante varios meses las profecías tomaron fuerza: los últimos días del siglo fueron testigos de batallas sangrientas como las que no se veían desde los tiempos de la Independencia. Las coordenadas del país se hundieron en sangre, y esa sangre era toda liberal: en cada encontronazo bélico, la revolución era destrozada por los números superiores de los ejércitos gobiernistas. En Bucaramanga, el general Rafel Uribe Uribe, al mando de un ejército mixto de campesinos hartos y universitarios rebeldes, era recibido con tiros desde la torre de la iglesia de San Laureano. «¡Viva la Inmaculada Concepción!», gritaban los francotiradores después de cada joven muerto liberal. En Pasto, el padre Ezequiel Moreno azuzaba a los soldados conservadores: «¡Imitad a los Macabeos! ¡Defended los derechos de Jesucristo! ¡Matad sin piedad a la fiera masónica!». El *Muddy Magdalene* también prestó sus escenarios: frente al puerto de Gamarra, los buques liberales se hundieron bajo el fuego del Gobierno, y cuatrocientos noventa y nueve soldados de la revolución murieron de quemaduras entre la madera de los cascos incendiados, y los que no murieron quemados se ahogaron en el río, y los que llegaron a la orilla antes de ahogarse fueron fusilados sin fórmula de juicio y sus cuerpos dejados para que se pudrieran junto a los bagres de la mañana. Y reunidos en las oficinas del telégrafo, los colonenses esperábamos el telegrama definitivo: PROFECÍAS ACERTADAS STOP COMETAS Y ECLIPSES TENÍAN RAZÓN STOP EL MUNDO ENTERO APROXÍMASE A SU FIN. En la República de Colombia, el nuevo siglo fue recibido sin celebraciones de ninguna especie. Pero el telegrama nunca llegó.

Otros llegaron, sin embargo. (Ya se darán cuenta ustedes, mis lectores: buena parte de la guerra del 99 se hizo en clave Morse). DESASTRE REVOLUCIONARIO EN TUNJA. DESASTRE REVOLUCIONARIO EN CÚCUTA. DESASTRE REVOLUCIONARIO EN TUMACO... En medio de este desastroso paisaje telegráfico, nadie creyó la noticia de la victoria liberal en Peralonso. Nadie creyó que un ejército liberal de tres mil hombres mal armados —mil fusiles Remington, quinientos machetes y un cuerpo de artillería que había fabricado sus cañones con tubos de acueducto— pudiera enfrentarse en pie de igualdad con doce mil soldados gobiernistas que se dieron el lujo de estrenar uniformes para el día en que la revolución fuera derrotada. DESBANDADA GOBIERNISTA EN PERALONSO STOP URIBE DURÁN HERRERA MARCHAN TRIUNFALES HACIA PAMPLONA, decía el telegrama, y nadie creyó que pudiera ser cierto. El general Benjamín Herrera recibió un balazo en el muslo y ganó la batalla desde una camilla de lona: era cuatro años mayor que yo, pero ya podía llamársele héroe de guerra. Eso fue en Navidades; y el 1 de enero, Colón despertó sorprendida para darse cuenta de que el mundo seguía en su sitio. La Maldición Francesa se había extinguido. Y yo, Eloísa querida, sentía que mi casa apolítica era una fortaleza invencible.

Y lo sentía con toda convicción. La simple fuerza de mi voluntad, pensaba, había logrado mantener alejado y al margen al Ángel de la Historia. La guerra, en este país de palabreros, era para mí algo que ocurría en los telegramas, en las cartas que se cruzaban los generales, en las capitulaciones que se firmaban de un extremo al otro de la República. Después de Peralonso, el general revolucionario Vargas Santos era proclamado «Presidente Provisional de la República». Puras palabras (y demasiado optimistas). Desde la ciudad panameña de David, el general revolucionario Belisario Porras protestaba ante el Gobierno conservador por los «actos de bandolerismo» de los soldados gobiernistas. Puras palabras. La

comandancia liberal se quejaba por las «flagelaciones» y «torturas» impartidas a prisioneros capturados «en sus casas» y no «con las armas en la mano».

Puras palabras, puras palabras, puras palabras.

Concedo, sin embargo, que las palabras hacían su ruido cada vez desde más cerca. (Las palabras acosan, pueden herir, son peligrosas; las palabras, a pesar de tratarse de las palabras vacías que suelen pronunciar los colombianos, pueden de vez en cuando estallarnos en la boca, y no hay que menospreciarlas). La guerra ya había desembarcado en Panamá, y a Colón nos llegaba el ruido de los disparos cercanos y también su noticia, la agitación de las cárceles atiborradas de presos políticos y los rumores de maltratos, el olor de los muertos que empezaban a quedar desperdigados por el Istmo, desde Chiriquí hasta Aguadulce. Pero en mi Ciudad Esquizofrénica, el barrio de Christophe Colomb permanecía firmemente instalado en un mundo paralelo. Christophe Colomb era un pueblo fantasma, y era, para más señas, un pueblo francés. Un pueblo francés que ya no existía: ¿para qué podía servirle a la guerra civil colombiana un lugar semejante? Mientras no saliéramos de allí —recuerdo haber pensado—, mis dos mujeres y yo estaríamos a salvo... Pero tal vez (ya lo he sugerido con otras palabras, pero encontrar la fórmula exacta es la tarea del escritor) mi entusiasmo fue prematuro. Pues al mismo tiempo, a lo lejos, el infausto departamento de Santander, cuna de la guerra, quedaba anegado en sangre, y con esa batalla, misteriosamente, se ponían en marcha los hipócritas y traperos mecanismos de la política. En otras palabras: se ponía en marcha una conspiración por la cual la Gorgona y el Ángel de la Historia se disponían a invadir, al alimón y sin miramientos de ninguna suerte, la casa paradisiaca de los Altamirano-Madinier.

Ocurrió en un lugar llamado Palonegro. Mal repuesto de su muslo abaleado, el general Herrera había avanzado hacia el norte como parte de la vanguardia revolucionaria. En Bucaramanga aprovechó para lanzar una nueva cosecha de palabras: «La injusticia es una semilla imperecedera de rebelión», y cosas así. Pero no hubo retórica que valiera el 11 de mayo, cuando ocho mil revolucionarios se encontraron con veinte mil gobiernistas, y lo que siguió... ¿Cómo explicar lo que siguió? No, no me sirven los números (esos comodines tan caros a periodistas como mi padre), ni me sirven las estadísticas, que tan bien viajan por el telégrafo. Puedo decir que el combate duró catorce días; puedo hablar de los siete mil muertos. Pero los números no se descomponen, ni las estadísticas son caldo de plagas. Durante catorce días el aire de Palonegro se llenó del hedor fétido de los ojos putrefactos, y los buitres tuvieron tiempo de abrir a picotazos el paño de los uniformes, y el campo se cubrió de cuerpos pálidos y desnudos, con el vientre roto y las entrañas derramadas manchando el verde de los prados. Durante catorce días el olor de la muerte penetró las narices de hombres que eran demasiado jóvenes para conocerlo, para saber por qué les quemaba las mucosas o por qué no desaparecía aunque uno se frotara el bigote con pólvora. Los revolucionarios heridos huyeron por la trocha de Torcoroma, y fueron desplomándose como mojonos en medio de la huida, de manera que uno hubiera podido seguir su destino sólo fijándose en el vuelo de las aves carroñeras.

El destino de los generales escapados fue el exilio inmediato: Vargas Santos y Uribe Uribe salieron por Riohacha hacia Caracas; el general Herrera huyó rumbo a Ecuador, logrando escapar de las tropas gobiernistas, pero no de las voluntariosas, testarudas palabras. En el mensaje que lo persiguió hasta darle alcance, Vargas Santos le encargaba la dirección de la guerra en los departamentos de Cauca y Panamá.

Desde Panamá era posible ganar la guerra.

En Panamá comenzaría la liberación de la patria.

El general Herrera aceptó, como era de esperar. En cuestión de semanas había organizado un ejército expedicionario —trescientos liberales que habían sido derrotados en las batallas del sur y del Pacífico y que ansiaban la oportunidad de vengarse y de vengar a sus muertos—, pero le faltaba una nave para llegar al Istmo. En ese momento el *deus ex machina* (que tan a gusto se siente en el teatro de la historia) le hizo llegar la buena noticia: en el puerto de Guayaquil fondeaba, indolente, el buque *Iris*, lleno de ganado y destinado a El Salvador. Herrera revisó el buque y se encontró con que su característica técnica más importante era ésta: su dueño, la firma Benjamín Bloom & Cía., lo había puesto a la venta. Sin demora, el general empeñó su palabra, firmó promesas de compraventa, brindó por el negocio bebiendo una taza de agua de panela con limón mientras el capitán salvadoreño y su segundo de a bordo levantaban recurrentes copas de aguardiente de caña. A principios de octubre, lleno por partes iguales de jóvenes soldados revolucionarios y de vacas cuyos cuatro estómagos parecían ponerse de acuerdo para sufrir diarreas simultáneas, el *Iris* zarpó de Guayaquil.

Uno de los soldados nos interesa en particular: el cinematógrafo se acerca, sorteá trabajosamente los lomos de una o dos vacas, pasa por debajo de una ubre pecosa y blanda y esquiva el latigazo de un rabo traicionero, y su imagen gris nos enseña la cara inmaculada y temerosa (y escondida entre las boñigas) de un tal Anatolio Calderón.

Anatolio cumpliría diecinueve años entre las vacas del *Iris*, mientras el buque pasaba frente a la costa de Tumaco, pero por timidez no dejaría que nadie se enterara. Había nacido en una hacienda de Zipaquirá, hijo de una sirvienta india que murió en el parto y del señor de la propiedad, don Felipe de Roux, burgués rebelde y socialista diletante. Don Felipe había vendido los latifundios de la familia y se había embarcado rumbo a París antes de que su bastardo llegara a la pubertad, pero no sin dejarle dinero suficiente para estudiar lo que quisiera en cualquiera de las universidades del país. Anatolio se inscribió en la Universidad del Externado para estudiar Jurisprudencia, aunque en el fondo hubiera querido hacer literatura en la Universidad del Rosario y seguir los pasos de Julio Flórez, el Divino Poeta. Cuando el general Herrera pasó por Bogotá, después de la batalla de Peralonso, y fue recibido como héroe de las juventudes liberales, Anatolio estaba entre los que se asomaron, llenos de fulgor patriótico y todas esas cosas, a las ventanas del Externado. Saludó al general, y el general lo escogió entre todos los estudiantes para devolverle el saludo (o al menos eso le pareció a él). Cuando el desfile hubo terminado, Anatolio bajó a la calle y encontró, entre los adoquines, la herradura suelta de un caballo liberal. El hallazgo le pareció un portento de buena suerte. Anatolio limpió la herradura de tierra y mierda seca y se la echó al bolsillo.

Pero la guerra no siempre es tan ordenada como parece cuando se la narra, y el joven Anatolio no se unió en ese momento a los ejércitos revolucionarios del general Herrera. Siguió con sus estudios, decidido a cambiar el país por medio de las mismas leyes que los Gobiernos conservadores habían pisoteado. Pero el 31 de julio de 1900, unos de esos mismos conservadores visitaba el retiro tropical del cuasi-nonagenario don Manuel Sanclemente, y en palabras menos decentes que las mías le decía que un viejo inútil no debería llevar las riendas de la nación, y que allí mismo lo declaraba relevado del solio de Bolívar. El golpe de Estado se consumó en cuestión de horas; y antes de que acabara la semana, seis estudiantes de Jurisprudencia habían dejado la universidad, armado sus corotos y partido en busca del primer batallón liberal que estuviera dispuesto a enrolos. De los seis estudiantes, tres murieron en la batalla de Popayán, uno fue hecho prisionero y trasladado de vuelta al Panóptico de Bogotá y dos escaparon hacia el sur, rodearon el volcán Galeras para evitar a las tropas conservadoras y llegaron a Ecuador. Uno de ellos era Anatolio. Después de tantos meses de errar por los campos de la guerra, Anatolio llevaba, por todo equipaje, una herradura pulida, una cantimplora de cuero y un libro de Julio Flórez cuyas tapas marrones se habían impregnado de sudor de manos. El día en que el primer jefe del batallón Cauca, el coronel Clodomiro Arias, le notificó que el batallón quedaría incorporado al ejército del general Benjamín Herrera, Anatolio estaba leyendo y repasando los versos de *Todo nos llega tarde*.

*Y la gloria, esa ninfa de la suerte,
sólo en las sepulturas danza.
Todo nos llega tarde... ¡hasta la muerte!*

De repente, empezó a sentir comezón en los ojos. Leyó los versos, se dio cuenta de que tenía ganas de llorar, y se preguntó si habría sucedido lo terrible, si la guerra lo habría convertido en un cobarde. Días después, escondido entre las vacas del *Iris* por miedo de que alguien —el sargento mayor Latorre, por ejemplo— lo mirara a los ojos y notara que la cobardía se había instalado en ellos, Anatolio pensó en su madre, maldijo el momento en que se le ocurrió incorporarse al ejército revolucionario y sintió unas ganas violentas de irse a casa y comer algo caliente. Y en cambio aquí estaba, oliendo los vapores de la boñiga de vaca, respirando la humedad salina del Pacífico, pero sobre todo muerto de miedo por lo que lo esperaba en Panamá.

El *Iris* llegó a El Salvador el 20 de octubre. El general Herrera se reunió en Acajutla con los dueños del barco y firmó una compraventa que era más una fianza: si ganaba la revolución, el Gobierno liberal pagaría a los señores de Bloom & Cía. la suma de dieciséis mil libras esterlinas; si perdía, el buque haría parte de las «contingencias de la guerra». Allí, en el puerto salvadoreño, el general Herrera hizo desembarcar en estricto orden —ganado, soldados y tripulantes— y llevó a cabo la ceremonia del bautizo encaramado a un cajón de madera para que todo el mundo pudiera oírlo. El *Iris* se llamaría *Almirante Padilla*. Anatolio tomó nota del cambio, pero también notó que seguía teniendo miedo. Pensó en aquel José Prudencio Padilla, mártir guajiro de la independencia colombiana, y se dijo que él no quería ser mártir de absolutamente nada, que no le interesaba morir para ser honrado por decreto, y mucho menos para que algún militar medio loco bautizara un barco con su nombre. En diciembre, después de pasar por Tumaco para recoger un contingente de mil quinientos soldados, ciento quince cajas de municiones y novecientos noventa y siete proyectiles para el cañón de proa, el *Almirante Padilla* tocó tierras de Panamá. Era Nochebuena y hacía un calor seco y agradable. Los soldados ni siquiera habían desembarcado cuando les llegó la noticia: en todo el Istmo, las fuerzas liberales habían sido destrozadas. Mientras

en cubierta se rezaba la novena, Anatolio seguía escondido en las entrañas del buque, y lloraba de miedo.

Con la llegada al Istmo de las tropas de Herrera, la guerra empezó a tener otro cariz. Bajo las órdenes del coronel Clodomiro Arias, Anatolio hizo parte de la toma de Tonosí, desembarcó en Antón y liberó las fuerzas del indio Victoriano Lorenzo del sitio de La Negrita, pero en ninguno de esos lugares dejó de considerar la desertión. Anatolio participó en la batalla de Aguadulce: una noche de luna llena, mientras las fuerzas revolucionarias del general Belisario Porras tomaban el cerro del Vigía y avanzaban hacia Pocrí, las del indio Victoriano Lorenzo destrozaban los batallones gobiernistas que guardaban la ciudad, el Sánchez y el Farías. Al mediodía siguiente, ya el enemigo empezaba a enviar emisarios, a pedir tregua para enterrar a sus muertos, a negociar capitulaciones más o menos honrosas. Anatolio hizo parte de esa fecha histórica en la que la balanza pareció inclinarse del lado revolucionario, en la que por unas horas los revolucionarios creyeron en esa quimera: el triunfo definitivo. El batallón Cauca enterró a ochenta y nueve de los suyos, y Anatolio se ocupó personalmente de varios cuerpos; pero lo que recordaría para siempre no estaba de su lado, sino del lado gobiernista: el olor de carne asada que invadió el aire cuando el médico del batallón Farías comenzó a incinerar, uno por uno, los ciento sesenta y siete cuerpos conservadores a los que prefirió no dar sepultura.

El olor lo acompañó durante toda la travesía hacia Ciudad de Panamá, siguiente objetivo del ejército de Herrera. Pronto le pareció que hasta las páginas del libro de Julio Flórez estaban impregnadas del hedor de los conservadores hechos cenizas, y si leía un verso como *¿Por qué llenas el aire que respiro?*, el aire se llenaba en el acto de nervios, de músculos, de grasa calcinada. Pero el batallón seguía avanzando, indiferente; nadie intuía el infierno que agobiaba a Anatolio, nadie lo miraba a los ojos y descubría la marca del cobarde en ellos. Estando a menos de cincuenta kilómetros de Ciudad de Panamá, el coronel Clodomiro Arias dividió a su batallón: unos siguieron con él hacia la capital, pensando en acampar a una distancia prudente y esperar la llegada de los refuerzos que el *Almirante Padilla* depositaría al oriente de Chame; los otros, Anatolio incluido, seguirían hacia el norte bajo las órdenes del sargento Latorre. Su misión era llegar al ferrocarril a la altura de Las Cascadas y guardar la línea contra todo intento de entorpecer la libre circulación de los trenes. El general Herrera quería mandar un mensaje claro a los marines que aguardaban en los vapores norteamericanos —el *Iowa* frente a Panamá, el *Marietta* frente a Colón— como una presencia fantasmal: no era necesario que desembarcaran, porque el ejército liberal se aseguraría de que ni el ferrocarril ni las obras del Canal corrieran peligro. Anatolio, parte de esa estrategia de apaciguamiento, levantó su tienda de campaña en el lugar escogido por el sargento Latorre. Esa noche, se despertó con tres estallidos. El centinela había confundido los movimientos frenéticos de un gato salvaje con el contraataque de los gobiernistas, y había dado tres tiros al aire. Era una falsa alarma; pero Anatolio, sentado sobre sus únicas mantas, sintió un calor nuevo entre los muslos, y se dio cuenta de que se había orinado. Para cuando el campamento se calmó y sus compañeros de tienda volvieron a dormirse, Anatolio ya había envuelto con una camisa sucia la herradura y el libro de Julio Flórez, y empezaba a hacer —amparado por las sombras— lo que debería haber hecho mucho tiempo atrás. Antes de que los pájaros empezaran a despertar en las copas de los árboles densos, ya Anatolio se había convertido en desertor.

Por esos días, el general Herrera recibió la primera noticia de los fusilamientos. Arístides Fernández, ministro de Guerra, había ordenado las ejecuciones de Tomás Lawson, Juan Vidal, Benjamín Mañozca y otros catorce generales de la revolución. No era todo: en el *Almirante Padilla* y en el campamento de Aguadulce, el Estado Mayor del ejército liberal recibía la circular impresa que el ministro había enviado a todos los jefes militares del Gobierno, a todos los alcaldes y gobernadores del conservatismo, ordenándoles el paredón sin fórmula de juicio para los revolucionarios capturados en armas. Pero Anatolio nunca llegó a enterarse: ya se había internado en la selva, ya había descendido él solo la Cordillera Central, haciendo fuegos que duraban poco para espantar a las culebras y también a los zancudos, comiendo micos que cazaba con su fusil de dotación o amenazando a los indios de La Chorrera para conseguir yuca cocida o leche de coco.

La guerra, muy a pesar de sus desertores, continuaba su curso. En Ciudad de Panamá todo el mundo hablaba de la carta que el general Herrera le había escrito al gobernador de la provincia, quejándose de nuevo por el «tratamiento infligido a los prisioneros liberales» que «tanto los ha torturado en la carne como vejado en la dignidad y en el espíritu»; pero Anatolio no se enteró de la carta, ni del desdén con que el gobernador de la provincia la reenvió a Arístides Fernández, ni de la respuesta del ministro de Guerra, que consistió en siete fusilamientos selectivos en la misma plaza donde se había alzado la Compañía del Canal, y donde se alzaba todavía, convertido en cuartel gobiernista y calabozo improvisado, el Grand Hotel. Como un expedicionario (como un Stanley penetrando el Congo), Anatolio había descubierto el lago Gatún. Comenzó a bordearlo con la vaga noción de que haciéndolo llegaría al Atlántico, pero se dio cuenta enseguida de que estaba obligado a utilizar el tren si quería llegar antes de que acabara el mes. Se le había metido en la cabeza —en su cabeza oscurecida por los fantasmas de la cobardía— que desde Colón, esa Gomorra caribeña,

podría encontrar un buque dispuesto a sacarlo del país, un capitán dispuesto a mirar para otro lado mientras él desembarcaba en Kingston o en Martinica, en La Habana o en Puerto Cabello, y lograba por fin empezar una nueva vida lejos de la guerra, ese lugar donde hombres comunes y corrientes —buenos hijos, buenos padres, buenos amigos— llegan a orinarse en los pantalones. El puerto de Colón, pensó, era el lugar donde nadie se fijaba en nadie, donde con algo de suerte pasaría desapercibido. Llegar sin ser descubierto: encontrar un vapor o un velero, sin importar la carga o la bandera: nada más importaba.

Colón estaba a punto de cumplir un año en manos de los gobiernistas. Tras las derrotas de San Pablo y Buena Vista, los batallones liberales del general De la Rosa habían quedado gravemente diezmados, y la ciudad desprotegida. Cuando apareció en las aguas de la bahía el cañonero *Próspero Pinzón*, cargado de tropas enemigas, De la Rosa supo que había perdido la ciudad. El general Ignacio Foliaco, al mando del cañonero, amenazó con bombardear la ciudad y también el caserío francés de Christophe Colomb, que le quedaba todavía más al alcance. De la Rosa rechazó la amenaza. «De mi lado no saldrá un tiro», le mandó decir. «Usted verá con qué cara entra a la ciudad después de aplastarla a cañonazos». Pero antes de que Foliaco pudiera cumplir su palabra, De la Rosa recibió la visita de cuatro capitanes —dos norteamericanos, uno inglés y uno francés— que se habían arrogado el papel de mediadores para evitar posibles daños a las instalaciones del ferrocarril. Los capitanes traían una propuesta de diálogo; De la Rosa aceptó. El crucero inglés *Tribune* sirvió de lugar de encuentro y mesa de negociación para Foliaco y De la Rosa; cinco días después, De la Rosa se reunía en el buque *Marietta* con el general Albán, aquel jefe de las fuerzas gobiernistas en el Istmo a quien no por nada llamaban «el loco». En presencia del capitán de la nave, Francis Delano, y de Thomas Perry, comandante del crucero *Iowa*, el general De la Rosa firmó el acta de capitulación. Antes de que cayera la tarde, las tropas del *Próspero Pinzón* habían desembarcado en Puerto Cristóbal, ocupado la alcaldía y distribuido proclamas gobiernistas. A esta ciudad ocupada se dirigía, once meses después, Anatolio Calderón.

Anatolio llegó al ferrocarril poco antes de la medianoche. Entre La Chorrera y el primer puente sobre las aguas del Gatún había encontrado un caserío de diez o doce chozas cuyo techo de paja casi tocaba el césped, y con el fusil armado y apuntando a la cara de una mujer, logró que el marido (era de suponer que fuese el marido) le entregara una camisa de algodón que parecía ser su única pertenencia, y se la puso en lugar de la chamarra negra de nueve botones que era su uniforme de soldado. Así vestido, esperó al tren de la mañana antes del puente, escondido detrás del cadáver de una draga abandonada; cuando vio pasar la locomotora empezó a correr, se montó de un salto al último vagón de carga y lo primero que hizo fue tirar al agua el sombrero de fieltro para no delatarse. Acostado boca arriba sobre trescientos racimos de banano, Anatolio veía pasar el cielo del Istmo sobre su cabeza, las ramas invasoras de los guácimos, los cocobolos atiborrados de pájaros de colores; y el viento cálido de un día sin lluvia le desordenaba el pelo lacio y se le metía debajo de la camisa, y el traqueteo amistoso del tren lo mecía y no lo amenazaba; y durante esas tres horas de trayecto se sintió tan tranquilo, tan impredeciblemente relajado, que se quedó dormido y olvidó por un instante los agujonazos del miedo. Lo despertó el crujido de los vagones cuando el tren cambió de marcha. Estaban parando, pensó, estaban llegando a alguna parte. Se asomó al borde del vagón, y la imagen luminosa de la bahía, el brillo del sol de la tarde sobre el agua del Caribe, le hizo doler los ojos, pero también le hizo sentirse brevemente feliz. Anatolio agarró su atado, se apoyó con dificultad en los bananos espichados y saltó. Al caer, su cuerpo llevado por la inercia rodó sobre sí mismo, y Anatolio se hizo daño con la herradura, se rasgó la camisa con guijarros invisibles y se clavó una espina en el dedo pulgar de la mano izquierda, pero nada de eso le importó, porque había llegado por fin a su destino. Ahora sólo era cuestión de encontrar dónde pasar la noche, y por la mañana, como pasajero legítimo o franco polizón, habría comenzado una nueva vida.

Estaba en las faldas de Mount Hope. Aunque tal vez no lo supiera, se encontraba en ese momento muy cerca de las cuatro mil tumbas donde yacían los obreros del ferrocarril que habían muerto en los primeros meses de construcción, hacía ya casi medio siglo. Anatolio pensó en esperar a que se hiciera oscuro para acercarse a la ciudad, pero los mosquitos de las seis de la tarde lo obligaron a anticiparse. Con el crepúsculo ya había comenzado a avanzar hacia el norte, entre los restos del Canal francés, a su derecha, y Bahía Limón, a su izquierda. Eran verdaderos terrenos baldíos, y Anatolio se sintió seguro de que no sería visto mientras siguiera por allí, porque en esos barriales —la lluvia había desprendido la tierra de la antigua trinchera— ningún soldado gobiernista se aventuraría a menos que recibiera una orden directa. Después de la distancia recorrida, el cuero de las botas empezaba a oler, y los pantanos no mejoraban el asunto. Anatolio empezaba a precisar con urgencia un lugar seco donde poder quitárselas y limpiarlas por dentro con una bayeta, porque ya sentía entre los dedos de los pies la piel carcomida por los hongos. La camisa le olía a banana y a musgo, al sudor del antiguo dueño y a la tierra mojada por donde se había revolcado. Y los pantalones a cuadros grises y negros, esos pantalones que le habían granjeado las burlas de sus compañeros, comenzaban a soltar un hedor insoportable a

berrinche, como si hubiera sido un gato furioso y no un pobre estudiante el que se hubiera orinado en ellos. Anatolio se había distraído con la fiesta impertinente de sus propios olores cuando se vio, de repente, rodeado de casas apagadas.

Su primer instinto fue llegar de un salto al porche más cercano y ocultarse debajo de los pilotes, pero enseguida se dio cuenta de que el lugar —parecía un barrio de Colón, pero no lo era: Colón quedaba más al norte— estaba abandonado. Su cuerpo se irguió de nuevo. Anatolio comenzó a caminar sin cuidado por la única calle enlodada, escogió una casa cualquiera y entró a oscuras. Tanteando las paredes, la recorrió: pero no encontró comida, no encontró agua fresca, no encontró mantas ni ropa de ningún tipo, y en cambio escuchó sobre el entablado del suelo los movimientos de algo que podía ser una rata, y su cabeza se llenó de otras imágenes posibles, serpientes o escorpiones que lo asaltarían mientras echaba una siesta. Entonces, al volver a salir, vio un resplandor en una ventana, a unas diez casas de allí. Levantó la cara: sí, ahí estaban los postes y los cables: el resplandor había sido el de la luz eléctrica, que increíblemente funcionaba todavía. Anatolio sintió aprensión, pero también alivio. Una casa, por lo menos, estaba habitada. Su mano se cerró sobre el fusil. Subió el porche (vio una hamaca que colgaba), encontró la puerta abierta y apartó el mosquitero. Vio los muebles lujosos, un estante con libros y diarios sueltos y un armario con puertas de cristal y lleno de copas limpias, y entonces oyó dos voces de mujer, dos voces que hablaban entre ruidos de loza fina. Siguió las voces hasta la cocina y descubrió que se había equivocado: no eran dos mujeres, era una sola (blanca, pero vestida con ropas de negra) que estaba cantando en una lengua incomprensible. Al verla entrar, la mujer soltó la olla del guiso, que se estrelló contra el piso soltando un escupitajo de papas, vegetales y viudo deshecho que salpicó a Anatolio. Pero al principio no se movió: se quedó quieta, con los ojos negros fijos en él y sin decir una palabra. Anatolio le explicó que no le quería hacer daño, pero que iba a pasar la noche en su casa y necesitaba ropa, comida y todo el dinero que tuviera. Ella asintió, como si entendiera perfectamente aquellas necesidades, y pareció que todo iba a salir bien hasta que Anatolio le quitó la mirada durante un segundo, y cuando volvió a mirarla la vio arremangarse la túnica con ambas manos, en un movimiento que dejó al aire las pantorrillas pálidas, y lanzarse a correr hacia la puerta. Anatolio alcanzó a sentir lástima, una lástima fugaz, pero pensó que de todas formas era el paredón lo que le esperaba si llegaban a capturarlo. Levantó el fusil y disparó, y la bala atravesó a la mujer a la altura del hígado y fue a alojarse en la vitrina del salón.

Anatolio no conocía el lugar en el que se encontraba, y no podía saber que las casas abandonadas (todas menos una) de Christophe Colomb quedaban a menos de cien pasos del puerto, que en la bahía fondeaban más de cinco embarcaciones militares de cuatro nacionalidades distintas, entre ellas el *Próspero Pinzón*, y que en el embarcadero — como es apenas lógico— patrullaba una treintena de centinelas gobiernistas de los batallones Mompox y Granaderos. No hubo uno solo de ellos que no escuchara el disparo. Siguiendo las órdenes del sargento mayor Gilberto Durán Salazar, se dividieron en dos grupos para entrar en Christophe Colomb y cercar al enemigo, y no tardaron demasiado en encontrar la única luz de la única calle y seguirla como un escuadrón de polillas. No habían terminado de rodear la casa cuando se abrió una ventana y vieron asomarse a una silueta armada. Entonces algunos barrieron a balazos la pared lateral de la casa, y otros entraron derribando el mosquitero y también abriendo fuego indiscriminado, y acabaron hiriendo al enemigo en ambas piernas, pero recuperándolo con vida. Lo arrastraron al medio de la calle, allí donde años antes se habían quemado en una hoguera las pertenencias de un ingeniero muerto de fiebre amarilla, lo sentaron en una silla sacada de la misma casa, sobre el cojín de terciopelo, y le ataron las manos por detrás del espaldar de mimbre. Se formó un pelotón, el sargento mayor dio la orden y el pelotón disparó. Entonces uno de los soldados descubrió en la casa el otro cuerpo, el de la mujer, y lo sacó a la calle para dejarlo allí, para que se supiera la suerte que corrían quienes daban albergue a los liberales, ya no digamos a los cobardes. Y así, recostada como un monigote contra la silla, con la ropa sucia de la sangre del desertor fusilado, la encontramos Eloísa y yo, que habíamos pasado la tarde en Colón viendo el acto de un tragafuegos haitiano, un negro de ojos desorbitados que se decía invulnerable a las quemaduras por la gracia de las ánimas.

VIII. La lección de los Grandes Acontecimientos

El dolor no tiene historia, o mejor, el dolor está fuera de la historia, porque sitúa a su víctima en una realidad paralela donde nada más existe. El dolor no tiene compromisos políticos; el dolor no es conservador, no es liberal; no es católico ni federalista ni centralista ni masón. El dolor lo borra todo. Nada más existe, he dicho; y es cierto que para mí —puedo insistir en ello sin grandilocuencias— nada más existió en esos días: la imagen de esa muñeca de trapo, encontrada frente a mi casa invadida, esa muñeca deshabitada y rota por dentro, comenzó a espantarme durante las noches. No puedo llamarla Charlotte, no puedo hacerlo, porque aquello no era Charlotte, porque Charlotte se había ido de ese cuerpo abaleado. Empecé a tener miedo: miedo de lo más concreto (los ejércitos que un día cualquiera vendrían para terminar su trabajo y asesinar a mi hija), miedo también de lo abstracto y lo intangible (la oscuridad, los ruidos de algo que podía ser una rata o un mango podrido que cae al suelo en una calle vecina, pero que formaban en mi imaginación aterrorizada la silueta de hombres uniformados, de manos empuñando fusiles). Perdí el sueño. Me pasaba las horas de la noche oyendo llorar a Eloísa en el cuarto de al lado, y la abandoné a su llanto, a su propio dolor desorientado: me negué a consolarla. Nada habría sido más fácil que llegar con diez pasos a su cuarto y a su cama, abrazarla y llorar junto a ella, pero no lo hice. Estábamos solos: de repente nos sentimos irrevocablemente solos. Y nada habría sido más fácil para mí que paliar mi soledad al mismo tiempo que consolaba a mi hija. Pero no lo hice: la dejé sola, para que comprendiera por sus propios medios lo que significa la muerte violenta de un ser querido, ese hoyo negro que se abre en el mundo. ¿Cómo puedo justificarme? Tenía miedo de que Eloísa me pidiera explicaciones que yo no sabría darle. «Estamos en guerra», le hubiera dicho, consciente de la pobreza, la inutilidad de esa respuesta, «y en la guerra ocurren estas cosas». Por supuesto, a mí tampoco me convenía esa explicación. Pero algo en mí seguía creyendo que negarme a proporcionar esos leves consuelos a mi hija, negarme a buscar su compañía (y acaso su protección involuntaria), acabaría por destapar la broma cruel de que éramos objeto, y uno de estos días aparecería en la puerta de casa el bromista despiadado que me revelaría el verdadero paradero de Charlotte, lamentándose de que su broma cruel no hubiera tenido el efecto deseado.

Fue por esos días que empecé a pasar las noches caminando hacia el puerto, llegando a veces hasta la Compañía del Ferrocarril, y luego hasta la Freight House, aquel depósito de carga de la Compañía del cual me habrían echado a bala de haberme descubierto. Colón, en esas noches de tiempo de guerra, era una ciudad fría y azul; recorriéndola en soledad, desafiando toques de queda tácitos o expresos según el día y los avatares de la guerra, un civil (aunque se tratara de un civil perdido y desesperado) corría riesgos sin cuento. Yo era demasiado cobarde para tomar en serio los devaneos suicidas de mi cabeza cansada, pero puedo confesar que varias veces llegué a construir una escena en la que me lanzaba con el pecho desnudo y un cuchillo en la mano contra los hombres del batallón Mompox y, al grito de «Viva el Partido Liberal», los obligaba a recibir mi embestida con sus disparos o sus bayonetas. Nunca lo hice, claro, nunca hice nada parecido: mi acto de mayor arrojo, durante esas noches alucinadas, fue visitar los callejones colonenses que según la leyenda había frecuentado la Viuda del Canal, y alguna vez creí de buena fe ver a Charlotte doblar una esquina en compañía de un africano de sombrero, y corrí tras el fantasma hasta que me di cuenta de que había perdido un zapato entre los adoquines y me sangraba el talón rasguñado.

Cambié. El dolor nos modifica, es agente de trastornos leves pero aterradores. Después de varias semanas en las cuales le fui cogiendo confianza a la noche, me permití el exotismo privado de visitar los burdeles de los europeos, y más de una vez hice uso de sus mujeres (reliquias cuarentonas de los tiempos de Lesseps, y en algún caso herederas de esas reliquias, niñas con apellidos como Michaud y Henrion, que ignoraban quién era Napoleón Bonaparte y por qué había fracasado el canal de los franceses). Luego, de vuelta en esa casa donde Charlotte sobrevivía de mil maneras fantasmagóricas, en sus ropas que Eloísa había comenzado a ponerse o en los destrozos que eran visibles todavía si uno acercaba la cara a la puerta cristalera de la vitrina, me caía encima algo que sólo puedo llamar vergüenza. En esos momentos me sentía incapaz de mirar a Eloísa a la cara, y ella, por una especie de último respeto que me guardaba, era

incapaz de hacerme una sola de las preguntas que (notoriamente) se le agolpaban en la boca. Intuí que mis actos estaban destruyendo nuestro cariño, que mi comportamiento estaba echando abajo los puentes que nos unían. Pero lo acepté. La vida me había habituado a la idea de las víctimas colaterales. Charlotte era una. Mi relación con mi hija, una más. Estamos en guerra, pensé. En la guerra ocurren estas cosas.

A la guerra atribuí, entonces, la evidente ruptura de los puentes, el bache que a partir de esos días se abrió entre mi hija y yo como una especie de mar bíblico. La escuela se suspendía con frecuencia descarada, y Eloísa, que aprendió a lidiar con la ausencia de su madre con mucho más talento que yo, comenzó a tener tiempo libre y a gozar de él de maneras en las que yo no participaba. Ella no me hacía parte de su vida (no la culpa: mi tristeza, el pozo sin fondo de mi desconsuelo, eran un rechazo de toda invitación), o, más bien, su vida se desarrollaba por cauces que yo no comprendía. Y en raros momentos de lucidez —las noches de luto y miedo pueden ser ricas en revelaciones—, yo alcanzaba a entrever que algo más concreto que el dolor por la muerte de Charlotte había entrado en el juego. Pero no acertaba a darle un nombre. Ocupado como estaba con la memoria de mi felicidad rota, con los intentos por asumir la realidad de los destrozos, procesar la información de la vida trastornada y dominar las angustias de la soledad nocturna, no acertaba a darle un nombre... Y de esto me di cuenta: en las largas noches colonenses, en las caminatas que hacía, sudoroso y maloliente, por las calles que hasta poco antes me habían visto elegante y perfumado, los nombres iban desapareciendo. Con el insomnio desaparecía poco a poco la memoria de las cosas: yo olvidaba lavarme, olvidaba limpiarme la boca, y lo recordaba (es decir, recordaba el olvido) cuando ya era demasiado tarde: el chino de la carnicería, el soldado gringo de la estación, el vendedor de caña de azúcar que instalaba sus lonas en la playa para el mercado del domingo, se llevaban una mano instintiva a la cara al recibir el aliento de mi salud, o daban un paso atrás como empujados por la masa densa del aire que me salía de la boca podrida... Vivía fuera de mi conciencia, vivía también fuera del mundo tangible que me rodeaba: vivía mi viudez como un exiliado, pero sin llegar a saber nunca de dónde me habían echado, adónde se me prohibía regresar. En los mejores días se me ocurría una iluminación: así como había olvidado las reglas mínimas de la urbanidad, tal vez el desconsuelo mismo era olvidable.

Y así fue que la Gorgona Política acabó por invadir la casa de los Altamirano-Madinier. Así fue como la Historia, encarnada en el destino particular de un soldadito cobarde y desorientado, echó por los suelos mis pretensiones de neutralidad, mis intentos de alejamiento, mis afanes de estudiada apatía. La lección que me dieron los Grandes Acontecimientos fue clara y expedita: no escaparás, me dijeron, es imposible que escapes. Fue una verdadera demostración de fuerza, además, pues al mismo tiempo que la Gorgona trastocaba mis ilusorios planes de felicidad terrena, también trastocaba los de mi país. Ahora podría entrar en detalle sobre aquellos días de desorientación y desconsuelo, sobre la angustia pintada en la cara de Eloísa cuando me miraba de frente, sobre mi desinterés en remediar esa angustia. ¿Hablábamos de hundimientos? En esos días se dio el mío. Pero ahora, después de las dolorosas lecciones que me han enseñado tanto la Gorgona como el Ángel, ¿cómo puedo ocuparme de esas banalidades? ¿Cómo puedo hablar del dolor mío y el de mi hija, de las noches de llanto apolítico, de la soledad fuera-de-la-historia que se me echó encima, pesada como una ruana húmeda? La muerte de Charlotte —mi salvavidas, mi último recurso— a manos de la Guerra de los Mil Días fue un memorando en el cual alguien me recordaba las jerarquías que era necesario respetar. Alguien, Ángel o Gorgona, me recordaba que al lado de la República de Colombia y sus avatares mi vida minúscula era un granito de sal, un asunto frívolo y sin importancia, el relato de un idiota lleno de ruido, etcétera. Alguien me llamaba al orden, para hacerme caer en la cuenta de que en Colombia ocurrían cosas más importantes que mi frustrada felicidad.

Paradoja esencialmente colombiana: después de una campaña brillante en que llegó a recuperar casi todo el Istmo panameño, el general revolucionario Benjamín Herrera se encontró de repente firmando una paz forzada en la que su ejército y su partido salían perdiendo por cualquier parte. ¿Qué había sucedido? Pensé en las palabras que me dijo mi padre cierto día de 1885: cuando Colón quedó arrasada por el fuego y la guerra y sin embargo se salvó el Canal —ese Canal incompleto—, le dije que habíamos tenido suerte y él me contestó que no, que habíamos tenido barcos gringos. Pues bien, la Guerra de los Mil Días fue especial por varias razones (por sus cien mil muertos, por haber dejado el Tesoro de la Nación en la ruina completa, por haber humillado a la mitad de los colombianos y haber convertido a la otra mitad en humilladores voluntarios); pero fue especial también por circunstancias menos conspicuas y, nueva paradoja, más graves. No más rodeos: la Guerra de los Mil Días, que duró en realidad mil ciento veintiocho, fue especial por haberse resuelto de principio a fin en las tripas de barcos extranjeros. Los generales Foliaco y De la Rosa no negociaron en el *Próspero Pinzón*, sino en el *Tribune* inglés; los generales Foliaco y Albán no negociaron en el *Cartagena*, que por esos días llegaba a Colón, sino en el *Marietta* norteamericano. Tras la capitulación de mi Ciudad Esquizofrénica, ¿dónde se hizo el canje de prisioneros? No fue en el *Almirante Padilla*, sino en el *Philadelphia*. Y *last but not least*: después de las

diversas propuestas de paz hechas por Benjamín Herrera y sus revolucionarios istmeños, después del rechazo radical de esas propuestas por parte del testarudo Gobierno conservador, ¿dónde se instaló la mesa de negociaciones que condujo al tratado, dónde se firmó el papelito que terminó con los mil ciento veintiocho días de carnicería despiadada? No fue en el *Cauca* liberal, no fue en el *Boyacá* conservador: fue en el *Wisconsin*, que no era ni lo uno ni lo otro, pero que era mucho más... Los colombianos caminábamos de la mano de los hermanos mayores, los Países Adultos. Nuestro destino se jugaba en las mesas de juego de otras casas. En aquellas partidas de póquer que resolvían los asuntos más decisivos de nuestra historia, los colombianos, Lectores del Jurado, éramos convidados de piedra.

21 de noviembre de 1902. Es bien conocida la postal que conmemora esa fecha nefasta (todos han heredado la imagen de sus padres o abuelos victoriosos o derrotados, no hay nadie en Colombia que no tenga ese *memento mori* a escala nacional). La mía fue impresa por Maduro e Hijos, Panamá, y mide 14 centímetros de largo por 10 de ancho. En la franja inferior y en letras rojas aparecen los nombres de los participantes. De izquierda a derecha y de conservador a liberal: General Víctor Salazar. General Alfredo Vázquez Cobo. Doctor Eusebio Morales. General Lucas Caballero. General Benjamín Herrera. Pero entonces recordamos (los que tenemos la postal) que hay entre estas figuras —de bigote los conservadores, de barba los otros— una ausencia notoria, una especie de vacío que se abre al medio de la imagen. Pues no está en ella el almirante Silas Casey, el gran artífice del tratado del *Wisconsin*, el encargado de hablar con los de la derecha y convencerlos de que se reunieran con los de la izquierda. No está. Y sin embargo, su presencia norteña se siente en cada esquina de la imagen amarillenta, en cada una de sus células de plata. El mantel de color oscuro y diseño vagamente barroco es propiedad de Silas Casey; sobre la mesa, como si la cosa no fuera con ellos, se acumulan los papeles desordenados del tratado que cambiará para siempre la historia de Colombia, cambiará lo que significa ser colombiano, y es Silas Casey quien los ha puesto sobre la mesa hace apenas unos minutos. Y ahora me concentro en el resto de la escena. El general Herrera aparece separado de la mesa, como un niño al que los más fuertes no dejan jugar; el general Caballero, en nombre de los revolucionarios, está firmando. Y yo digo: ¡que me traigan el cinematógrafo! Porque necesito sobrevolar la escena, entrar por la claraboya del *Wisconsin* y flotar sobre la mesa y el mantel barroco, y leer ese introito en el cual los firmantes consagran, con perfecta cara de palo, que allí se han reunido para «poner fin al derramamiento de sangre», para «procurar el restablecimiento de la paz en la República», y sobre todo para que la República de Colombia «pueda llevar a feliz término las negociaciones que tiene pendientes sobre el Canal de Panamá».

Cuatro palabras, Lectores del Jurado, tan sólo cuatro palabras. Negociaciones. Pendientes. Canal. Panamá. Sobre el papel, por supuesto, parecen inofensivas; pero en ellas hay una bomba recién fabricada, una carga de nitroglicerina de la cual ya no hay escapatoria posible. Durante 1902, mientras José Altamirano, un hombrecito sin importancia histórica, luchaba a brazo partido por la recuperación de su pequeña vida, mientras un padre cualquiera de una hija cualquiera se esforzaba por vadear el río de mierda en que se había convertido su viudez (y la orfandad de su hija), las negociaciones que se venían dando entre los Estados Unidos y la República de Colombia ya se habían cobrado, también ellas, la salud de dos embajadores en Washington: mi país había comenzado por ponerlas a cargo de Carlos Martínez Silva, y meses después Martínez Silva era retirado del cargo, sin haber avanzado en lo más mínimo, y moría de agotamiento físico, pálido, demacrado y canoso, tan cansado que había renunciado a hablar siquiera en sus últimos días. Su reemplazo fue José Vicente Concha, antiguo ministro de Guerra, hombre poco sutil y más bien bruto que se enfrentó a las negociaciones con voluntad de hierro y fue férreamente derrotado en pocos meses: víctima de nervios intensos, Concha sufrió una violenta crisis antes de partir de regreso a Bogotá, y las autoridades del puerto de Nueva York se vieron en la obligación de controlarlo con una camisa de fuerza mientras él gritaba a todo pulmón palabras que nadie entendía, Soberanía, Imperio, Colonialismo. Concha murió poco después, en su cama de Bogotá, enfermo y alucinando, soltando de vez en cuando imprecaciones en lenguas que desconocía (y cuyo desconocimiento había sido uno de sus principales problemas como negociador de tratados internacionales). Su esposa refería que se pasó los últimos días hablando del tratado Mallarino-Bidlack de 1846, o discutiendo artículos y condiciones con un interlocutor invisible que a veces era el presidente Roosevelt y otras un hombre anónimo que en el delirio se llamaba Jefe y cuya identidad no ha sido, ni será, establecida.

«Soberanía», gritaba el pobre Concha sin que nadie le entendiera. «Colonialismo».

El 23 de noviembre, estando todavía fresca la tinta del tratado del *Wisconsin*, entró en escena Tomás Herrán, encargado de la legación colombiana en Washington y quien pasará a la historia como el Último de los Negociadores. Y mientras allí, en la América caribeña, Eloísa y yo comenzábamos ya, después de ingentes esfuerzos, a abrirnos paso en los laberintos de la tristeza, en la gélida América del Norte don Tomás Herrán, un sesentón triste y retraído que hablaba con facilidad cuatro idiomas pero que era igual de indeciso en los cuatro, hacía lo propio en los laberintos del tratado. Así

pasaron las Navidades en Colón: para los panameños, la firma del tratado era cuestión de vida o muerte, y durante esos últimos días de 1902, cuando todavía no se habían repuesto los cables telegráficos destrozados por la guerra, no me parecía inusual salir de casa a las seis de la mañana (había comenzado a perder el sueño) y encontrarme en el puerto con multitudes enteras que esperaban los primeros vapores y su carga de diarios norteamericanos (ya los franceses habían dejado de ser noticia). Aquella fue una temporada especialmente seca y calurosa, y antes de oír los primeros gallos ya el calor me había sacado de la cama. El ritual siguiente se componía de una taza de café, una cucharada de quinina y una ducha helada con las cuales yo confiaba en exorcizar los demonios de la noche, la imagen recurrente de Charlotte sentada y muerta junto a un desertor fusilado, la memoria del silencio espantoso que guardó Eloísa al ver el cuerpo de su madre, la memoria de la presión de su mano sobre la mía, la memoria de su llanto y su temblor, la memoria de... Querido lector: no siempre eran exitosos mis exorcismos privados. Entonces echaba mano del remedio extremo del whisky, y no pocas veces logré que los retortijones del miedo cesaran con el primer quemón del alcohol en la boca del estómago.

En enero estalló la fiesta en las calles de Colón. Después de dudas y reticencias, después de incruentos tiros y aflojes, el secretario de Estado norteamericano John Hay lanzó un ultimátum que más parecía venir de la boca feroz del presidente Roosevelt: «Si esto no se firma ya», dijo, «el Canal se hará en Nicaragua». Desde Bogotá se dio la orden apresurada. Cuarenta y ocho horas después, en medio de la noche, Tomás Herrán se cubría la cara con una capa de paño negro y desafiaba el viento cortante del invierno para llegar a casa de Hay. El tratado se firmó en los primeros quince minutos de su visita, entre dos copas de brandy. La Compañía del Canal quedaba autorizada para vender a los Estados Unidos los derechos y las concesiones relativos a las obras. Colombia garantizaba a los Estados Unidos el control completo de una zona de diez kilómetros de ancho entre Colón y Ciudad de Panamá. La cesión se daba por un lapso de cien años. A cambio, los Estados Unidos pagarían diez millones de dólares. La protección del Canal correría por cuenta de Colombia; pero si Colombia fuera incapaz de hacerla efectiva, los Estados Unidos conservaban el derecho de intervenir...

Etcétera. Etcétera. Un largo etcétera.

Tres días después, la llegada de los diarios que anunciaban la noticia fue celebrada como si los tiempos de Ferdinand de Lesseps estuvieran de vuelta en el Istmo. Vimos lámparas chinas adornando las calles, vimos orquestas tropicales salir espontáneamente a llenar el aire con el sonido metálico de sus trombones y tubas y trompetas. Eloísa, que a sus dieciséis años ya era más sabia que yo, me arrastró a la fuerza hasta la calle del Frente, donde la gente brindaba con lo que hubiera más a mano. Frente al gran arco de piedra de las oficinas del ferrocarril se bailaba y se agitaban las dos banderas de los países firmantes: sí, el aire volvía a impregnarse de patriotismo, y sí, yo volvía a tener dificultades para respirar. Y entonces, mientras caminábamos entre las oficinas y los vagones dormidos, Eloísa se dio la vuelta y me dijo:

«Al abuelo le hubiera gustado esto».

«Tú qué vas a saber», le ladré. «Si ni siquiera lo conociste».

Sí, eso le dije. Fue una respuesta cruel; Eloísa la soportó sin parpadear, quizás porque entendía mejor que yo la complejidad de lo que estaba sintiendo en ese momento, quizás porque comenzaba a resignarse tristemente a mis reacciones de viudo atormentado. La miré: se había convertido en el retrato viviente de Charlotte (sus senos pequeños, el tono de su voz); había tenido la suficiente presencia de espíritu para cortarse el pelo como un niño, intentando reducir al máximo ese parecido que me atormentaba; y sin embargo sentí, en ese momento, que se abría un vacío entre nosotros (una selva del Darién) o que entre nosotros se levantaba un obstáculo insuperable (una Sierra Nevada). Se estaba convirtiendo en otra: la mujer que ahora era estaba colonizando su territorio, apropiándose del suelo colonense de maneras que yo, un advenedizo, no podía imaginar. Por supuesto que Eloísa tenía razón: a Miguel Altamirano le hubiera gustado ser testigo de esa noche, escribir sobre ella aunque nadie le publicara el texto, dejar constancia del Gran Suceso para beneficio de las generaciones futuras. En eso estuve pensando toda la noche, en el 4th of July, mientras me tomaba media botella de whisky acompañado de un banquero de San Francisco y su amante; junto a la estatua de Colón, donde el tragafuegos haitiano seguía dando su espectáculo. Y mientras regresábamos a casa, bordeando Bahía Limón, viendo a la distancia las luces de los buques que titilaban como luciérnagas sobre la lámina negra de la noche, sentí por primera vez en el fondo de la boca el sabor amargo del resentimiento.

Eloísa caminaba aferrada con ambas manos a mi brazo, como cuando era niña; nuestros pies pisaban la misma tierra que había pisado el desertor Anatolio Calderón, y sin embargo ninguno de los dos habló de esa desgracia que todavía nos acompañaba, que nunca, nunca nos dejaría solos, que dormiría en nuestra casa como una mascota hasta el fin de los tiempos. Pero al atravesar la calle negra del pueblo fantasma que era Christophe Colomb, fue como si todos los fantasmas de mi vida salieran a mi encuentro. No lo pensé con esa palabra, pero al subir el porche ya se había instalado en mi mente

la noción de la venganza. No sólo no volvería a huir del Ángel de la Historia, no sólo no buscaría el alejamiento sumiso de la Gorgona Política, sino que los haría mis esclavos: quemaría las alas del uno, cortaría la cabeza de la otra. Allí, acostado en la hamaca a la medianoche del 24 de enero, les declaró la guerra.

Y mientras esto sucede en el calor tropical, allá arriba, entre las nieblas gélidas de la pérfida Albión, Joseph Conrad está teniendo una breve pataleta.

Lo han invitado a Londres para conocer a un norteamericano (un banquero, igual que el hombre del 4th of July: la correspondencia es insignificante, pero no por ello menos digna de mención). El banquero dice ser un gran admirador de las novelas marítimas: recita de memoria el comienzo de *Almayer's Folly*, y se siente íntimo amigo de *Lord Jim* aunque la novela le haya parecido «pesada y demasiado densa. Estimado Mr. Conrad, nadie le hubiera reprochado poner más puntos y aparte». En medio de la cena, el banquero le pregunta a Conrad «cuándo escribirá otro cuento de mar», y Conrad estalla: está harto de que lo vean como un escritor de aventuritas, un Julio Verne de los Mares del Sur. Protesta y se queja, se explica sin duda demasiado, pero al final de la discusión el banquero, que sabe oler la necesidad de dinero como los perros huelen el miedo, le ha propuesto un acuerdo: Conrad escribirá por encargo una novela de ambiente marino y alrededor de cien mil palabras; el banquero, además de pagar, gestionará su publicación en el *Harper's Magazine*. Conrad acepta (la pataleta ha llegado a su fin), en gran parte porque ya tiene el tema para la novela, e incluso ha escrito algunas notas al respecto.

No son días fáciles. Desde hace meses, Conrad y Ford Madox Ford han estado escribiendo a cuatro manos una novela de aventuras, romántica y pintoresca, cuyo objetivo más claro es producir dinero (rápido, inmediato) para paliar las dificultades económicas de ambos. Pero la colaboración no ha ido bien: se ha tardado mucho más de lo previsto, y ha creado entre los amigos y sus mujeres situaciones de tensión que poco a poco han envenenado el ambiente cordial que había entre ellos. Van y vienen reclamaciones y disculpas, acusaciones y coartadas. «Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, maldita sea», escribe Conrad. *Blackwood's*, la revista que debía publicar la novela, ahora la ha rechazado; las deudas se acumulan sobre el escritorio, y representan, para Conrad, una verdadera amenaza contra su familia. Atormentado por la culpa de sus responsabilidades desatendidas, siente que su mujer es viuda y sus hijos son huérfanos, que dependen de él y nada puede darles. Su salud no facilita las cosas: los ataques de gota se suceden, y cuando no es la gota es la disentería, y cuando no es la disentería es el reumatismo. Como si eso fuera poco, la nostalgia del mar lo agobia cada vez más, y por esos días ha considerado seriamente la posibilidad de buscar un puesto de capitán y regresar a la antigua vida. «¡Qué no daría por un cúter y el río Fatshan», escribe, «o por aquella magnífica nave destartada entre el Canal de Mozambique y Zanzíbar!». En esas condiciones, el encargo del banquero es motivo de gratitud.

La idea ha ido madurando poco a poco en su cabeza. Comenzó como un relato breve, algo del tamaño de *Youth*, tal vez, o *Amy Foster* como máximo, pero Conrad juzgó mal los elementos (o tal vez era consciente de que los relatos breves venden mal) y el concepto original fue engordando con el paso de los días y de los meses, pasando de veinticinco mil a ochenta mil palabras, pasando de un escenario a dos o tres, y todo ello antes de que la redacción hubiera comenzado propiamente. Durante esos días, el proyecto desaparece de las cartas y las conversaciones de Conrad. Para el momento de la propuesta, Conrad sabe pocas cosas, pero una de ellas es que la historia tendrá cien mil palabras, y que su protagonismo estará a cargo de un grupo de italianos. Su memoria ha regresado a la admirada figura de Dominic Cervoni, el Ulises de Córcega; su memoria regresa a 1876, año de su viaje por los puertos del Caribe, año de sus experiencias de contrabandista en Panamá, año cuyas experiencias lo condujeron al (secreto y nunca confesado) intento de suicidio. En aquellas primeras notas, Cervoni se ha transformado en un capataz de cargadores que ha acabado sus días trabajando en un puerto caribeño. Su nombre es Gianbattista, y su apellido es Nostromo. Por esos días Conrad lee las memorias marítimas de un tal Benton Williams, y encuentra en ellas la historia de un hombre que ha robado un cargamento de plata. Esa historia y la imagen de Cervoni se mezclan en su cabeza... Tal vez (piensa) no es necesario que el tal Nostromo sea un ladrón: tal vez las circunstancias lo han hecho darse de narices contra el botín, y él las ha aprovechado. Pero ¿cuáles son esas circunstancias? ¿En qué situación puede verse un hombre decente obligado a robar un cargamento de plata? Conrad no lo sabe. Cierra los ojos e intenta imaginar motivos, construir escenas, armar psicologías. Pero fracasa.

En marzo de 1902, Conrad había escrito: «*Nostromo* será un relato de primer nivel». Meses después su entusiasmo ha decrecido: «No hay ayuda posible, no hay esperanza; no hay más que el deber de intentarlo, de intentarlo interminablemente, sin importar el éxito». Un día, en medio de un insólito arranque de optimismo y poco después de la conversación con el banquero, toma una hoja en blanco, pone el número 1 en la esquina superior derecha, y en letras

mayúsculas escribe: *Nostromo. Part First. The Isabels*. Pero nada más ocurre: las palabras no vienen a su encuentro. Conrad se da cuenta de inmediato de que algo anda mal. Tacha *The Isabels* y escribe: *The Silver of the Mine*. Y entonces, por razones que son inexplicables, las imágenes y los recuerdos, los naranjos que vio en Puerto Cabello y las historias de galeones que oyó en la escala de Cartagena, las aguas de Bahía Limón, su placidez de espejo y sus islas que en la realidad son las Mulatas, se atropellan en su cabeza. Es de nuevo ese momento: el libro ha comenzado. Conrad lo vive con emoción, pero sabe que la emoción no durará, que pronto será reemplazada por los visitantes más asiduos de su escritorio: la incertidumbre de la lengua, las angustias de la arquitectura, las ansiedades de la economía. Esta novela deberá tener éxito, piensa Conrad; de lo contrario, es la bancarrota lo que le espera.

He perdido la cuenta de las noches que he pasado imaginando, como un obseso, la escritura de la novela; y alguna vez, lo confieso, imaginé que el escritorio de Conrad volvía a incendiarse como se incendió durante la escritura de *Romance* (o tal vez era *The Mirror of the Sea*, quién puede recordarlo), llevándose consigo buena parte del manuscrito; pero imaginaba que esta vez era la historia de Nostromo, el buen ladrón de plata, la que perecía entre las llamas. Cierro los ojos, me figuro la escena en Pent Farm, el escritorio que perteneció al padre de Ford Madox Ford, la lámpara de aceite estallando y el papel inflamable achicharrándose en segundos, consumiendo las frases de caligrafía preciosista pero gramática titubeante. Imagino también la presencia de Jessie Conrad (que entra con una taza de té para el enfermo), o la del niño Borys, cuyo llanto insoportable entorpece la redacción, de por sí dificultosa, de la novela. Vuelvo a cerrar los ojos. Ahí está Conrad, sentado frente a la página borroneada en un escritorio que no se ha incendiado, recordando las cosas que vio en Colón, en las líneas del tren, en Ciudad de Panamá. Ahí está, transformando lo poco que sabe o recuerda acerca de Colombia, o, mejor, transformando a Colombia en un país ficticio, un país cuya historia Conrad puede inventar impunemente. Ahí está, maravillado por el curso que han tomado los acontecimientos del libro a partir de esas remotas memorias. Por esos días escribe al amigo Cunninghame-Graham (9 de mayo): «Quiero hablarte de la obra que me ocupa actualmente. Apenas si me atrevo a confesar mi osadía, pero la he ubicado en América del Sur, en una República que he llamado Costaguana. Sin embargo, el libro trata sobre todo de italianos». Conrad, astuto eliminador de sus propias huellas, no hace mención alguna de Colombia, la República convulsa y original que ha quedado disfrazada detrás de las especulaciones costaguaneras. Poco después insiste en el sufrimiento que Colombia/Costaguana le está infligiendo (8 de julio): «Este maldito Nostromo me está matando. Todos mis recuerdos de Centroamérica parecen escabullirse». Y aún más: «Sólo eché un vistazo hace 25 años. Eso no es suficiente *pour bâtir un roman dessus*». Si *Nostromo* es un edificio, al arquitecto Conrad le hace falta conseguir un nuevo proveedor de materia prima. Londres, para su buena fortuna, está lleno de costaguaneros. ¿Será preciso recurrir a esos hombres, exiliados como él, hombres —como él— cuyo lugar en el mundo es móvil o impreciso?

Conforme pasan los días y los folios redactados se acumulan sobre el escritorio, se da cuenta de que la historia de Nostromo, el marinero italiano, ha perdido el norte: sus fundaciones son débiles, su trama es banal. Llega el verano, un verano pusilánime y más bien soso, y Conrad se dedica a leer voraz, desesperadamente, en un intento por condimentar su exigua memoria. ¿Se me permite un inventario? Lee las memorias marítimas y caribeñas de Frederick Benton Williams y las memorias paraguayas y terrestres de George Frederick Masterman. Lee los libros de Cunninghame-Graham (*Hernando de Soto, Vanished Arcadia*), y Cunninghame-Graham le hace recomendaciones: *Wild Scenes in South America*, de Ramón Páez, y *Down the Orinoco in a Canoe*, de Santiago Pérez Triana. Sus memorias y sus lecturas se entremezclan: Conrad deja de saber qué vivió y qué ha leído. En las noches, que la depresión amenazante convierte en largos y negros océanos de insomnio, trata de establecer esta diferencia (y fracasa); en el día, lucha a brazo partido con la endemoniada lengua inglesa. Y todo el tiempo se pregunta: ¿qué es, cómo es, esta República cuya historia intenta contar? ¿Qué es Costaguana? ¿Qué carajos es Colombia?

A primeros de septiembre, Conrad recibe la visita de un viejo enemigo: la gota, esa aflicción de aristócratas que, tal como sus apellidos, le viene de familia. La culpa de aquella crisis, que para Conrad es una de las más violentas de su larga historia como víctima de la enfermedad, es del relato en que está trabajando, de las angustias y los miedos y los fantasmas provocados por la materia inmanejable a la cual se enfrenta. Conrad pasa en cama diez días enteros, destrozado por el dolor de las articulaciones, por la convicción irrefutable de que su pie derecho está en llamas y el pulgar de ese pie es el epicentro del incendio. Durante esos diez días requiere la compañía de Miss Hallowes, la abnegada mujer que funge como secretaria para que Conrad dicte las páginas que no puede escribir a mano. Miss Hallowes soporta la irascibilidad incomprensible de ese hombre pagado de sí mismo; la secretaria no lo sabe, pero lo que Conrad le dicta desde su cama, lo que le dicta con los pies al aire a pesar del frío de las noches —los pies le duelen tanto que ni siquiera soporta el peso de las cobijas—, provoca en el novelista niveles de tensión nerviosa, presiones y depresiones que hasta ese momento le eran

desconocidas. «Siento que camino en la cuerda floja», escribe en esa época. «Si me tambaleo, estoy perdido». Con la llegada del otoño tiene la sensación, cada vez más intensa, de que pierde el equilibrio, de que la cuerda está a punto de reventarse.

Y entonces decide pedir ayuda.

Escribe a Cunninghame-Graham y le pregunta por Pérez Triana.

Escribe a su editor de Heinemann y le pregunta por Pérez Triana.

Poco a poco nos vamos acercando.

El Senado de los Estados Unidos tardó menos de dos meses en ratificar el tratado Herrán-Hay: hubo nuevos periódicos llegando a la bahía, nuevas y largas fiestas en las calles de Colón-Aspinwall, y durante unos instantes pareció que su ratificación por parte del Congreso colombiano, único trámite faltante, sucedería de manera casi automática. Pero bastaba con dar un paso atrás y mirar los hechos con un mínimo desapego (como los miraba yo desde la casa de Christophe Colomb: no usaré la palabra cinismo, pero tampoco me opongo a que otros la usen) para notar, en esas calles enfiestadas y jubilosas, en las traviesas del ferrocarril o en los muros de cada edificio público, las mismas fallas geológicas que habían dividido a los colombianos desde que los colombianos tenían memoria. Los conservadores apoyaban irrestrictamente el tratado; los liberales, aguafiestas como siempre, se atrevían a soltar ideas rarísimas, como que el precio era poco o el tiempo de la concesión era mucho, y a los más osados les parecía un pelín confuso, pero sólo un pelín, que en la famosa franja de los diez kilómetros rigiera la legislación norteamericana.

«Soberanía», gritaba absurdamente José Vicente Concha, ese viejo loco, desde alguna parte. «Colonialismo».

Lectores del Jurado, déjenme que les cuente un secreto: debajo de la música de papayera y de las lámparas de colores (debajo, en fin, del entusiasmo alcohólico reinante en Colón-Gomorra), las divisiones acendradas y profundas de la Guerra de los Mil Ciento Veintiocho Días seguían sacudiéndose como placas tectónicas. Pero —cosa curiosa— sólo los cínicos podíamos detectarlas: sólo quienes hubiéramos sido vacunados contra toda forma de reconciliación o camaradería, sólo quienes nos atrevíamos en silencio a profanar la Palabra Sagrada del *Wisconsin*, recibíamos la verdadera revelación: la guerra, en Panamá, estaba lejos de acabarse. Seguía vigente de maneras soterradas; en algún momento —pensé en plan profético— esa guerra clandestina o sumergida saldría a la superficie como una malvada ballena blanca, a tomar el aire o a buscar comida o a matar capitanes de novela, y el resultado sería invariablemente desastroso.

Pues bien, a mediados de mayo emergió la ballena. El indio Victoriano Lorenzo, que había peleado con los liberales en la guerra y llegado a formar guerrillas que desquiciaban a los gobiernistas, se había escapado de su prisión en el vapor *Bogotá*. Le había llegado una noticia funesta: los vencedores de todo el Istmo, y en particular los de su tierra natal, esperaban que se le juzgara por crímenes de guerra. Lorenzo decidió que no aguardaría sentado a que llegara un juicio que se sabía corrupto, y durante una semana estuvo esperando la noche más propicia. Un viernes, al caer la tarde, se desgajó sobre Panamá un aguacero asesino; Victoriano Lorenzo decidió que no habría mejor momento, y en medio de la noche nublada y las cortinas de agua (esas gotas pesadas que hacían doler la cabeza) se echó al mar, nadó hasta el puerto de Ciudad de Panamá y recibió guarida en casa del general Domingo González. Pero la vida de refugiado le duró poco: no habían pasado veinticuatro horas cuando ya las testarudas fuerzas gobiernistas estaban echando abajo la puerta de la casa.

Victoriano Lorenzo no volvió a las celdas del *Bogotá*, sino que fue llevado a una bóveda hermética y encadenado hasta que llegara a la ciudad el general Pedro Sicard Briceño, comandante militar de Panamá. Muestras inusuales de eficiencia de parte del general Sicard: el 13 de mayo, en horas de la noche, se decidió que el indio Victoriano Lorenzo sería juzgado en Consejo de Guerra Verbal; el 14 al mediodía se fijaron los carteles que lo notificaron al público; el 15, a las cinco de la tarde, Lorenzo moría ejecutado por treinta y seis balazos que un pelotón le disparó desde diez pasos de distancia. Muestras usuales de astucia de parte del mismo general: la defensa le fue encargada a un aprendiz de dieciséis años; no se permitió la comparecencia de testigos a favor del acusado; la sentencia se ejecutó con prisas deliberadas, para no darle al presidente tiempo de recibir los telegramas de misericordia que le enviaron las autoridades panameñas de ambos partidos. El juicio entero tenía para los liberales de Colón cierto sabor añejo (o más bien putrefacto), y el hecho de que fuera un pelotón el encargado de la sentencia no evitó que muchos recordaran el travesañero montado sobre la línea del ferrocarril y el cuerpo colgante y todavía con sombrero de Pedro Prestán.

Los diarios panameños, amordazados (como para variar) por el orden conservador, guardaron al principio comedido silencio. Pero el 23 de julio Colón entera amaneció empapelada: caminé por los barriales que teníamos por calles, bordeé

los muelles de carga y sorteé los puestos de frutas del mercado, llegué incluso a visitar el hospital, y por todas partes vi lo mismo: en los postes del telégrafo, un cartel anunciaba la próxima publicación, dentro del periódico liberal *El Lápiz* (número 85, edición especial de ocho páginas), de un artículo consagrado al asesinato de Victoriano Lorenzo. El anuncio motivó dos respuestas inmediatas (que en cambio no aparecieron pegadas en ningún poste). El secretario de Gobierno Arístides Arjona dictó la resolución 127bis, declarando que la calificación como «asesinato» de una sentencia impartida por tribunal militar es contraria al ordinal 6.º del artículo 4.º del decreto legislativo del 26 de enero. Y mientras la resolución establecía contra el director del periódico la amonestación prevista en el ordinal 1.º del artículo 7.º del mismo decreto, y en virtud de esa amonestación suspendía la publicación del periódico hasta nueva orden, el coronel Carlos Fajardo y el general José María Restrepo Briceño, mucho más expeditivos, visitaban la imprenta de Pacífico Vega, reconocían al director del periódico y lo molían a golpes de bota, de espada y de bastón, no sin antes desparramar y pisotear los tipos, destrozar las máquinas y quemar en público las subversivas existencias de *El Lápiz* (número 85, edición especial de ocho páginas). Cúmplase.

Y ésa fue la gota que rebosó la copa. Conforme pasa el tiempo me parece cada vez más claro que fue en ese momento, a las nueve y quince minutos de aquella noche de julio, que el mapa de mi República empezó a resquebrajarse. Todos los terremotos tienen un epicentro, ¿no es verdad? Pues bien, éste es el que me interesa. Los periódicos liberales, indignados ya por la ejecución del indio Victoriano Lorenzo, recibieron de muy mal talante la agresión de la bota militar (y la espada, y el bastón); pero nada nos había preparado a los colonenses para las palabras que aparecieron en *El Istmeño* al sábado siguiente, y que llegaron a Colón en los vagones del primer tren. No voy a infligir a los tolerantes lectores el contenido entero de esa nueva carga dinamitera; baste saber que retrocedía hasta los tiempos del Reino Español, cuando el nombre de Colombia «resonaba en los oídos humanos con fama incomparable», y Panamá, que buscaba «un porvenir áureo», no vaciló en incorporarse a esa nación. El resto del texto (publicado entre una propaganda de hierbas para engordar y otra de manuales para aprender hipnotismo) era una larga declaración de arrepentimiento; y después de preguntarse como un amante resentido si Colombia había correspondido al cariño que Panamá le prodigaba, el impúdico autor —que con cada frase daba un nuevo significado a la palabra cursilería— se preguntaba si el Istmo de Panamá era feliz perteneciendo a Colombia. «¿No sería más venturoso separarse de la República y constituirse en República independiente y soberana?» Respuesta inmediata: el secretario de Gobierno Arístides Arjona dictó la resolución número 35 del año del Señor de 1903, declarando que esas preguntas expresaban «ideas subversivas contra la integridad nacional» y violaban el ordinal 1.º del artículo 4.º del decreto 84 del mismo año. Por lo cual *El Istmeño* se hacía acreedor a las sanciones correspondientes, y se suspendía su publicación por un lapso de seis meses. Cúmplase.

A pesar de sanciones, multas y suspensiones, ya no había nada que hacer: la idea había quedado flotando en el aire como un globo sonda. En la selva del Darién, lo juro aunque no lo haya visto, la tierra comenzó a abrirse (la geología recibiendo órdenes de la política), y Centroamérica empezó a flotar libre hacia el océano; en Colón, lo juro con pleno conocimiento de causa, fue como si una palabra nueva hubiera ingresado al léxico de los ciudadanos... Uno caminaba por entre los escándalos y los olores de la calle del Frente y podía oírlos en todos los acentos del castellano, desde el cartagenero hasta el más puro bogotano, desde el cubano hasta el costarricense. ¿Separación?, se preguntaba la gente en la calle. ¿Independencia? Esas palabras, todavía abstractas, todavía en bruto, se abrieron paso también hacia el norte; semanas después llegó a Colón el vapor *New Hampshire*, en cuyas tripas venía una particular edición del *New York World*. En sus páginas interiores, un largo artículo sobre la cuestión del Canal contenía, entre otras cargas dinamiteras, la siguiente:

Ha llegado a esta ciudad información de que el Estado de Panamá, que comprende por entero la zona propuesta para el Canal, se encuentra listo para separarse de Colombia y suscribir un tratado relativo al Canal con los Estados Unidos. El Estado de Panamá se separará si el Congreso colombiano no ratifica el tratado actual.

El texto anónimo fue ampliamente leído en Bogotá, y muy pronto entró a formar parte de las peores pesadillas del Gobierno. «Lo que quieren los gringos es asustarnos», dijo uno de aquellos aguerridos congresistas. «Y no les vamos a dar ese gusto». El 17 de agosto, esas pesadillas saltaron del inconsciente a la realidad: un día de viento insoportable, un viento que hacía volar los sombreros de las cabezas de los diputados, que abría a la fuerza los paraguas más finos y despeinaba sin miramientos a las mujeres —y a alguna le hizo pasar una pequeña vergüenza—, el Congreso colombiano rechazó por unanimidad el tratado Herrán-Hay. En la votación no estuvo presente ninguno de los dos representantes del Istmo, pero esto a nadie pareció importarle demasiado. Washington temblaba de furia. «Esas despreciables criaturas de

Bogotá deberían entender lo mucho que pelagra su futuro», dijo el presidente Roosevelt, y días después añadió: «Quizás tengamos que darles una lección».

El 18 de agosto, Colón amaneció enlutada. Las calles desiertas parecían prepararse para unos funerales de Estado (lo cual no estaba lejos de la realidad); días después, uno de los pocos periódicos liberales que habían sobrevivido a las purgas de Aristides Arjona publicó una caricatura que todavía conservo, y que tengo aquí, delante de mí, mientras escribo. Es una escena múltiple y no demasiado clara. Al fondo se ve el capitolio colombiano; un poco más abajo, un ataúd sobre una carroza fúnebre, y sobre el ataúd la leyenda TRATADO HERRÁN-HAY. Sentado en una roca, un hombre con sombrero de campesino colombiano llora desconsoladamente, y de pie junto a él, apoyado en su bastón, el Tío Sam observa a una mujer señalar con el índice el camino de Nicaragua... Si la he descrito en detalle no es, queridos lectores, por capricho. En las semanas posteriores al 17 de agosto, esas semanas que, visto lo que presagiaban, pasaron con lentitud casi masoquista, en todo Panamá se hablaba de deceso o defunción del tratado, nunca de rechazo o desaprobación. El tratado era un viejo amigo y había muerto de repente infarto, y en Colón los ricos pagaron misas para lamentar su partida del mundo de los vivos, y algunos pagaron más para que el cura incluyera entre sus palabras la promesa de la resurrección. Esos días —en los cuales el tratado del Canal se convirtió en nuestras cabezas en una especie de Jesucristo Salvador, capaz de hacer milagros, muerto a manos de hombres impíos y que se alzaría de entre los muertos — han quedado en mi memoria asociados a la caricatura.

Podría jurar que la caricatura estaba en el bolsillo aquella mañana, a finales de octubre, en que llegué al muelle de la Compañía del Ferrocarril, después de haber pasado la noche vagabundeando por las calles de tolerancia y de haberme quedado dormido en el porche de casa (sobre las planchas de madera y no en la hamaca, para no despertar a Eloísa con el crujido que soltaban las vigas cuando alguien se acostaba). No había sido, tengo que confesarlo, una noche fácil: tras la muerte de Charlotte, los días de más dolor habían pasado ya, o parecían haber pasado, y parecía posible de nuevo que una cierta normalidad, un luto normal y compartido, se instalara entre mi hija y yo; pero al llegar a casa, después de que en Christophe Colomb se hiciera oscuro, escuché un tarareo demasiado familiar, una música que Charlotte solía cantar en sus días de más alegría (esos días en que no lamentaba haber tomado la decisión de quedarse en Panamá). Era una tonada infantil cuyas palabras no conocí nunca, porque Charlotte no las recordaba; era una tonada que siempre me pareció demasiado triste para su ostensible propósito de dormir a un niño rebelde. Y cuando mis pasos siguieron el tarareo me topé, al llegar al cuarto de Eloísa, con la imagen espantosa de mi mujer, que había regresado de entre los muertos y estaba más hermosa que nunca, y tardé un breve segundo en descubrir las facciones de Eloísa debajo del maquillaje, el cuerpo adolescente de Eloísa debajo de un largo vestido africano, el pelo de Eloísa debajo de un pañuelo africano y verde: Eloísa jugando a disfrazarse con las ropas de su madre muerta. Apenas puedo imaginar el desconcierto de mi niña cuando me vio dar dos saltos hacia ella (quizás le haya parecido que iba a abrazarla) y cruzarle la cara con una bofetada que no fue demasiado violenta, pero sí lo bastante para que uno de los extremos del pañuelo se soltara y quedara colgando sobre su hombro derecho como un mechón de pelo desordenado.

Ya comenzaba a sentirse el calor cuando me puse a esperar, con el viento salino golpeándome el pecho, a que atracara el primer vapor norteamericano. Resultó ser el *Yucatán*, que venía de Nueva York. Y allí estaba yo, lamentando lo sucedido con Eloísa, pensando sin querer pensar en Charlotte, respirando ese aire cálido mientras los cargadores bajaban al puerto los baúles de periódicos extranjeros, cuando bajó al muelle el médico Manuel Amador. Ojalá no lo hubiera visto, ojalá no me hubiera fijado en él, ojalá, habiéndome fijado, no hubiera sido capaz de deducir lo que deduje.

Lo que debería contar ahora es doloroso. ¿Quién puede culparme por mirar para otro lado, por intentar aplazar el sufrimiento como lo voy a hacer? Sí, ya lo sé: debería seguir el orden cronológico de los acontecimientos, pero nada me prohíbe hacer un salto hacia el futuro inmediato... Apenas una semana después de ese encuentro casual con Manuel Amador (una semana fatídica), me encontraba de camino a Londres. ¿Qué me prohíbe este juego de manos que esconde o posterga los días menos amables de mis memorias? De hecho, ¿hay algún contrato que me obligue a contarlos? ¿Acaso no tiene todo individuo el derecho a no declarar en contra de sí mismo? Después de todo, no sería la primera vez que oculté, que finja olvidar, esos hechos molestos. Ya he hablado de mi llegada a Londres y de mi encuentro con Santiago Pérez Triana. Pues bien, la historia que he contado hasta aquí es la historia que le conté a Pérez Triana en el curso de esa tarde de noviembre de 1903. La historia que conté a Pérez Triana llega hasta aquí. Aquí se detiene, aquí acaba. Nada me obligaba a contarle el resto a él, nada me sugería que hacerlo pudiera ser beneficioso para mí. La historia que Pérez Triana supo se acaba en esta línea, en esta palabra.

Santiago Pérez Triana escuchó mi historia censurada a lo largo del almuerzo, de la sobremesa y de una caminata de casi cuatro horas que nos llevó desde Regent's Park hasta la Aguja de Cleopatra, cruzando Saint John's Wood y saliendo a Hyde Park y dando una vuelta curiosa para ver a la gente que se arriesgaba a patinar en los bordes de la Serpentina. Ésta fue la historia; y a Pérez Triana le interesó tanto, que al final de esa tarde, insistiendo en que los exiliados eran todos hermanos, que expatriados voluntarios y desterrados forzosos formaban parte de la misma especie, me ofreció alojarme en su casa indefinidamente: podría ayudarme en tareas de secretario mientras lograba poner en marcha mi vida en Londres, aunque se cuidó muy bien de explicarme las tareas que me encomendaría. Luego me acompañó al Trenton's, donde pagó la noche que había pasado en el hotel, y también pagó la noche que comenzaba. «Descanse bien», me dijo, «organice sus cosas, que yo tengo que organizar las mías. Desafortunadamente, ni mi casa ni mi mujer están en capacidad de recibir a un inquilino de manera tan abrupta. Tomaré las disposiciones necesarias para que alguien venga a buscar sus objetos personales. Eso será a última hora de la mañana. A usted, querido amigo, lo espero a las cinco en punto de la tarde. Para entonces habré arreglado lo que hay que arreglar. Y usted se incorporará a mi hogar como si hubiera crecido en él».

Lo que sucedió hasta las cinco de la tarde del día siguiente no tiene importancia: el mundo no existía hasta las cinco de la tarde. Llegada al hotel entre la niebla de la noche. Agotamiento emocional: once horas de sueño. Despertar pausado. Almuerzo retrasado y ligero. Salida, bus, Baker Street, parque ya a punto de ser iluminado por la luz gaseosa de las farolas. Una pareja camina, brazos entrelazados. Ha comenzado a lloviznar.

A las cinco de la tarde estaba frente al 45 de Avenue Road. Me recibió el ama de llaves; no me habló, y no logré saber si era colombiana también. Tuve que esperar una media hora antes de que mi anfitrión bajara a recibirme. Imagino lo que habrá visto entonces: un hombre poco menor que él, pero del cual lo separaban varios niveles de jerarquía —él, un célebre ejemplar de la clase dirigente colombiana; yo, un descastado—, sentado en su silla de lectura, con un sombrero redondo sobre las piernas y una copia de su libro, *De Bogotá al Atlántico*, en la mano. Pérez Triana me vio leer sin gafas de ningún tipo y me dijo que me envidiaba. Yo llevaba... ¿Qué llevaba ese día? Vestía como un joven: camisa de cuello bajo, botas tan lustrosas que la luz de la calle dibujaba una línea plateada sobre el cuero, nudo exagerado y pomposo en la corbata. En esa época me había dejado crecer una barba escasa y rubia todavía, más oscura en las patillas y en el mentón, casi invisible sobre las mejillas abultadas. Al ver llegar a Pérez Triana, me incorporé de un salto y devolví el libro a la pila de tres que había sobre la mesita, disculpándome por haberlo tomado. «Para eso está», dijo el hombre. «Pero será preciso cambiarlo por algo más nuevo, ¿no? ¿Ha leído usted lo último de Boylesve, lo de George Gissing?» No esperó mi respuesta: siguió hablando como si estuviera solo. «Sí, será preciso: no puedo infligirle a cada visita mis torpezas de escritor aficionado, y menos cuando esas torpezas tienen ya varios meses de perpetradas». Y así, con la suavidad con que se acompaña a un convaleciente, me tomó del brazo y me condujo a otro salón, más pequeño, del fondo de la casa. De pie junto a la biblioteca, un hombre de piel cuarteada, de bigote en punta y barba espesa y oscura, revisaba los lomos de cuero con la mano izquierda metida en el bolsillo de su chaleco a cuadros. Se dio la vuelta al sentirnos entrar, alargó la mano derecha hacia mí, y en el apretón que me dio sentí la piel callosa de una mano con experiencia, la firmeza de aquella mano que conocía por igual la elegancia de la caligrafía y ochenta y nueve tipos distintos de anudar una cuerda, y sentí que el contacto de las dos manos era como el choque de dos planetas.

«Me llamo Joseph Conrad», se presentó el hombre. «Quería hacerle unas preguntas».

IX. Las confesiones de José Altamirano

Hablé. Ya lo creo que hablé. Hablé sin parar, desesperadamente: lo conté todo, toda la historia de mi país, toda la historia de sus gentes violentas y de sus pacíficas víctimas (la historia, digo, de sus convulsiones). Esa noche de noviembre de 1903, mientras las temperaturas caían con violencia en Regent's Park y los árboles obedecían las tendencias alopécicas del otoño, y mientras Santiago Pérez Triana nos observaba, con una taza de té en la mano —el vapor le empañaba las gafas cada vez que acercaba la cara para beber—, maravillado por los azares que lo habían convertido en testigo de aquel encuentro, esa noche, digo, no hubo quien me callara. Allí supe cuál era mi lugar en el mundo. El salón de Santiago Pérez Triana, un lugar hecho de los restos acumulados de la política colombiana, de sus juegos y sus deslealtades, de su infinita y nunca bien ponderada crueldad, fue el escenario de mi epifanía.

Lectores del Jurado, Eloísa querida: en algún instante impreciso de esa noche de otoño, la figura de Joseph Conrad — un hombre que me hace preguntas y que usará mis respuestas para escribir la historia de Colombia, o la historia de Costaguana, o la historia de Colombia-Costaguana o Costaguana-Colombia— empezó a cobrar para mí una importancia imprevista. Muchas veces he tratado de ubicar ese momento en la cronología de mi propia vida, y mucho me gustaría utilizar, para dejar constancia de él, una de mis solemnes frases de Participante en los Grandes Acontecimientos: «Mientras en Rusia el Partido de los Trabajadores se dividía en bolcheviques y mencheviques, en Londres yo le abría mi corazón a un escritor polaco». O bien: «Cuba arrendaba a los Estados Unidos la base de Guantánamo, y en esos momentos José Altamirano le entregaba a Joseph Conrad la historia de Colombia». Pero no puedo hacerlo. Escribir estas frases es imposible, porque no sé en qué momento le abrí mi corazón, ni cuándo le entregué la historia de mi República. ¿Mientras llegaban las galletas bogotanas que hacía la sirvienta de Pérez Triana? Tal vez sí pero tal vez no. ¿Mientras comenzaba a caer un aguanieve pusilánime sobre el porche de la casa y el cielo londinense se preparaba para arrojar la primera nevada sobre todos los vivos y los muertos? No lo sé, no puedo decirlo. Pero eso no importa; importa la intuición que tuve. Y fue ésta: allí, en el 45 de Avenue Road, bajo los auspicios de Santiago Pérez Triana, respondería a las preguntas de Conrad, saciaría su curiosidad, le contaría todo lo que sabía, todo lo que había visto y todo lo que había hecho, y a cambio él (con fidelidad, con nobleza) contaría mi vida. Y luego... luego pasarían las cosas que pasan cuando la vida de uno queda escrita con letras doradas sobre el tablero del destino.

«La historia me absolverá», pensé o creo haber pensado (la frase no era original). Pero en realidad quería decir: «Joseph Conrad, absuélveme». Porque estaba en sus manos. Estaba en sus manos.

Y ahora, por fin, ha llegado el momento. No tiene sentido aplazarlo: debo hablar de esas culpas. «Podría contarles episodios del movimiento separatista que los sorprenderían», dice un personaje del conradiano Libro del Carajo. Pues bien, yo también puedo hacerlo, yo también pienso hacerlo. Así que vuelvo a la imagen del *Yucatán*. Vuelvo a Manuel Amador.

Yo lo había conocido, junto con mi padre, en los banquetes que Ciudad de Panamá ofreció años atrás a Ferdinand de Lesseps. ¿Qué edad tenía don Manuel Amador? ¿Setenta? ¿Setenta y cinco? ¿Qué había estado haciendo en Nueva York este hombre famoso por detestar los viajes? ¿Por qué no había venido nadie a recibirlo? ¿Por qué tenía tanta prisa y tan pocas ganas de hablar, por qué parecía tenso, por qué estaba decidido a tomar el primer tren que saliera hacia Ciudad de Panamá? Entonces me di cuenta de que no estaba solo: una sola persona había venido a recibirlo, e incluso había subido a borde del *Yucatán* para acompañarlo a bajar (en atención a su edad, sin duda). Era Herbert Prescott, segundo superintendente de la Compañía del Ferrocarril. Prescott trabajaba en las oficinas del ferrocarril en Ciudad de Panamá, pero no me pareció curioso que hubiera atravesado el Istmo para venir en busca de un viejo amigo; Prescott, además, me conocía bien (mi padre había sido durante varios años el principal publicista de la Compañía), y no obstante siguió de

largo cuando me acerqué a saludar a Manuel Amador. Pero no le di importancia; me concentré en el médico. Lo vi tan demacrado que mi instinto fue estirar la mano para ayudarlo con un maletín que me parecía pesado; pero Amador me hurtó el maletín con un movimiento rápido del brazo, y no insistí. Tardé muchos años en comprender lo ocurrido ese día en el muelle de la Compañía. Tuve que esperar mucho para averiguar el histórico contenido de ese maletín, pero en cambio necesité apenas de pocos días para comprender lo que ocurría en mi ciudad esquizofrénica.

Hay buenos lectores y malos lectores de la realidad; hay hombres capaces de escuchar el murmullo secreto de los hechos mejor que otros... Desde que lo vi huir del muelle de la Compañía, ni por un instante dejé de pensar en el médico Amador. Sus nervios habían sido un hecho claramente legible; también su prisa por llegar a Ciudad de Panamá; también la compañía de Herbert Prescott, que pocos días después (el 31 de octubre o el 1 de noviembre, no lo sé con precisión) volvería brevemente, acompañado de cuatro maquinistas, para llevarse a Ciudad de Panamá todos los trenes que hubiera disponibles en la estación de Colón. Todo el mundo los vio partir vacíos; pero nadie creyó ni por un instante que no se tratara de un procedimiento rutinario de mantenimiento. De todas maneras, los gringos siempre se habían distinguido por comportarse de maneras más bien curiosas, y supongo que incluso los testigos habían olvidado el asunto en cuestión de un par de horas. Pero los trenes se habían ido. Colón se había quedado sin trenes.

El 2 de noviembre, sin embargo, ya no me fue posible seguir soslayando la potencia de los hechos. Mientras esperaba en el puerto la llegada de mis periódicos en algún vapor de pasajeros, lo que se presentó en el horizonte fue muy distinto: un cañonero de bandera norteamericana. Era el *Nashville*, que había llegado en tiempo récord desde Kingston, y que todavía no se había anunciado en el puerto de Colón (el *Nashville* se convirtió en un hecho más, un hecho que fondeaba inocentemente en la bahía, listo para ser interpretado). Para mí, observador obseso, el texto de la historia quedó completo a la madrugada siguiente: antes de las primeras luces del alba, ya eran visibles desde el puerto las luces del *Cartagena*, vapor de guerra, y del *Alexander Bixio*, vapor mercante: ambos, por supuesto, eran tan colombianos como Panamá. Antes del almuerzo —era un día soleado, las aguas quietas de Bahía Limón soltaban destellos pacíficos, y yo tenía previsto recoger a Eloísa en la escuela y compartir una mojarra mientras veíamos los barcos— averigüé cuál era la carga. No me costó mucho enterarme de que aquellos dos barcos, veteranos de la Guerra de los Mil Ciento Veintiocho Días, traían a tierras panameñas quinientos soldados del Gobierno al mando de los generales Juan B. Tovar y Ramón Amaya.

No le hablé de nada a Eloísa. Antes de irme a dormir ya había asociado la presencia abrupta y casi clandestina de los quinientos soldados con los trenes que Prescott se había llevado a Panamá. Y antes de que amaneciera me despertó la certeza de que ese mismo día, en Ciudad de Panamá, tendría lugar una revolución. Antes de que se hiciera de noche, pensé, el Istmo panameño —el lugar donde mi padre había vivido su auge y su decadencia, el lugar donde yo había conocido a mi padre, me había enamorado y había tenido una hija—, antes de que se hiciera de noche, digo, el Istmo habría declarado su independencia de Colombia. La idea de un mapa roto me espantó, por supuesto, y me espantó la previsión de la sangre y los muertos que toda revolución lleva consigo... No eran más de las siete cuando me eché encima una camisa de algodón, me puse un sombrero de fieltro y empecé a caminar rumbo a la Compañía del Ferrocarril. Lo confieso: no tenía muy claro cuáles eran mis intenciones, si es que tenía en mente algo tan complejo como una intención. Pero sabía que en ese momento no había en todo el mundo un lugar mejor que las oficinas de la Compañía, no había un lugar donde hubiera preferido encontrarme esa mañana de noviembre.

Cuando llegué a las oficinas, ese edificio de piedra que más parecía una cárcel de tiempos de la colonia, las encontré desiertas. Lo cual, por lo demás, era lógico: si no había trenes en la estación de término, no tenía por qué haber maquinistas ni operarios ni recaudadores de ningún tipo, ni tampoco clientes. Pero no me retiré, no fui en busca de nadie, porque de alguna oscura manera había intuido que en ese lugar algo ocurriría, que esas paredes estaban tocadas por el Ángel de la Historia. En estas cavilaciones absurdas estaba cuando entraron por debajo del arco de piedra tres figuras: los generales Tovar y Amaya caminaban juntos, su paso casi sincronizado, y el uniforme que vestían parecía a punto de sucumbir bajo el peso de los cinturones, las charreteras, las condecoraciones y la espada. El tercer hombre era el coronel James Shaler, superintendente de la Compañía del Ferrocarril, uno de los norteamericanos más queridos y respetados de todo el Istmo y viejo conocido de mi padre. Por su saludo, entre preocupado y afectuoso, fue evidente que el coronel Shaler no esperaba verme allí. Pero yo no estaba dispuesto a moverme: ignoré las indirectas y las evasivas, y llegué al extremo de llevarme una mano a la frente para saludar a los generales gobiernistas. Justo entonces empezó, al otro lado del edificio, el traqueteo del telégrafo. No sé si ya lo haya dicho: el telégrafo de la Compañía del Ferrocarril era el único medio de comunicación entre Colón y Ciudad de Panamá. El coronel Shaler se vio obligado a atender el mensaje entrante. A regañadientes, me dejó solo con los generales. Estábamos en el zaguán del edificio, apenas protegidos del calor asesino que ya, pasadas las ocho de la mañana, comenzaba a entrar por la puerta amplia. Ninguno de los tres habló:

todos temíamos revelar demasiado. Los generales tenían las cejas levantadas que ponen los niños cuando sospechan que un vendedor trata de embaucarlos. Y en ese momento comprendí.

Comprendí que el coronel James Shaler y el segundo superintendente Herbert Prescott eran parte de los conspiradores; comprendí que el médico Manuel Amador era uno de sus líderes. Comprendí que los conspiradores habían tenido noticia de la llegada inminente de tropas gobiernistas a bordo del *Cartagena* y el *Alexander Bixio*, y comprendí que habían pedido ayuda (no supe a quién), y la sorpresiva llegada del cañonero *Nashville* era esa ayuda o parte de esa ayuda. Comprendí que el éxito o el fracaso de la revolución que a esas horas comenzaba en Ciudad de Panamá dependía de que los quinientos soldados del batallón Tiradores, al mando de los generales Tovar y Amaya, pudieran subir a un tren y atravesar el Istmo para sofocarla antes de que fuera demasiado tarde, y comprendí que los conjurados de Ciudad de Panamá también lo habían comprendido. Comprendí que Herbert Prescott había trasladado los trenes desocupados fuera de Colón por la misma razón que ahora, después de recibir un telegrama cuyo contenido no me era difícil imaginar, el coronel Shaler intentaba convencer a Tovar y a Amaya de que subieran solos, sin sus tropas, al único tren disponible, y se fueran tranquilos a Ciudad de Panamá. «Sus tropas los alcanzarán tan pronto como yo consiga un tren, se lo prometo», le decía el coronel Shaler al general Tovar, «pero mientras tanto, con este calor, no tiene sentido que ustedes se queden aquí». Sí, eso le dijo, y yo comprendí por qué se lo dijo. Y a las nueve y media en punto de la mañana, cuando los generales Tovar y Amaya cayeron en la trampa y se montaron al vagón personal del señor superintendente, junto con sus quince ayudantes, subalternos o estafetas, comprendí que allí, en la estación del ferrocarril, la historia estaba a punto de consumir la separación del Istmo panameño y al mismo tiempo la desgracia, la profunda e irreparable desgracia, de la República de Colombia. Lectores del Jurado, Eloísa querida, ha llegado el momento de mi confesión, entre orgullosa y culpable: comprendí todo aquello, comprendí que una palabra mía podría delatar a los conspiradores y evitar la revolución, y sin embargo guardé silencio, guardé el silencio más silencioso que había guardado nunca, el más dañino y el más malintencionado. Porque Colombia me había arruinado la vida; porque quería vengarme, vengarme de mi país y de su historia entrometida, déspota, asesina.

Tuve, eso sí, más de una oportunidad para hablar. Hoy tengo que preguntarme: ¿me habría dado crédito el general Tovar si yo, un completo desconocido, le hubiera dicho que la escasez de trenes era una estrategia revolucionaria, que eran falsas las promesas de enviar al batallón en los siguientes trenes, y que al separarse de sus quinientos hombres el general estaba sometiéndose a la revolución y perdiendo el Istmo por pura ingenuidad? ¿Me habría dado crédito? Pues bien, la pregunta es meramente retórica, pues ésta no fue nunca mi intención. Y recuerdo el momento en que los vi a todos (al general Tovar, al general Amaya y a sus hombres) sentados en los lujosos vagones del coronel Shaler, felices del trato privilegiado que se les estaba dando, recibiendo jugos de cortesía y platos de papaya picada mientras llegaba la hora de la partida, satisfechos por fin de haber logrado el respeto de los norteamericanos. Queridos lectores, no fue por cinismo ni sadismo ni simple egoísmo que subí al vagón e insistí en estrecharles la mano a los dos generales gobiernistas. Me movía algo menos comprensible y decididamente menos explicable: la cercanía con el Gran Acontecimiento y, por supuesto, *mi participación en él*, mi papel silencioso en la independencia de Panamá, o, para ser más precisos y también más honestos, en la desgracia de Colombia. Volver a tener la posibilidad e incluso la horrible tentación de hablar, y sin embargo no hacerlo: mi destino histórico y político se redujo entonces, y quedaría reducido para siempre, a ese delicado, catastrófico y, sobre todo, vengativo silencio.

El tren particular del coronel James Shaler empezó a escupir humo segundos después. La sirena soltó un par de silbidos afónicos; yo estaba todavía a bordo, maravillado por las ironías cósmicas de las que era víctima, cuando el paisaje de la ventana empezó a moverse hacia atrás. Me despedí a la carrera, les deseé a los generales buena suerte y bajé de un salto a la calle del Frente. El vagón comenzó a llevarse a los generales; atrás, agitando en el aire el pañuelo más hipócrita de la historia humana, quedó el coronel Shaler. Llegué a su lado, y entonces ambos nos pusimos en esa curiosa tarea revolucionaria: despedir un tren. La puerta trasera del vagón se fue haciendo más pequeña, hasta que sobre los rieles sólo quedó un punto negro, luego una nube de humo gris, y por último ni siquiera eso: las líneas de hierro convergiendo tercas, decididas, en el horizonte verde. Sin mirarme, como si no me hablara, el coronel Shaler me dijo: «Me han hablado mucho de su padre, Altamirano».

«Sí, mi coronel».

«Es una lástima lo que le pasó, porque el hombre estaba del lado correcto. Vivimos tiempos complejos. Además, yo de periodismo no entiendo gran cosa».

«Sí, mi coronel».

«Quería lo que todos queremos. Quería el progreso».

«Sí, mi coronel».

«Si hubiera vivido para ver la Independencia, sus simpatías habrían estado con ella».

Agradecí que no intentara ficciones, ni medias verdades, ni estrategias de ocultamiento. Agradecí que respetara mis talentos (mis talentos de lector fáctico, de intérprete de la realidad inmediata). Le dije:

«Sus simpatías habrían estado con los que hicieran el Canal, mi coronel».

«Altamirano», dijo Shaler, «¿puedo hacerle una pregunta?».

«Hágala, mi coronel».

«Usted sabe que esto es serio, ¿verdad?»

«No le entiendo».

«Usted sabe que la gente se está jugando la vida, ¿no es cierto?»

No respondí.

«Se lo voy a poner más fácil. O está usted con nosotros, con la Independencia y el progreso, o está contra nosotros. Estaría bien que lo decidiera ahora mismo. Esta Colombia suya es un país atrasado...»

«No es mi Colombia, mi coronel».

«¿Le parece justo que mantenga a los demás en el atraso? ¿Le parece justo que toda esta gente se tenga que joder sólo porque ese Congreso de ladrones no ha logrado sacar tajada directa del Canal?»

«No me parece justo, mi coronel».

«¿Verdad que no es justo?»

«Verdad que no es justo».

«Bueno. Me alegra que estemos de acuerdo en eso, Altamirano. Su padre era un buen hombre. Él habría hecho lo que fuera por ver este Canal. *Mark my words*, Altamirano, *mark my words*: el Canal se hará, y lo haremos nosotros».

«Lo harán ustedes, mi coronel».

«Pero para eso necesitamos su ayuda. Los patriotas, no, los héroes de Ciudad de Panamá necesitan su ayuda. ¿Nos va a prestar su ayuda, Altamirano? ¿Podemos o no podemos contar con usted?»

Creo que mi cabeza se movió, creo que asintió. En todo caso, en la voz y en la cara de Shaler estaba reflejada la satisfacción que le daba mi consentimiento, y en el fondo de mi cabeza se saciaba la sed de venganza, el órgano de los bajos instintos quedaba nuevamente satisfecho.

Una mula vieja y cansada pasó tirando de una carreta. En la parte de atrás iba sentado un niño de cara sucia, las piernas colgando, los pies desnudos. Nos dijo adiós con la mano. Pero el coronel Shaler no lo vio, porque ya se había ido.

Y después de aquello, ya no hubo vuelta atrás. El coronel Shaler debía de tener poderes mágicos, porque con esas pocas palabras me había magnetizado, me había convertido en un satélite. Durante las horas que siguieron me vi tocado, muy a mi pesar, por las aguas de la revolución, y no había nada que pudiera hacer al respecto. Mi voluntad, me parece recordar ahora, no tuvo demasiada participación en el asunto: el remolino —no, la vorágine— de los hechos me envolvió sin remedio, y comencé a preguntarme qué mecanismo utilizaría esta vez la Gorgona de la Política para llevarme a sus fueros. Los generales ingenuos marcharon a Ciudad de Panamá; en Colón quedó el batallón Tiradores, al mando del coronel Eliseo Torres, un hombrecito de voz insolente que seguía teniendo cara de niño a pesar del bigote que le hacía sombra a ambos lados de su boca de culebra. Lectores del Jurado: permítanme que les enseñe el sonido, leve pero no por ello menos notorio, de la revolución menos ruidosa en la historia de la humanidad, una marcha marcada por el ritmo inevitable del reloj. Y ustedes habrán de ser testigos de esa maquinaria insoportable.

A las 9.35 de la mañana de aquel 3 de noviembre, Herbert Prescott recibe en Ciudad de Panamá el telegrama que dice GENERALES PARTIERON SIN BATALLÓN STOP LLEGARÁN ONCE AM STOP ACTÚESE SEGÚN PREVISIONES. A las 10.30, el médico Manuel Amador visita a los liberales Carlos Mendoza y Eusebio Morales, encargados respectivamente de redactar el Acta de Independencia y el Manifiesto de la Junta de Gobierno Provisional. 11.00: los generales Tovar y Amaya son recibidos con profusos y cordiales saludos por Domingo Díaz, gobernador de la provincia, y siete ciudadanos ilustres. A las 15.00, el general Tovar recibe una carta que le aconseja no confiar en nadie. Crecen los rumores de reuniones revolucionarias en Ciudad de Panamá, y el general se dirige al gobernador Díaz para pedirle que ordene a los superintendentes del ferrocarril el traslado inmediato del batallón Tiradores a Ciudad de Panamá. 15.15: Tovar recibe la respuesta a su solicitud. Desde Colón, el coronel James Shaler se niega a permitir el uso de sus trenes para trasladar al batallón Tiradores, con el argumento de que el Gobierno le debe grandes sumas de dinero a la Compañía del Ferrocarril.

Tovar, hombre de olfato fino aunque quizás tardío, empieza a oler algo raro y se dirige al cuartel Chiriquí, sede de la Guardia Nacional, para discutir detalladamente la situación con el general Esteban Huertas, jefe de esa guardia.

A las 17.00 los generales Tovar, Amaya y Huertas se han sentado en unas bancas de madera de pino ubicadas fuera del cuartel, a pocos pasos de la puerta de madera de roble. Tovar y Amaya, preocupados por los rumores, empiezan a discutir las soluciones militares susceptibles de llevarse a cabo sin el apoyo del batallón Tiradores, preso de las deudas. En eso, Huertas se levanta y se retira con un pretexto. Los generales no sospechan nada. De repente, un pequeño contingente de ocho soldados con fusiles Grass llega a la escena. Los generales no sospechan nada. En el cuartel, mientras tanto, Huertas se dirige al capitán Marco Salazar y le ordena el arresto de los generales Tovar y Amaya. Salazar, a su vez, ordena a los soldados que lleven el arresto a cabo. Los generales sospechan algo. Y en ese momento los ocho fusiles Grass se giran en el aire y apuntan a la cabeza de Tovar y Amaya. «Me parece que algo anda mal», dice Tovar, o tal vez Amaya. «¡Traidores! ¡Vendepatrias!», grita Amaya, o quizás es Tovar. Según algunas versiones, es entonces que ambos dicen a coro: «Ya me lo sospechaba yo».

A las 18.05: la manifestación revolucionaria empieza a ocupar las calles de Ciudad de Panamá. Se oyen gritos colectivos: «¡Viva Panamá libre! ¡Viva el general Huertas! ¡Viva el presidente Roosevelt!». Y sobre todo: «¡Viva el Canal!». Los militares gobiernistas, asustados, cargan sus armas. Uno de ellos, el general Francisco de Paula Castro, es descubierto escondido en un retrete maloliente. Tiene los pantalones bien arriba, todos los botones del uniforme bien acomodados en sus ojales, de manera que la excusa aducida (que hacía referencia a ciertos desarreglos intestinales) pierde su validez, y sin embargo, cosas del lenguaje, el mencionado Francisco pasaría a la historia como el general Que Se Cagó Del Susto. 20.07: el coronel Jorge Martínez, al mando del crucero *Bogotá* que fondea en la bahía de la ciudad revolucionaria, recibe las noticias de lo ocurrido en tierra, y manda al médico Manuel Amador, líder de los insurrectos, el siguiente mensaje: «O me entregan a los generales, o bombardeo Ciudad de Panamá». Amador, emocionado por la revolución, pierde la compostura y responde: «Que haga lo que le salga de los cojones». 20.38: el coronel Martínez examina sus cojones y los encuentra llenos de balas de 15 libras. Se acerca a tierra, carga el cañón y dispara nueve veces. La bala número uno cae en el barrio El Chorrillo, alcanzando a Sun Hao Wah (chino, muerto con el impacto) y cayendo a pocos metros de Octavio Preciado (panameño, muerto de infarto por el susto). La bala número dos destroza la casa de Ignacio Molino (panameño, ausente en ese momento) y la número tres golpea un edificio de la calle 12 Oeste, matando a *Babieca* (panameño, caballo percherón). Las balas comprendidas entre la número cuatro y la número nueve no causan destroz alguno.

A las 21.01: la Junta Revolucionaria, reunida en el Hotel Central de Ciudad de Panamá, presenta la bandera de la próxima República. Ha sido diseñada por el hijo del médico Manuel Amador (aplausos) y confeccionada por la mujer del médico Manuel Amador (aplausos y miradas de admiración). 21.03: explicación de la simbología. El cuadro rojo representa al Partido Liberal. El cuadro azul representa al Partido Conservador. Las estrellas, bueno, las estrellas serán algo así como la paz entre los partidos, o la concordia eterna en la nueva República, o alguna cosa igual de bonita, habrá que ponerse de acuerdo o someter la cosa a votación. 21.33: el médico Manuel Amador revela para quienes lo desconocen su viaje a Nueva York en busca de apoyo norteamericano para la secesión panameña. Habla de un francés, un tal Philippe Bunau-Varilla, que lo asesoró en todos los detalles prácticos de la revolución, e incluso le proporcionó un maletín con el siguiente contenido: una proclamación de independencia, un modelo de constitución política para países nuevos y unas instrucciones militares. Los asistentes aplauden con admiración. Es que los franceses sí saben cómo se hacen las cosas, carajo. 21.45: la Junta Revolucionaria propone que se envíe un telegrama a su excelencia el Presidente de los Estados Unidos con el siguiente texto: MOVIMIENTO SEPARACIÓN PANAMÁ RESTO DE COLOMBIA ESPERA RECONOCIMIENTO SU GOBIERNO PARA NUESTRA CAUSA.

Pero las alegrías del grupo conspirador eran prematuras. La revolución no estaba consumada. Faltaba para ello mi intervención, que fue lateral y superflua y en todo caso prescindible, como también lo había sido mi silencio traicionero, y sin embargo me manchó para siempre, me contaminó como el cólera contamina el agua. Fue el momento en que mi país crucificado (¿o tal vez haya sido el nuevo país resurrecto?) me escogió como su evangelista.

«Darás testimonio», me dijo. Y eso hago.

El 4 de noviembre amaneció nublado. Antes de las siete de la mañana salí sin despedirme de ti, Eloísa querida, que dormías boca arriba; me acerqué para darte un beso en la frente, y vi la primera señal del calor húmedo que nos agobiaría durante el día en tu pelo sudoroso, tus mechones pegados a la piel blanca del cuello. Después me enteraría de que en ese

mismo instante el coronel Eliseo Torres, comandante delegado del batallón Tiradores, estaba orinando debajo de un castaño, y fue allí, mientras se apoyaba con la mano al tronco, que se enteró del apresamiento de los generales en Ciudad de Panamá. Se dirigió de inmediato a las oficinas de la Compañía del Ferrocarril; indignado, le exigió al coronel Shaler que le asignara un tren para atravesar el Istmo con el batallón Tiradores. El coronel Shaler habría podido invocar el tratado Mallarino-Bidlack —como de hecho se hizo después— y su obligación, consagrada en ese texto, de mantener la neutralidad en cualquier conflicto político, pero no lo hizo. Por toda respuesta, dijo que el Gobierno todavía no le había pagado la plata que le debía, y además, para ser sincero, al coronel Shaler no le gustaba que le hablaran en ese tono. «Lo siento, pero no puedo ayudarlo», dijo el coronel Shaler al mismo tiempo que yo me inclinaba para besar a mi niña (procurando no despertarla), y no es imposible que al hacerlo haya pensado en Charlotte y en la felicidad que nos había sido arrebatada por la guerra colombiana. Eloísa querida, me acerqué a tu boca y olí tu aliento y me compadecí de tu orfandad y me pregunté si tu orfandad era mi culpa de alguna oscura manera. Todos los hechos, lo he aprendido con el tiempo —la letra con sangre entra—, están conectados: todo es consecuencia de todo lo demás.

El teléfono sonó a las siete en las oficinas de la Compañía. Mientras yo caminaba despacio por las calles de Christophe Colomb, tomándome mi tiempo, respirando el aire cargado de la mañana y preguntándome qué cara tendría mi ciudad esquizofrénica al día siguiente de comenzada la revolución, desde la estación de Ciudad de Panamá tres de los conspiradores se comunicaban con el coronel Eliseo Torres para sugerirle que abandonara las armas. «Ríndase a la revolución, pero también a la evidencia», le dijo uno de ellos, no sin ingenio. «La opresión del Gobierno central ha sido derrotada». Pero el coronel Torres no estaba dispuesto a ceder a las pretensiones de los separatistas. Amenazó con atacar Ciudad de Panamá; amenazó con quemar Colón como la había quemado Pedro Prestán. José Agustín Arango, que en ese momento era la voz de los conspiradores, le informó que Ciudad de Panamá ya había empezado su camino hacia la libertad y no le temía al enfrentamiento. «Su agresión será repelida con la fuerza de una causa justa», le dijo (los colombianos siempre han sido buenos para las grandes-frases-del-momento-preciso). La llamada terminó abruptamente, con el coronel Eliseo Torres tirando el teléfono con tanta fuerza que desportilló la madera de la mesa. El eco del golpe retumbó entre las paredes altas de la Compañía y llegó hasta mis oídos (yo estaba en el puerto, a unos veinte metros de la puerta de la Compañía), pero no supe, no podía saber, de qué se trataba. ¿Me lo pregunté siquiera? Creo que no; creo que en ese momento estaba distraído o más bien absorto por el color que toma el mar Caribe en los días de cielo encapotado. Bahía Limón no era parte del inmenso Atlántico, sino un espejo de color gris verdoso, y sobre el espejo flotaba, a lo lejos, la silueta de juguete del acorazado *Nashville*. Apenas se oían las gaviotas, apenas se oía el chapoteo del agua contra las escolleras y los muelles desiertos.

Colón parecía una ciudad sitiada. De alguna manera lo estaba, por supuesto, y lo seguiría estando mientras los soldados del Tiradores siguieran patrullando las calles embarradas. Además, los revolucionarios de Ciudad de Panamá eran bien conscientes de que la independencia era apenas ilusoria mientras las tropas gobiernistas permanecieran en territorio istmeño, y ése era el motivo de las llamadas y los frenéticos telegramas que iban y venían entre las dos ciudades. «Mientras Torres siga en Colón», le dijo José Agustín Arango al coronel Shaler, «no hay república en Panamá». A eso de las siete y media, al tiempo que yo me acercaba casualmente a un vendedor de bananos, Arango dictaba en Ciudad de Panamá un mensaje telegráfico para Porfirio Meléndez, líder de la revolución independentista en Colón. Le pregunté al campesino si sabía lo que estaba ocurriendo en el Istmo, y él negó con la cabeza. «Panamá se está separando de Colombia», le dije. Era un hombre de piel calcárea, de voz desgastada, y su aliento descompuesto me llegó en una densa oleada:

«Yo llevo cincuenta años vendiendo fruta en el ferrocarril, patrón», me dijo. «Mientras que haya gringos con plata, a mí me da igual lo demás».

A pocos metros de nosotros, Porfirio Meléndez recibía este telegrama: TAN PRONTO CORONEL TORRES Y BATALLÓN TIRADORES SALGAN COLÓN PROCLÁMESE REPÚBLICA DE PANAMÁ. En el interior de la Compañía del Ferrocarril el aire se llenaba de timbres y traqueteos y voces tensas y tacones sobre la madera. José Gabriel Duque, dueño y director del *Star & Herald*, había entregado mil dólares en efectivo para que fueran utilizados en el capítulo colonense de la revolución, y Porfirio Meléndez los había recibido poco antes de que el siguiente texto se abriera paso en las máquinas de la Compañía: CONTACTE CORONEL TORRES STOP INFÓRMELE JUNTA REVOLUCIONARIA OFRÉCELE DINERO PARA TROPA Y PASAJES DESTINO BARRANQUILLA STOP CONDICIÓN ÚNICA ABANDONO COMPLETO ARMAS Y JURAMENTO NO RETOMAR LUCHA ARMADA.

«Nunca aceptará», dijo Meléndez. Y tenía razón.

Torres había montado su campamento en plena calle. La palabra *campamento*, por supuesto, les queda grande a

aquellas tiendas de campaña armadas sobre los adoquines rotos o levantados de la calle del Frente. Cruzando la calle desde el 4th of July o desde la casa de empeños de Maggs & Oates estaban los quinientos soldados y, lo cual causaba más curiosidad todavía, las mujeres de los rangos más altos. A ellas se las veía salir antes del amanecer y volver con una cacerola llena de agua de río; se las veía conversando entre ellas con las piernas bien cruzadas bajo las enaguas, llevándose una mano a la boca para reír. Pues bien, a ese campamento improvisado llegaron dos mensajeros de Porfirio Meléndez, dos jovencitos de alpargatas y pecho lampiño que tuvieron que fijar la mirada en las boñigas sueltas para no ir a fijarla en las mujeres de los militares. El coronel Eliseo Torres recibió de sus manos pequeñas una carta redactada deprisa en papel de la Compañía del Ferrocarril. «La revolución panameña quiere evitar inútiles derramamientos de sangre», leyó el coronel Torres, «y con este espíritu de reconciliación y próxima paz os invita, honorable coronel, a la rendición de vuestras armas sin menoscabo alguno de vuestra dignidad».

El coronel Torres devolvió la carta abierta al más joven de los mensajeros (la huella de sus dedos grasosos quedó en los márgenes de la página). «Díganle a ese traidor que se puede meter su revolución por el culo», respondió. Pero luego lo pensó mejor. «No, esperen. Díganle que yo, coronel Eliseo Torres, le mando decir que tiene dos horas para liberar a los generales presos en Panamá. Que de lo contrario, el batallón Tiradores no sólo quemará Colón, sino que fusilará sin fórmula de juicio a todos los gringos que encuentre, incluidas las mujeres y los niños». Lectores del Jurado: para cuando ese ultimátum llegó a la Compañía del Ferrocarril, para cuando el recado más salvaje que le había tocado escuchar llegó a oídos del coronel Shaler, yo había terminado ya mi conversación con el vendedor de bananos, ya había terminado mi paseo por el puerto, ya había visto el resplandor momentáneo de los pescados muertos que llegaban flotando de costado a estancarse en la playa, ya había cruzado la línea del ferrocarril pisando los rieles con el arco del pie y sintiendo al hacerlo un placer infantil, como el de los niños que se chupan el pulgar, y avanzaba hacia la calle del Frente, respirando el aire de la ciudad desierta y sitiada, el aire de los días que cambian la historia.

El coronel James Shaler, por su parte, había convocado al señor Jessie Hyatt, vicecónsul norteamericano en Colón, y entre los dos estaban decidiendo si las amenazas del coronel Torres merecían credibilidad o si eran las pataletas de un ahogado político. No era una decisión difícil (la imagen de niños degollados y mujeres violadas por los soldados colombianos venía a la cabeza). Así que segundos después, cuando pasé frente al umbral de las oficinas —sin saber todavía lo que ocurría en ellas—, el vicecónsul Hyatt ya había dado la orden, y un secretario que no hablaba español a pesar de llevar ya veinticinco meses en Panamá estaba subiendo las escaleras para agitar una bandera azul, blanca y roja desde la azotea. Ahora pienso que si hubiera levantado la cabeza en ese momento, habría podido verla. Pero eso no importa: la bandera, prescindiendo de mi testimonio, ondeó en el aire húmedo; y enseguida, mientras el coronel Shaler daba la orden de que los más prominentes ciudadanos norteamericanos fueran llevados a la Freight House, el acorazado *Nashville* atracaba con gran escándalo de sus calderas, con grandes desplazamientos de agua caribeña, en el puerto de Colón, y setenta y cinco marines vestidos de blanco impecable —las botas hasta la rodilla, los fusiles terciados sobre el pecho— desembarcaban en perfecto orden y ocupaban la Freight House, apostándose sobre los vagones de carga, bajo el arco de la entrada del ferrocarril, listos para defender a los ciudadanos norteamericanos de cualquier ataque. Del otro lado del Istmo hubo reacciones inmediatas: al enterarse de ese desembarco, el médico Manuel Amador se reunió con el general Esteban Huertas, el hombre que había arrestado a los generales, y ya se disponían a mandar las tropas revolucionarias a Colón con la única misión de ayudar a los marines. Aún no eran las nueve de la mañana, y ya Colón-Aspinwall-Gomorra, aquella ciudad esquizofrénica, era un polvorín a punto de estallar. No estalló a las diez. No estalló a las once. Pero a las doce y veinte, minutos más, minutos menos, el coronel Eliseo Torres llegaba a la calle del Frente y, al toque de corneta, ordenaba la formación en línea de batalla del batallón Tiradores. Se disponía a eliminar a los marines del *Nashville*, a tomar por la fuerza los pocos trenes disponibles en la estación de la Compañía y a cruzar el Istmo para destrozarse la rebelión de los traidores a la patria.

El coronel Torres había ensordecido: el reloj, fiel a sus costumbres, siguió su paso impertérrito; y a eso de la una del mediodía, el general Alejandro Ortiz vino desde el cuartel general para tratar de disuadirlo, y él como si lloviera; el general Orondaste Martínez lo intentó a la una y media, pero Torres seguía instalado en una realidad paralela adonde no llegaban la razón ni la prudencia.

«Los gringos ya están bajo protección», le dijo el general Martínez.

«Pues no será bajo la mía», dijo Torres.

«Las mujeres y los niños han embarcado en un vapor neutral», dijo Martínez, «y están fondeando en la bahía. Usted está haciendo el ridículo, coronel Torres, y yo he venido a evitar que su reputación se hunda todavía más». Martínez explicó que el *Nashville* había armado cañones y los tenía apuntando al campamento del batallón Tiradores. «El

Cartagena salió corriendo como un conejo, coronel», dijo. «Usted y sus hombres se han quedado solos. Coronel Torres, haga lo más sensato, por favor. Rompa esta formación ridícula, salve la vida de sus hombres y déjenos que lo invitemos a un trago en el Hotel Suizo».

Aquellas negociaciones preliminares —llevadas a cabo en el calor denso del mediodía, en medio de un ambiente que parecía deshidratar a los soldados como frutas puestas al sol— tardaron ciento cinco minutos. En ese lapso, el coronel Torres aceptó un encuentro en la cumbre (en la cumbre del Hotel Suizo, que quedaba apenas cruzando la calle del Frente), y en el restaurante del hotel se tomó tres jugos de papaya y se comió una sandía en tajadas, y aún tuvo tiempo de amenazar al general Martínez con descerrarle un tiro en la cabeza, por apátrida. Su corneta de órdenes, en cambio, no comió nada, porque nada le ofrecieron, y su posición le impedía hablar sin que su superior se lo permitiera. Entonces el general Alejandro Ortiz se sumó a la comitiva. Expuso al coronel Torres la situación: el batallón Tiradores estaba descabezado; los generales Tovar y Amaya seguirían presos en Ciudad de Panamá, donde la revolución triunfaba; toda resistencia contra los independentistas era inútil, puesto que implicaba enfrentarse también al ejército de los Estados Unidos y a los trescientos mil dólares que el Gobierno de Roosevelt había aportado a la causa de la nueva República; el coronel Torres podía asumir la realidad de los hechos o embarcarse en una cruzada quijotesca que ya hasta su mismo Gobierno daba por perdida. A la altura del cuarto jugo de papaya, el coronel Torres empezó a ceder, pasadas las tres de la tarde aceptó reunirse con el coronel James Shaler en la Compañía del Ferrocarril, y antes de las cinco había aceptado retirar al batallón Tiradores (la pólvora en el polvorín) de la calle del Frente y montar su campamento fuera de la ciudad. El lugar escogido fue el caserío abandonado de Christophe Colomb, donde sólo vivía un padre con su hija.

Eloísa y yo estábamos haciendo la siesta cuando llegó el batallón Tiradores, y el escándalo nos despertó al mismo tiempo. Los vimos entrar por nuestra calle, quinientos soldados con las caras sofocadas por el calor de sus chamarras de paño, los cuellos hinchados y tensos, el sudor escurriéndoles por las patillas. Cargaban los fusiles con desgano (las bayonetas apuntando al suelo de tierra) y sus botas se arrastraban como si cada paso fuera una campaña entera. Del otro lado del Istmo, los separatistas lanzaban su manifiesto. El Istmo de Panamá había sido gobernado por Colombia «con el criterio estrecho que en épocas ya remotas aplicaban a sus colonias las naciones europeas», en vista de lo cual decidía «recobrar su soberanía», «labrar su propia suerte» y «desempeñar el papel a que está llamado por la situación de su territorio». Mientras tanto, nuestro pequeño pueblo fantasma se llenó del escándalo de las cantimploras y las cacerolas, el traqueteo metálico de las bayonetas al ser desmontadas y los fusiles limpiados con esmero. El caserío donde había vivido mi padre, donde habían vivido Charlotte y el ingeniero Madinier, el lugar adonde llegó la guerra civil colombiana para matar a Charlotte y darme de paso una valiosa lección sobre el poder de los Grandes Acontecimientos, ahora volvía a ser escenario de la historia. El aire se impregnó del olor de los cuerpos sucios, de sus ropas que ya acusaban el peso de los días; los soldados más pudorosos se metían debajo de los pilotes para cagar a escondidas, pero durante esa tarde de noviembre fue más frecuente verlos rodear la casa, bajarse los pantalones de frente a la calle, acomodarse debajo de una palmera y ponerse en cuclillas con la mirada desafiante. El olor de la mierda humana flotó en Christophe Colomb con la misma intensidad descarada con que años antes había flotado el de los perfumes franceses.

«¿Hasta cuándo se van a quedar?», preguntó Eloísa.

«Hasta que los echen los gringos», le dije.

«Están armados», dijo Eloísa.

Así era: el peligro no había pasado; el polvorín no había sido desactivado todavía. El coronel Eliseo Torres, sospechando o previendo que todo aquel asunto —su confinamiento a un barrio abandonado de casas viejas, que limitaba con la bahía por tres de sus lados y con Colón por el otro— no era más que una emboscada, había apostado a diez centinelas que patrullaban el caserío entero. Así que esa noche tuvimos que soportar el ruido de sus pisadas de fiera enjaulada, el ruido regular que pasaba frente a nuestro porche. En el curso de esa noche que Eloísa y yo pasamos sitiados por los militares colombianos, y más allá por la revolución separatista, se me ocurrió por primera vez que quizás, sólo quizás, mi vida en el Istmo había terminado, que quizás mi vida, tal como la conocía, había dejado de existir. Colombia —o su conjunción diabólica de historia y política— me lo había quitado todo; el último rezago de mi vida anterior, de lo que hubiera podido ser y no fue, era esta mujer de diecisiete años que me miraba con cara de espanto cada vez que desde afuera nos llegaba el grito de un soldado, un quién vive hostil y paranoico seguido de un tiro al aire, un tiro (pensé que pensaba Eloísa) como el que había asesinado a su madre. «Tengo miedo, papá», me dijo Eloísa. Y esa noche durmió conmigo, como cuando era niña. Pero es que mi Eloísa, a pesar de las formas que abultaban su camisón, era una niña, Lectores del Jurado, seguía siendo mi niña.

Lectores del Jurado: pasé la noche en blanco. Estuve hablando con el recuerdo de Charlotte, preguntándole qué debía

hacer, pero no obtuve respuesta: el recuerdo de Charlotte se había vuelto hermético y antipático, miraba para otro lado cuando escuchaba mi voz, se negaba a aconsejarme. Panamá, mientras tanto, se movía bajo mis pies. De Panamá se había dicho una vez que era «carne de la carne colombiana, sangre de la colombiana sangre», y para mí fue imposible no pensar en mi Eloísa, que dormía a mi lado ya sin miedo (falsamente convencida de que yo podía protegerla de cualquier cosa), al recordar la carne del Istmo que estaba a punto de ser amputada a pocos kilómetros de nuestra cama compartida. Eras carne de mi carne y sangre de mi sangre, Eloísa; en eso pensaba yo mientras me acostaba de lado, la cabeza apoyada en el codo, y te miraba de cerca, más cerca de lo que habíamos estado desde que eras una niña de brazos, recién recuperada de los riesgos de tu prematuridad extrema... Y creo que fue entonces que me di cuenta.

Me di cuenta de que también eras carne de la carne de tu tierra, me di cuenta de que pertenecías a este país como pertenece un animal a su pequeño paisaje (hecho de ciertos colores, ciertas temperaturas, ciertas frutas o presas). Eras colonense como yo no lo fui nunca, Eloísa querida: tus maneras, tu acento, tus distintos apetitos me lo recordaban con la insistencia y el fanatismo de una religiosa. Cada uno de tus movimientos me decía: Soy de aquí. Y al verte de cerca, al ver tus párpados vibrando como las alas de una libélula, pensé primero que te envidiaba, que envidiaba tu arraigo instintivo —porque no había sido una decisión, porque habías nacido con él como se nace con un lunar o un ojo de color distinto—; luego, viendo la placidez con que dormías en esta tierra colonense que parecía confundirse con tu cuerpo, pensé que me habría gustado preguntarte por tus sueños, y por último volví a pensar en Charlotte, que nunca perteneció a Colón ni tampoco a la provincia de Panamá ni mucho menos a la convulsa República de Colombia, el país que había exterminado a su familia... Y pensé en lo que le había ocurrido en el fondo del río Chagres aquella tarde en que decidió que valía la pena seguir viviendo. Charlotte se había llevado ese secreto a la tumba, o la tumba había venido a buscarla antes de que tuviera tiempo de revelármelo, pero siempre me había hecho feliz (breve, secretamente feliz) pensar que yo había tenido algo que ver en esa profunda decisión de las profundidades. Pensando en esto recosté la cabeza en tu pecho, Eloísa, y me llegó el olor de tu axila desnuda, y me sentí por un instante tan tranquilo, tan engañosa y artificialmente tranquilo, que acabé por quedarme dormido.

No me despertaron las maniobras marciales que, según Eloísa, llevó a cabo el batallón Tiradores frente a nuestra casa. Dormí sin sueños, sin noción del tiempo; y entonces la realidad panameña entró a borbotones. A eso de las doce del día, el coronel Shaler estaba de pie en el porche de mi casa, junto a la hamaca que había sido de mi padre, y golpeaba la puerta mosquitera con tanta fuerza que la hubiera podido sacar de los goznes. Antes de preguntarme adónde había ido Eloísa en este día excepcional en que todas las escuelas habían cerrado, me llegó el olor del cocido de viudo que estaba preparando en la cocina. Tuve apenas tiempo de ponerme un par de botas y una camisa decente y atender a los visitantes. Detrás de Shaler, a suficiente distancia como para no escuchar sus palabras, venía el coronel Eliseo Torres, debidamente acompañado de su corneta. Shaler me dijo:

«Préstenos su mesa, Altamirano, y sírvanos un café, por amor de Dios. No se arrepentirá, se lo juro. En esta mesa se va a hacer historia».

Era una mesa de roble macizo, con patas redondas y un cajón con argollas de hierro en cada uno de los flancos más largos. Shaler y Torres tomaron asiento en lados opuestos, cada uno frente a un cajón, y yo ocupé la cabecera que ocupaba siempre; el corneta permaneció de pie en el porche, mirando hacia la calle ocupada por los soldados del Tiradores, como si el batallón siguiera esperando un ataque traicionero de los revolucionarios o de los marines. Así estábamos sentados, y todavía no acabábamos de acomodarnos en las sillas pesadas, cuando el coronel Shaler puso ambas manos sobre la mesa, como gigantescas arañas de río, y empezó a hablar con la lengua enredada por la terquedad de su acento, pero con los poderes de persuasión de un hipnotizador.

«Honorable coronel Torres, permítame que le hable con franqueza: su causa está perdida».

«¿Cómo dice?»

«La independencia de Panamá es un hecho».

Torres se incorporó de un salto, levantó las cejas indignadas, intentó, sin convicción, una protesta: «No he venido para...». Pero Shaler le cortó el impulso.

«Siéntese, hombre, no diga tonterías», le dijo. «Usted ha venido para escuchar ofertas. Y yo tengo una muy buena, coronel».

El coronel Torres intentó interrumpirlo —su mano se levantaba, su garganta soltaba un ronquido—, pero Shaler, hipnotizador consumado, lo hacía callar con una mirada. Antes de que acabara el día, explicó, aparecerían en Bahía Limón los acorazados *Dixie* y *Maryland*, repletos hasta las banderas de marines. El *Cartagena* había escapado ante la más remota posibilidad de enfrentamiento, y eso debía dar una idea de la posición del Gobierno central. Por otro lado,

nadie podía gritar la independencia mientras el Tiradores siguiera de cuerpo presente en el Istmo, y el *Cartagena* era el único medio de transporte para el batallón. «Pero esta mañana la cosa ha cambiado, coronel Torres», dijo Shaler. «Si se asoma usted al puerto, verá a lo lejos un vapor que fondea con bandera colombiana. Es el *Orinoco*, y es de pasajeros». El coronel Shaler afirmó sus arañas sobre la madera tinta de la mesa de roble, a ambos lados de un café servido en porcelana francesa, y dijo que el *Orinoco* zarparía con rumbo a Barranquilla a las siete y media de la noche. «Coronel Torres: me han autorizado a ofrecerle la cantidad de ocho mil dólares de mi país si a esa hora usted y su batallón se encuentran a bordo».

«Pero esto es un soborno», dijo Torres.

«Claro que no», dijo Shaler. «Esa plata es para racionar a sus tropas, que bien merecido se lo tienen».

Y en ese momento, como un figurante puntual en una obra de teatro —y ya sabemos, Lectores del Jurado, quién era el angelical director de la nuestra—, apareció sobre el porche de mi casa Porfirio Meléndez, el agente de los revolucionarios en Colón. Lo acompañaba un cargador de la Freight House que llevaba un baúl en hombros, como un niño pequeño (como si el cargador fuera un padre satisfecho, y el baúl de cuero el hijo que quiere ver el desfile).

«¿Es esto?», preguntó Shaler.

«Es esto», dijo Meléndez.

«Ya casi está el almuerzo», dijo Eloísa.

«Yo te aviso», le dije.

El cargador dejó caer el baúl sobre la mesa y las tazas saltaron en sus platos, escupiendo restos de café y amenazando con desportillarse. El coronel Shaler explicó que ahí dentro había ocho mil dólares sacados de las arcas de la Panama Railroad Company con garantía del Brandon Bank de Ciudad de Panamá. El coronel Torres se puso de pie, caminó hasta el porche y le dijo algo a su corneta, que desapareció de inmediato. Luego volvió a la mesa de negociaciones (a mi mesa del comedor, que esperaba un guiso de viudo y se veía involuntariamente transformada en mesa de negociaciones). No dijo una sola palabra, pero Shaler el hipnotizador no necesitaba palabra alguna en ese momento. Entendió. Entendió perfectamente.

Porfirio Meléndez abrió el baúl.

«Cuéntela», le dijo a Torres. Pero Torres se había cruzado de brazos y no se movía.

«Altamirano», dijo Shaler, «usted es el anfitrión de este encuentro. Usted representa la neutralidad, usted es el juez. Cuente el dinero, por favor».

Lectores del Jurado: el sentido del humor del Ángel de la Historia, ese excelso comediante, quedó comprobado por enésima vez el día 5 de noviembre de 1903, entre la una y las cuatro de la tarde, en la casa Altamirano-Madinier del barrio de Christophe Colomb, futura República de Panamá. Durante esas horas yo, el evangelista de la crucifixión colombiana, me dediqué a manosear una cantidad de dólares norteamericanos superior a la que jamás había visto junta. El olor acre y metálico de los dólares se me pegó a las manos, a estas manos torpes que no estaban acostumbradas a manipular lo que manipularon esa tarde. Mis manos no saben —nunca han sabido— barajar las cartas para el póquer; piense el lector cómo se sintieron frente al material que les tocó en suerte esa vez... Eloísa, que se había parado bajo el marco de la puerta de la cocina con una cuchara de palo en la mano, dispuesta a hacerme probar el guiso, fue testigo de mi labor cuasi-notarial. Y algo ocurrió en ese momento, porque no fui capaz de mirarla a los ojos. *Soy carne de la carne colonense*. Eloísa no me lo recordaba de viva voz, pero no tenía que hacerlo: no tenía que pronunciar esas palabras para que yo las escuchara. *Soy sangre de la sangre panameña*. No compartíamos eso, Eloísa querida, eso era lo que nos separaba. En medio de la revolución que se llevaría a Panamá, me di cuenta de que también tú podías verte arrastrada lejos de mí; el Istmo se estaba desprendiendo del continente y comenzaba a alejarse de Colombia, flotando en el mar Caribe como un champán abandonado, y llevándose a mi hija, mi hija que se había quedado dormida dentro, debajo de hojas de palma, sobre cajas de café cubiertas con un cuero de res como solía cubrirlas mi padrastra en épocas más felices, cuando comerciaba por el río Magdalena... Mis manos se movían pasando billetes desgastados y haciendo pilas de monedas de plata, pero hubiera podido hacer una pausa para decirle que almorzara ella, o para que nos entendiéramos con una mirada cómplice y quizás risueña, pero nada de eso ocurrió. Yo seguí contando con la cabeza gacha, como un ladrón medieval a punto de ser decapitado, y a partir de cierto instante el movimiento se volvió tan automático que mi mente pudo ocuparse en otros pensamientos que se atropellaban. Me pregunté si mi madre habría sentido dolor al morir, qué habría pensado mi padre si me hubiera visto en ese trance... Pensé en el ingeniero muerto, en su hijo muerto, en la profunda ironía de que la fiebre amarilla me hubiera regalado el único amor que hasta ahora había conocido... Todas las imágenes eran formas de evitar la humillación sin límites que me embargaba. Y entonces, en un momento impreciso, mi

voz humillada empezó a soltar cifras casi por cuenta propia. Siete mil novecientos noventa y siete. Siete mil novecientos noventa y ocho. Siete mil novecientos noventa y nueve. Final.

El coronel Shaler se marchó tan pronto como Torres se dio por satisfecho con la recepción de su dinero-para-razonar-tropas; antes de salir, le dijo a Torres: «Dígale a uno de sus hombres que se pase por las oficinas de la Compañía antes de las seis, para recoger los pasajes. Dígale que pregunte por mí, que lo estaré esperando». Luego se despidió de mí con un saludo militar más bien descuidado. «Altamirano, nos ha prestado usted un gran servicio», me dijo. «La República de Panamá se lo agradece». Se dio la vuelta hacia Eloísa e hizo resonar los tacones. «Señorita, un placer», dijo, y ella movió la cabeza, todavía con la cuchara de palo en la mano, y enseguida volvió a la cocina para servir el almuerzo, porque la vida tenía que continuar.

Ahora puedes entenderlo, Eloísa: fue el guiso de viudo más amargo que me comí jamás. La yuca y la arracacha tenían el sabor de las monedas manoseadas. La carne del pescado no olía a cebolla ni a cilantro, sino a billetes sucios. Eloísa y yo almorzamos mientras la calle se llenaba de los movimientos de los soldados, el trabajoso arranque del batallón que levantaba tiendas y empacaba utensilios y comenzaba a abandonar Christophe Colomb con rumbo a los muelles de la Compañía, para dejarle el camino libre a la revolución. Más tarde el cielo se despejó, y un sol despiadado cayó sobre Colón como un heraldo de la temporada seca. Eloísa: recuerdo perfectamente la expresión de serenidad, de completa confianza, con que fuiste a tu cuarto, tomaste la *María* que estabas leyendo y te acostaste en la hamaca. «Despiértame si se hace de noche», me dijiste. Y en cuestión de minutos te habías quedado dormida, con el dedo índice metido entre las páginas de la novela como una Virgen que recibe la Anunciación.

Eloísa querida: sabe Dios, si es que existe, que hice todo lo posible para que me sorprendieras. Mi cuerpo, mis manos, asumieron una lentitud deliberada en el proceso de sacar del cuarto de San Alejo (que en las casas de pilotes de Christophe Colomb era apenas un rincón de la cocina) el baúl más pequeño, uno que yo pudiera cargar sin ayuda. Lo arrastré en lugar de alzarlo, quizás con la intención de que el ruido te despertara, y al dejarlo caer sobre la cama no me preocupó el crujido de la madera. Eloísa, incluso me permití el tiempo de escoger ciertas prendas, desechar algunas, doblar bien las otras... Todo tratando de darte tiempo de que te despertaras. Busqué sobre el escritorio que había sido de Miguel Altamirano un marcapáginas de cuero tratado; no te diste cuenta del momento en que te quité el libro de las manos con cuidado de que no se perdiera la página. Y ahí, parado junto a tu cuerpo dormido que no se mecía en la hamaca, junto a una respiración tan sosegada que los movimientos de tu pecho y tus hombros no eran perceptibles a simple vista, busqué en la novela aquella carta en que María le confiesa a Efraín que está enferma, que está muriendo poco a poco. Él, desde Londres, cree darse cuenta de que sólo su regreso puede salvarla y se embarca de inmediato, y poco después pasa por Panamá, atraviesa el Istmo y la goleta *Emilia López* lo lleva a Buenaventura. En ese momento, a punto de hacer lo que pensaba hacer, sentí por Efraín la más intensa simpatía que he sentido por nadie en mi vida, porque me pareció ver en su destino ficticio una versión inversa y distorsionada de mi destino real. A través de Panamá, él volvía de Londres para encontrar a su amada; desde Panamá, yo comenzaba a huir dejando atrás a aquella mujer incipiente que lo era todo en mi vida, y Londres era uno de mis probables destinos.

Te puse el libro sobre el vientre y bajé los escalones del porche. Eran las seis de la tarde, el sol ya se había hundido en el lago Gatún, y el *Orinoco*, ese barco de mierda, ya comenzaba a llenarse con los soldados de mierda de un batallón de mierda, y en alguno de sus compartimientos se guardaba un cargamento de dólares suficiente para romper un continente en dos, abrir fallas geológicas y trastornar fronteras, ya no digamos vidas. Me mantuve en cubierta hasta que el puerto de Colón dejó de ser visible, hasta que dejaron de ser visibles las luces de los cunas que años antes, al llegar a nuestras costas, había visto Korzeniowski. El paisaje del cual hice parte durante más de un cuarto de siglo desapareció de golpe, devorado por la distancia y las brumas de la noche, y con él desapareció la vida que llevé en él. Sí, Lectores del Jurado, sé bien que era mi barco el que se movía; pero allí, sobre la cubierta del *Orinoco*, hubiera podido jurar que ante mis ojos el Istmo panameño se había separado del continente y empezaba a alejarse flotando, como un champán, por ejemplo, y supe que dentro del champán a la deriva iba mi hija. De buena gana lo confieso: no sé qué habría hecho, Eloísa, si hubiera llegado a verte, si tú hubieras despertado a tiempo y, comprendiéndolo todo en un fogonazo de lucidez o de clarividencia, hubieras salido al puerto para rogarme con las manos o con la mirada que no me fuera, que no te dejara a ti, mi única hija, que todavía me necesitabas.

Después de llevarse del Istmo el último rezago del poder central colombiano, después de garantizar con su partida que la independencia panameña era definitiva e irrevocable, el *Orinoco* tocó puerto en Cartagena, y allí se quedó unas horas. Recuerdo la cara llena de granos de un cabo que se jugaba a la generala su último sueldo. Recuerdo el escándalo que armó la mujer de un teniente en el comedor (según algunos, había faldas ajenas de por medio). Recuerdo que el

coronel Torres impuso treinta días de calabozo a un subalterno por sugerir que en alguna parte del barco había dinero, dinero norteamericano que se había pagado a cambio de esa desertión, y que a los soldados les correspondía una parte.

A la mañana siguiente, con las primeras luces del horizonte rosado, el *Orinoco* llegó a Barranquilla.

Para la tarde del 6 de noviembre, ya el Gobierno del presidente Theodore Roosevelt había otorgado el primer reconocimiento formal a la República de Panamá, y el *Marblehead*, el *Wyoming* y el *Concord*, de la flotilla norteamericana del Pacífico, se ponían rumbo al Istmo para proteger a la joven República de los reivindicativos afanes colombianos. Mientras tanto, yo encontraba un billete en el vapor de pasajeros *Hood*, de la Mala Real Británica, que hacía la ruta entre Barranquilla y Londres, entre la boca del Magdalena y las tripas del Támesis, y me disponía a embarcarme en aquel viaje del cual mi hija Eloísa no formaba parte. ¿Cómo hubiera podido condenarla también a ella al exilio y al desarraigo? No: mi país roto me había roto por dentro, pero ella, a sus diecisiete años, tenía derecho a una vida libre del peso de esa ruptura, libre del ostracismo voluntario y de los fantasmas del exilio (pues ella, no yo, era carne de la carne colonense). Y yo, por supuesto, ya no podría darle esa vida. Mi adorada Eloísa: si estás leyendo estas líneas, si has leído las que preceden, has sido testigo de todas aquellas fuerzas que nos superan, y quizás hayas comprendido los actos extremos que debe llevar a cabo un hombre para vencerlas. Me has oído hablar de ángeles y de gorgonas, de las batallas desesperadas que he luchado contra ellos por el control de mi propia vida minúscula y banal, y puedes quizás dar testimonio de la honestidad de mi guerra privada, y puedes perdonar las crueldades que esta guerra me ha llevado a cometer. Y puedes sobre todo entender que ya no hubiera lugar para mí en las tierras baldías de las que pude escapar, esas tierras caníbales en las que había dejado de reconocermme, que habían dejado de pertenecerme como le pertenece la patria a un hombre satisfecho, a una conciencia tranquila.

Luego vino la llegada, el encuentro con Santiago Pérez Triana, esos hechos que ya he puesto, tan minuciosamente como he podido, en conocimiento del lector... Joseph Conrad salió de la casa del 45 de Avenue Road alrededor de las seis de la mañana, después de pasar la noche en vela escuchando mi historia. Con los años he reconstruido los días que siguieron: supe que después de verme se había dirigido, no a su residencia de Pent Farm, sino a un departamento londinense vecino de Kensington High Street, un lugar barato y más bien oscuro que había alquilado junto con su esposa y en el cual solía recibir a Ford Madox Ford para escribir, a cuatro manos (y sin ningún esfuerzo), las novelas de aventuras que quizás los sacarían de pobres. Para cuando llegó al departamento, Joseph Conrad ya sabía que *Nostramo*, esa novela problemática, había dejado de ser la simple historia de italianos en el Caribe que había sido hasta ahora, y más bien examinaría de cerca el nacimiento traumático de un nuevo país de la traumatizada América Latina, aquello de lo cual acababan de hablarle en términos sin duda hiperbólicos, sin duda contaminados por la magia tropical, por la tendencia a la leyenda que agobia a esas pobres gentes que no entienden de política. Jessie lo recibió llorando: el niño Borys había pasado el día con fiebre de treinta y nueve grados; el médico no llegaba, Borys se negaba a comer y a beber, Londres era una ciudad de gente insolidaria y distante. Pero Conrad no escuchó las quejas: se dirigió de inmediato a aquel escritorio que no era el suyo y, viendo que el amanecer se demoraba, encendió aquella lámpara que no era suya, y empezó a tomar notas sobre lo que había oído en el largo curso de la noche. Al día siguiente, después de un desayuno que no le supo a nada, comenzó a incorporar la nueva información al manuscrito. Estaba excitadísimo: como Polonia, la Polonia de su niñez, la Polonia por la que murieron sus padres, esta pequeña tierra de Panamá, esta pequeña provincia transformada en República por artes inescrutables, era una ficha en el tablero del mundo político, una víctima de fuerzas que la sobrepasaban... «¿Y qué me dices de lo de los yanquis conquistadores en Panamá?», le escribió a Cunninghame-Graham poco antes de Navidad. «Bonito, ¿no?»

La primera entrega de *Nostramo* apareció en el *T.P's Weekly* en enero de 1904, más o menos al mismo tiempo que la Compañía del Canal de Panamá vendía todas sus propiedades a los Estados Unidos, sin permitir siquiera la participación de un representante colombiano en las negociaciones, y veinte días después de que mi país desesperado le hiciera a los panameños esta propuesta humillante: Ciudad de Panamá sería la nueva capital de Colombia si el Istmo se reintegraba al territorio colombiano. Mientras Panamá se negaba de tajo como un amante resentido (moviendo las pestañas, citando los agravios pasados con el brazo en jarra y un puño cerrado sobre la cintura), Santiago Pérez Triana me indicaba con señas y distancias la manera de encontrar el puesto de prensa más cercano y me obligaba a buscar en el bolsillo esas monedas cuyas denominaciones confusas yo todavía no dominaba y a separar, en otro bolsillo, el costo exacto del *Weekly*. Enseguida me echó a la calle con un espaldarazo cariñoso. «Mi estimado Altamirano, no vuelva sin esa revista», me dijo. Y luego, más serio: «Lo felicito. Ya es usted parte de la memoria de los hombres».

Pero no fue así.

No fui parte de la memoria de los hombres.

Recuerdo la luz sesgada y deslumbrante que caía sobre la calle cuando encontré el puesto, esa luz de invierno que no hacía sombras y sin embargo me encandilaba, reflejada por el papel de los diarios que había a la venta y, según el ángulo, por los vidrios recién lavados de la vitrina. Recuerdo la mezcla de excitación y de terror (un terror mudo y frío, el terror de lo nuevo) con que salí otra vez a la calle después de pagar. Recuerdo el carácter neblinoso y un poco irreal que asumieron para mí las demás cosas del mundo, los paseantes, los faroles, los coches ocasionales, las verjas amenazantes del parque. En cambio, no recuerdo las razones por las que postergué la lectura, no recuerdo haber intuido que el contenido de la revista no fuera el que yo esperaba, no recuerdo haber tenido motivos para permitir la entrada en mi cabeza de esa intuición inverosímil, no recuerdo que haya sido la suspicacia o el victimismo lo que me acompañó durante esa larga caminata circular alrededor de Regent's Park... Sí, así es: cargué la revista en el bolsillo todo el día, palpándome el costado de vez en cuando para confirmar su presencia, como si el que yo había comprado fuera el único ejemplar en el mundo, como si la naturaleza peligrosa de su contenido quedara neutralizada si yo lo conservaba en mi poder. Pero lo que ha de suceder (todo el mundo lo sabe) acaba sucediendo. Nada es eternamente postergable. Nadie encuentra razones para postergar eternamente algo tan inocente, tan pacífico, tan inofensivo, como la lectura de un libro.

Así que a eso de las cuatro, cuando ya el cielo comenzaba a oscurecerse, me senté en una de las bancas del parque al mismo tiempo que una nevada incipiente comenzaba a caer sobre Londres y acaso sobre toda la Inglaterra imperial. Abrí la revista, leí aquella palabra que me perseguirá hasta el final de los días. *Nostramo*: tres sílabas sosas, una vocal repetida e insistente como un ojo que nos vigila... Seguí adelante, entre naranjos y galeones, entre rocas hundidas y montañas que hundían la cabeza entre las nubes, y empecé a vagar como sonámbulo en la historia de aquella República ficticia, y recorrí descripciones y sucesos que conocía y a la vez ignoraba, que me resultaban propios y a la vez ajenos, y vi las guerras colombianas, los muertos colombianos, el paisaje de Colón y de Santa Marta, el mar y su color y la montaña y sus peligros, y allí estaba, en fin, la discordia que siempre ha estado... Pero algo faltaba en ese relato: una ausencia era más visible que todas aquellas presencias. Recuerdo mi búsqueda desesperada, el frenesí con que mis ojos recorrieron las páginas de la revista, el calor que sentía en las axilas y en el bigote mientras me adentraba en la dolorosa verdad.

Entonces lo supe.

Supe que volvería a ver a Conrad.

Supe que habría un segundo encuentro.

Supe que ese encuentro era impostergable.

En cuestión de minutos ya había llegado a Kensington High Street, y un voceador me había indicado la puerta donde famosamente vivía el novelista. Ya quedaba poca luz (un viejo pasaba cargando una escalera, subiendo y bajando sus peldaños móviles, encendiendo las lámparas) cuando llamé a su puerta. No respondí a las preguntas de la mujer desprevenida que me abrió; rocé su delantal al pasar, subí las escaleras tan rápido como me lo permitía el largo de mis piernas. No recuerdo qué ideas, qué indignaciones atravesaban mi cabeza mientras abría puertas y cruzaba pasillos, pero sé con certeza que nada me había preparado para lo que encontré.

Eran dos habitaciones oscuras, o que se habían vuelto oscuras en la penumbra prematura de enero. Una puerta las comunicaba, y esa puerta estaba abierta en el momento de mi llegada, pero resultaba claro que su función consistía en estar terca, constante, ineluctablemente cerrada la mayor parte del tiempo. En la habitación del fondo, contenido por el marco de la puerta, había un escritorio de madera oscura, y sobre el escritorio una pila de papeles y una lámpara de petróleo; en la otra habitación, aquella en la cual yo había irrumpido sin anunciarme, un niño de pelo largo y castaño dormía en una camita de aspecto miserable (respiraba mal, su nariz producía un ronquido ligero), y la otra cama existente estaba ocupada por una mujer vestida de calle, una mujer de rostro inelegante y más bien mofletuda que no estaba acostada, sino reclinada contra el espaldar, y que llevaba sobre el regazo una especie de tabla que después de un par de segundos (después de los juegos de la luz interior) se convirtió en un escritorio portátil. De su mano cerrada salía una pluma de punta negra, y fue al fijarme en ella y en las páginas cubiertas de trazos que escuché la voz.

«¿Qué hace usted aquí?»

Joseph Conrad estaba de pie en una esquina de la habitación; llevaba pantuflas de cuero y una bata de seda oscura; llevaba, sobre todo, una expresión de concentración intensa, casi inhumana. En mi cabeza se ordenaron las piezas: lo había interrumpido. Para ser más precisos: había interrumpido su dictado. Para ser aún más precisos: mientras en mi bolsillo se arrugaban las primeras escenas de *Nostramo*, en aquella habitación Conrad dictaba las últimas. Y su mujer, Jessie, era la encargada de poner la historia —la historia de José Altamirano— sobre el blanco del papel.

«Usted», dije, «me debe una explicación».

«Yo no le debo nada», dijo Conrad. «Salga inmediatamente. Llamaré a alguien, se lo advierto».

Saqué de mi bolsillo el ejemplar del *Weekly*. «Esto es falso. Esto no es lo que le conté».

«Esto, querido señor, es una novela».

«No es mi historia. No es la historia de mi país».

«Claro que no», dijo Conrad. «Es la historia de *mi* país. Es la historia de Costaguana».

Jessie nos miraba. En su cara se leía el atento desconcierto de quien ha llegado tarde al teatro. Empezó a hablar, y su voz resultó más débil de lo que yo había esperado: «¿Quién...?». Pero no terminó la frase. Trató de moverse, y una mueca de dolor estalló en su rostro, como si una cuerda se hubiera reventado dentro de su cuerpo. Conrad me invitó entonces a pasar a la habitación del fondo; la puerta se cerró, y a través de la madera nos llegaron los sollozos de la mujer.

«Ha tenido un accidente», dijo Conrad. «Ambas rodillas. Ambas rótulas desplazadas. Es grave».

«Era mi vida», dije. «Se la confié, confié en usted».

«Una caída. Estaba de compras, había ido a Barker's, resbaló. Parece tonto, ¿no es cierto? Por eso estamos en Londres», dijo Conrad. «Todos los días hay un examen, todos los días la tocan los médicos. No sabemos si es necesario volver a operar».

Era como si hubiera dejado de escucharme, este hombre que durante una noche entera había vivido para hacerlo. «Usted me ha eliminado de mi propia vida», dije. «Usted, Joseph Conrad, me ha robado». Volví a agitar el *Weekly* en el aire, y entonces lo dejé caer sobre el escritorio. «Aquí», dije en susurros, con la espalda hacia el ladrón, «yo no existo».

Era cierto. En la República de Costaguana, José Altamirano no existía. Allí vivía mi relato, el relato de mi vida y de mi tierra, pero la tierra era otra, tenía otro nombre, y yo había sido eliminado de ella, borrado como un pecado inconfesable, obliterado sin piedad como un testigo peligroso. Joseph Conrad me hablaba del esfuerzo terrible que implicaba dictar la historia en las condiciones presentes, y dictársela a Jessie, cuyo dolor le impedía trabajar con la concentración debida. «Podría dictar mil palabras por hora», me dijo. «Es fácil. La novela es fácil. Pero Jessie se distrae. Lloro. Me pregunta si se quedará inválida, si deberá llevar muletas el resto de su vida. Pronto me verá obligado a contratar una secretaria. El niño está enfermo. Los créditos se acumulan sobre la mesa, y yo debo entregar este manuscrito a tiempo para evitar males mayores. Y entonces ha llegado usted, ha respondido a una serie de preguntas, me ha contado una serie de cosas más o menos útiles, y yo las he utilizado como me lo dicta la intuición y mi conocimiento de este oficio. Piense en esto, Altamirano, y dígame: ¿de verdad cree que sus pequeñas susceptibilidades tienen la más mínima importancia? ¿De verdad lo cree?» En el otro cuarto crujían las tablas de la cama, y era presumiblemente Jessie quien soltaba aquellos tímidos gemidos que parecían provocados por un dolor tan genuino como abnegado. «¿De verdad cree que su patética vida pinta algo en este libro?»

Me acerqué al escritorio. Noté entonces que no había una pila de papeles, sino dos: en una se apilaban páginas cubiertas de borrones, anotaciones al margen, flechas indelicadas, líneas que cruzaban y eliminaban párrafos enteros; la otra se componía de una versión mecanografiada que ya había pasado por correcciones varias. *Mi vida corregida*, pensé. Y también: *Mi vida malversada*. «Deténgalo», le dije a Conrad.

«Eso es imposible».

«Usted puede hacerlo. Deténgalo todo». Levanté el manuscrito. Mis manos se movían con un impulso que me resultaba ajeno. «Lo quemaré», dije. Con dos pasos llegué a la ventana; con la mano en la falleba, dije: «Lo tiraré a la calle».

Conrad se cruzó los brazos por detrás de la espalda. «Mi relato ya está en marcha, querido amigo. Ya está en la calle. Ahora mismo, mientras usted y yo hablamos, hay gente que está leyendo la historia de las guerras y las revoluciones de ese país, la historia de la provincia que se separa por una mina de plata, la historia de la República sudamericana que no existe. Y no hay nada que usted pueda hacer».

«Pero la República sí existe», le dije, o más bien le supliqué. «La provincia sí existe. Pero la mina de plata es en verdad un Canal, un Canal entre dos océanos. Yo lo sé porque lo conozco. Yo nací en esa República, yo viví en esa provincia. Yo soy culpable de sus desgracias».

Conrad no respondió. Volví a dejar el manuscrito en el escritorio, y hacerlo fue como una concesión, como la deposición de las armas que hace un jefe guerrero. ¿En qué momento concede un hombre la derrota? ¿Qué ocurre en su cabeza para que decida darse por vencido? Hubiera querido preguntar esas cosas. En cambio, pregunté:

«¿Cómo terminará todo?»

«¿Perdón?»

«¿Cómo terminará la historia de Costaguana?»

«Me temo que usted ya lo sabe, mi querido Altamirano», dijo Conrad. «Todo está aquí, en este capítulo, y puede que no sea lo que usted espera. Pero no hay nada, absolutamente nada que usted no conozca». Hizo una pausa y añadió: «Puedo leérselo, si quiere».

Me acerqué a la ventana, que ya para ese momento era un recuadro oscuro. Y no sé por qué, pero allí, mirando hacia la calle, negando como un niño lo que sucedía a mis espaldas, me sentí a salvo. Era una sensación falsa, por supuesto, pero no me importó. No hubiera podido importarme.

«Lea», dije. «Estoy listo».

La vida en la calle comenzaba a morir. En la cara de los paseantes se adivinaba el frío intenso. Mis ojos y también mi entendimiento se distrajeron con la imagen de una niña pequeña que jugaba con su perro sobre la acera helada —abrigo de un rojo profundo, bufanda que desde lejos parecía fina—, y mientras aquella voz desenvuelta comenzaba a hablarme del destino de esos personajes (y me obligaba en alguna medida a asistir a la revelación de mi propio destino), la nieve caía en copos densos sobre la acera y se derretía enseguida, formando pequeñas estrellas de humedad que desaparecían de inmediato. Entonces pensé en ti, Eloísa, y en lo que nos había hecho; sin pedir permiso abrí la ventana, me incliné hacia fuera y levanté la cara para que la nieve me mojara los ojos, para que la nieve en mis ojos camuflara mi llanto, para que Santiago Pérez Triana no se diera cuenta al verme de que había estado llorando. De repente, sólo tú importabas; me di cuenta entonces, no sin algo de pavor, de que sólo tú seguirías importando. Y lo supe: allí, entre soplos de viento helado, supe cuál era mi castigo. Supe que mucho tiempo después, cuando los años hubieran dejado atrás mi conversación con Joseph Conrad, seguiría recordando esa tarde en que por arte de magia desaparecí de la historia, seguiría percatándome de la magnitud de mi pérdida pero también del daño irreparable que los hechos de mi vida nos habían causado, y sobre todo seguiría despertándome por las noches para preguntarme, como me pregunto ahora, dónde estarás, Eloísa, qué tipo de vida habrás tenido, qué lugar habrás ocupado en la desgraciada historia de Costaguana.

Nota del autor

Es posible que *Historia secreta de Costaguana* haya nacido con *Nostromo*, que leí por primera vez en casa de Francis y Suzanne Laurenty (Xhoris, Bélgica) durante el verano de 1998; es posible que haya nacido con la lectura del ensayo «El *Nostromo* de Joseph Conrad» que Malcolm Deas incluyó en su libro *Del poder y la gramática* y que leí en Barcelona a principios del año 2000; y es posible que haya nacido con un informado artículo que Alejandro Gaviria publicó en la revista colombiana *El Malpensante* en diciembre de 2001. Pero también es posible (y ésta es mi posibilidad preferida) que el primer palpito de la novela haya tomado forma en el año 2003, mientras escribía, por encargo de mi amigo Conrado Zuluaga, una breve biografía de Joseph Conrad. El oportuno encargo me obligó a revisar, por rigor o curiosidad, las cartas y las novelas de Conrad, así como los textos de Deas y de Gaviria y de muchos más, y en algún momento me pareció inverosímil que esta novela no se hubiera escrito antes, lo cual es sin duda la mejor razón que puede tener alguien para escribirla. Dentro del medio centenar de libros que leí para escribir éste, sería una deshonestidad no mencionar *Joseph Conrad: the Three Lives*, de Frederick Karl, *The Path Between the Seas*, de David McCullough, *Conrad in the Nineteenth Century*, de Ian Watt, *History of Fifty Years of Misrule*, de José Avellanos, y *1903: Adiós, Panamá*, de Enrique Santos Molano. Sería una injusticia, por otra parte, olvidar ciertas frases ajenas que acompañaron como guías o como tutores la escritura de la novela, y que habrían tenido el lugar de epígrafes si no me hubiera parecido, de forma caprichosa y más bien insostenible, que eso rompía la autonomía cronológica de mi relato. Del cuento «Guayaquil», de Borges: «Acaso no se puede hablar de aquella república del Caribe sin reflejar, siquiera de lejos, el estilo monumental de su historiador más famoso, el capitán José Korzeniowski». De *History of the World in 10 1/2 Chapters*, de Julian Barnes: «Inventamos relatos para tapar los hechos que ignoramos o no podemos aceptar; conservamos unos cuantos hechos verdaderos y alrededor de ellos tejemos un nuevo relato. Nuestro pánico y nuestro dolor sólo se alivian con una fabulación tranquilizadora; la llamamos historia». De *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia: «Únicamente son mías las cosas cuya historia conozco». Una de las citas más famosas y más repetidas del *Ulysses* de Joyce, «La historia es una pesadilla de la cual trato de despertar», me resultó inútil: está bien que la historia sea una pesadilla para Stephen Dedalus, pero José Altamirano, me parece, se sentiría más cerca de nociones como farsa o vodevil.

Sea como sea, las primeras páginas de la novela quedaron redactadas en enero de 2004. En el curso de los dos años mal contados que pasaron hasta su versión definitiva, muchas personas intervinieron en su composición, voluntaria o involuntariamente, directa o (muy) indirectamente, facilitándome la escritura unas veces y otras veces la vida y en raras oportunidades ambas cosas, y aquí quiero dejar constancia de mis gratitudes y reconocimientos. Son, en primer lugar, Hernán Montoya y Socorro de Montoya, cuya generosidad no queda recompensada con este par de líneas. Y luego Enrique de Hériz y Yolanda Cespedosa, Fanny Velandia, Justin Webster y Assumpta Ayuso, Alfredo Vásquez, Amaya Elezcano, Alfredo Bryce Echenique, Mercedes Casanovas, María Lynch, Gerardo Marín, Juan Villoro, Pilar Reyes y Mario Jursich, Juanxú Herguera, Mathias Enard, Rodrigo Fresán, Pere Sureda y Antonia González, Héctor Abad Faciolince, Ramón González y Magda Anglès, Ximena Godoy, Juan Arenillas y Nieves Téllez, Ignacio Martínez de Pisón, Jorge Carrión, Camila Loew e Israel Vela.

Este libro debe algo a todas estas personas; y al mismo tiempo le debe todo (igual que yo) a Mariana.

J. G. V.
Barcelona, mayo de 2006



JUAN GABRIEL VÁSQUEZ (Bogotá, 1973) es autor del libro de relatos *Los amantes de Todos los Santos* y de tres novelas, entre ellas *Los informantes*, que fue recibida con elogios unánimes por la crítica y ha comenzado a ser traducida en Inglaterra, Francia y Holanda. Entre 1996 y 1998 vivió en París, donde hizo estudios de literatura latinoamericana en la Sorbona, y a finales de 1999, después de un año en las Ardenas belgas, se instaló en Barcelona. Sus relatos han aparecido en antologías de Alemania, Francia, España y Colombia. Ha traducido obras de E. M. Forster, Victor Hugo y John Hersey, entre otros, y sus artículos aparecen regularmente en publicaciones españolas y latinoamericanas.

Notas

[1] El lector hará bien en referirse a la carta de Simón Bolívar a Manuela Sáenz (20 de abril de 1825). Los dos textos son curiosamente similares. ¿Estaban las palabras alojadas en su inconsciente, o quería mi padre establecer una complicidad a la vez carnal y literaria con Antonia de Narváez? ¿Estaba seguro de que Antonia de Narváez reconocería la alusión? Imposible saberlo.

[2] En la correspondencia de mi padre, así como en el diario que llevaría más tarde y del cual citaré, si me animo, algunos fragmentos, aparecen con frecuencia estas referencias emocionadas a todo lo que implique choque-de-culturas, crisol-decivilizaciones. Me sorprende, de hecho, que no hable en esta carta de su entusiasmo por el papiamento que se hablaba en Panamá, que en otros documentos aparece como «única lengua del hombre civilizado», «instrumento de la paz entre los pueblos» y aun, en momentos de especial grandilocuencia, «vencedor de Babel».

[3] Mi padre evita entrar en detalles sobre la muerte del teniente. Es posible que haya comentado los hechos precedentes en otra carta, y que esa carta no me haya llegado. La suerte del teniente Campillo es bastante conocida: enloqueció, se internó sin compañía ninguna en la selva del Darién y no regresó. Se especuló en su momento que intentaba regresar clandestinamente a Bogotá. Como carecía de amigos, su ausencia tardó mucho en preocupar a nadie. En marzo salió una expedición en su búsqueda; el cuerpo llegó en avanzado estado de descomposición, y nunca se supo con certidumbre cuál había sido la causa de la muerte.

[4] Esta carta no contiene nada más de interés. Para ser exactos: esta carta no contiene nada más.

[5] No lo dice mi padre, pero en aquellos días moría el extranjero que viajó con él a bordo del Isabel. Su apellido era Jennings; en ninguna parte he encontrado su nombre de pila. Jennings cometió el error de traer a su mujer, una joven embarazada que no sobrevivió más de seis meses. Tras la muerte de su marido, la señora Jennings, ya infectada también por la fiebre, se empleó como mesera de un casino mal reputado, y allí se la veía servir bebidas a los buscadores de oro con brazos tan pálidos que no era posible distinguirlos de la blusa, con los pechos y las caderas tan esmirriados por la enfermedad que ni siquiera invocaban los atrevimientos de algún jugador borracho